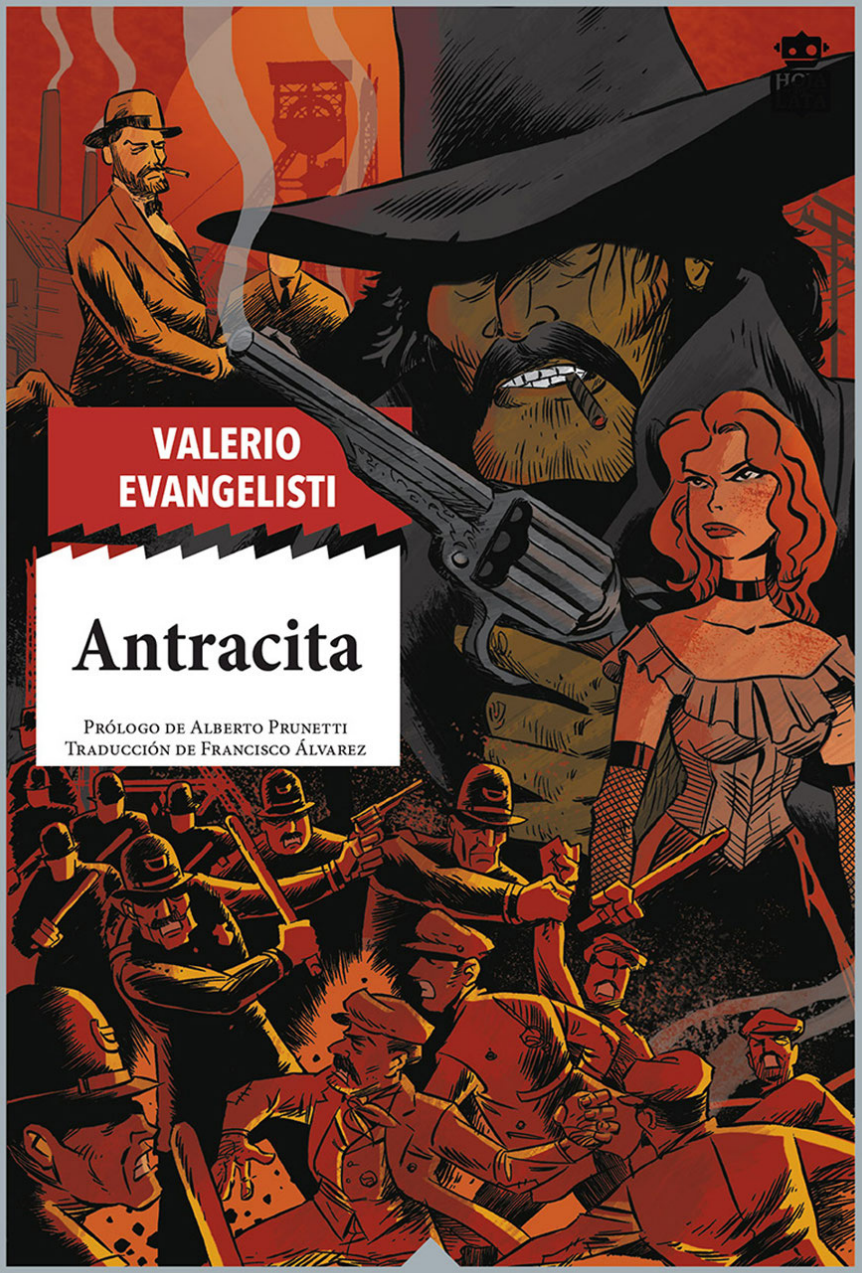
Antracita

Prólogo de Alberto Prunetti
Traducción de Francisco Álvarez


VALERIO
EVANGELISTI
Antracita
Prólogo de Alberto Prunetti
Traducción de Francisco Álvarez

1. Cover Page
2. Título
3. Créditos
4. Índice
5. Prólogo
6. 1. Tamaqua
7. 2. Salón Columbia
8. 3. Kate Boyle
9. 4. Equívocos
10. 5. Primera sangre
11. 6. Los exterminadores de ratas
12. 7. El príncipe del condado
13. 8. Reunión de la logia
14. 9. La ciudad subterránea
15. 10. La ejecución
16. 11. Flores en el infierno
17. 12. Los slavs
18. 13. Las dos Américas
19. 14. Una trampa
20. 15. La política del bandidismo
21. 16. Engaños
22. 17. El senador Schurz
23. 18. Filadelfia de noche
24. 19. Black Jack
25. 20. Más sangre
26. 21. El cementerio de las mulas
27. 22. Normalización
28. 23. La carreta del sacamuelas
29. 24. Expedición de castigo
30. 25. Las Cinco Estrellas
31. 26. Sacrificio humano
32. 27. La Comuna de San Luis
33. Agradecimientos y bibliografía

ANTRACITA

colección
SENSIBLES
A LAS LETRAS

VALERIO EVANGELISTI

ANTRACITA

PRÓLOGO DE ALBERTO PRUNETTI

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO ÁLVAREZ

SENSIBLES A LAS LETRAS, 88
Título original: Antracite

Primera edición en Hoja de Lata: marzo del 2023
© Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., 2003
© de la traducción: Francisco Álvarez González, 2023
© de la imagen de la portada: Alberto Peral, 2023
© de la fotografía de la solapa: Potere al Popolo Bologna, 2022
© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2023

Hoja de Lata Editorial S. L.
Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturies [España]
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Diseño de la colección: Trabayadores culturales Glayíu

ISBN ebook: 978-84-18918-68-1
Producción del ePub: booqlab

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

This Work has been translated with the contribution of Centro per il Libro e la Lettura del Ministero della Cultura Italiano.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Ana Loncar,

con cariño y gratitud.

ÍNDICE

PRÓLOGO. ¡Agáchate, maldito, ha llegado Valerio Evangelisti!, por ALBERTO PRUNETTI

1. Tamaqua
2. Salón Columbia
3. Kate Boyle
4. Equívocos
5. Primera sangre
6. Los exterminadores de ratas
7. El príncipe del condado
8. Reunión de la logia
9. La ciudad subterránea
10. La ejecución
11. Flores en el infierno
12. Los slavs
13. Las dos Américas
14. Una trampa
15. La política del bandidismo
16. Engaños
17. El senador Schurz
18. Filadelfia de noche
19. Black Jack
20. Más sangre
21. El cementerio de las mulas
22. Normalización
23. La carreta del sacamuelas
24. Expedición de castigo
25. Las Cinco Estrellas
26. Sacrificio humano
27. La Comuna de San Luis

AGRADECIMIENTOS Y BIBLIOGRAFÍA

¡AGÁCHATE, MALDITO,

HA LLEGADO VALERIO EVANGELISTI!

El nombre de Valerio Evangelisti irrumpió en la escena literaria italiana en 1994, cuando publicó en Urania, histórica colección de ciencia ficción de Mondadori, la novela Nicolas Eymerich, inquisitore. El panorama de la ciencia ficción italiana era prácticamente inexistente en aquella época y la colección Urania, muy apreciada por el público, se basaba en la traducción de autores extranjeros. El debut de Evangelisti abría con arrojo un nuevo campo, si bien las implicaciones de su escritura iban más allá de un género que muchos críticos calificaban despectivamente como «paraliteratura». En ese momento, por cierto, nacía un notable personaje de ficción (inspirado en un personaje real) que alimentaría la más popular de las series narrativas de Evangelisti: Nicolás Eymerich, jesuita catalán culto y cínico, violento y hambriento de poder, similar quizás a un democristiano italiano de la década de los cincuenta.

Evangelisti no era un caso aislado. En Italia, en el ámbito de la novela histórica y de la novela negra, Luther Blisset / Wu Ming y Massimo Carlotto estaban haciendo cosas parecidas: se valían de los géneros literarios para hablar de política. Y el escritor boloñés no había surgido de la nada. Tenía a sus espaldas un pasado político relevante: un recorrido en la izquierda parlamentaria italiana, con su militancia en Potere Operaio, la proximidad con la Autonomía Obrera, el acercamiento y las visitas a la Nicaragua sandinista de los años ochenta… Y aparte un currículo académico como historiador italiano, con una serie de publicaciones ensayísticas, a caballo entre los años ochenta y noventa, sobre el imaginario punk y sobre los movimientos políticos, revolucionarios y sociales; un recorrido universitario interrumpido probablemente por su incapacidad para respetar la ritualidad y para aceptar los compromisos de un ambiente demasiado amanerado.

Debutaba así el que tal vez haya sido el autor italiano más político de los últimos treinta años. A su muerte (inesperada aunque no imprevisible, dado que su cuerpo llevaba tiempo debilitado por las secuelas de un raro tumor sanguíneo) fueron muchas las personas, relativamente jóvenes, que comentaron en las redes sociales que

habían llegado a desarrollar una conciencia política leyendo desde muy temprana edad las obras de Evangelisti. No obstante, si esperáis que en sus novelas haya heroicos personajes ondeando banderas rojas vais descaminados. Evangelisti se distancia totalmente de la retórica de la ideología política y de la propaganda. Sus personajes, más que héroes de la revolución, son a menudo unos auténticos mierdas. Yo casi diría que sus personajes más logrados son precisamente los enemigos de clase: inquisidores, gánsteres que revientan huelgas, pistoleros dispuestos a venderse al mejor postor… No, Valerio no era un tipo que creara con la tinta personajes con un corazón de oro para educar a las masas. Desarrollaba una labor distinta.

Nos hacía ver cuánta mierda había en el poder, cuánto cinismo, cuánta crueldad sustentaba las estructuras religiosas y económicas de la sociedad, de la política, de la vida cotidiana. Y, en mi opinión, al caracterizar a sus villanos miraba en parte al mundo exterior y en parte dentro de sí mismo. Aunque era un personaje de una gran generosidad, a veces parecía que vivía como alguno de sus personajes de papel: trabajaba (muchísimo) únicamente de noche, obligándose a entregar a la imprenta una voluminosa novela cada año; dormía durante el día y mantenía su número de teléfono como un secreto bien guardado para evitar que lo interrumpiera algún pelmazo. Solo alternaba con un reducido círculo de seguidores encariñados con su personaje más logrado, el legendario inquisidor Eymerich, con el que se reunía una vez al año (con el círculo de fans, no con Eymerich), y con algunos fieles compañeros de política, en su mayoría cercanos a su trayectoria militante, que tenía sus raíces tanto en el Potere Operaio como en la Autonomía Obrera de los años setenta. Por lo demás, tendía a no salir de casa, porque detestaba el frío y a los rompecojones, y cuando estaba bien viajaba a México, donde tenía una propiedad. Con la enfermedad, en los últimos años hizo todo lo posible para evitar salir de su guarida, y se fue pareciendo cada vez más a sus célebres personajes.

Por otro lado, él mismo tenía un aspecto físico bastante gótico: mirada penetrante, muy alto y delgado, desgarbado, con una ligera barriga de bebedor… Fumaba y bebía sin moderación alguna y hablaba con un bonito acento de Romaña, aunque lamentablemente su voz se había ido debilitando en los últimos tiempos. Lo vi por última vez hace unos años, tal vez fue en 2018. Aunque yo ya no pertenecía a la redacción de la revista Carmilla, fundada por él para tratar de fomentar un imaginario de oposición, participé en una asamblea de redacción que tuvo lugar en un centro social boloñés, el Vag de via Paolo Fabbri, uno de los pocos sitios que le encantaba pisar cuando salía de casa, junto con la librería Modo de via Mascarella, a la que se sentía ligado también por el hecho de que, durante sus años de

activismo juvenil, en los locales de esa librería, regentada entonces por un librero anarquista, fue acogido el cadáver de Francesco Lorusso, militante de Lotta Continua que murió tras recibir un disparo de un carabiniere en el transcurso de una manifestación, en marzo de 1977. Valerio y yo teníamos un acuerdo sencillo; yo producía unas pocas botellas de vino en aquella época, antes de que el tema del vino de garaje se convirtiera en una moda pija, y cada año tres de aquellas botellas debían ir para él. De lo contrario, lanzaría contra mí todo el poder del inquisidor Eymerich. Lo recuerdo charlando con voz tenue conmigo y con Serge Quadruppani, su traductor francés, antes de regresar a casa. Al salir de allí, su cuerpo me pareció aún más débil. Largo como era y encorvado como iba, atravesó el polvo de polen de álamo del patio del centro social. Se obstinó en llevar él mismo las tres botellas de vino que le había regalado, resistiéndose al intento de su compañera de cargar con el peso. Quería ser él el que llevara la carga de Baco.

Era querido por los lectores, pero en ocasiones los críticos y sobre todo los colegas escritores lo miraban con suficiencia. El éxito de tirada de sus novelas, superior al de muchos autores más «literarios», provocaba diversos refunfuños, cuando no desprecio directamente, en el campo de las «buenas letras». A él, tenazmente fiel a una ética del trabajo que lo mantenía clavado en su escritorio, le importaba un carajo, dichosamente. Escribía todos los días durante al menos ocho horas, y aseguraba que el privilegio de tener como trabajo la escritura no lo eximía del deber de aplicarse como si se tratara de un trabajo manual. Era también uno de los pocos escritores italianos que vivía íntegramente de los royalties de las copias vendidas y disfrutaba de una discreta renta anual, pero se preciaba —qué horror para los nuevos ricos italianos— de que era justo pagar impuestos en función de los ingresos.

No solo no había en él ni el menor rastro de esa idea vacua y distante de la torre de marfil, propia del estilo del escritor más quejumbroso, sino que su compromiso político estaba lejos de ser reformista o institucional. Evangelisti a menudo intervenía en el debate político con posiciones radicales, sin el pudor propio del intelectual comprometido en los límites del reformismo; su escritura era franca, antagónica, zahiriente y afilada. Toma la palabra, denuncia incluso cuando sabe que puede generar tierra quemada alrededor (es el caso de su defensa a capa y espada de los refugiados políticos italianos de los años setenta en Francia). Es más, el hecho de que la corriente dominante en las letras lo considere un autor menor le permite en cierto modo, en cuanto que es autor de género, hacer y decir lo que le plazca, sin miedo a volar tras él puentes demasiado nobles.

Pero, como ya he dicho, la mirada política de Evangelisti, en su radicalidad, dista mucho de la retórica habitual de la literatura política amanerada. En sus novelas rara vez veréis ondear rojas banderas. Y los héroes no son caballeros andantes henchidos de nobles ideales progresistas. Lo que hace Evangelisti es intercalar la narrativa de género (desde la ciencia ficción al género negro, pasando por la novela de piratas y la novela histórica) con cuestiones políticas y sociales, vigorizando la crónica y la historia por medio de personajes que a menudo son «sucios, feos y malos» (una escritura siempre clara y nada barroca, inspirada quizás en la literatura juvenil de su adolescencia; en su imaginario hay mucho de Salgari y también de De Amicis, diría yo, en su idea de escritura «fácil», por difícil que sea escribir «fácil»). Sin crear estampitas de santos. Rara vez idealiza a los «pobres pero buenos». De hecho, creo que nunca. Prefiere más bien levantar monumentos de tétrica maldad a héroes malvados, convirtiendo a sus villanos en abanderados del capitalismo. Tomemos como ejemplo su serie dedicada a los piratas: contrariamente a la lectura libertaria —en la línea de los estudios de Marcus Rediker y Peter Linebaugh—, que ve en los piratas a libertarios que huían del orden de las sociedades del Antiguo Régimen en busca de una utopía anarquista en el Caribe, para Evangelisti piratas y bucaneros son solo precursores del sentido de rapacidad del capitalismo y de la burguesía mercantil.

Cuando entrelaza narrativa y política vemos que Evangelisti no busca las formas consoladoras de la literatura panfletaria. No cultiva una literatura de tesis y no pone sus historias al servicio de la ideología. Hace algo más complejo e inteligente: lleva el conflicto al imaginario. Y entiende el imaginario en un sentido en cierto modo gramsciano, con una referencia a las dimensiones superestructurales de la ideología. Lo explica muy bien Alberto Sebastiani en un ensayo sobre el escritor boloñés: ¿qué es el imaginario? «Un hipotético repertorio de representaciones, figuras, esquemas, imágenes, sonidos y narraciones populares y cultas que se convierten en un patrimonio cultural común gracias también, en teoría, a su profunda vinculación con los arquetipos del “inconsciente colectivo” de Jung. Una forma de conocimiento, por tanto, pero también un potencial instrumento de control. Quien ejerce el poder —quien ejerce cualquier tipo de poder — recurre a su comunicación para delinear modelos de vida, fascinar, entretener, divertir, asustar y controlar a las masas» (Ripartire da Alphaville, de Alberto Sebastiani, en Le strade di Alphaville, de Valerio Evangelisti).

Así pues, en el imaginario se genera un conflicto —la lucha de clases que toma caminos inmateriales, si queremos definirlo así— y en dicho conflicto se ven los intentos por parte de los subordinados (o de

la oposición) de desmantelar las formas y los dispositivos de colonización instituidos por sistemas simbólicos hegemónicos en detrimento de los oprimidos. La literatura, por tanto, no es más que un campo de batalla. Añade Sebastiani, hablando de Carmilla, la revista que fundó Evangelisti, inspirada en la vampiresa inventada por Sheridan Le Fanu: «Así que, al contraponer un vampiro a otro vampiro (…), el nombre de la cabecera no fue elegido al azar. La joven y lunar (…) Carmilla, "seductora y transgresora", inteligente y libertaria, se rebela contra el nocturno y decrépito Drácula, que le chupa la sangre a los esclavos; o sea, a "nosotros", condenados a un sueño forzado». Durante demasiado tiempo los oprimidos han vivido dentro del sueño de otros, sometidos a un imaginario colonizado por los opresores. La misión de los escritores antagónicos es construir un imaginario alternativo. No es casual que el subtítulo de Carmilla sea precisamente Letteratura, immaginario e cultura d'opposizione (Alberto Sebastiani, opus citatum).

Para cerrar esta presentación a los lectores y lectoras en habla hispana de la obra de Evangelisti, y para aproximarnos a la novela Antracita, que tienes entre las manos, querría decir algo sobre el wéstern, un género que de vez en cuando disfruta de algún destello de revival más o menos interesante. El wéstern que conocemos en Italia (generalmente cinematográfico, raramente literario) pasa poco por el wéstern clásico del dúo John Ford-John Wayne y, en cambio, está muy influenciado por el spaghetti western. Para ilustrar esta cuestión debo sacar a colación a mi colega Wu Ming 1 (ambos fuimos amigos y compañeros de ruta de Valerio Evangelisti), que en una presentación en nuestro escondite, la librería Modo de via Mascarella en Bolonia, habló sobre la influencia del wéstern crepuscular en algunos escritores italianos. Según Wu Ming, el wéstern crepuscular causó impacto en el imaginario de esos autores que tienen vínculos, sentimentales o incluso generacionales y familiares, con las luchas y las derrotas de los movimientos italianos de los años setenta.

«Me reconozco en gran medida en esta dimensión del wéstern, forma parte de nuestra formación como escritores. [Nos encontramos con] la derrota del movimiento obrero, porque había tenido lugar la Marcha de los Cuarenta Mil en Turín,[1] y la derrota de los movimientos, porque había habido una brutal represión militar. [Vivimos] ese escenario, un escenario de derrota. Cuando vimos las películas de Sam Peckinpah, los wésterns crepusculares, nos reencontramos con esa narrativa, puesto que todos ellos eran personajes de un mundo muerto, o de un mundo agonizante. En Grupo salvaje están los últimos vaqueros forajidos, los últimos pistoleros. La acción transcurre en 1913, ya hay automóviles y ellos forman parte de un mundo derrotado, y eso es algo que hay que tematizar. Para mí

Grupo salvaje, de Peckinpah, es la mejor película de la historia del cine. La habré visto una veintena de veces. Y la caminata de los cuatro es la escena más hermosa de la historia del cine. En el segundo puesto estaría Pat Garret y Billy The Kid, también de Peckinpah. Es, entre otras cosas, una película sobre el arrepentimiento, la historia de un compañero que te traiciona y se convierte en un guardián del orden para darte caza […]. Luego, obviamente, aprendimos a deconstruir ese imaginario, sabemos que es un mundo groseramente sexista […], aunque también esto debe ser tematizado; son modelos masculinos en el crepúsculo, son personajes dolientes, machos vencidos. Así que sí, me identifico muchísimo con eso del wéstern crepuscular. Más en el caso de Sam Peckinpah que en el de Sergio Leone. Algunos prefieren a Leone, pero yo me siento más próximo a Peckinpah. […] Estas películas nos impresionaron de tal forma cuando las vimos, siendo adolescentes, que las llevamos dentro y de vez en cuando regurgitan en las páginas».

Si bien Wu Ming se refería a autores más jóvenes que Evangelisti y con un trasfondo familiar proletario, ciertas de esas sugestiones son asimismo aplicables a su escritura. Quizás para Evangelisti (al igual que para mí) era más fuerte la influencia de Leone que la de Peckinpah, pensando en Antracita y en el personaje del forastero interpretado por Clint Eastwood en Por un puñado de dólares, que a su vez retoma el tema de Arlequino, sirviente de dos amos, de la comedia del arte italiana (también la tematización de determinadas figuras masculinas tóxicas en las páginas de Evangelisti debería ser reconsiderada a la luz de esa cinematografía de personajes masculinos en decadencia).

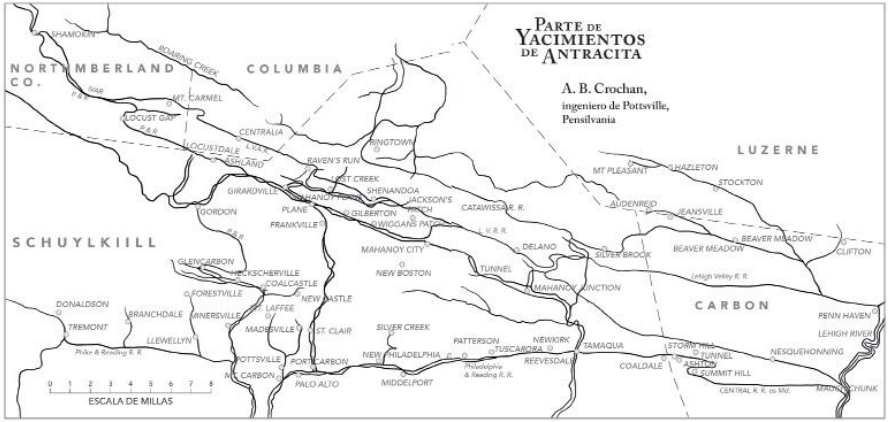
El tema del wéstern conecta también con una idea agónica, duelista, de la escritura. Para Evangelisti, sin conflictos (sociales) no hay literatura. Y la finalidad de la literatura, en opinión del autor boloñés (sobre todo la de la literatura menor, la de género, desde la ciencia ficción a la fantasía pasando por el wéstern o la novela negra), es enfrentarse al enemigo en el terreno del imaginario, de los mecanismos simbólicos y superestructurales, para cuestionar su hegemonía y la colonización del campo de los subordinados. Para ello son necesarias las formas del extrañamiento y de la narración perturbadora, la revalorización de los géneros consolidados a través de su hibridación. Evangelisti, creo, nunca pensó en la literatura como en una forma de propaganda. Lo que buscaba, en cambio, era la dislocación del punto de vista, el vuelco repentino, la capacidad de coger por sorpresa al lector con excelentes giros narrativos. Evangelisti (a pesar de su apellido, quizás de modo paradójico, quizás no tanto) no trata de catequizar al lector, sino de perfilar nuevos horizontes y construir narraciones capaces de darle la vuelta al plano del

imaginario, deshinchar las fábulas de los poderosos, denunciar problemas y avivar el fuego de los conflictos sociales y de clase. Y sí, claro, también busca ganarse al lector, captarlo también con la fuerza de la aventura.

Y es que Valerio fue alguien que se crio con las novelas de aventura en la cabeza. Sus historias podrán suscitar en ti cualquier cosa, pero lo que es seguro es que no te aburrirán. Porque el aburrimiento es contrarrevolucionario, Valerio bien lo sabe. Y con sus historias uno nunca se aburre. Uno se divierte y espera el golpe de efecto que le depara la página siguiente. Y, otra cuestión fundamental, las historias de Evangelisti son historias de ficción. Pero son historias de ficción apoyadas en la reconstrucción de escenarios históricos muy detallados, hechas por un historiador profesional, como era su caso. Evangelisti suele poner a disposición del lector en cada una de sus novelas una bibliografía razonada, detallada y sustanciosa que informa sobre los textos que sustentan la narración, y que también permite profundizar en su consistencia. En definitiva, Valerio está muy lejos de ser un vendedor de seriales baratos; es más bien un estudioso atento, escrupuloso, meticuloso. En ocasiones parece ciertamente un catequista, pero un catequista de la revolución que tiende a promover un extraño proceso de alfabetización de sus lectores. Es verdad: hay algo de didáctico, algo de De Amicis en sus intenciones, en la linealidad icástica de su escritura. Pero no le pidas a Evangelisti que ponga su pluma al servicio de los buenos sentimientos o de la política de los buenos propósitos.

Entra, pues, en el mundo narrativo de Evangelisti, lleno de polvo de carbón y de cínicos aventureros. Si luego estalla o no la rebelión, si el pistolero Pantera llega a agitar alguna vez la roja bandera o si seguirá sirviendo a dos o a dos mil patrones para después continuar por su solitario camino de héroe errante, es algo que no sabremos nunca. Pero ese personaje, como tantos otros héroes feos, sucios y malos de Evangelisti, camina con la historia bajo los pies. Y dentro de estas páginas tú también lo harás con él.

ALBERTO PRUNETTI


PARTE DE YACIMIENTOS DE ANTRACITA
A. B. Crochan,
ingeniero de Pottsville,
Pensilvania
NORTHUMBERLAND CO.
COLUMBIA
LUZERNE
SCHUYLKIILL
CARBON
SHAMOKIN
ROARING CREEK
IVAR
P. & R.
MT. CARMEL
LOCUST GAP
CENTRALIA
LOCUSTDALE
L. V. R. R.
ASHLAND
RINGTOWN
RAVEN'S RUN
LOST CREEK
GIRARDVILLE
SHENANDOA
JACKSON'S PATCH
GORDON
PLANE
GILBERTON
CATAWISSA R. R.
FRANKVILLE
WIGGANS PATCH
L. V. R. R.
MAHANOY CITY
DELANO
NEW BOSTON
TUNNEL
MAHANOY JUNCTION
MT PLEASANT
HAZLETON
STOCKTON
AUDENREID
JEANSVILLE
BEAVER MEADOW
CLIFTON
SILVER BROOK
Lehigh Valley R. R.
GLENCARBON
HECKSCHERVILLE
COALCASTLE
FORESTVILLE
NEW CASTLE
DONALDSON
BRANCHDALE
MINERSVILLE
LAFFEE
TREMONT
MADISVILLE
ST. CLAIR
LLEWELLYN
Pickle & Reading R. R.
POTTSVILLE
PORT CARBON
MT. CARBON
PALO ALTO
SILVER CREEK
NEW PHILADELPHIA
MIDDELPORT
PATTERSON
TUSCARORA
NEWKIRK
REEVESDALE
Philadelphia & Reading R. R.
TAMAQUA
COALDALE
STORM HILL
TUNNEL
ASHTON
SUMMIT HILL
CENTRAL R. R. co MIZ.
PENN HAVEN
LEHIGH RIVER
NESQUEHONNING
MAUCH CHUNK
0 1 2 3 4 5 6 7 8
ESCALA DE MILLAS

1

TAMAQUA

Pantera dejó de contemplar distraídamente, a través de la ventanilla, el páramo desolado y grisáceo que estaba atravesando el tren. Le lanzó una mirada a Molly, sentada frente a él. La mujer estaba durmiendo con la boca abierta y con la cabeza ladeada y envuelta en su cabello largo y rojo. En momentos como ese, su rostro descolorido y pecoso parecía casi bonito; gracias, quizás, a que llevaba el pelo suelto, algo que no se podía permitir ninguna mujer decorosa. Pero más que un recuerdo de su pasado de prostituta, el peinado era un indicador de las circunstancias dramáticas en las que transcurría ese viaje.

El revisor se aproximó a ellos por enésima vez. Pantera rozó con la mano derecha el revólver Smith & Wesson 1869 que abultaba su guardapolvo a la altura del vientre. Era el arma más potente que había podido encontrar durante su huida hacia el norte: una auténtica joya de la técnica. Aún no la había probado y el hombrecillo uniformado llevaba más de una hora haciendo todo lo posible para ofrecerse como diana. Tenía la frente adecuada para alojar un agujero de calibre 44.

—Déjeme ver otra vez sus billetes —le dijo el revisor frunciendo sus cejas, negras y finas, con severidad.

Pantera evitó levantar la vista. En señal de desprecio, más que nada, pero también para impedir que el empleado percibiera en su mirada síntomas de una ira a punto de desbordarse.

—Es la tercera vez que me los pide. ¿Cuál es su problema?

—¡El problema es usted! —exclamó el hombrecillo sin alzar demasiado la voz. Señaló con un gesto comedido a los caballeros y a las damas sentadas en el otro extremo del vagón, a la debida distancia de los dos anómalos pasajeros—. Hay señores que se preguntan por qué un viajero de piel oscura puede viajar en este vagón. El de los negros, los chinos y los peones es el último, el que está justo detrás de este.

Pantera miró finalmente al revisor. No fijó la mirada en sus ojos, sino que contempló con curiosidad las letras plateadas (Ferrocarriles Reading) que adornaban su gorra, de color azul oscuro al igual que el resto del uniforme.

—¿Le parece que soy un negro? —preguntó con voz neutra.

—No, pero tampoco muy blanco. Diría que es mexicano. En cuanto a la señora que va con usted, tiene un aspecto muy… irlandés.

El revisor pronunció esa última palabra con la reticencia propia de quien está profiriendo de mala gana una frase obscena.

—¿Eso tiene algo que ver con los billetes?

El hombrecillo iba a responder, pero él mismo se dio cuenta de que replicar era insensato. Tras un temblor de labios bajo su bigote rubio y rizado acabó diciendo:

—No me cree problemas. Démelos y punto.

Molly se despertó en ese momento. Miró a su alrededor, un poco aturdida. Desde la ventanilla se divisaban colinas desnudas. Más lejos, una plana concentración de edificios anunciaba quizá la presencia de un poblado. A no ser que se tratara del enésimo campamento minero. El sol estaba bien alto, pero aun así el cielo se hallaba algo apagado.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó la mujer. Se estiró con gracia.

—Señora —dijo el revisor dándole a esa palabra un sentido irónico que acentuó con una ligera mueca—, alguien me ha preguntado si este hombre, que no quiere mostrarme los billetes, es su sirviente.

En el rostro de Molly se dibujó una expresión de asombro. Sin embargo, antes de que pudiera responder se oyó un chirrido muy agudo. El tren redujo la velocidad de golpe, lo cual provocó la caída de algunas maletas del portaequipajes. La sacudida hizo que el revisor se tambaleara y hubo de agarrarse a uno de los respaldos para no perder el equilibrio. Pantera acabó apoyando el codo derecho en el terciopelo verde del asiento. Rápidamente se enderezó y volvió a poner sus dedos en contacto con el revólver.

Uno de los caballeros se puso en pie de golpe en cuanto el vagón se estabilizó. Se ajustó de la mejor forma posible su sombrero de copa y preguntó:

—¿Pero qué diablos pasa?

—No lo sé, señor Ramsey —contestó atentamente el revisor—. Ahora me informo.

No fue necesario. Antes de que alcanzara el otro extremo del vagón se abrió la puerta. Un individuo de bigote negro y aspecto duro asomó la cabeza y miró alrededor.

—Hay sitio —le dijo a alguien que estaba fuera—. Podemos instalarlos aquí.

—¿Instalar a quiénes, por el amor de Dios? —preguntó exasperado el caballero apellidado Ramsey.

—A los prisioneros. En algún sitio tenemos que meterlos. El vagón de los peones siempre va lleno a reventar.

—¿Prisioneros?

Las damas chillaron. Sus hombres, cinco en total, se levantaron bruscamente.

—¡Cómo es posible! ¡Es una indecencia! ¡Qué escándalo!

El individuo bigotudo entró en el vagón precediendo a otro que iba detrás de él. Pantera los observó. Vestían uniformes que los asemejaban a militares, con gorra ancha con visera y galones en la manga; solo que no eran uniformes del ejército. Cuando uno de esos soldados ficticios se aproximó, quizás para comprobar que ningún pasajero iba armado, Pantera advirtió que llevaba una gran insignia con forma de escudo y la inscripción «Policía del Carbón y el Acero». Además esos guardias portaban los rifles que el Ejército federal soñaba poder tener. Winchester 73, supuso el mexicano. Había oído hablar de ellos y sabía cómo estaban hechos, pero los veía por primera vez. Eran aún más bonitos de lo que se decía.

El revisor vaciló levemente antes de decidir adherirse a la causa de los pasajeros.

—¡Este no es un convoy para el transporte de detenidos! Yo no he recibido instrucciones al respecto…

—Cállese —se limitó a decir el tipo bigotudo. Le bastó con menear el rifle para obtener obediencia—. Y cállense también ustedes.

Las damas y los caballeros enmudecieron y se dejaron caer sobre sus asientos. A Pantera le satisfacía el giro que estaba dando la situación. El revisor dejaba de ser una molestia y los pasajeros dejaban de interesarse en ellos dos. Miró a Molly, también ella parecía distendida y se había dado la vuelta para contemplar a los hombres armados que estaban subiendo de uno en uno. Pantera le dio un último toque al Smith & Wesson antes de retirar de él los dedos para colocarlos sobre la rodilla.

Fueron siete los individuos de uniforme que montaron en el tren, todos ellos con el mismo semblante arisco. El último se quedó junto a la puerta y, tras pasar el Winchester a la mano izquierda, extendió el brazo derecho hacia fuera. Se oyó un tintineo, a continuación un personaje sin uniforme introdujo la cabeza y ofreció sus muñecas, sujetas por unos grilletes. El guardia lo ayudó a subir. Era un hombre joven y rubio, con bigote espeso y largas patillas. En sus ojos de color azul oscuro se reflejaban la humillación y la sorpresa, pero también un rastro de ira. Era el primero de una larga fila de prisioneros, unidos entre sí por una cadena fijada al tobillo derecho por medio de un aro, que convertía a esos hombres en un collar humano.

Pantera se esperaba un grupo de criminales, pero esos prisioneros no tenían tal pinta, ni mucho menos. Su vestimenta (chaquetas, chaquetones, abrigos…) era pobre, aunque no iban desaliñados. De hecho, se apreciaban en las prendas más gastadas cuidadosos remiendos, pensados para mantener una apariencia decorosa. En cuanto a sus rostros, tenían las barbas bien cuidadas y los bigotes, por lo general gruesos, pulcramente delineados. La mirada de algunos era

colérica pero inteligente; la de otros era resignada, sin llegar a ser pávida. Predominaba entre ellos la estatura baja, la tez pálida y el pelo rojo o negro.

Debido a la cadena y los grilletes resultó complicado acomodar a esos hombres en los asientos que estaban libres. Seguían aún en ello cuando el pequeño grupo de pasajeros de categoría se sobrepuso al desconcierto. La primera que se levantó, enfurecida, fue una dama aún joven, con su velo levantado sobre el ala de un elegante sombrero de caza. Frunció sus graciosos labios y apuntó con el dedo.

—¡Malditos seáis! —les gritó a los prisioneros—. ¡Sois la ruina del condado de Schuylkill!

Una chica muy fea, su hija tal vez, le hizo los coros.

—¡Yo no puedo viajar con una chusma como esta! —protestó. Su desbordante pecho jadeaba bajo el traje ceñido—. ¡Apestan! ¡Mejor los chinos que esta gente!

Sin embargo, el más indignado era Ramsey. Se dirigió directamente al hombre bigotudo, que daba la impresión de que era el mando de los guardias. Meneó el dedo índice y exclamó:

—¡Mezclarnos con estos canallas es un ultraje! No sé si me ha reconocido, capitán. Soy Robert Ramsey, el director de La Gaceta Minera. ¡Puedo armar un buen escándalo si quiero!

Su interlocutor se quitó la gorra, pero con esa supuesta señal de respeto únicamente disimulaba la ironía.

—Sé perfectamente quién es usted, señor Ramsey. Perdone las molestias, pero tenga en cuenta que si estos agitadores van con grilletes es también para complacer a su periódico y para secundar sus opiniones sobre la huelga.

—¡Pero no pueden llevarlos aquí!

—Yo recibo órdenes y las cumplo.

¿Agitadores? Pantera ya estaba harto de agitadores. Durante su estancia en México, justo después de la guerra de Secesión, había conocido a utópicos de todas las especies, dispuestos a extender su talón de recetas para mejorar la sociedad. Esa gente no iba con su forma de pensar.

Contempló a Molly, que seguía observando con mirada atónita lo que estaba sucediendo en el vagón.

—De acuerdo, nos bajamos —le dijo a la mujer—. Agarro yo el equipaje.

Ella acentuó el estupor un tanto obtuso que, con diversos matices, flotaba permanentemente sobre sus facciones.

—¡Pero no estamos en ninguna estación!

—Da igual. Se ve una ciudad a poca distancia.

—¿Qué ciudad?

—Ni lo sé ni me importa. Lo que importa es que estamos lejos de

Texas.

La intención de Pantera era salir por la puerta opuesta a aquella por la que habían subido los guardias y los prisioneros; de modo inadvertido, si fuera posible. No parecía complicado. El agente que inspeccionó el pasillo había regresado. El altercado entre los hombres armados y los pasajeros elegantes estaba subiendo de tono, y los prisioneros se mantenían al margen. El mexicano miró a los detenidos, se habían acomodado de la mejor forma posible en los asientos que estaban libres y la cadena que los unía pasaba por encima de los respaldos. Algunos de ellos tenían los ojos cerrados. Otros, la mayoría, mantenían la cabeza agachada y la mirada fija en el suelo de madera entre sus botas.

Pantera se levantó, cogió la voluminosa bolsa de tela del portaequipajes y echó a andar hacia la puerta que tenía a su espalda. La abrió con facilidad y vio que Molly seguía sus pasos. El revisor les lanzó una mirada de perplejidad, pero tenía otras cosas de las que preocuparse. Todos los viajeros de más rango seguían alimentando la protesta, acogida con una indiferencia glacial por parte de los guardias.

Entre un vagón y el otro no había demasiado espacio, pero sí el suficiente para bajar por la escalerilla de la plataforma de metal para dar a continuación un pequeño salto y llegar a tierra. Pantera lo hizo y seguidamente ayudó a descender a Molly, entorpecida por su falda ancha. Los guardias que no estaban en el vagón debían de estar al otro lado del convoy.

—Demos la vuelta al tren y vayamos a pie hasta el poblado —ordenó Pantera—. No hagas caso a esos.

Se refería a los pasajeros del último vagón, que los miraban desde las ventanillas. Algunos de los rostros que se asomaban en racimo eran negros y relucientes. No obstante, predominaban los blancos, con ojos grandes y pelo rojizo. Pantera pensó que allí, fuera la que fuera esa región y ese lugar, negros e irlandeses recibían la misma consideración. Para él, que tenía en parte sangre africana en sus venas, y para Molly no iba a ser fácil encontrar alojamiento en la ciudad. Sobre todo si pedían dormir juntos.

En realidad, esto último no era necesario, salvo por la intención de ahorrar dinero. No eran amantes y ni siquiera se lo planteaban. Cuando ella era más joven, y un poco menos fea que ahora, Pantera la había penetrado en varias ocasiones, únicamente para aliviarse. Por entonces Molly ejercía de prostituta, el único tipo de mujeres por las que sentía atracción Pantera, porque tener relaciones con ellas no implicaba ningún compromiso. En la guerra en México contra Maximiliano de Austria, la relación entre ellos dos había sido rigurosamente casta. Después el mexicano la perdió de vista durante

bastantes años, hasta la llegada de la carta en la que ella le proponía un trabajo y le daba un adelanto en efectivo.

—La ciudad no está tan cerca —se quejó Molly una vez que rodearon el último vagón. La locomotora, que llevaba pintada en el costado la palabra «Hiawatha», se puso en marcha emitiendo unos silbidos y una bocanada de vapor—. ¡Y qué tristes son los alrededores!

—¿Tenemos alternativa? —preguntó Pantera irónicamente. Le pasó la bolsa, odiaba tener las manos ocupadas—. Fue cosa tuya lo de venir hasta aquí. ¿El paisaje te asquea? Pues deberías haberlo pensado antes.

Sin embargo, en su fuero interno estaba de acuerdo con ella en cuanto a la desolación del lugar. En todo el contorno no había más que colinas desnudas, privadas del encanto agreste de las regiones desérticas del sur. Ni siquiera el sol era capaz de alegrar los relieves truncados y curvos de las laderas grises y de las cumbres negruzcas. Algunas cimas, vistas a aquella distancia, parecían simples cúmulos de ceniza y de piedras. Aquí y allá, entre las pendientes, se elevaban altísimas torres de madera, junto a depósitos y a grandes ruedas inmóviles. Se veían edificios de tamaño desmesurado, hechos de barracones adosados unos a otros, en algunos casos unidos por escaleras suspendidas. Sin duda eran plantas de procesamiento de minerales, aunque no había señales de actividad.

Tras partir el tren, un puñado de guardias de la Policía del Carbón y el Acero se encaminó hacia el poblado. Pantera tomó esa misma dirección, guardando las distancias, sabedor de que ellos conocían el camino.

Molly caminaba jadeando, con la espalda arqueada y cargando con un equipaje demasiado pesado. Él le preguntó:

—¿Cómo se llama la ciudad en la que viven tus parientes?

—Tuscarora.

—¿Como el río?

—El río que tú dices está en Virginia. Estamos muy lejos de allí.

—Lo sé, lo sé. Pensilvania, condado de Schuylkill. Nunca he visto nada tan feo.

Desde ese instante dejaron de hablar. Pronto perdieron de vista a los guardias, que caminaban más deprisa. Alcanzaron un camino pedregoso, flanqueado por árboles raquíticos y por arbustos de un verde pálido. Lo dominaban castillos espectrales de vigas ennegrecidas: instalaciones abandonadas, con ventanas cuarteadas y cristales rotos que daban a la oscuridad. El cielo estaba despejado, pero hacía algo de frío. En esas fechas, en Santa Fe, donde habían iniciado el viaje, había gente quejándose de que ese junio de 1975 era demasiado cálido.

—No debiste matar a un ranger de Texas —le dijo Molly de

sopetón mientras pasaban a la vera de unos huertos abandonados entre los barracones—. A veces matas gente sin pensar en las consecuencias.

Pantera negó con la cabeza.

—Te equivocas, siempre pienso en las consecuencias. El ranger de Texas estaba endemoniado, mi oficio consiste en matar gente así.

—¡Pero ya habías aceptado mi encargo!

—Cierto, pero yo no tengo por costumbre dejar pendientes otros trabajos.

Pantera abandonó el sendero y se adentró en un pequeño campo erizado de hierbajos sin importarle si Molly lo seguía o no. Sus botas hicieron crujir las espigas resecas, únicos supervivientes de unos cultivos muertos hacía meses. Se detuvo ante uno de los espantapájaros, clavado en el centro de la parcela como si realmente pudiera haber algún pájaro interesado en ese fantasma de vegetación.

El monigote era un busto chamuscado y envuelto en una capa larga, sucia pero de tejido fino, que la brisa levantaba con cada ráfaga. La cara, también ella ennegrecida por el fuego, era una simple bolsa rellena de paja, y sobre la cabeza tenía más paja, que simulaba una cabellera femenina. A esos materiales combustibles algo los había salvado del fuego. Alrededor del cuello tenía una guirnalda de enredaderas que Pantera no conocía. A juzgar por el color de las ramas y por la frescura de las bayas, que habían salido indemnes de las llamas, se diría que era de hoja perenne.

El mexicano permaneció inmóvil frente al espantajo hasta que Molly, sin aliento y descompuesta por la fatiga, lo alcanzó. Entonces le señaló la guirnalda.

—¿Sabes qué especie es esta? Nunca he visto nada parecido.

Molly esperó a que se calmara su respiración antes de responder.

—No lo sé, pero ya he tenido ocasión de ver coronas casi idénticas. En Irlanda, cuando era pequeña.

—¿Adornando espantapájaros?

—Estaban por todas partes. También en las puertas, o dentro de las casas, sobre la chimenea. No lo sé a ciencia cierta, pero imagino que eran para evitar el mal de ojo. Simbolizaban el dinero, había quien las llamaba «ramo de oro».

Pantera guardó silencio e inspiró profundamente a través de las fosas nasales. Notó que en ese lugar rondaban los mpungus: espíritus de naturaleza indefinida, sin una precisa connotación positiva o negativa. Tuvo la tentación de sacar de la bolsa que llevaba Molly en la mano el Nganga y los instrumentos rituales, para intentar una invocación. Renunció a ello, cualquiera que fueran los entes convocados por el espantapájaros no podían tener nada contra él. Además, por lo que él estaba percibiendo, eran bastante débiles. Mejor

seguir andando.

—Ándale —le dijo a Molly—. Dame el equipaje, debe de pesar.

Ella obedeció y le sonrió. No es que Pantera se hubiera vuelto galante de repente, sino que simplemente, una vez desaparecidos los guardias, por allí no se veía a nadie y se desvaneció la perspectiva de tener que desenfundar el Smith & Wesson de un momento a otro.

Se tardaba una hora larga en llegar al poblado, amplio y enclavado a orillas de un río. A lo largo del camino la vegetación, ya de por sí escasa y pobre, fue disminuyendo aún más. En este caso, directamente por la mano del ser humano. Tras dejar atrás las colinas entraron en una llanura llena de almacenes, cobertizos, depósitos y tramos de vía, todo ello en aparente estado de abandono. Había también viviendas, de madera y en algún caso de ladrillo, pero las chimeneas no humeaban y las puertas estaban cerradas a cal y canto. Si vivía alguien allí estaba encerrado. No se veía ganado ni animales domésticos alrededor. Varios cuervos que graznaban desde el cielo sobrevolaban huertos de aspecto fértil. Lástima que donde tal vez hubo cogollos y raíces ahora solo había agujeros negros entre terrones que en otro tiempo fueron fecundos.

El nombre de la pequeña ciudad, escrito con pintura sobre un tabla clavada a dos estacas, le arrancó una exclamación a Pantera.

—¡No es Shenandoah! Es Tamaqua. ¿Te dice algo?

A pesar de que se había liberado del peso de la bolsa, Molly parecía muy cansada. Las motas de sus pecas habían enrojecido en la pálida piel de su rostro.

—Está lo suficientemente cerca de Shenandoah. Ahí vive mi cuñado, el marido de mi hermana. Se puede decir que hemos llegado.

—¿Sabes dónde vive?

—Bastará con preguntar, esto está lleno de irlandeses. Si es como en Donegal se conocen todos.

—¿Tu cuñado es minero?

—No, tiene una cervecería. Será fácil dar con él.

La periferia de Tamaqua, formada por cobertizos y pequeñas casas de piedra, también sugería una sensación de abandono, que se fue diluyendo a medida que Pantera y Molly se internaban en el centro. Allí las casas eran mucho más altas y densas, con comercios y oficinas dotados de sus propios letreros. A lo largo de la calle principal —un cartel anunciaba su nombre, calle Ancha Este— había diversos carruajes sin caballos inclinados sobre el barro. La impresión era triste, aunque quizás tenía la culpa el cielo gris.

Los transeúntes eran poco numerosos. Todos los hombres vestían el mismo tipo de gorra aplastada sobre el pelo, la misma clase de chaqueta desgastada, el mismo tipo de pantalones anchos. Ninguno de ellos llevaba pistola a la vista, pero eso era algo con lo que ya contaba

Pantera; sabía que en el norte delegaban, en teoría, la defensa de la comunidad en los agentes de la ley o, en ausencia de estos, en las navajas que ocultaban en los bolsillos. Todo hombre en situación de poder pagárselo disponía de un revólver, pero tenía cuidado de no exhibirlo.

Le sorprendió más el hecho de que incluso las mujeres vestían de un modo uniforme, con largas faldas negras y tocas del mismo color que ocultaban su pelo. Había cuatro o cinco. Parecían todas ancianas, caminaban deprisa y con la cabeza gacha, como si tuvieran frío.

El único lugar animado era la entrada de un hotel que, debido a su gran tímpano triangular, evocaba remotamente un templo griego. El letrero decía: «Salón Estados Unidos». Hombres con chistera, elegantes señoras, cocheros uniformados con librea… Ellos dos se mantuvieron a distancia.

—¿Cómo se llama tu cuñado?

—James Carroll —respondió Molly—. Jim.

—Bien.

Pantera se acercó a un pequeñajo que pasaba por allí y los miraba con curiosidad. Tenía un bigote caído, la típica gorra y un pañuelo azul anudado alrededor del cuello a modo de corbata.

—¿Sabe dónde está el salón de Carroll?

El hombre lo observó y esbozó una sonrisa.

—Querrá decir el hotel de Jim —señaló con un acento gracioso, muy gutural. Molly también hablaba así—. ¿Ven aquella casa pintada de rojo, al lado casi de la iglesia? Ese es el hotel. La entrada está en el otro lado, en la calle Leigh, bordeando el riachuelo.

A Pantera no le hacía gracia que lo miraran sonriendo, como había hecho ese hombre. Se disponían a retomar la marcha cuando el desconocido añadió:

—Ahora mismo el local está abarrotado, hay una reunión de la ABT. Hay gente incluso en la calle.

—¿La ABT? ¿Qué se supone que es?

La sonrisa desapareció súbitamente de los labios del transeúnte. Su actitud se volvió arisca.

—Ah, eso se lo dirán allí. Yo no tengo tiempo para explicárselo.

Se alejó deprisa por la tierra batida de la calle. No obstante, dejó a un lado la hostilidad cuando ya estaba a cierta distancia y se giró para gritar un último consejo:

—¡La dama que lo acompaña no puede presentarse en el local de Jim vestida así! ¡Hágame caso, vaya solo o pídale que se cambie de ropa!

Pantera se quedó estupefacto. Fue aún mayor la perplejidad de Molly, que murmuró:

—¿Qué problema tienen con mi ropa? Primero el revisor y ahora

este.

Pantera se encogió de hombros.

—Tal vez vistes con demasiado colorido y te han tomado por una puta. En esta ciudad todas las mujeres parece que vienen de un funeral. Pero si el hotel es de tu cuñado no deberías de tener ningún problema, ¿no?

Molly vaciló antes de dar una respuesta.

—Nunca lo he visto, pero somos de la misma familia, los O'Donnell… ¿Será porque llevo el pelo suelto?

Se tocó con inseguridad su estoposo cabello como para peinarlo un poco.

—No lo sé. Vayamos y ya veremos.

Mientras caminaban Pantera se dio cuenta por primera vez de que las miradas de los escasos paseantes apuntaban hacia ellos. No le sorprendió demasiado; una pareja formada por un mexicano de piel oscura, ceñido en un guardapolvo gris, y por una mujer alta y pálida, con su pelo rojo suelto sobre unos hombros desnudos habría llamado la atención incluso en Laredo. Aquí, sin embargo, las expresiones de escándalo prevalecían claramente sobre las expresiones de ironía o de pura admiración. Por suerte, parecía que los ciudadanos que caminaban por la calle estaban pendientes de sus propios asuntos. En otras circunstancias posiblemente habría habido un tumulto en torno a ellos.

En el rostro agrietado de un cura católico, que estaba parado en los escalones de una pequeña iglesia de madera coronada por un campanario, el escándalo se combinó con una patente hostilidad. Cruzó los brazos y frunció el ceño de sus cejas rubias. Se hallaba en el umbral del edificio con la pose de un oficial que, desde las murallas de una fortaleza, acecha la llegada de posibles enemigos. Se podía deducir quiénes eran los enemigos por el gran letrero que había a un lado de la puerta: «Iglesia de San Lorenzo. Está prohibido el acceso a este lugar sagrado a los miembros de la Asociación Benéfica de los Trabajadores y de la Antigua Orden de los Hibernios. Por disposición del obispo de Filadelfia, Robert Wood».

Pantera comprendió al instante el significado de las siglas ABT, la Asociación Benéfica de los Trabajadores, pero la otra denominación no le decía nada.

—¿Sabes qué es eso de la Antigua Orden de los Hibernios? —le preguntó a Molly.

La mujer estaba muy impresionada por el cura, que parecía estar observándola a ella. Respondió en voz baja:

—Es una sociedad de irlandeses muy poderosa. Todos los miembros de mi familia forman parte de ella, tanto los de Estados Unidos como los de Irlanda. Tiene que ver bastante con el encargo

para el que te he contratado.

Pantera la miró de reojo.

—¿En qué modo? ¿El individuo al que debo descubrir y matar también es un hibernio?

La respuesta debía de ser compleja, porque Molly se bloqueó. Cuando parecía que finalmente había elaborado una explicación no encontró la forma de verbalizarla. Doblaron la esquina y llegaron a la calle Leigh, una calle embarrada en la que los carromatos y los carros habían trazado surcos en el fango. A su lado fluía un riachuelo impetuoso.

Se encontraron con una muchedumbre mal vestida que estaba parada en silencio ante la puerta de una construcción de tres plantas, de las más altas de la calle y la única con una base de piedra. El gentío estaba atento, tratando de captar fragmentos de las intervenciones que tenían lugar en el interior del edificio.

Un gran letrero sobre la entrada, con tipo de letra Rockwell, anunciaba «Salón Columbia. Habitaciones y Taberna. Cervezas Porter y Ales para el disfrute de los caballeros». El rótulo estaba bajo un trébol verde pintado con mano inexperta sobre los ladrillos rojos de la primera planta. Desde el interior, tras una puerta móvil hecha con dos tablas, llegaban frases recalcadas o gritadas.

Lo que impidió que Molly respondiera por fin la pregunta que le había hecho Pantera fue la exclamación de un muchacho rubio, que cubría su cabeza con una gorra mucho más amplia que su cráneo. Llevaba un chaquetón marrón que le llegaba hasta las rodillas.

—¡Mirad! ¡Un negro y una puta!

Una ruidosa bofetada, propinada por una matrona vestida de luto, evitó que el mocoso pudiera repetir el grito.

—¡No digas palabrotas, Pat!

Pero el mal ya estaba hecho. Buena parte de la concurrencia se giró para mirar a Molly y a Pantera. Afloraron sonrisas desdentadas y taimadas. Varios jóvenes se acercaron.

—¡Eh, mira qué señorita tan bonita!

—¡Ya era hora de que abrieran un burdel en Tamaqua!

—¡Qué infamia! ¡Nosotros en huelga y esa vistiendo bordados y terciopelo!

Uno de ellos, sonriente, alargó los brazos hacia el cuerpo delgado y poco agraciado de Molly. Ella, atemorizada, retrocedió. Pantera dejó caer el equipaje sin preocuparse del posible mal humor que provocaría en el Nganga. Deslizó su mano derecha entre los botones del guardapolvo y alcanzó la empuñadura del Smith & Wesson. Con el dedo índice tocó el gatillo y con el pulgar amartilló el revólver.

2

SALÓN COLUMBIA

El gesto de Pantera bastó para que la gente reculara. O tal vez fue su mirada. O incluso el clic, bien audible, al amartillar el arma. El caso es que los más insolentes de los allí presentes cambiaron de actitud y retrocedieron. Con ello no cesaron las miradas, pero se transformaron en ojeadas cautelosas.

Pantera le hizo una señal a Molly para que cogiera ella la bolsa y se dirigió hacia la entrada del salón. Escuchó un comentario detrás de él: «Debe de ser un hombre de Pinkerton». Contuvo la sonrisa.

Las voces que salían del edificio ya eran nítidas y acaloradas. Se percibían pasajes del debate en curso, en ocasiones recibidos con aplausos.

—Debemos asumir la realidad. Hemos sido derrotados, los patrones han ganado. O volvemos a la mina o nuestras familias morirán de hambre. A mí me llevará un año pagar las deudas que he contraído.

—¿Y qué hacemos? ¿Tiramos por la borda cinco meses? ¿Quién se lo va a explicar a Siney? ¿Vas a ir tú a decírselo a la cárcel?

—Cuidado, no te equivoques. Siney ya iba a abandonar hace tres meses. No es casual que sea galés, los peones siempre le hemos importado un comino.

—Irlandeses, galeses, ingleses… ¿Te parece que es momento de sacar a relucir las diferencias, Duffy? ¡Desde que empezó la huelga estamos todos en el mismo barco!

—No, el barco que se hunde es el nuestro, como siempre. Los jefecillos y los mineros saben bien cómo mantenerse a flote. ¡Son los peones los que se ahogan!

—¡Basta, sometámoslo a votación!

Cuando Pantera entró en el salón, con Molly como escolta, esa última propuesta estaba imponiéndose.

—¡Votemos! ¡Votemos! —gritaban todos, con la vana oposición de la voz robusta que había hablado anteriormente.

—¿Votar qué, por Dios santo? ¿De verdad creéis que podemos seguir adelante con la huelga siquiera tres días? ¡Miraos, no os sostenéis en pie! ¡Y los viejos y las mujeres están aún peor!

Nadie prestó atención a Pantera cuando se detuvo en la entrada,

obstruida por una multitud que estaba sudando a pesar de la baja temperatura. Eso le permitió abandonar la actitud de alerta para examinar con calma el local en el que se hallaba. Las pipas y los puros hacían flotar en el aire una nube blanquecina. A través de sus volutas se vislumbraban casi cien hombres apiñados en un espacio con capacidad para acoger solo a unas pocas decenas. Las mesas hacían de asientos y había gente de pie sobre los bancos. Más allá de todas esas espaldas apenas se divisaba la barra, de zinc. No obstante, los espejos que había tras ella, atravesados por largos estantes cargados de botellas, reflejaban los cuerpos robustos de los taberneros y los delgados de los hombres que tenían enfrente; tipos tan demacrados como furiosos, que cada vez que levantaban el puño mostraban los parches y los desgarros de sus chaquetas a la altura de los codos. El más joven debía de tener catorce años y el más viejo, cerca de cuarenta. Este último era el propio posadero, reconocible por el mandil que le cubría el torso. No se comportaba como un espectador pasivo, ni mucho menos. Por el modo en que se desgañitaba y se retorcía era fácil deducir que se trataba de uno de los líderes.

—¡Comportaos al menos a la hora de votar! —gritó— No hay tiempo para el voto secreto con papeletas en un sombrero. ¡Que levanten la mano los que estén a favor de continuar con la huelga!

La propuesta cogió desprevenidos a muchos. La concurrencia, un poco confundida, dudó. Saltaron los susurros. Después varios brazos se alzaron, pero fueron pocos.

—Bien —murmuró el posadero—. La mayoría de los peones de Tamaqua quiere volver al trabajo. Naturalmente para que la decisión sea válida hay que comunicársela a la ABT. Me ocuparé yo de eso.

Un joven con greñas, que seguía con el brazo en alto, protestó con voz chillona.

—¡No tienes derecho a hacerlo, Jim! ¡Esta es una reunión de los hibernios más que de la ABT! ¡Votar no tiene sentido!

—Ya, ¿entonces tú por qué estás votando?

Pantera, que centró su atención en el tabernero al escuchar que el muchacho lo había llamado Jim, admiró la serenidad y el carisma del hombre. Tenía un semblante ancho y, a diferencia de la mayor parte de los presentes, completamente lampiño. En compensación, la cabellera rizosa y de un tono castaño claro le llegaba hasta la nuca, rozando el cuello. La nariz aguileña, la boca de rasgo duro y los ojos grises con mirada autoritaria le daban a Jim Carroll la apariencia de un senador, de acuerdo a la recurrente iconografía de los hombres políticos en las gacetas y en los carteles electorales.

—¿Sabéis qué os digo? —preguntó a gritos un hombre con un marcado deje alemán que parecía fuera de sí. Vestía de gris y estaba a dos pasos de Pantera—. ¡Que la huelga no tiene nada que ver con esta

reunión! Es un asunto interno de los irlandeses. No es casual que se haya aceptado incluso la presencia de mujeres para hacer bulto. A mí me gustan los debates serios, así que me voy.

Solo una de sus frases alteró a los asistentes.

—¿Mujeres? ¿Qué mujeres? —comenzaron a preguntarse.

Todos centraron su atención en Molly, la única mujer presente. Pantera, que estaba a su lado, sintió cierto embarazo. Pero ya no había forma de escapar de la curiosidad.

—¿La larguirucha de la bolsa? —preguntó el posadero tras recorrer la sala con la vista. Entre tanto, alrededor de Molly y de Pantera se formó un pequeño vacío, por obra de una milagrosa compresión de los cuerpos—. Yo no la he invitado, no sé quién diantres es. ¿Quién eres, hijita?

—Soy tu cuñada, Jim. Soy Molly.

La voz de la mujer sonó débil y tímida, pero llegó hasta el tabernero, que se quedó pasmado.

—¿Molly? ¿Molly O'Donnell, por casualidad?

—La misma.

—En buen momento has llegado… Venga, muchachos, dejadla pasar…

Los presentes adoptaron una actitud muy respetuosa con ella. Un muchacho gordo, con camisa a cuadros, cogió su bolsa. Un hombre barbudo extendió los brazos para abrir un pasillo. Molly, enaltecida por esas atenciones, caminó por él con la cabeza alta y Pantera aprovechó el hueco abierto para seguirla. Detestaba la situación, pero no podía hacer otra cosa.

—¿Quién es el hombre de cara oscura que viene contigo? —le preguntó Jim Carroll cuando Molly llegó a la barra—. Por regla general, no quiero aquí tipos como él. Ni negros ni mulatos.

—Es un amigo.

—Está bien, ya hablaremos después. Ahora hazte a un lado y deja que terminemos la reunión.

En el salón volvieron a sonar alto las voces, entre otras cosas porque mientras el alemán se marchaba alguno había intentado echarle la zancadilla. Se generó un pequeño barullo que fue aplacado por Jim Carroll. Apoyó en la barra sus puños cerrados, se inclinó hacia adelante y gritó:

—¡Se disuelve la reunión! ¡La sección de Tamaqua de la ABT pide a la asociación la vuelta a la mina! ¡Y si alguien nos tilda de cobardes por esta decisión, que se ande con ojo al volver a casa! ¡Cuando los irlandeses se doblegan es solo porque no hay alternativa!

—¿Entonces la lucha se ha acabado? —preguntó, casi con pesar, un joven esquelético desde lo alto de una mesa.

Carroll frunció el ceño.

—No, Paddy. Es la huelga la que se ha acabado, no la lucha —respondió. Tras esa enigmática frase, el posadero hizo oídos sordos a lo que sucedía en la sala y reservó toda su atención para su cuñada—. Sabía de ti, pero nunca nos habíamos visto —le dijo a Molly con un atisbo de sonrisa—. Lo último que esperaba era que te presentaras aquí —se inclinó hacia el otro lado de la barra para besarla en la mejilla, seguidamente miró a Pantera—. ¿Quién es este hombre, tu sirviente? No imaginaba que fueses rica.

—¡No, en absoluto! —replicó Molly—. Tal vez te hayan hablado de él mamá Margaret o los O'Donnell de Wiggans Patch. Es el palero mexicano que he contratado por cuenta vuestra.

—*¿Palero? ¿Qué quiere decir? ¿Qué clase de lenguaje es?*

—Ah, es un tema complicado… En cualquier caso, es el hombre que se debe ocupar del espía.

Pantera se dio cuenta de que el desprecio que lo rodeaba se esfumaba súbitamente. Tanto el posadero como los jóvenes que había al otro lado de la barra lo miraron con respeto. Le pareció incluso que aquel cambio de actitud se había contagiado a la clientela. Es cierto que la mayoría ya se estaban yendo, pero los últimos curiosos miraron con precaución hacia la barra antes de unirse a la cola de los que salían.

—No podemos quedarnos aquí —anunció Carroll, que se puso nervioso de repente. Detuvo con la mirada a los camareros que se estaban acercando—. Molly… y usted también, señor… vayamos a la habitación que hay aquí detrás. Hablaremos mejor allí.

Pantera tardó unos segundos en entender que el término «señor» se refería a él, eso no le sucedía a menudo. Cogió la bolsa de manos del chico gordo y siguió a los otros a través de una puertecilla que había a un lado de la barra, bajo la rampa de madera de la escalera que conducía a las plantas superiores.

El cuartucho en el que entró estaba iluminado por una única lámpara de queroseno, colocada sobre la tapa plana de un baúl. Había cuerdas, toneles, una pala y dos rifles Sharps. El polvo lo agrisaba todo.

Jim Carroll se dejó caer sobre el baúl, que soportó su peso sin crujir. Ignoró a Molly y miró a Pantera.

—De modo que ha venido a ayudarnos.

El mexicano posó la bolsa.

—Yo no ayudo a nadie, sirvo a quien me paga.

—En este caso, a Molly.

—Eso es.

—Yo solo he hecho de intermediaria —adujo la mujer. Estaba visiblemente cansada y apoyó su espalda huesuda en la pared—. Me llegó el dinero desde Shenandoah, con una carta de mi hermano

Friday. Él sabía que en el pasado había estado en México con un cazarrecompensas llamado Pantera y me pedía que lo localizara. Tenía que llevarlo a Shenandoah, pero unos guardias detuvieron el tren para cargarlo de criminales. Así es que aquí estamos.

Carroll asintió.

—Esos a los que llamas «criminales» son los dirigentes de la Asociación Benéfica de los Trabajadores, y su delito es haber mantenido durante cinco meses una huelga en las minas… Pero esto es algo que ustedes dos no podían saber —miró fijamente a Pantera, era evidente que lo estaba estudiando—. Señor, tal vez no haga falta que vaya a Shenandoah. Aquí, en Tamaqua, el problema es el mismo y se llama Gowen.

—¿Gowen? No sé quién es.

—Si sigue usted aquí lo descubrirá en pocas horas. Dígame una cosa… Molly lo ha definido como un cazarrecompensas, ¿lo es realmente?

—No, en absoluto. —Pantera juzgó molesta la pregunta, aunque eso no le dio motivos para desconfiar—. No me embolso recompensas, y desprecio al que lo hace. Normalmente quien me contrata me pide otro tipo de servicios.

—Ya te he dicho que es un palero —intervino Molly.

—¿Qué quiere decir palero?

Esa era la última pregunta que estaba dispuesto a responder Pantera. Lo hizo Molly por él, como mejor pudo.

—Él es una especie de hechicero, está en contacto con las fuerzas del más allá. La magia que practica…

—Magia no, religión —la corrigió Pantera con brusquedad.

—Sí, una religión muy antigua que se llama Palo Mayombe y que proviene de África. No sabría explicártelo, Jim, pero tiene que ver con espíritus que no son ni buenos ni malos, aunque son muy poderosos. Pantera es convocado cada vez que un demonio aparece en la tierra, encarnado en un hombre. Por ejemplo, Frank y Jesse James eran…

Esta vez la reacción de Pantera fue violenta.

—¡Cállate, mujer! ¡No te permito que vuelvas a hablar de mi pasado nunca más!

No levantó la mano para amenazarla con un bofetón, pero fue como si lo hubiera hecho. Molly se pegó a la pared con el terror reflejado en los ojos.

Jim Carroll arqueó las cejas y se acarició la barbilla como si buscara una barba que no había.

—¿Pasado dice, señor Pantera? Jesse James, su hermano Frank, Cole Younger, Clell Miller y el resto de la banda no son pasado, sino presente. Basta con leer cualquier periódico para darse cuenta. El último de los atracos fue hace pocos meses. ¿Y sabe quién los

persigue?

Pantera asintió.

—El mismo que les persigue a ustedes. Allan Pinkerton.

Hubo un instante de silencio. Jim Carroll parecía inquieto. Tragó saliva repetidamente antes de dirigirse a su cuñada.

—Molly, este hombre sabe demasiado. ¿Se lo has contado tú?

—En parte sí. Tenía que informarle sobre el trabajo que debe llevar a cabo, ¿no crees? Sabe que debe descubrir y eliminar a un espía de la Agencia Pinkerton.

La respuesta de la mujer no fue en modo alguno imprecisa. Estaba claro que temía a Pantera, por experiencia, pero Carroll no le daba miedo, aun cuando su tono era intimidatorio.

—¿Sabe también por qué necesitamos un hechicero para una misión como esta?

—No lo sabe. Díselo tú, si te parece.

Carroll se puso en pie y se ajustó el mandil.

—Más tarde. Les alojaré en mi hotel, por el momento. En habitaciones separadas, claro está. O llamarían la atención de todo Tamaqua —dijo, y seguidamente fijó la mirada en Pantera—. Ya sabe lo que le pedimos. La Pinkerton nos espía, aunque no sabemos quiénes son sus informantes. Queremos pagarles con la misma moneda, así que usted tendrá que ponerse a su servicio. No será fácil.

—¿Sabe que me buscan por el asesinato de un ranger de Texas?

—No, no lo sabía. Pero no debería suponer un problema, Texas está lejos. En el peor de los casos, intentaremos solucionarlo.

Los ojos negrísimos de Pantera se entrecerraron.

—Siempre habla en plural. ¿Quién me paga? ¿La ABT?

—No, esa ya está liquidada —Carroll parecía incómodo por primera vez, buscaba las palabras adecuadas—. Tras la huelga hay otra gente… Digamos que el dinero que le hemos adelantado proviene de las arcas de los hibernios. No apoyan el conflicto directamente, pero defienden los intereses de los irlandeses.

—¿Solo de los irlandeses?

—Aquí son los más pobres y explotados —afirmó dirigiéndose a la puerta—. Síganme, les acompaño a sus habitaciones.

Mientras los dos invitados pasaban, el posadero agarró a Molly por un brazo para decirle algo en voz baja.

—Echo de menos a tu hermana, ¿sabes? Era una mujer extraordinaria.

Los ojos de Molly se llenaron de lágrimas.

—Me contaron que hiciste todo lo posible por salvarla, ¿no es cierto?

—Todo lo posible, sí. Por desgracia, no hay forma de sobrevivir al carbunco cuando invade todo tu cuerpo. Tú te pareces mucho a ella,

me alegro de tenerte aquí. Sube y quédate el tiempo que quieras.

—Gracias.

La sala central de la taberna ahora estaba en silencio, aunque no desierta. En las mesas de los lados, entre bancos fuera de lugar y taburetes colocados boca abajo, estaban sentados algunos clientes habituales. Algunos de ellos cuchicheaban y jugaban al dominó. Muchos fumaban colillas de puros con un olor desagradable y penetrante. A su alrededor, los camareros estaban recolocando el mobiliario.

La escalera de madera conducía a un corredor cuadrangular en el que aparecían diversas puertas hechas con traviesas bastas. A Molly y a Pantera los acompañó un jovenzuelo de aspecto insolente que, debido a su labio leporino, parecía reír sin motivo. Abrió la puerta en la que estaba señalizado, con pintura, el número cuatro.

—Esta es la habitación de la señora —anunció jovialmente—. Se llama Molly, si no estoy equivocado. Es muy gracioso.

La mujer, estupefacta, se detuvo en el umbral.

—¿Qué es eso tan gracioso?

—Nada, nada, señora —no se sabía si el joven sentía realmente júbilo o si había que atribuir su aparente diversión a su labio superior hendido—. Aquí Molly es un nombre con un sonido muy particular. Pase usted. No encontrará grandes comodidades, pero las sábanas están limpias y hay incluso un espejo, con palangana y jofaina.

Pantera le entregó a Molly el equipaje.

—Quédatelo tú. Son sobre todo bártulos tuyos, quitando el Nganga. Si necesito algo llamaré a la puerta.

La habitación que le asignaron a él no estaba sucia, pero sí polvorienta. Probablemente hacía al menos un año que ningún huésped se alojaba en ella y cuando Pantera sacudió en el aire la pesada manta que cubría las sábanas se vio envuelto en una pequeña nube gris. Asqueado, abrió la ventana.

La vista era deprimente. No tanto por el suelo irregular y pedregoso de la calle Ancha, a la que daba la habitación, sino por las sórdidas colinas que se divisaban más allá del poblado. Había algún que otro rastro de vegetación, y no demasiado desmedrada. Sin embargo, se limitaba a un espolvoreo de verde demasiado oscuro entre colinas ennegrecidas, salpicadas de construcciones desgarbadas. Tenían, mayoritariamente, el aspecto de gigantescos edificios de madera levantados sin tener en consideración la estética ni la racionalidad. Cobertizos y cubículos se apiñaban formando racimos amorfos, como si hubieran sido construidos en diferentes etapas y para necesidades diversas. De allí partían pasarelas, rampas, escalerillas, canalizaciones, tramos de vía… Todos esos tentáculos descendían hacia Tamaqua y la abrazaban por todas partes, formando un grumo

más oscuro y más grueso a la altura de la estación de tren.

El conjunto estaba presidido por torres, de metal o de madera, y por altísimas chimeneas de ladrillo. Se intuía que las chimeneas, inactivas en ese momento, normalmente vomitaban una corriente continua de humo que llegaba a ocultar el cielo casi por completo. A ellas se debía, muy probablemente, el ennegrecimiento del suelo hasta donde alcanzaba la vista, aunque aún sobrevivía el verde del bosque y de la pradería en algunas zonas. No obstante, Pantera tenía la sensación de que la expansión del hollín solo se había visto frenada temporalmente, y que pronto devoraría lo poco que quedaba de natural en aquel paisaje.

Notó movimientos en la calle, hasta entonces casi vacía. Pero antes de indagar sobre su origen había un asunto urgente. Primero cerró desde dentro la puerta de la habitación dando dos vueltas con la llave, después se desabrochó el guardapolvo y dejó sobre la única mesita que había junto a la cama el revólver Smith & Wesson tras comprobar que estaba bien engrasado. A continuación orinó en la bacinilla: un cilindro de latón esmaltado en blanco, con un embudo como tapa que se podía retirar en el caso de que las necesidades fisiológicas del huésped fueran de naturaleza sólida. Por suerte, aunque no habían cambiado la manta durante meses, alguien había lavado el orinal tras la marcha del último cliente. En el Oeste había visto hoteles mucho peores.

Volvió a la ventana y se asomó. Lo que vio le sorprendió y le intrigó. Grupos de niños muy silenciosos salían de los soportales y de los callejones laterales. Estaban tratando de alinearse en una fila bastante irregular en el centro de la calle Ancha. Desde esa distancia todos se asemejaban: gorra en la cabeza, abrigo demasiado ancho y demasiado largo, pies descalzos… Muchas niñas vestían como los varones o llevaban vestidos de tela. Pantera tuvo que aguzar la vista para ver hacia dónde se dirigían los críos. Entonces lo entendió. Ante un porche adornado con el letrero de un dentista brillaban las llamas de una hoguera y una gran olla emitía vapores. Un hombre barbudo y varias mujeres vestidas de negro llenaban con cucharones los cuencos que los niños les pasaban.

Llamaron a la puerta. Pantera se apartó a regañadientes de aquel espectáculo.

—Molly, ¿eres tú?

—Sí, soy yo. Traigo tus cosas.

El mexicano giró dos veces la llave en la cerradura.

—Déjalas ahí —le dijo señalando el pie de la cama, después volvió a la ventana—. Es extraño, esta gente debe de estar muriéndose de hambre.

—¿Qué tiene de extraño? Ellos mismos lo han dicho, ¿no?

—No me dio la sensación de que tuvieran tanta miseria. Pero viendo a esos chamacos…

—¿Chamacos?

—Esos niños.

—¿Qué niños?

Molly trató de llegar a la ventana, pero Pantera la detuvo y cerró el cristal. Nada le molestaba más que las teatrales expresiones de instinto maternal.

—Cinco meses de huelga, decían los de ahí abajo. ¿Sabes por qué? Nunca había oído hablar de huelgas tan largas.

Molly negó con la cabeza. Se puso a colocar con cuidado, sobre el borde de latón pintado de rojo, la camisa, los pantalones y la muda que le llevaba a Pantera.

—Imagino que están mal pagados. Las huelgas suelen comenzar por eso —comentó ella.

—Los de la asamblea distinguían entre obreros y mineros. Yo creía que todos los trabajadores de la mina desempeñaban la misma actividad. ¿Tú sabes algo de eso?

—No, lo único que sé es que los patrones son, en su mayor parte, ingleses. Ya era así en Irlanda y sigue siendo así aquí.

La respuesta era insatisfactoria, pero Pantera no esperaba de Molly una explicación detallada. Miró las prendas de vestir que la mujer había terminado de colocar sobre el borde de la cama.

—Veo mi ropa, pero ¿dónde están mis instrumentos? Ya sabes a qué me refiero. El npaka y los ingredientes del Nganga…

—Eso lo he dejado en la maleta. Ni siquiera lo he tocado —aseguró Molly, que a continuación bajó la voz—. Sabes que me da miedo.

Pantera se quedó desconcertado, pero sonrió socarronamente.

—Vale, has hecho bien. Quiero un cigarro y un poco de alcohol para relajarme. Pero no a la vista de un bilongo.

—Lo encontrarás abajo.

—Lo sé. Mientras tanto tú limpia mi habitación, está que da asco.

Antes de bajar a la planta inferior, Pantera cogió el Smith & Wesson y lo guardó en su cintura. Se aseguró de que los bolsillos del guardapolvo estuvieran llenos de tambores de reserva debidamente cargados. Evitó volver a mirar desde la ventana la cola de los niños, porque las escenas patéticas le horrorizaban. Al salir dejó la puerta entreabierta.

En la taberna los camareros habían hecho una discreta limpieza y habían recolocado las mesas y los bancos en orden simétrico. Jim Carroll estaba tras la barra, sirviéndole cerveza a un jovenzuelo con el que conversaba sottovoce. Unos cuantos clientes mataban el tiempo junto a una gran estufa de hierro fundido, a la espera de que limpiaran los asientos del barro del calzado de los que se habían

subido a ellos.

Pantera apoyó los codos en la superficie lúcida de la barra de zinc. Aguardó a que Carroll interrumpiera su charla para que le sirviera de beber. Durante varios minutos esperó en vano. Finalmente cruzó su mirada con la del tabernero y le hizo una señal.

La reacción fue totalmente inesperada. Carroll lo miró de soslayo.

—¿Quieres un trago, mexicano? Para ti no hay. Ya es suficiente con que haya aceptado darte alojamiento. Lo he hecho por mi cuñada, pobre ingenua. Pero a un apestoso espía no le sirvo ni güisqui ni cerveza.

La mano derecha de Pantera se movió en dirección al Smith & Wesson. Sin embargo, al cabo de un instante comprendió lo que estaba pasando; la actuación había comenzado. Le maravilló la astucia del irlandés.

—No soy un espía —se limitó a objetar, con voz neutra.

—Di lo que te dé la gana, medio negro. Puedes dormir aquí, pero no te voy a servir ni una gota de alcohol.

Los hombres que estaban cerca de la estufa se abrieron paso entre los bancos. El más grueso de ellos vestía un chaquetón pesado que debía de estar relleno de trapos. Sus rizos, de un rubio que tiraba a rojizo, tocaban el cuello de lana de oveja, cosido de la mejor forma posible.

—¿Un espía de Gowen? ¿Por qué no lo has dicho antes, Jim? —preguntó riendo entre dientes.

—De Gowen no, de Pinkerton. Viene a ser lo mismo.

—Mejor todavía. Vamos a marcarle esa cara tiznada.

La mano del coloso sacó del chaquetón una navaja que abrió con una sacudida de muñeca. Pantera evaluó la situación. El público en la taberna era escaso, le convenía trasladar la pelea a la calle.

Saltó ágilmente sobre un banco y después pasó por encima de una mesa para superar al agresor. Un amigo de este trató de agarrarlo, pero Pantera se zafó de él. Corrió hacia la puerta, la empujó y se encontró en la calle Leigh. Sin dejar de correr llegó a la calle Ancha, la calle más concurrida. Desbarató la fila de los niños, que se extendía hasta allí.

Al cabo de pocos segundos apareció en el cruce el hombre con la navaja. Jadeaba, ahogado por el furor.

—¡Deténte, hijo de mala madre! ¡Maldito espía, te voy a cortar el cuello!

Pantera se detuvo para hacerle frente. No tenía la más mínima intención de usar el revólver, pensaba resolver el asunto a puñetazos. Sin embargo, una pedrada rozó su oreja y al girarse hacia la dirección de la que provenía el proyectil estuvo a punto de recibir otra en plena cara. Los niños estaban cogiendo piedras y puñados de arena para

lanzárselos. Vio incluso a varias mujeres vestidas de negro agachándose en busca de guijarros.

Su instinto le sugería que sacara el Smith & Wesson, pero la razón se lo prohibía. Se prestó a hacer de diana durante unos segundos. Entonces vio al cura católico, que le hacía gestos ostensibles desde el umbral de la iglesia para que fuera hacia él. Lo estaba invitando a acercarse. Medio cegado por la arena, obedeció de manera mecánica.

Mientras subía los escalones de la pequeña iglesia vio al energúmeno agitando la navaja a una distancia prudencial. Seguían lloviendo piedras, cada vez más grandes y densas como el granizo. Los musculosos brazos del sacerdote lo arrastraron hacia el interior del templo. Antes de dejarse llevar Pantera, presenció el espectáculo más desconcertante de todos.

Por la parte del hotel que daba a la calle Ancha vio a Molly asomada a la ventana. Estaba insultándolo a él, al mismo tiempo que arrojaba a la calle unos pantalones y unos calzoncillos que hasta entonces pertenecían al mexicano. Los chiquillos se los disputaron.

3

KATE BOYLE

En la nave de la iglesia, sencilla y sin ornamentación, Pantera miró al sacerdote que lo había rescatado. No le gustó ni siquiera un poco, y no era porque en su rostro expresara algo desagradable. En realidad, no expresaba nada más que una solidaridad artificiosa.

En la religión que practicaba Pantera la figura más cercana a un cura —el palero rayado, lo que él mismo era— irradiaba carisma, como mínimo. En el peor de los casos tenía un rostro atormentado y rugoso, señal del esfuerzo por mantenerse en contacto con el más allá y tratar de dominar sus fuerzas. En consecuencia, el rostro lampiño del sacerdote que estaba frente a él, su boca de niño, su piel tersa y su pelo escaso pero demasiado negro, le generaban desconfianza. No era un hombre que sufriera todo lo necesario.

El cura habló con tono cortés, sin que se percibiera en su voz ni un ápice de sinceridad. Tampoco es que mintiera, era solo que obedecía a algunos estereotipos.

—Bienvenido a la casa del Señor, hermano. Soy el padre Walsh. Considero que era mi deber ponerte a salvo de esos salvajes.

—Se lo agradezco, padre —contestó Pantera liberando su codo de la mano del religioso—. ¿Pero por qué los llama salvajes?

La pequeña boca del cura dibujó un círculo casi perfecto.

—Bueno, usted mismo lo ha visto, ¿no? Desde el más pequeño al más anciano solo saben expresarse por medio de la violencia. Es un antiguo mal irlandés.

Pantera le lanzó una mirada inquisitiva.

—Su apellido también es irlandés, si no me equivoco.

—Es cierto, pero no vaya a pensar que todos los irlandeses somos iguales. Yo nací aquí, y por tanto soy americano irlandés. Hay una gran diferencia.

—¿Cuál se supone que es?

—Ah, bueno… En realidad, las diferencias son más de una respecto a los recién llegados desde Donegal. En primer lugar, la aceptación de un sistema democrático. Después, la conciencia de que obreros y patrones tenemos una patria común. Por último… —Ahí dudó el padre Walsh, que acabó encogiéndose de hombros—. Por último nada, usted no lo entendería. Creo que le interesaría más una sopa caliente.

—Por qué no. Pantera esperaba que lo condujera a una rectoría con un ama de llaves atareada entre fogones. Sin embargo, el cura vivía solo en un pequeño alojamiento de paredes de madera, contiguo a la iglesia. Se accedía a él a través de una puertecilla que había a la derecha de la nave, cerca del único confesionario. El catre, la cocina y la mesa compartían estancia. La ventana era demasiado pequeña, tanto que la lámpara de queroseno estaba encendida a esa hora del mediodía. Sobre la campana de la chimenea apagada colgaba un crucifijo, y un estante suspendido sobre la cama albergaba únicamente una Biblia, un breviario y unos cuantos periódicos amarillentos.

Walsh se aproximó al paralelepípedo de la estufa de ladrillo. Levantó la tapa de una cacerola.

—Tengo alubias —anunció—. Con pan están buenas incluso frías.

—Démelas frías —respondió Pantera mientras tomaba asiento en una silla de mimbre que había en una esquina de la mesa.

—¿Sabe qué? —murmuró el cura, un poco avergonzado, mientras descolgaba un cucharón de la pared—, los donativos a la iglesia se redujeron a cero desde que empezó la huelga. Eso dice bastante sobre el cristianismo de los irlandeses de Tamaqua.

—Es extraño, los irlandeses son conocidos por su fervor católico.

—Eso es solo en apariencia. Pero no me haga hablar de ello, me pondría de mal humor.

Walsh sacó de una amasadera un par de cuencos con los bordes mordidos. Con el cucharón las llenó de un bodrio oscuro que ya estaba cuajado. Seguidamente removió con una cuchara el contenido de los dos recipientes para devolverle la fluidez al líquido.

—Listo. No es plato exquisito, pero al menos es nutritivo… Ah, espere, voy a por el pan.

—No importa —contestó Pantera, que acercó el bol y aceptó de manos del sacerdote la misma cuchara con la que había revuelto el guisote—. Imagino que los huelguistas lo pasarán peor que usted.

—¡Sí, pero esos se lo han buscado!

—¿En qué sentido? Yo soy de fuera y no sé nada de lo que ha pasado aquí. Sin embargo, sé que la gente no suele hacer huelga sin motivo, menos aún cuando la hace durante varios meses.

El padre Walsh también se sentó y empezó a comer. Sorbía de la cuchara succionando mientras le goteaba el caldo por la barbilla. Pantera se percató de que le faltaban unos cuantos dientes, si bien los que le quedaban parecían sanos.

—A veces el diablo nos tienta con malos consejos —aseguró el cura —. Especialmente cuando se encarna en organizaciones que tienen como fin sembrar el desorden. En Tamaqua, y en general en los condados de Schuylkill y de Carbon, tienen nombres concretos: la Asociación Benéfica de los Trabajadores y…

—Y la Antigua Orden de los Hibernios —completó la frase Pantera.

El semblante de Walsh se iluminó.

—¡Muy bien! Lo ha leído en el letrero que he colocado ahí fuera, ¿verdad? Vi que lo miraba hace una hora, cuando pasó con esa puta. En ese momento me sentí un poco irritado con usted, porque aún no sabía quién era.

También Pantera estaba comiendo, pero más silenciosamente. Acabó de tragar una cucharada de aquella bazofia fría tratando de ignorar su sabor y a continuación alzó la mirada.

—¿Quién se supone que soy, según usted?

—Un hombre de la Agencia Pinkerton, ¿no? —el cura esperó una confirmación que no llegó, de modo que se la dio él mismo—. Si no fuera así, esos mocosos no le hubieran tirado piedras. Todos saben, incluso ellos, que Pinkerton está enviando hombres a esta ciudad. Ningún otro forastero pondría un pie aquí. No hay trabajo, no hay atracciones, no hay nada de nada. Aquí solo vienen agentes o subversivos, pero los subversivos son pálidos y flacos, y no llevan putas a cuestas.

El cura mantuvo la cuchara suspendida en el aire, complacido ante sus propias deducciones. Pantera dejó que se regodeara un poco mientras preparaba una respuesta coherente. Engulló más bodrio y acabó diciendo, en voz baja:

—Los que nos dedicamos a este trabajo estamos acostumbrados al silencio. Ahora debo contactar con los infiltrados, porque los que me enviaron aquí no me dijeron cómo hacerlo.

—¡Ah, eso es sencillo! Solo tiene que ir a ver a Michael Beard. Regenta con su hermano Samuel un pequeño hotel que hay detrás de la cárcel —dijo Walsh, que rio al ver la reacción de Pantera—. ¡No ponga esa cara, no se trata de infiltrados! Mike y Sam son dos de los jefes del Comité de Vigilantes de Tamaqua, personas honestas que actúan a la luz del día y de acuerdo con la Policía del Carbón y el Acero. Fueron de los primeros, en 1873, que pensaron en contratar a la Agencia Pinkerton. El señor Gowen siguió su consejo.

—Deben de ser muy influyentes.

—Lo son. No obstante, su vida en Tamaqua se ha vuelto muy difícil de un tiempo a esta parte. Lo recibirán con los brazos abiertos, ya verá.

Pantera aprovechó la oportunidad para dejar de engullir la repugnante comida. Posó la cuchara en el cuenco y se levantó.

—Voy de inmediato —anunció—. ¿Por qué dice que los Beard tienen una vida muy difícil? La fuerza, me parece a mí, está de su lado.

También el cura se levantó de la silla, aunque de mala gana; era evidente que le hubiera gustado continuar con la conversación. Comer

con compañía no debía de ser muy habitual para él.

—En el condado de Schuylkill no basta con tener la fuerza o la razón. Aquí hay que andarse con ojo incluso cuando uno vuelve a casa. Hubo dos asesinatos el año pasado, seguro que usted ya está al corriente. Suman diez desde el final de la guerra de Secesión.

—Lo sé, estoy al corriente —mintió Pantera mientras se dirigía hacia la puerta.

—¿Y qué me dice de los sabotajes y de los incendios? Ya hemos perdido la cuenta de cuántos van. Ni siquiera ha servido de nada el hecho de que el cardenal West haya excomulgado a los hibernios. Y encima se atreven a llamarse católicos. Para la gente honrada del condado la esperanza está en personas como usted, capaces de aplicar el principio bíblico de ojo por ojo.

—Haremos todo lo posible —dijo genéricamente Pantera al salir.

La calle Ancha ahora estaba desierta. El mexicano bajaba los últimos peldaños de la iglesia cuando desde lo alto le llegó la voz interrogativa de Walsh.

—A propósito, ¿cómo se llama?

Fingió que no lo había oído y se fue caminando por la calle.

Pantera no tenía intención de buscar de inmediato la cárcel y el hotel de los hermanos Beard. Debía de ser primera hora de la tarde (ningún campanario marcaba el tiempo) y, aunque el sol seguía siendo débil, aún había mucha luz. Prefirió, por tanto, tratar de conocer mejor la ciudad.

En la calle Ancha, junto a edificios precarios y prematuramente ruinosos, como los que se podían ver en el Oeste, se alzaban construcciones más ambiciosas. Por ejemplo, un estiloso edificio de dos plantas con elegantes balcones en la esquina con la calle Hunter Norte. Más adelante había un teatro que debía de haber conocido tiempos mejores, coronado por un letrero con su nombre: Victoria. Y también un banco, diversos hoteles, la oficina del sheriff… Pero todo confluía, como succionado por un torbellino de arena y de piedras, en la estación ferroviaria. La estación, enorme respecto a las proporciones del poblado, era la que —aparte de los vacíos castillos de madera y de las chimeneas de la colina— le daba una identidad propia a la localidad.

Las vías se entrecruzaban, las vagonetas y las locomotoras parecían estar a la espera de poder ponerse en movimiento tras una larga parada no deseada. Un río impetuoso, justo a su lado, lanzaba espuma contra las rocas de la orilla formando oscuros remolinos; aunque menos oscuros, era de suponer, que cuando las minas de los alrededores estaban a pleno rendimiento.

Entre el río y la estación, en torno a los cobertizos bajos de algunos almacenes, se veían las únicas señales de vida visible a esa hora y ese

día en Tamaqua. Unos pocos agentes de la Policía del Carbón y el Acero vigilaban los accesos, con el Winchester bajo el brazo. Pantera dedujo que aquellos largos barracones eran economatos y que temían actos de saqueo. Eso era un indicio más de una miseria de la que él, hasta ese momento, solo había percibido rastros indirectos.

Uno de los hombres de la Policía se percató de su presencia y caminó en dirección a él. Lo cierto es que el tipo no tenía nada mejor que hacer.

—Eh, negro, ¿qué haces aquí? ¿No sabes que está prohibido merodear por esta zona?

Pantera esperó a que el hombre se acercara y mientras tanto lo observó detenidamente. Rostro rubicundo, poco pelo, bigote rubio, anchos hombros pero abdomen prominente. Fingía que estaba enojado, aunque se notaba que no era verdad. Solo quería divertirse y entretener a sus compañeros.

Cuando el agente estuvo a tiro, Pantera le dijo con voz serena:

—No, no sabía que estuviera prohibido. Ahora ya lo sé.

—¿Entonces qué?

—Pienso quedarme aquí todo el tiempo que quiera.

El tono del mexicano se endureció. El guardia se detuvo de repente, como si lo paralizara un golpe inesperado. Estupefacto, miró a sus compañeros, aunque no estaba seguro de que hubieran escuchado el diálogo, dada la distancia a la que estaban. Arqueó las cejas, levantó el Winchester y se dispuso a cargarlo.

La secuencia de acciones se alargó demasiado. Antes de que la bala estuviera en el cañón, el guardia se encontró con el Smith & Wesson del mexicano a un palmo de su cara. El percutor del revólver ya estaba levantado.

—Deja caer el rifle a tus pies.

El guardia trató de farfullar algo, pero tuvo que obedecer. Sus compañeros corrieron hacia allí, armas en mano. Pantera no los miró siquiera, les habló sin apartar la vista del hombre que tenía enfrente.

—Mantened los cañones hacia abajo. Si los levantáis, a vuestro amigo le va a estallar la cabeza.

Triunfó el desconcierto entre los socorredores. Uno de ellos preguntó, en un tono áspero:

—¿Quién eres tú? ¿Un molly?

Pantera disimuló su asombro al escuchar ese nombre e improvisó una respuesta.

—Trabajo para la Agencia Pinkerton. Preguntadles a los hermanos Beard si queréis confirmación.

—¡Ya sé quién es! —exclamó uno de los agentes—. Lo vi por la calle esta mañana, se refugió en la iglesia católica para evitar que lo lincharan. ¡Realmente es uno de los pinkerton!

Ante esas palabras todos los rostros se relajaron, incluido el del hombre al que Pantera estaba amenazando, que incluso esbozó una sonrisa

—¡Podrías haberlo dicho antes, amigo! Ni el capitán Linden ni el capitán Williams nos informaron de que entre la gente de la Agencia había un ne… un mexicano. La cosa podría haber acabado mal —dijo haciendo ademán de recoger el rifle del suelo.

—Espera, la cosa aún no ha terminado.

La advertencia de Pantera, que no había bajado el revólver, trajo de vuelta el hielo. El agente permaneció en la posición encorvada en la que estaba.

—¿Qué quieres decir?

—Yo tengo una norma: nadie que me amenace sale indemne. Echa hacia adelante tu oreja. Perderás una oreja, pero salvarás la vida.

El guardia pareció no entenderlo. También sus compañeros se quedaron boquiabiertos. Tras un respiro Pantera dijo:

—Si no empujas tu oreja te arriesgas a que te vuele medio cráneo. Tú decides.

—Ese está loco —murmuró alguien.

—Date prisa, no tengo mucho tiempo —se impacientó Pantera—. Contaré hasta tres. Uno, dos…

No se sabe si se trató de un movimiento instintivo, pero el caso fue que el hombre colocó dos de sus dedos detrás de la oreja y, desesperado, la empujó hacia adelante. Al cabo de un instante un disparo del Smith & Wesson le arrancó buena parte del pabellón auditivo. El hombre dejó escapar un alarido. Con los dedos índice y medio, que habían perdido sus falanges, tocó una parte del cartílago que estaba sangrando profusamente. Faltó poco para que se desmayara.

Pantera se apresuró a apuntar con el revólver aún humeante a los demás agentes.

—Hasta este momento solo habíais tratado con pinches pendejos, ahora ya sabéis cómo trabajan los hombres de Allan Pinkerton —les dijo en un tono casi hilarante—. Si queréis referencias mías podéis preguntadles a los hermanos Beard, ellos saben quién soy.

Con gestos deliberadamente lentos Pantera recolocó en su cinturón el revólver, que aún quemaba. Como había previsto, ninguno de los agentes trató de reaccionar. Se quedaron patidifusos. El herido, encogido en el suelo, gemía tenuemente y trataba de contener con la mano la pérdida copiosa de sangre. El mexicano le dio la espalda al grupo y siguió su camino.

Ahora era cuestión de encontrar a los Beard antes de que la Policía del Carbón y el Acero acudiera a ellos en busca de la inevitable verificación. Dejó la calle Ancha y embocó a la calle Berwick, mucho

más estrecha, mientras el sol declinaba a pasos agigantados. La calle, bastante decorosa al principio, pronto se fue degradando con hileras de cabañas con paredes y tejados de madera. Allí había gente: mujeres recogiendo la ropa tendida, niños jugando al fútbol con una pelota hecha de trapos, viejos fumando en pipa en la puerta de casa… Pero sobre todo había ratas, gordas y atrevidas, que se disputaban los desperdicios diseminados por todas partes. Pantera había encontrado, finalmente, las escenas de miseria que estaba buscando. Más que las casas, eran las ratas las que la representaban.

Una muchacha de grandes ojos verdes salió de un patio y se paró ante él. Le sonrió con unos dientes amarillentos pero intactos en una época en la que la caries causaba tantos estragos como una epidemia.

—Forastero, ¿quieres pasar un rato conmigo? No pido mucho y soy buena.

Pantera la miró. Aparentaba dieciséis años, tal vez menos. Vestía una amplia chaqueta de hombre, de color marrón, que ocultaba sus pechos, si los tenía, y una falda de lino amarilla que le llegaba hasta el tobillo. Llevaba los pies descalzos. Su rostro era más bien tosco, cubierto de pecas como el de Molly, pero resultaba agradable, o al menos emanaba frescura. Pantera, acostumbrado a examinar minuciosamente a todas las personas que se cruzaban en su camino, notó que los dedos de sus manos estaban muy hinchados y surcados por cicatrices que no eran recientes.

—Eres muy joven —comentó—. Tus padres no estarían de acuerdo con eso que me estás proponiendo.

—Ah, ¿ellos? —respondió la muchacha encogiéndose de hombros —. ¡Por supuesto que no estarían de acuerdo! Pero no pienso contárselo, ni tampoco al abuelo. Les hacemos creer que el dinero que llevo a casa es suyo.

—¿De tu abuelo? ¿Y él lo consiente?

—No le gusta, pero hace todo lo que yo le digo. No podemos morirnos de hambre —dijo la chica, que a continuación señaló un cercado—. Está prácticamente a oscuras, ahí detrás no nos verá nadie.

El mexicano se sintió un poco confundido por la naturalidad y la espontaneidad con la que hablaba la joven. Casi lamentó tener que decepcionarla.

—No tengo tiempo, debo ir al salón de Michael Beard. ¿Sabes dónde está?

—¿Bromeas? —la muchacha parecía preocupada, no por ella sino por Pantera—. Ese es un espía. Es uno de los hombres de Daniel Shepp, un vigilante.

—¿Y si resulta que yo también soy un espía?

Pantera se sintió incómodo mientras aquellos dos ojos demasiado verdes y demasiado grandes lo escrutaban. La joven respondió:

—No, tú no puedes ser un espía. Escucha, hagamos una cosa… Yo te acompaño al hotel de Beard, no estamos lejos, está detrás de la cárcel. Tú a cambio me invitas a comer. Después decides si te apetece venir al prado conmigo.

—Sí, hagamos eso —convino Pantera.

La muchacha parecía contenta.

—¡Pues vamos! ¡Me muero de hambre!

Ese entusiasmo involucró, a su pesar, a Pantera, que se dejó llevar de la mano. En efecto, el hotel no estaba lejos. Se hallaba detrás de la calle Ancha, tras un edificio bajo de planta cuadrada, que ya tenía las ventanas iluminadas desde el interior; se notaba que era una prisión por los barrotes que había en las plantas superiores.

Cuando ya tenían a la vista el hotel, Pantera le preguntó:

—¿Cómo te llamas, pequeña?

La muchacha se enfurruñó por ese calificativo.

—No soy tan pequeña, mi hermana tiene un año menos que yo y ya está casada —protestó, pero al cabo de un instante su rostro se volvió a relajar—. Me llamo Kate Boyle. ¿Y tú?

Pantera no respondió.

—¿Siempre te has dedicado a… lo que te dedicas ahora?

—No, antes de la huelga trabajaba en la mina, con los demás chicos. En el lavadero, el cobertizo donde se separa la antracita de las piedras. ¿No has visto mis manos?

Kate le mostró, con cierto orgullo, los dedos hinchados y agrietados. Pantera los observó sin reaccionar, estaba pensando en otra cosa.

—¿Quién fue tu primer cliente?

—El hermano de Mike Beard, Sam. Pronto lo conocerás, este es el hotel.

El edificio que tenían delante, apenas distinguible entre las sombras rojizas de la puesta del sol, mostraba en su fachada la leyenda en pintura «Salón Washington. Camas y Güisquis de primeras marcas». Era de solo dos plantas y su apariencia era mucho más modesta que la del Columbia de Jim Carroll. Alguien se había encargado de tapar el dibujo de un trébol, aunque el verde afloraba por debajo de la capa de cal.

En cuanto Pantera y Kate entraron en la taberna, que ocupaba la planta baja, los atrapó el humo de las pipas y los cigarros, el débil e insistente gemido de un violín sobre el hombro de un ciego y el runrún de la multitudinaria clientela. En comparación con el local de Carroll, el mobiliario allí era más elegante, y lo mismo se podía decir de los parroquianos; casi todos hombres, obviamente, aunque también había algunas mujeres, sentadas en mesas laterales que estaban separadas por tabiques un poco más altos que los respaldos de los

bancos. Todas ellas estaban acompañadas por sus maridos, o quizás sus amantes, y llevaban sombrerito y cuello alto de encaje. Ninguna vestía ropa realmente fina, pese a lo cual su aspecto era indudablemente decoroso.

La entrada de Pantera y de la chica suscitó algún que otro comentario, de sorpresa más que de escándalo. No obstante, la verdadera reacción se reflejó en los hechos más que en las palabras: varios clientes que estaban de pie dieron la espalda a los recién llegados y otros retrocedieron para dejarles pasar arqueando las cejas, con lo cual les resultó fácil llegar hasta la extensa barra de zinc.

—¿Michael Beard es aquel? —preguntó Pantera.

—Sí, es él —respondió Kate.

No era difícil saber a quién se referían. Detrás de la barra, ante unos estantes cargados de botellas y un cuadro tan desteñido que no se percibía el tema, solo había un hombre. Era robusto, casi calvo y barbudo. Tenía frente amplia, ojos grises y mirada inteligente, un bigote de herradura engominado a conciencia, y de su barbilla colgaba una barba con un corte exactamente triangular. Tan pronto como vio a Kate le sonrió con calidez.

—¡Mira quién ha venido! ¡Nuestra putita favorita! Es una pena que no esté Sam, anda de vigilancia por los pozos mineros.

—¡Hola, Mike! —respondió la chica.

El hostelero trasladó su atención a Pantera.

—Kate, veo que tienes un nuevo amigo. Un poco oscuro de piel, diría yo.

—¿Supone eso un problema para usted? —preguntó el mexicano con tono gélido.

—No, en absoluto. Son los irlandeses los que temen la competencia en el trabajo. Yo soy galés, gracias a Dios. ¿Qué les sirvo? —preguntó señalando las botellas que tenía a la espalda—. Esta noche invito yo.

—¿Por qué? —preguntó Pantera.

—Porque pasó por aquí antes el padre Walsh. Me habló de usted y me dijo para quién trabaja. Está usted en su casa —afirmó Beard ampliando su sonrisa.

—Yo no querría beber solamente, me gustaría comer algo —balbuceó Kate aprovechando el ofrecimiento.

—Entonces siéntense en una de las mesas. Hoy no tenemos mucho en la cocina, pero lo podemos remediar con unas salchichas y unas alubias. Le conviene estar en forma para esta noche, la pequeña es agotadora —afirmó guiñándole el ojo a Pantera—. Me lo ha contado Sam, y varios clientes me lo han confirmado.

—Se lo agradezco —murmuró Pantera.

El mexicano empujó a Kate hacia las mesas, había dos libres y escogió la más apartada. Mientras se dirigían a ella, las miradas de los

parroquianos se volvieron más indiscretas y algunos de ellos ya se mostraban abiertamente escandalizados.

—Es la primera vez que me permiten sentarme aquí —musitó Kate dejándose caer sobre un cojín de terciopelo rosa descolorido por el desgaste de los años—. Dios bendito, qué agradable es estar entre ricos.

—Yo no soy rico.

—¿Qué importa? Es todo gratis, ¿no lo has oído? Desearía tener aquí a mi abuelo para meterle algo en la boca. Está completamente desdentado, soy yo la que tiene que darle de comer.

Hacía un calor excesivo. La muchacha se quitó la chaqueta y mostró una blusa blanca, también esa era de hombre. Pantera notó que tenía pechos, aunque aún inmaduros. Él, por su parte, se quitó el sombrero, liberando su cabello espeso y negro.

—¿Conoces a los que están aquí?

—A unos pocos. Al señor Bannan, por ejemplo —Kate señaló a un personaje de pelo gris y aire distinguido—. Fue el editor de La Gaceta Minera antes que Robert Ramsey, ahora se dedica a la política. Está también Daniel Shepp, el jefe de los vigilantes. Te está mirando precisamente a ti.

Pantera evitó girarse en esa dirección. En lugar de eso sacó del bolsillo un cigarro amarillento y delgado y lo encendió con un fósforo de una caja de cerillas que había en el centro de la mesa. Mientras echaba la primera calada preguntó:

—¿Son clientes tuyos, por casualidad?

—¿Los que acabo de mencionar? No, esos nunca se ensuciarían con alguien como yo. Si necesitan una chica van a Shenandoah, allí hay un burdel. De los que paran por aquí yo solo he estado con Sam, con su hermano y con algunos guardias y mineros. Sam fue el primero.

—¿Fue él el que te desvirgó?

Kate estalló en una carcajada ruidosa.

—¡Oh, no, ese fue mi abuelo! Yo acababa de cumplir once años y él había bebido demasiado…

Los interrumpió la llegada de las salchichas y las alubias, las traía Mike Beard en persona. Detrás de él iba Daniel Shepp, que había reemplazado al camarero y cargaba con tres jarras llenas de cerveza de color ámbar. El ancho rostro de Shepp, adornado con una barba collar, mostraba cordialidad y amistad.

—¿Me permiten que me siente a su mesa? —preguntó—. Es raro tropezarse con forasteros en Tamaqua en estos tiempos. Además Kate, deja que te lo diga: esta noche estás preciosa.

—Gracias —la muchacha sonrió.

Pantera le indicó con un gesto sobrio el extremo del banco.

—Siéntese. Ya sé quién es, no hacen falta las presentaciones.

La cordialidad de Shepp pareció acentuarse tras ese comentario.

—No, no hacen falta. Sé que esta tarde le arrancó una oreja a Reg Murphy, de la Policía del Carbón y el Acero. Telegrafié a Franklin, de la Pinkerton, y he recibido la respuesta hace un rato. Lo sé todo sobre usted.

Pantera se tensó ligeramente.

—Tal vez no sea buena idea hablar de estas cosas en presencia de una señorita.

—¿Por qué no? —preguntó Shepp. Tomó asiento en el banco y hundió los labios y la nariz en la espuma de la cerveza.

4

EQUÍVOCOS

Pantera aguardó a que Shepp terminara el trago. Mientras tanto lo observó con mirada interrogativa, para hacerle ver que esperaba escuchar sus conclusiones. Se percató de que en el jefe de los vigilantes todo era ancho: la frente, los huesos faciales, la barbilla, el cuerpo… Únicamente su nariz era delgada y arqueada. A él no le gustaba la gente así.

Shepp separó por fin los labios de la jarra. Michael Beard permanecía de pie junto a él, con la bandeja vacía en su mano. Shepp lo miró y le guiñó el ojo; más que un gesto de complicidad era una invitación para que se sentara. Beard obedeció sin perder tiempo.

Finalmente Shepp volvió la cara hacia Pantera. Ya no sonreía, pero aseguró:

—Está todo perfectamente. Franklin confirma que es usted de los suyos… es decir, de los nuestros. Le recomienda que se ponga en contacto con los otros agentes de Pinkerton, tanto en el condado de Schuylkill como en el de Carbon. Encontrará la credencial que necesita en la oficina de correos de la estación de Shenandoah.

Pantera se cuidó de no mostrar sorpresa alguna y apartó el dedo del revólver bajo el guardapolvo.

—¿Tengo que ir allí?

—Eso parece. Además en Tamaqua ya se ha dado a conocer bastante.

Kate llevaba un rato disfrutando de las salchichas y las alubias. Pantera ya se sentía suficientemente relajado como para seguir su ejemplo, pero no antes de un generoso trago de cerveza.

—Hay cosas que no me han quedado claras —comentó tras masticar los dos primeros bocados de carne—. Aquí los mineros están en huelga, si no me equivoco…

—Sí, pero van a volver al trabajo.

—Lo sé. Sin embargo, hoy he oído de boca de los irlandeses que consideran enemigos suyos a los mineros, a pesar de que también ellos trabajan en la mina. ¿De dónde viene esa animadversión? ¿Del origen étnico?

—No, qué va —negó Daniel Shepp de forma categórica. Estaba sonriendo de nuevo, aunque no del modo exagerado de antes—. Veo

que no sabe cómo se organiza el trabajo en las minas. Pues es fundamental para entender lo que está ocurriendo aquí… Kate, tú lo sabes mejor que yo, ¿quieres explicárselo?

La muchacha se dispuso a hablar con la boca llena. Ya había devorado toda la salchicha que tenía en el plato y una buena ración de alubias.

—No, no, señor Shepp. Ya estoy un poco afectada por la cerveza y me liaría explicándolo.

—De acuerdo, lo haré yo —afirmó Daniel Shepp devolviendo su atención a Pantera, que masticaba cuidadosamente—. Hasta hace poco el minero aquí era algo así como un trabajador independiente. Por lo general procedía de Inglaterra o de Gales, como en el caso de mis padres, y conocía la antracita como la palma de su mano. No le pagaban un jornal, sino que cobraba en función de la cantidad de carbón que extraía. Eso suponía que comenzaba a trabajar al amanecer pero, muy a menudo, a primera hora de la tarde ya había ganado lo suficiente y daba por terminada la jornada.

—Está hablando del pasado —observó Pantera—. ¿Por qué?

—Lo entenderá enseguida. Ahora deje que termine de contar cómo eran las cosas en esta parte de Pensilvania. —Shepp hizo una pausa para beber, de un solo trago, lo que quedaba en la jarra—. Los mineros disfrutaban de una relativa prosperidad, y eso les permitía, y en parte les sigue permitiendo, emplear obreros para las labores más pesadas, como excavar donde el esquisto es más duro, transportar la antracita a la superficie, entibar las galerías… Una especie de subcontrata, con los peones cobrando directamente de los mineros, en este caso por horas.

—Deduzco de sus palabras que los obreros son mayoritariamente irlandeses.

—Eso es. Llegan desde su isla sin cualificación alguna, dado que vienen directamente del campo. Lo que los empuja a emigrar es la hambruna, no la voluntad de prosperar, de modo que es lógico que recaigan en ellos las faenas más duras. ¿Pero cree que están agradecidos por la posibilidad de comer que les ofrecemos a ellos y a sus familias?

—¿No?

—Para nada. Son alborotadores, pendencieros, indisciplinados… En cuanto tienen unos centavos en el bolsillo se dedican a beber como esponjas. Y si no los tienen recurren al crimen. ¿Sabe cuántos capataces de minas han sido asesinados desde el final de la guerra civil hasta hoy?

—No, no lo sé. ¿Cuántos?

Shepp miró a su alrededor, pero observó sobre todo a Kate, que estaba terminando sus alubias.

—Le informarán en Shenandoah —dijo para zanjar el tema—. Tome cualquier tren de la Reading, debe hacer trasbordo en Landford. No se preocupe por el billete, dígale al revisor que es de la Pinkerton. Con eso bastará.

Pantera frunció el ceño.

—Yo no le digo nada a nadie. Ciertos trabajos hay que hacerlos de incógnito.

—Sí, tiene razón —Shepp sonrió, rebuscó en el bolsillo de su chaleco, extrajo un par de billetes y se los entregó al mexicano—. Tenga, el viaje se lo paga el Comité de Vigilantes de Tamaqua. En Shenandoah habrá alguien esperándole. Buena suerte.

Dicho esto, Shepp se puso en pie, se llevó dos dedos a la frente como si fuera a levantar un sombrero inexistente y volvió a sonreír, primero a Kate y luego a Pantera. A continuación se dirigió a la barra, donde fue engullido por un corrillo de amigos.

Pantera se quedó con los billetes entre los dedos. Contempló el último trozo de salchicha que había en su plato y dejó caer el tenedor.

—Si has terminado, podemos irnos —le dijo a Kate—. Supongo que no habrá trenes hasta mañana por la mañana, debo encontrar un sitio tranquilo para pasar la noche.

La chica se levantó y se puso la chaqueta sobre los hombros.

—No tengo ninguna habitación para ofrecerte. En el patio al que suelo ir con los clientes hay una caseta con un colchón. Pero no te gustaría, está lleno de ratas, como las minas. Yo diría que salen de allí.

—Me gustará. Estoy acostumbrado a las ratas, a las de cuatro patas y a las de dos. Ándale pues.

En cuanto salieron a la calle, vacía y blanqueada por la luna, Pantera le entregó a Kate los dólares que seguía apretando en la mano.

—Son para ti, a mí no me hacen falta.

La chica cogió los billetes con un gesto tan rápido que a punto estuvo de arañarle los dedos al mexicano. En su rostro infantil apareció una expresión inédita, un poco salvaje y un poco traviesa, pero con un tenue fondo de recato.

—Gracias, tienes derecho a un buen premio. No te preocupes por mi edad, tengo experiencia —afirmó llevándose la mano libre al pecho, invisible bajo su pesada chaqueta.

—Después —dijo Pantera mientras escudriñaba la intersección de las calles, espectrales y desiertas—. Antes tengo que pasar por el Columbia. ¿Me llevas?

—Sígueme.

Kate cogió de la mano a Pantera para alejarlo de las cabañas en dirección a donde empezaban las casas de ladrillo. Después se situó a su vera sin dejar de entrelazar los dedos con los suyos.

La intención de Pantera era hablar con Jim Carroll a solas, pero no

sabía muy bien cómo hacerlo. Imposible mostrarse en público, imposible también ponerse en contacto con Molly después de la pantomima de unas horas antes. Milagrosamente la cosa parecía ir sobre ruedas, a pesar de las dificultades y de los incidentes. Eso lo ponía nervioso, detestaba las situaciones que no tenía controladas.

Al pasar por delante de la iglesia del padre Walsh, en calle Ancha Oeste, halló el pretexto para distraerse de esa inquietud. Tamaqua estaba vacía y fría, tanto que la arena, blanca bajo la luna como si fuera nieve, evocaba un paisaje invernal. Hasta ese momento Kate Boyle había guardado silencio y se había limitado a caminar agarrada a su mano, guiándolo con una ligera presión. Pantera contempló de reojo el perfil regular y suave de la muchacha.

—¿Crees en Dios? —le preguntó a la altura del templo.

—¡Oh, sí, soy católica! ¿Y tú?

—¿Sueles ir a misa?

A pesar de la escasa luminosidad Pantera notó que Kate torcía el gesto.

—Iría, si por mí fuera, pero el cura no me quiere allí. No nos quiere a buena parte de nosotros, los irlandeses, a pesar de que él mismo es irlandés. Nos considera a todos miembros de los Molly Maguires.

Era la primera vez que Pantera oía esa denominación. La relacionó con algo que había escuchado, aunque no lo recordaba.

—¿Los Molly qué?

—Maguires —contestó Kate bajando la voz—. Son los que hacen descarrilar trenes y matan a los capataces de las minas. Son todos peones irlandeses, pero es mejor que no hablemos de eso… ¡Ah, por ahí viene uno!

La última frase, pronunciada con voz estridente y en total contradicción con lo que la joven había dicho justo antes, sobresaltó al mexicano.

—¿Un molly?

—¡No, tonto! —la chica se echó a reír—. ¡Un irlandés! Pero no precisamente un peón, este creo que es ingeniero.

Ya habían llegado al lateral del Salón Columbia, iluminado pero silencioso, que daba a la calle Ancha. Ante el hotel había, entre las sombras, un hombre bajo y encorvado. Cuando vio a los recién llegados caminó recto hacia ellos, cojeaba ligeramente.

—Llevo mucho tiempo esperándoles —dijo dirigiéndose a Kate con un tono de leve reproche. Después se volvió hacia Pantera y le dio la mano—. ¿Qué hay? Me llamo Thomas Duffy. Jim me ha enviado aquí para salir a su encuentro, sabía que había llegado.

Pantera no era amigo de estrechar manos, pero el gesto de Duffy fue tan franco y directo que no pudo evitarlo. Apretó sus dedos

regordetes y peludos, que el frío había helado.

—¿Me estaba buscando a mí?

—Sí —respondió Duffy, que retiró de inmediato la mano y la metió en uno de los bolsillos de los pantalones. Llevaba una bufanda alrededor del cuello, sobre una chaqueta de fustán gris abotonada hasta la barbilla. La barba rubia y el bigote negro otorgaban a su rostro chupado un curioso contraste—. El mensaje de confirmación para Shepp partió de aquí, supongo que ya sabrá que el empleado del telégrafo es de los nuestros.

—¿De los suyos? ¿A quiénes se refiere?

Duffy esbozó media sonrisa.

—Bueno, digamos que a los hibernios, ¿le parece bien? —No esperó una respuesta y volvió a apretar los labios—. Va a ir usted a Shenandoah. Es una guarida de hermanos, pero también de espías. Tal vez esté allí el hombre al que tiene que matar. Coja el tren que sale mañana a las seis de la mañana. Se encontrará con un tal James Kerrigan, confíe en él.

—Si sigo vivo es porque no confío en nadie.

La sonrisa de Duffy se amplió.

—Bien, pero en este caso hágalo… ¿Tiene dónde dormir esta noche?

—¡Se viene a dormir conmigo! —exclamó Kate. Se aferró al brazo de Pantera como si temiera que quisiera arrebatarle a su nuevo amigo.

—Está bien, pero procura no cansarlo demasiado —dijo Duffy guiñándole el ojo—. Mañana por la mañana debe madrugar.

Se despidió con la mano y se encaminó al Columbia. Mientras desandaba la calle Ancha con Kate, Pantera alzó la mirada. La luna se había desplazado mucho e iluminaba hileras de colinas desnudas y regulares. Al mexicano, que no tenía por costumbre prestar atención al paisaje, le impresionó esa visión.

—Qué desolación —comentó a media voz—. Tamaqua es fea, pero sus alrededores son aún peores.

—En otro tiempo no era así —replicó Kate, lo hizo con la vehemencia de quien ama verdaderamente la tierra en la que vive—. Cuando yo era pequeña había un montón de árboles, en Tamaqua y en los alrededores, pero después cambió todo. Las minas arrojan la escoria en montañas que cada vez son más altas, ya hay que subir a ellas con locomotoras. Y la antracita va aguas abajo, tiñe el Schuylkill, el Lehigh y otros ríos. Poco a poco estos condados se están volviendo negros. Ya no hay peces, ya no hay plantas, solo antracita…

—¿Eso te apena?

—Sí, se están volviendo negros no solo los montes, también los hombres.

Pantera meditó en silencio sobre esas imágenes. Le hubiera

gustado hacerle a la muchacha una serie de preguntas sobre la huelga, sobre la Policía del Carbón y el Acero, sobre los personajes con los que se había cruzado, sobre ese Gowen que tantas veces había oído mencionar… Renunció a ello. Kate no era la interlocutora adecuada, y además él prefería ir descubriendo las cosas por sí mismo, gradualmente. Solo así lograba sumergirse en un entorno hasta dominarlo.

Cuando llegaron a la caseta de la joven, en un patio lleno de basura y rodeado por casas de madera, unas ratas salieron corriendo. Kate no le dio importancia y entró en la cabaña. Desde el interior, un instante después, se filtró el destello de una lámpara de queroseno.

—Ven dentro. No hace calor, lo sé, pero se está mejor que fuera.

Pantera tuvo que inclinarse para entrar. El interior de la caseta era menos sórdido de lo que esperaba. Había una pequeña mesa adosada a la pared, cubierta por un mantel con estampado de flores; un colchón a dos palmos del suelo, con funda azul y una amplia almohada, y paja esparcida por el suelo. De la lámpara suspendida del techo colgaba una cinta plateada. En una alacena sin puerta había una taza y una hogaza de pan verdosa, posiblemente de varios días. Había incluso un pequeño cuadro, Pantera se aproximó para contemplarlo.

—Mira esto —comentó—. ¿Cómo se llama esa ramita que has pegado al marco? ¿Qué planta es? La vi ayer por primera vez.

—Muérdago. No crece aquí, o si lo hace nadie se fija en él. Crece en Irlanda.

—La imagen también es rara —afirmó Pantera acercando la nariz al retrato, que tal vez estaba pintado al óleo—. Parece un hombre pequeño, con siete dedos en cada mano. Y tiene el pelo de tres colores. ¿Qué es, un demonio?

—No, es un héroe irlandés llamado Cùchulainn. A los demás les parece un monstruo, a nosotros no. No sé mucho sobre él, pero la gente de aquí lo considera un vengador. Es casi tan venerado como san Patricio.

—¿Venerado? No sabía que la Iglesia católica aceptaba ese tipo de devoción.

No hubo respuesta. Cuando Pantera se giró descubrió que Kate se había quitado la chaqueta y la había dejado caer sobre el colchón. Se había subido hasta las axilas la blusa y mostraba dos pechos pequeños y puntiagudos, pero ya florecidos. Tenía restos de suciedad en el tórax.

—Debo ganarme el dinero que me has dado —dijo la muchacha, muy seria. Acto seguido asomó en su rostro un gesto pícaro que no estaba claro si era verdadero o fingido—. Ven, te lo haré con la boca. Es lo que mejor sé hacer, a los hombres de aquí les gusta mucho.

Pantera no sintió excitación alguna. Los dedos hinchados y

enrojecidos de Kate sujetando el borde de la blusa bastaban para desmotivarlo. Aun así, agarró sus pechos y los palpó con delicadeza. Jugueteó también con sus pezones erectos, luego la dejó.

—Eres muy atractiva, pero tengo que dormir —dijo mientras examinaba el colchón. Temía que hubiera más ratas debajo.

—Lo podemos hacer rápido —insistió Kate.

Pantera sonrió involuntariamente.

—Eso no lo hace más tentador, ¿no crees? Apaga la lámpara. Y trata de no echarte encima de mí durante la noche, no lo soporto —le espetó, pero de inmediato se dio cuenta de que había sido demasiado duro y trató de remediarlo—. ¿Vale, pequeña?

Se echó vestido sobre el colchón y esperó con la cabeza hundida en el borde de la almohada. Vio, con los ojos entrecerrados, que Kate se bajaba la blusa y apagaba la lámpara. Advirtió que el colchón se hundía un poco bajo el peso de ella. Luego la tuvo a su lado y sintió su aliento, perfumado después de todo; no se lo esperaba. Cerró los ojos.

—He aprendido que hay dos clases de hombres —susurró la muchacha al cabo de unos segundos—. Los que quieren mis pechos antes que nada son los buenos, aquellos que ni siquiera se fijan en ellos son los malos. Aquí la mayoría van directamente a lo que tengo entre las piernas, y nada más.

Pantera se abstuvo de responder. Estaba recolocando el revólver sobre su vientre de modo que no le molestara durante el sueño.

—Trata de dormir.

—Sí, pero antes dime qué piensas de mi teoría. Es importante para mí.

Pantera resopló.

—Yo no soy un buen hombre. De hecho, te voy a estrangular como digas una sola palabra más. ¿Entendido?

Esperó unos instantes, pero Kate no añadió nada. Entonces se giró de lado y se relajó. El revólver le pesaba, pero no mucho. Se durmió casi al momento. Contrariamente a lo que esperaba no tuvo sueños dignos de ser recordados, aparte de uno en el que una rata corría por la orilla del río Schuylkill. Nada importante.

Despertó con las primeras luces que entraron en la caseta. Pantera no sabía qué hora era, pero debía de ser temprano. Hacía mucho frío. Kate era un ovillo enmarañado en un lado del colchón. Se levantó con cuidado, para no despertarla.

Ni siquiera había amanecido, pero se vislumbraba que pronto rompería el alba. El cielo, aún sin sol, ya estaba clareando. El frío era punzante. Pantera encontró entre las casas una fuente de agua helada en la que se lavó sumariamente las manos y la cara. Tomó la dirección de la estación ferroviaria; resultaba fácil, todo el diseño urbano de Tamaqua conducía a ella.

Mientras avanzaba entre edificios oscurecidos por un cielo que proyectaba más tinieblas que luces, el mexicano se interrogaba a sí mismo sobre los próximos pasos que debía dar. Era inútil, no sabía hacia dónde lo estaba llevando esa aventura. Las consecuencias de tener que interpretar un papel de espía, para localizar y matar a otros espías, eran imprevisibles. Tenía la ventaja de que simpatizaban con él los dos bandos en lucha y la desventaja de que estaba expuesto a cualquier posible traición.

El caso era que aún no conocía bien a los contendientes. La Antigua Orden de los Hibernios, la Asociación Benéfica de los Trabajadores, los misteriosos Molly Maguires y los huelguistas por un lado; los vigilantes, la Policía del Carbón y el Acero, y, presumiblemente, los patrones de las minas y del ferrocarril (entre ellos, el siempre mencionado Gowen) por el otro. Sin embargo, todavía no sabía cuáles eran los términos exactos del enfrentamiento, ni los conflictos internos en cada bando. Pero se había prometido que haría el menor número de preguntas posible y que respetaría ese compromiso consigo mismo.

Ya estaba cerca de la estación cuando una singular escena atrajo su atención. El amanecer acababa de despuntar y un hombre vestido con harapos estaba atareado en la pequeña bajada que conducía desde las vías al río. Tenía a sus pies el cadáver de un caballo blanco cubierto por unas ramas secas. Por la antorcha encendida que sostenía en la mano era evidente que trataba de prender fuego al cuerpo del animal sin demasiado éxito, porque una ligera capa de escarcha, inusual en esa estación del año, lo cubría todo, incluso las ramas y el opaco pelaje de la bestia.

Pantera se detuvo al borde de una vía para observar la escena y al cabo de unos segundos el hombre andrajoso se percató de su presencia. En su descarnado semblante se veía la desesperación.

—¡Solo tener este caballo! Triste quemarlo. ¡Prefería quemar mí mismo!

Su acento era sin duda alemán. Su pelo rubio, alborotado y ralo, confirmaba la impresión de que vivía en situación de pobreza extrema. Pantera esbozó un gesto genérico de comprensión.

—Lo entiendo —mintió—, ¿pero es necesario prenderle fuego?

—¡Oh, sí! —exclamó el hombre con lágrimas en los ojos—. Mala enfermedad. ¡Enfermedad del carbón!

El mexicano no comprendió en un primer momento, después le vinieron a la mente algunas imágenes de ganado bovino sacrificado en Laredo.

—¿Tu caballo ha muerto de carbunco? ¿De ántrax?

—¡Sí, sí! —aseguró el alemán señalando las colinas negras que rodeaban el lecho del río Schuylkill—. ¡Aquí carbón por todas partes,

entra también en animales! ¡Después muere, llena de carbunco!

—Pero el carbunco, a pesar del nombre, no lo provoca el carbón. Por lo que sé, se transmite a través de…

El alemán gesticuló con fogosidad.

—¡Caballos con carbunco encima, hombres también! ¡Leer Pow-Wows, de Hohman! Nada que hacer, ninguno salva…

Pantera notó que el alemán tenía un hilo de baba cayéndole por la barbilla, y sus ojos azules estaban dilatados. Un loco, pensó. Le dedicó un ambiguo gesto de despedida y siguió camino hacia la estación. Oyó que el hombre gritaba algo, pero lo hizo en su idioma gutural y el mexicano no entendió ni una palabra. Tal vez ni siquiera valía la pena entenderlo, se dijo a sí mismo. Pero se informaría sobre ese libro titulado Pow-Wows en cuanto tuviera el tiempo y la ocasión para ello.

Frente a la estación, muy amplia y elegante para un poblado de modesta extensión, solo una de las numerosas locomotoras allí estacionadas, que mostraba el número 406 en su costado, despedía alguna bocanada de humo. No tenía claro que fuera la suya, puesto que faltaba al menos una hora para la salida. Sin embargo, era la única que estaba unida a vagones de pasajeros; dos en total, y en buen estado. En la carbonera destacaba la leyenda en amarillo «Sociedad Ferroviaria Reading». Había un maquinista y un guardafrenos inclinados sobre los mandos de la cabina. Un sirviente negro, con una bufanda al cuello y una escoba en la mano, estaba terminando la limpieza de los vagones.

Pantera se dirigió al porche de madera que daba acceso a la estación. Empujó una puerta con los cristales rotos y buscó con la mirada la taquilla. El empleado estaba entrando en el cubículo en ese preciso momento, abrigado hasta el cuello pero con la gorra de trabajo ya puesta.

Un hombre envuelto en una capa negra, con el codo apoyado en el borde de la ventanilla, parecía estar esperando a que el empleado asumiera sus funciones. Pantera se acercó con recelo, atravesando una sala gélida y desierta. Miradas igualmente recelosas se cruzaron con la suya. Estaba seguro de que el hombre que tenía ante él era James Kerrigan.

—Hola —murmuró el mexicano haciendo ademán de ponerse en la fila.

El supuesto Kerrigan se giró y mostró su abdomen.

—Hola —respondió sin entusiasmo antes de volverse para mirar al empleado, que ya se había sentado en su taburete—. Un billete para Shenandoah, vía Mahanoy City.

—Otro para mí —dijo Pantera.

El hombre de la capa volvió a mirarlo.

—Así que es usted.

—Sí, yo soy.

Pantera encontró extremadamente desagradable el rostro de Kerrigan. Frente muy baja, ojos negros pequeñísimos, coloración pálida, orejas demasiado grandes… La barba era una tira de pelo oscuro que caía desde el labio superior hacia el centro de la barbilla para unirse a un cuello de lana corto bajo la mandíbula. No era un corte inusual, pero sí típico de las clases pudientes. Resultaba anómalo en un semblante tan anguloso y tonto. En cambio, el bigote era normal, y tiraba a rubio. Su boca no se veía.

El empleado estaba sellando dos tiras de papel.

—Aquí tienes tu boleto, Barrilete. Y aquí está el suyo, señor. No me deben nada, el viaje está pagado.

—¿Nada? —preguntó Kerrigan, un poco sorprendido—. ¿Estás seguro?

—Sí. —El taquillero sonrió y, con el dedo índice izquierdo, se tocó la fosa nasal derecha—. Telegrafiaré diciendo que van a partir. Buen viaje.

Pantera no se había percatado de que en una esquina del cubículo del empleado había un telégrafo, casi oculto por un fajo de folios y notas. Dedujo que el falso telegrama de la Pinkerton para Shepp fue redactado allí. Los hibernios parecían más poderosos de lo que imaginaba.

Salió al exterior en compañía de Kerrigan. La locomotora aún se hallaba en fase de inspección y resoplaba suavemente. Tras las negras colinas estaban asomando los primeros rayos de un sol muy pálido que trataba de salvar las cimas. Se distinguían claramente los absurdos y desproporcionados edificios minerales diseminados por todo el relieve. Bancos de niebla flotaban contra las partes aún oscuras del cielo.

—Tú también puedes llamarme Barrilete —le comunicó Kerrigan sin ni siquiera una pizca de cordialidad en el tono de voz—. ¿Y yo cómo debo llamarte, mexicano?

—Llámame mexicano si quieres. No serías capaz de pronunciar bien mi verdadero nombre.

En ese momento les llegó el sonido amortiguado de una sirena, procedente de una de las construcciones de las colinas. Otras sirenas empezaron a aullar aquí y allá, a lo largo del valle, y el sonido derivó en una cacofonía lastimera. Desde algunas chimeneas se alzaban exhalaciones negruzcas, todavía filiformes.

Kerrigan mostró sus dientes grandes y amarillentos.

—Se ha acabado la huelga. Ahora nos toca a nosotros.

Parecía satisfecho.

5

PRIMERA SANGRE

Kerrigan no era el compañero de viaje ideal. Se durmió en cuanto la locomotora se puso en marcha y comenzó a roncar ruidosamente. Pantera, a quien le hubiera gustado interrogarlo con cautela, se sintió un poco decepcionado. Contempló el paisaje, no tenía nada mejor que hacer.

El vagón, sucio y tambaleante, no llevaba más pasajeros. No había rastro del revisor. Se diría que a bordo del tren solo estaban ellos dos, además —presuntamente— del maquinista, el fogonero y el guardafrenos. Eso le daba al viaje un toque espectral, confirmado por las vistas que discurrían al otro lado de la ventanilla.

No todas las colinas eran negras, como en los alrededores de Tamaqua. Sobre algunos relieves, libres de instalaciones mineras, la hierba era densa y el matorral era espeso. Sin embargo, incluso en esas zonas la tonalidad verde claro se había tornado opaca por las franjas de humo, delgadas y deshilachadas o aglomeradas en nubes oblongas, que recorrían el cielo. No había chimenea que no echara humo a lo largo de los valles que el tren iba atravesando e incluso el agua de muchos canales era oscura. Estaba claro que los mineros y los obreros habían vuelto al trabajo en todo el condado.

Hicieron una parada en Mahanoy City, pero ni siquiera subió nadie en esa ciudad, de tamaño medio y construida casi toda en madera. Kerrigan se despertó cuando ya estaban lejos de ella.

—¿Dónde estamos? —preguntó enderezándose de golpe sobre el asiento tapizado en rojo.

—Dejamos atrás Mahanoy City hace menos de diez minutos.

Kerrigan sacó un reloj de bolsillo de debajo de su capa. Tenía el cristal agrietado, pero la caja y la cadena parecían de oro. Pantera advirtió que los pliegues de la capa marcaban un tramo de un cinturón, de esos de ojales anchos aptos para llevar tambores de revólver cargados. Dedujo que el hombre portaría un Colt de cápsula, pólvora y balas de los tiempos de la guerra de Secesión. Tal vez un Navy o un Dragoon, material de profesionales. Él también los había llevado, y los echaba de menos.

—Ya casi estamos en Shoemaker’s Patch —anunció Kerrigan mientras devolvía el reloj a su lugar—. Hay que bajar.

—Creía que la siguiente estación era Shenandoah.

—Lo es, pero tú te bajas en Shoemaker's Patch. Sígueme y prepárate para saltar.

—¿Solo?

—Solo. Vamos, tenemos poco tiempo.

Pantera no estaba acostumbrado a recibir órdenes, y mucho menos a obedecerlas. No obstante, no consideró oportuno rebelarse, aunque se prometió que haría pagar a Kerrigan su arrogancia en la primera oportunidad que se le presentara. Lo siguió por el vagón hasta la pequeña plataforma con barandilla de hierro, bajo la que los raíles corrían no muy velozmente. El tren avanzaba a un ritmo moderado y el viento que soplaba no era demasiado impetuoso.

Kerrigan observó el campo lívido que estaban atravesando, seguidamente volvió a consultar su reloj.

—Unos minutos más y habremos llegado. El tren reducirá la velocidad. En tierra te encontrarás con John Morris, te está esperando. Cuando concluyas la misión hará que cojas el tren siguiente y llegarás a Shenandoah. ¿Alguna pregunta?

—Posiblemente demasiadas —contestó Pantera torciendo los labios —. Por eso no te las haré.

—Bien. —En los ojos pequeños y redondos de Kerrigan apareció por primera vez un destello de cordialidad—.Te haré yo una. ¿Qué día es hoy?

—Pues… 28 de junio.

—Graba en tu mente esta fecha. Estás a punto de entrar al servicio de los mollies.

El tren se metió entre dos colinas cubiertas de arbustos. Era un tramo en curva y los frenos chirriaron. La marcha se ralentizó y Kerrigan empujó a Pantera hacia las escalerillas suspendidas de la plataforma.

—Venga, es el momento. Salta. ¡Salta!

El mexicano descendió hasta el último peldaño de metal y dio un salto. Aterrizó entre el matorral enraizado en el terreno arenoso. Trató de mantenerse derecho mientras sus pies resbalaban. Gracias a un arbusto, que agarró con fuerza, evitó una caída desastrosa. En cuanto se recompuso se topó con la cara sonriente y blanquecina de un espectro.

—John Morris, supongo —murmuró.

El espectro lo saludó con una sonrisa cordial.

—El mismo. Ni siquiera estás magullado, no te quejes.

Pantera estrechó la áspera mano que vino a su encuentro. Siguió aferrándola hasta que tuvo la seguridad de que había recuperado por completo el equilibrio. Solo entonces observó cuidadosamente a su interlocutor. Morris era una especie de gigante, pero con la cara de un

fantasma; no porque fuera huesudo, que un poco sí lo era. Daba esa impresión espectral por el tinte blanco untado en sus pómulos, en su nariz grande y chata y alrededor de la boca. Su poblada barba también estaba embadurnada con cal o pintura.

—¿A qué viene esta mascarada? —preguntó Pantera con desconfianza.

—Nuestro hombre tiene que saber que son los mollies los que lo van a ejecutar. En Irlanda nos vestíamos de mujer, aquí con la cara blanca es suficiente.

—No esperes que yo me disfrace.

—No lo espero. Basta con que Bill el Buey me vea a mí. Además, Hurley y Gibbons también se han teñido la cara de blanco. Tú solo debes disparar. —Morris le dio la espalda al mexicano, pero un instante después volvió a girarse—. Tienes pistola, ¿no es cierto?

—La tengo. Ya está cargada.

—Vamos entonces. Shoemaker's Patch está justo detrás de esa colina.

No había senderos, solo tramos de sotobosque libres de árboles y arbustos. El trayecto no era demasiado corto, y las piedras y las rocas no lo hacían liviano. Pantera ya había entendido lo que querían de él. No tenía intención de rebelarse ni de excederse con las preguntas. Era evidente que lo estaban poniendo a prueba. Expresar dudas o resistencia podría hacer que fracasara.

Tras rodear la colina apareció ante sus ojos un poblado desordenado y triste, a la vera de un cerro. Había una treintena de cabañas, sábanas tendidas, cartones en lugar de cristales en las ventanas… Escaleras rudimentarias unían los diferentes niveles del asentamiento. Para saber cómo y por qué había nacido bastaba con elevar la mirada. Sobre el cerro despuntaba una gran chimenea humeante y se veían los techos de un lavadero. La mina había reunido a sus pies los brazos que necesitaba, brazos que en ese momento estaban dispersos por sus diferentes recovecos.

Las señales de vida en aquel terruño eran pocas: cinco o seis niños muy pequeños persiguiéndose entre la basura de un patio, un hombre corpulento intentando sacar un par de mulas de un establo, dos ancianas palpando la ropa tendida para ver si ya había secado… La aldea estaba en silencio, pero desde lo alto llegaba el eco de chirridos muy agudos y de golpes repetitivos. Era de imaginar que al otro lado del cerro el fragor debía de ser ensordecedor.

Morris y Pantera ya casi habían llegado al canal, atravesado por una pasarela y medio invadido por una vegetación grisácea pero exuberante, cuando dos individuos con la cara pintada de blanco surgieron de detrás de los troncos de unos olmos americanos. Parecían robustos y vestían abrigos que les llegaban hasta los pies. Uno de

ellos, el más alto, señaló el establo.

—¿Lo veis? Allí está ese puerco. Desde que disparó a Dougherty no dejan que baje a la mina.

—Parece un objetivo fácil —comentó Morris—. No hay casi nadie alrededor.

El segundo de los recién llegados, el más bajo y fornido, estaba examinando a Pantera.

—¿Es él el que tiene que hacer el trabajo? ¡Parece mexicano!

—Nadie mejor que un mexicano para liquidar a un condenado galés —dijo Morris riendo—. Démonos prisa, no vaya a ser que Bill el Buey Thomas vuelva a meterse en el establo.

Cruzaron la pasarela casi a la carrera, parcialmente protegidos por una línea de abedules decaídos. Pantera sacó el Smith & Wesson tan pronto como llegaron al otro lado del canal. Morris, al ver el arma, reprimió un silbido de admiración. Se limitó a decir:

—Nosotros iremos delante. Tú síguenos, pero esconde el revólver. Acaba con él en cuanto intente escapar.

Bill el Buey estaba tan ocupado con sus mulas que no se percató de la llegada de los hombres con la cara blanca hasta que se situaron a pocos pasos de él. Súbitamente se puso más blanco que ellos. Temblaba tanto que sus anchos pantalones se deslizaron más de un palmo por sus caderas.

—¡Estás perdiendo los pantalones, Bill Thomas! —exclamó Morris con tono divertido y afable—. ¡Te recomiendo que les pongas un buen par de tirantes!

El aludido se vio obligado a tragar saliva varias veces antes de poder balbucear:

—No fui yo… Fueron los hermanos Major… ¡Los Modocs no tuvieron nada que ver!

Morris simuló que miraba el reloj antes de consultar con su cómplice de cara blanqueada.

—Los hermanos Major… A estas horas ya deben de estar muertos. No es verdad, ¿John?

El otro asintió con gesto grave.

—Yo diría que sí. Nadie escapa de la ley de los Molly Maguires.

—Entonces me temo que ha llegado tu hora, Bill el Buey. Intenta huir, si quieres… ¿Pero, qué haces? ¿Te estás meando?

En los pantalones del galés había aparecido una gran mancha oscura. Fue quizás la vergüenza lo que lo indujo a agarrar el cinturón y a tratar de escapar torpemente. Habría bastado el miedo para paralizarlo.

Morris se volvió hacia Pantera.

—Es tu momento, forastero. Un único tiro, por favor.

Pantera ya tenía el brazo tenso y la mirada en el hueco del visor.

Razonó de un modo fulminante. Normalmente no mataba a desconocidos que no sabía de qué eran culpables. Lo importante era que ese tipo pareciera muerto. Apretó el gatillo.

Bill el Buey giró como una peonza y se llevó una mano al pecho, por el que salió la bala, que había penetrado por la espalda. A continuación su cara cayó sobre la hierba.

La mujer que estaba tendiendo ropa gritó. Los niños dejaron de jugar. Una mancha de sangre se fue extendiendo bajo el cuerpo del caído, inmóvil. Solo quedaron en el aire los jadeos y los chirridos de las máquinas que había sobre la colina.

—Hecho —dijo Pantera—. ¿Queréis que le dispare también en la nuca?

No hubo respuesta, de modo que sopló el humo que salía del cañón del Smith & Wesson y volvió a colocar en su cintura el revólver, que quemaba un poco.

Ligeramente aturdido, Morris volvió en sí.

—No, está muerto. Debemos volver al ferrocarril.

Se fueron en silencio, pero sin excesiva prisa. Al llegar al canal Morris y sus compañeros se arrodillaron bajo los abedules para lavarse la cara. Hurley y Gibbons tenían semblantes sinceros, agradables, iluminados por miradas honestas. Lo contrario de los espectros siniestros que eran poco antes. Los rasgos de los tres mollies eran más tranquilizadores que los de Kerrigan. Su piel, gruesa y pálida, mostraba las huellas de la mina.

Tras rodear la colina y llegar a las vías, Morris abrió los brazos.

—Distanciémonos. Cuando el tren reduzca la velocidad subiremos de uno en uno en la plataforma del último vagón. Agarraos bien. Si alguno no lo consigue irá a pie. Shenandoah está muy cerca, basta con seguir la línea férrea.

Pasó cerca de un cuarto de hora antes de que los raíles comenzaran a vibrar. Una gran locomotora humeante hizo su aparición entre cumbres boscosas. Pantera, que estaba sentado bajo un nogal, con la espalda apoyada en el tronco, se puso en pie. Era el segundo de la fila. Vio cómo subía Morris, que se agarró a la barandilla de la plataforma y se echó hacia atrás para hacerles sitio a los demás. Pantera tomó impulso y lo imitó. El tren avanzaba tan lentamente que no tuvo dificultad para mantener el equilibrio. Hurley y Gibbons hicieron lo mismo.

Poco después los cuatro ya estaban recobrando el aliento en los asientos del vagón de cola. No había pasajeros, pero sí un revisor. Se asomó, vio el espectáculo y se retiró hacia los vagones anteriores. A Pantera le pareció que el ferroviario se había rozado la fosal nasal izquierda con el dedo índice derecho.

—Eres bueno, pocos disparan tan bien —le dijo Morris—. Te

presento a John Gibbons y a Tom Hurley, hibernios de Shenandoah. Buena gente.

Los dos le sonrieron al mexicano, que apenas los miró. Estaba buscando una pregunta suficientemente trivial que, sin revelar excesiva curiosidad por su parte, los indujera a proporcionarle la información que necesitaba. Se le ocurrió una que venía al caso.

—¿Quiénes son los Modocs?

Morris rio burlonamente, pero no tuvo reticencia alguna en responder.

—Una banda de galeses. En nuestras aldeas lo habitual es dividirse en bandas según la procedencia. Nuestros enemigos, los enemigos naturales de los irlandeses, son los galeses y sus aliados alemanes. Bill el Buey y sus compinches intentaron matar a Daniel Dougherty después de que un tribunal lo absolviera de la acusación de matar a un modoc, George Major. El hecho sucedió el pasado otoño en Mahanoy City, durante los enfrentamientos entre bomberos.

—¿Bomberos? —A Pantera le estaba costando comprender la situación.

—Sí, bomberos. Galeses y alemanes por un lado, irlandeses por el otro.

John Gibbons, que mostraba un aire reflexivo en su rostro sereno y bigotudo, posó la mano en la rodilla de Morris.

—Joe, así no va a entender nada este hombre. Hay algo que debe saber —dijo girándose hacia el mexicano—. Cuando hablamos de galeses y de alemanes estamos hablando de gente que es casi rica. En las minas campan a sus anchas y, una vez que han picado suficiente antracita, se van a sus casas a la hora que les apetezca. A fin de cuentas, tienen a sus obreros irlandeses, que por cuatro cuartos se quedan allí abajo excavando en la roca y cargando el material.

Tom Hurley, mucho más joven y peludo, estaba encendiendo un delgado cigarro. Hizo un gesto de aprobación antes de decir:

—La misma historia que en Irlanda y en Inglaterra. Los ingleses arriba y los irlandeses abajo.

—Hasta ahora no habíais hablado de los ingleses —replicó Pantera arqueando una ceja—. Solo de los galeses y de los alemanes.

Morris rio maliciosamente.

—Los ingleses son caso aparte —aseguró—, son los dueños de las minas. Los alemanes y los galeses son su brazo. ¿Y quiénes están en lo más bajo de la pirámide? Los buenos de los irlandeses, que si el sábado les dan una miseria de paga semanal únicamente para mantenerlos con vida deben encima dar las gracias.

—Siempre la misma historia —insistió Hurley frunciendo el ceño. Exhaló una bocanada de humo. Quizás intentaba hacerlo salir en forma de anillo, pero no lo logró.

Pantera disponía ya de todas las nociones que necesitaba por el momento. Solo una cosa no cuadraba en lo que ya sabía.

—En Tamaqua hablaban de la ABT, que está dirigida por galeses, según tengo entendido. Pero los irlandeses se adhieren a ella.

Morris respondió, con tono despectivo:

—Sí, ¿pero dónde está ahora la ABT? ¿No sabes lo que han hecho con ella Gowen y los otros? Si quieres te lo… —interrumpió la frase al mirar por la ventanilla—. De la jodida huelga ya te hablarán otros. Estamos en Shenandoah, nos bajamos.

Los frenos del tren chillaron estrepitosamente mientras el convoy se aproximaba a la estación. Pantera vio a través del cristal la primera ciudad digna de tal nombre que encontraba en el condado de Schuylkill. Predominaban los edificios de ladrillo, había al menos tres campanarios y la localidad parecía de una extensión enorme. Cabañas había, pero enclavadas en el habitual paisaje montuoso. El ferrocarril se ramificaba en numerosas vías y estaban en buen estado sus edificios, todos ellos dotados de marquesina y flanqueados por parterres. Pasaron junto a raíles que incluso trepaban por un cerro cubierto de pinos, con un cartel donde figuraban las tarifas de la excursión. Si había excursionistas y turistas significaba que era una población próspera.

Morris se acercó a Pantera cuando los cuatro ya se habían levantado de sus asientos.

—Pasa a uno de los vagones delanteros. No debes bajar con nosotros, hazlo un minuto después. Ya sabes que el que está esperándote no es de los nuestros.

—Tengo curiosidad por saber quién será —murmuró Gibbons.

—¿Cómo os localizo en Shenandoah? —preguntó Pantera.

—Nosotros te localizaremos a ti —le informó Morris—. En cualquier caso, la logia de la Orden se reúne en el salón del Matojo. No los busques, te buscarán ellos a ti cuando llegue el momento.

Pantera se dispuso a alejarse, pero Morris le tocó la manga.

—Buena suerte, amigo —le dijo sonriendo.

El mexicano echó a caminar en línea recta. En los demás vagones, que atravesó tambaleándose debido a la larga frenada, había dos pasajeros en total: un civil que estaba bajando su maleta del portaequipajes y un estirado militar que ya se hallaba próximo a la salida. Cuando el tren se detuvo completamente y Pantera puso pie en tierra no vio a nadie que tuviera pinta de estar esperándolo. El andén, bajo un sol intenso pero no estival, estaba vacío.

Pantera vio por el rabillo del ojo a Morris, Gibbons y Hurley escabulléndose entre los campos con rapidez y sigilo. El civil lo golpeó ligeramente con su voluminosa maleta. El militar, sin equipaje, estiraba los brazos como si estuviera planchando. Solo había a la vista

una anciana negra armada con una escoba, un jefe de estación con el ojo puesto en el reloj de bolsillo, un cochero dormitando en un banco a la espera de clientes y dos niños muy pequeños rebuscando trozos de carbón intacto entre las traviesas. Era muy improbable que cualquiera de ellos fuera su contacto.

Tan pronto como acabó de estirarse, el militar se giró hacia Pantera.

—Así que es usted el hombre con el que debo encontrarme… Qué extraño, cuando me subí en Mahanoy City inspeccioné los vagones y no lo vi. Y entre Mahanoy City y Shenandoah no hay paradas.

Pantera forzó una pequeña sonrisa.

—Ese es su problema, no el mío. La gente como yo se deja ver solo cuando quiere.

Fue una respuesta neutra, capaz de cortar de raíz cualquier objeción. El militar sonrió. Tenía patillas grises, ojos grises, barba gris y larga. Todo en él era gris, excepto el uniforme azul.

—Conocía la capacidad de los pinkerton para camuflarse y lo acabo de comprobar con mis propios ojos.

Dicho esto, el hombre le ofreció la mano. Pantera se mostró reacio a estrechársela.

—¿Con quién tengo el honor de…? —preguntó.

La pequeña sonrisa del militar se amplió y pasó a ser una auténtica sonrisa.

—Soy el capitán Bob J. Linden. Yo también formo parte de la Pinkerton, y además estoy a cargo de la Policía del Carbón y el Acero. ¿Ahora quieres estrecharme la mano?

Esta vez Pantera se decidió a rozar con los dedos unas falanges que tenían la dureza y la consistencia del cuero, llenas de cerdas grises. Cayó en la cuenta de que el uniforme de Linden era algo diferente al del Ejército. El diseño era distinto, aunque no lucía la placa de la Policía. Se diría que se trataba de un viejo uniforme nordista desprovisto de insignias y galones y adaptado para otro uso.

Linden tal vez notó ese examen visual, pero mantuvo su cordialidad.

—Ya hemos estado aquí demasiado tiempo. Un oficial y un medio negro llaman la atención tanto como una boñiga en un prado cubierto de nieve.

—No soy un…

—Lo sé, lo sé. No eres un negro, si lo fueras no te dirigiría la palabra. Busquemos uno de esos salones neutrales donde podamos hablar tranquilamente.

—¿Neutral?

—Estoy pensando en uno. Vamos.

Pantera estaba en lo cierto. Shenandoah era una verdadera ciudad.

Fuera de la estación había calles empedradas y las calesas las recorrían ruidosamente. Un par de edificios altos enmarcaban hileras de casas de ladrillo dotadas de porches simétricos unidos entre sí. Había letreros por todas partes: un herrero, un sacamuelas, el sheriff, dos teatros de variedades con nombres franceses, varios hoteles grandes y pequeños… y una considerable cantidad de salones; cuanto más se adentraban en la ciudad, más encontraban. Linden señaló uno.

—Ese nos viene bien. Son alemanes.

—A estas alturas media ciudad ya nos ha visto y sabe que estamos aquí —señaló Pantera.

—No creo —dijo Linden moviendo la cabeza. Hizo un vago gesto en dirección a las lejanas colinas—. A estas horas la gente que es hostil a nosotros está trabajando allá arriba, bajo tierra. La huelga ha terminado, gracias a Dios. Hasta la noche podemos estar tranquilos.

Pantera pensó que si los obreros estaban en la mina sus mujeres debían de estar en la ciudad. De hecho, se veían mujeres, bastantes, en la calle y bajo los porches. Sin embargo, no había en ellas ningún atisbo del estigma de la pobreza. No se veían los vestidos oscuros que se prodigaban en Tamaqua. Predominaban los encajes, las faldas de terciopelo o de buenas telas, los velos… Algunas damas, reunidas en corrillo fuera de los salones, incluso exhibían escotes vertiginosos y vestidos llamativos. Eran pocas, pero daban a entender que en Shenandoah había tolerancia de conductas más relajadas que en el resto del condado de Schuylkill.

El dueño del salón al que se dirigían se llamaba Gustav. Se sabía por el letrero de la entrada del local. Tan pronto como vio a Linden le dio la bienvenida con una sonrisa. Rodeó la barra para estrecharle la mano.

—Bienvenido, capitán —dijo con timbre de voz gutural—. Hacía tiempo que no venía por aquí.

Pantera no prestó atención a las lisonjas del tabernero. Observó el ambiente, más bien peculiar. En las paredes no había los habituales cuadros con ninfas y odaliscas semidesnudas, tampoco espejos ni letreros con la marca de una cerveza o de un güisqui. En cambio, había carteles; algunos de ellos amarillentos, otros recién salidos de imprenta. Casi todos llevaban el mismo encabezamiento: Die Internationale Arbeiter-Assoziation, la Asociación Internacional de Trabajadores. Bajo la cabecera había líneas de texto muy densas y apenas legibles. Los pocos retratos que había representaban a hombres obesos y barbudos con mirada severa.

—Gustav, vamos a una mesa —le comentó Linden al hostelero—. Llévanos dos jarras de cerveza.

Era una hora inusual para beber alcohol, pero Pantera no planteó objeción alguna. Los únicos clientes en el salón, presidido por una

gran estufa apagada, eran dos viejos que estaban discutiendo. No hablaban en inglés ni en alemán, sino en un idioma que se diría que era eslavo; ruso quizás. Uno de ellos llevaba en el cuello un lazo negro que colgaba sobre su frac roto. El otro tenía la barbilla envuelta en una bufanda, a pesar de que no hacía frío, y aspiraba humo de una pipa muy larga. Con una clientela de ese tipo estaba claro por qué las prostitutas preferían la calle.

Cuando llegaron las cervezas, grandes y espumosas, Linden le guiñó el ojo al anfitrión.

—Gustav, ahora que se ha reanudado el trabajo en las minas tus clientes te pagarán.

El aludido hizo una mueca burlona mientras secaba con el borde del mandil la espuma que rebosaba de las jarras.

—Pagan los sábados, y no liquidan toda la cuenta. Los irlandeses gastan más de lo que ganan, y me dan problemas todas las noches. Espero poder mudarme a Filadelfia algún día.

—¿Pero qué dices? Te pasas el día hablando de los derechos de los trabajadores, deberías estar contento de tener una clientela proletaria.

El tono de Linden era sarcástico, pero Gustav se puso muy serio. Captar la ironía no debía de ser su fuerte.

—Ninguno de los obreros que vienen aquí es socialista —afirmó el tabernero—. Su ideal es tener dinero en el bolsillo para poder beber como si no hubiera un mañana, solo eso. Ven el mundo como sus patrones.

—Bueno, en Estados Unidos el socialismo no es precisamente una mercancía corriente…

—Ya, ¿pero entonces para qué quieren mi solidaridad? Que se pudran. Prefiero a la gente como usted, capitán. Está en el otro bando, pero al menos entiende lo que es la lucha de clases.

Linden, que parecía estar divirtiéndose, se dirigió a Pantera en cuanto el tabernero se alejó.

—Está obsesionado, estos inmigrantes de Europa son todos así… Vamos a lo nuestro. ¿Estás listo para bajar a la mina?

—¿Como minero?

—No, no hay mineros de piel oscura, y ni siquiera peones. Trabajarás con las mulas, eso sí puedes hacerlo, y aprovecharás para tomar nota de los agitadores, de los insubordinados, de los hibernios…

—De los Molly Maguires —completó la frase Pantera.

Linden se mostró perplejo, pero asintió.

—Eso es. Olvidaba que tú también trabajas para la agencia, aunque el señor Pinkerton aún no me ha facilitado tu número de licencia… ¿Entonces qué me dices?

—No me gustan las mulas. ¿Cuánto tiempo debería estar allí abajo?

—Pocos días. Cuando recibas todas las instrucciones verás que tu misión es más precisa de lo que te han dicho. En realidad buscamos a una sola persona, la más peligrosa. En nuestra jerga la llamamos el Druida, tú mismo entenderás por qué.

Pantera no tenía la menor idea de lo que significaba «druida», pero se abstuvo de preguntar. En cambio, preguntó:

—¿Usted será mi contacto?

—No. Abandonaré la ciudad en una hora. Debes dirigirte a la persona de la que ya te habrá hablado Pinkerton. ¿Cómo te ha dicho que lo llames? Lo conocen por dos nombres distintos.

La situación se volvió comprometida. Pantera vaciló y los ojos del capitán se entrecerraron de inmediato en actitud de sospecha. Por suerte, el eslavo de lazo negro se estaba levantando y para salir debía pasar junto a ellos.

El mexicano petrificó su rostro.

—Es mejor no nombrarlo de ninguno de los dos modos —dijo—. Ya sabemos los dos de quién hablamos.

Linden se serenó.

—Tienes razón. En fin, es a él a quien tienes que presentarte. Lo encontrarás esta noche en algún salón. Le gustan la cerveza y las mujeres. Sí, ya lo sé, nos gustan a todos. —Le guiñó el ojo—. Pero a él incluso demasiado.

El hombre del lazo estaba rozando su mesa. Cojeaba. Linden esperó a que llegara a la puerta antes de comentar complacido:

—Los alemanes y los eslavos apestan como cabras, pero me gustan. Sueñan con la revolución, maldicen a Dios y a todos los santos, pero nunca hacen nada. Los irlandeses son diferentes. Pegan, queman, disparan sin un verdadero ideal. Son auténticos canallas.

Pantera, que no tenía nada que refutar, alzó la jarra y sorbió líquido y espuma.

6

LOS EXTERMINADORES DE RATAS

ALinden pareció entrarle la prisa repentinamente. Se levantó sin ni siquiera terminar la cerveza.

—Canallas, repito. Y de la peor calaña. ¿Digo verdad, Gustav?

El alemán se había aproximado, tal vez para que le pagaran.

—¿Está hablando de los irlandeses, capitán? Tiene toda la razón. Durante la guerra de Secesión estaban con el Sur, con los esclavistas. Eso bastaría para entender quiénes son.

La mirada de Linden se volvió ensoñadora por un instante, como si la hubiera atravesado un grato recuerdo.

—Sí, los disturbios contra la leva. ¡Qué limpieza hicimos! Matamos a bastantes de aquella, pero no a los suficientes. —Buscó entre los botones de su uniforme hasta sacar la cartera y le entregó a Gustav dos monedas de plata—. Pago lo mío y lo de mi amigo. No me traigas el cambio, guárdalo para lo que beba después.

—¿Cuándo le volveré a ver? —preguntó Pantera.

—No será pronto. Céntrate en el trabajo y en las mulas. Por trabajo me refiero a eso de lo que te hablado. Nos vemos, Gustav.

—Hasta la próxima, capitán.

Linden hizo un gesto de despedida y se fue del salón casi a la carrera. A Pantera no le disgustó su marcha, la conversación se había vuelto muy insidiosa y difícil de sostener. A decir verdad, toda la situación parecía insostenible. Necesitaba meditar, pero Gustav no se despegaba de él.

—Ya casi ha terminado su cerveza —observó el alemán, que miró las monedas que tenía en la mano—. Aquí hay para pagar otras dos, como mínimo.

—No, tráigame media —respondió Pantera, contrariado.

Al quedarse solo vio que el eslavo de la mesa de al lado lo estaba mirando, pero no le prestó atención. Hurgó en su guardapolvo hasta que encontró unos cigarros y unas cerillas. Se puso a fumar. Normalmente era una buena ayuda para reflexionar.

Los hibernios, o al menos los que entre ellos se hacían llamar Molly Maguires, lo consideraban uno de los suyos. El bando contrario también. Pero todo se apoyaba en afortunadas combinaciones que podían mantenerse en equilibrio un máximo de dos días, siendo

optimista. Además, Bill el Buey, al que había disparado en órganos no vitales, se recuperaría, y el único de los atacantes que había actuado a cara descubierta era Pantera. ¿Cuántos mexicanos podía haber en los poblados mineros alrededor de Shenandoah? Definitivamente estaba en el filo de la navaja. A ojo de buen cubero se diría que la misión que le habían encomendado Molly y Jim Carroll había fracasado. A menos que identificara y matara al confidente esa misma noche.

Terminó la cerveza y se dirigió a la barra. Gustav estaba colocando sobre la superficie de zinc unas golosinas muy poco apetecibles: bollos y panecillos más bien flácidos cubiertos de azúcar, fruta confitada en un pequeño plato sucio, dulces que habían envejecido en la trastienda… El alemán irguió el cuerpo para decir, con su acento estridente lleno de sonidos aspirados:

—Ya ha oído al capitán. Está todo pagado.

Pantera buscó una vía indirecta para iniciar la breve charla que le interesaba mantener. La halló en los carteles que había colgados casi por todas partes.

—¿Quién es ese Adolph Strasser que firma tantos manifiestos? Veo también que se repite la indicación de Filadelfia. Pero están escritos en alemán.

Fue evidente que Gustav se debatió entre contestar con una frase insolente o estimulante. Finalmente dijo, con tono respetuoso:

—El compañero Adolph Strasser es un zapatero de Filadelfia. El hombre más importante después de Friedrich Albert Sorge, que es el secretario en Nueva York de la Asociación Internacional de Trabajadores. Strasser incluso está planeando crear un partido político, el Partido de los Trabajadores de los Estados Unidos. Toda América oirá hablar de él.

—¿América? Digamos más bien la Unión. —Pantera acompañó ese comentario con una mueca que borró rápidamente—. Strasser, Sorge… No me parecen apellidos muy estadounidenses.

—¿Y quiénes son los estadounidenses, en su opinión? ¿Acaso piensa que usted lo es? —En la entonación de Gustav no hubo ironía, ni desafío, ni enfado—. Los que se hacen llamar así no son más que inmigrantes que llegaron desde Inglaterra antes que nosotros, en algún caso muy poco antes.

—Desde Inglaterra o desde Irlanda.

Por primera vez el rostro rechoncho de Gustav, adornado por un bigote rubio y por un mechón rebelde en su frente despejada, mostró animosidad.

—¡Esos no! ¡No venga a hablarme de los irlandeses! ¡Mientras el señor Karl Marx escribía a Abraham Lincoln para expresarle su solidaridad, la escoria irlandesa provocaba disturbios para no combatir contra los confederados! Mataba a los negros, los castraba…

¡Una piara de cerdos y de desagradecidos, eso es lo que son!

Ese era el estado de ánimo que Pantera quería provocar. Fingió que estaba de acuerdo.

—¡Así es! Pero no vaya a creer que son conscientes de ello. Como no tienen consciencia, no tienen inteligencia. Siguen a sus cabecillas sin rechistar.

Ese comentario sulfuró aún más a Gustav.

—¡Tal cual, dices bien! ¡Y nadie sabe qué tienen en mente los cabecillas, qué es lo que piensan realmente! —dijo antes de señalar una ventana con el cristal tan sucio que parecía que fuera había niebla, y bajó la voz—. Dé un paseo en dirección al ayuntamiento y en el camino encontrará una plazoleta que tiene en el centro el tizón de un poste que quemaron hace tres días. Los irlandeses hacen eso cada 25 de junio. Clavan un poste, cuelgan leña y cajas y le prenden fuego.

A Pantera le costaba entenderlo.

—¿Y eso? —preguntó con perplejidad.

—El 25 de junio no es una festividad religiosa. Ni para la jodida Iglesia papista ni para la gente normal. Para los irlandeses sí. ¿Eso no le sugiere nada?

—No. ¿Qué debería sugerirme?

—Que esa gente practica su propia religión, completamente diferente de la religión de la que se declaran seguidores.

—Yo también practico mi propia religión —respondió Pantera con acritud al tiempo que se encogía de hombros. Se disponía a irse cuando un pensamiento repentino cruzó por su mente y se giró hacia Gustav, que había retomado la tarea de lavar vasos—. Dígame, ¿el 25 de junio también queman espantapájaros? Me refiero a los irlandeses.

—Oh, sí, en los campos. Ellos lo niegan, pero se comenta que atan a ellos algunos animalillos: perros cachorros, conejos y otros. Los encierran en muñecos hechos con rastrojos y les pegan fuego. Y a pesar de eso se consideran cristianos.

—Desagradable. ¿Pero quién los dirige?

—¿En Shenandoah? Chris Donnelly, todo el mundo lo sabe. Es el tesorero de los hibernios. Nunca volverá a poner un pie en mi local. Que se quede en el salón del Matojo, con Joe McKenna y con sus otros compinches.

Eso era lo que Pantera quería saber. Salió a la calle e inmediatamente buscó con la mirada el poste del que le había hablado el Dutch (tildaba así mentalmente a los alemanes desde los días en la guerrilla de Misuri). No estaba a la vista. Caminó hacia lo que parecía el centro de la ciudad, porque allí los edificios eran de mayor altura y había más adosados.

El mexicano se arrepintió de haber dejado su Nganga en Tamaqua, dentro de la maleta que le había confiado a Molly. Sin la compañía del

alma de un muerto, un palero se volvía vulnerable y no podía abandonarse al simple instinto. Así las cosas, Pantera se veía obligado a seguir la lógica y la razón, sin confiar en intervenciones sobrenaturales. Tan pronto como le fuera posible mezclaría y herviría otro Nganga. Por el momento lo fundamental era mantener los ojos bien abiertos.

Shenandoah tenía la apariencia de una capital diminuta. Las calles secundarias eran de tierra batida, como en Tamaqua, pero aquí en las vías centrales había un tránsito constante de carros y calesas a la sombra de edificios pretenciosos. Al dejar atrás los suburbios desaparecieron las prostitutas, sustituidas por damas y por mujeres trabajadoras. Desaparecieron también los salones, reemplazados por hoteles de aspecto cosmopolita. Los que conversaban en la entrada eran caballeros con un porte impecable, vestían fracs bien planchados y bufandas y corbatas de seda. Muchos transeúntes eran de esa misma clase, si bien no faltaban los porteadores y los carreteros, en su mayoría negros. La plebe no le hacía sombra a los señores, más bien resaltaba la distinguida presencia de estos.

Respecto a Laredo y a las ciudades que Pantera conocía mejor, allí faltaban las armas a la vista. Tampoco se apreciaban bultos de revólveres a la altura de la cintura. El único arma que vio fue un rifle Henry, en los brazos de un calvo que vestía un uniforme unionista muy desgastado. Junto a otros ociosos estaba comentando el cartel, pegado en el porche de un bazar, que prometía una recompensa muy elevada por la captura de Frank y de Jesse James. No se trataba de la primera notificación de esa clase que veía Pantera, y la recompensa que se ofrecía por ellos era cada vez mayor. El apellido James le hizo evocar antiguos recuerdos que desechó de inmediato.

Finalmente encontró el poste quemado. Se alzaba al borde de una encrucijada, y más que nada era un tizón clavado en el suelo. Acababa de empezar a examinarlo cuando escuchó a su espalda una apacible voz que le dijo:

—Amigo, veo que te sobra tiempo. ¿Te interesaría un trabajo fácil, rápido y bien pagado?

Cuando Pantera se dio la vuelta se encontró enfrente a un hombre gordo, vestido sin especial elegancia pero con decoro. Los rasgos de su amplio rostro eran rudos y vulgares, y el bigote enroscado hacia arriba hacía pensar en el dueño de un circo o de una compañía teatral. Una media sonrisa dejó al descubierto sus dientes grandes y amarillentos.

—¿Por qué me lo propone precisamente a mí? —preguntó Pantera sin disimular su desconfianza.

—Porque pareces mexicano y ya tengo cuatro mexicanos en mi cuadrilla, me hace falta un quinto para completarla. Si os entendéis entre vosotros trabajáis más rápido.

—¿De qué se trata?

El hombre amplió su sonrisa para hacerla más cordial.

—Me llamo Ricci, Secondo Cosimo Ricci. Me dedico a la desratización. En pocas palabras, libro de las ratas a los hoteles y casas de lujo. Pocas especializaciones tienen más demanda en Shenandoah y sus alrededores.

La sorpresa dejó sin aliento a Pantera por un instante.

—¿Un exterminador de ratas?

—Bueno, en efecto, así es como me llaman —dijo Ricci gesticulando—. Pero te repito que pago bien. Hoy llega al hotel Pensilvania el mismísimo señor Gowen, Franklin Gowen. Y, claro está, la gerencia del establecimiento no quiere que se tope con roedores en la habitación.

Hasta un momento antes Pantera estaba dispuesto a rechazar tajantemente el ofrecimiento y a mandar al diablo a su interlocutor, pero la mención de Gowen hizo que lo reconsiderara. Había oído demasiadas veces ese apellido, ya era hora de saber más sobre él. Además no tenía nada que hacer hasta la noche.

—¿Dice que es un trabajo rápido?

—Sí, unas pocas horas. He de añadir que pago yo la comida para toda la cuadrilla, además de una jarra de cerveza cuando hayáis terminado. ¿Qué me dices?

—Que acepto.

La sonrisa de Ricci se ensanchó y se volvió sincera.

—¡Así se habla, muchacho! Ven, el hotel está a dos pasos de aquí.

Ningún campanario daba la hora, pero debía de estar cerca el mediodía. El sol había cobrado bastante vivacidad, aunque seguía sin calentar. En las calles, los transeúntes, los carros y los caballos habían desaparecido casi por completo. Detrás del poste chamuscado unas pocas mujeres llenaban cubos en una fuente. Varios pilluelos estaban jugando con el agua de la pila. Predominaba, sobre todo en las esquinas con los callejones, el aroma a ajo y a frituras, que se rarefacía pero que persistía al llegar a las calles principales.

El hotel Pensilvania hacía ostentación de un lujo inmoderado. La fachada de tres plantas estaba completamente estucada, con numerosas columnas que imitaban la arquitectura de la Grecia clásica. La puerta giratoria era de cristal. Ante ella estaba parado un pobre diablo con librea verde, pantalones a rayas y una chistera altísima en su cabeza canosa. Prácticamente un clown, y a lo mejor él mismo era consciente de que parecía tal cosa. Contemplaba con tristeza los elegantes vehículos aparcados en la calle, con los cocheros dormitando en el pescante u ocupados con el forraje para los caballos.

Ricci y Pantera no entraron por la puerta principal, sino por un pasillo bajo, recubierto de piedras y cañerías, que daba a una

bocacalle. Un agente de la Policía del Carbón y el Acero los detuvo poco más allá del umbral.

—¡Alto! ¡Identifíquense!

—Soy el exterminador de ratas —contestó Ricci con cierta reticencia—. Este es uno de mis hombres. Agente, usted ya me había visto, y en más de una ocasión.

—Bien, pueden pasar. Pero vayan directamente al sótano, estaré vigilándoles.

La empinada escalera del sótano estaba a mitad del pasillo, donde la bóveda se hacía más oscura. Ricci abrió camino en el descenso, facilitado por unas lámparas de queroseno que ardían a intervalos regulares. Pantera no se esperaba que irían a parar a un vestíbulo tan amplio, con el suelo pavimentado con grandes baldosas encharcadas en algún caso por más de un dedo de agua fangosa. Había numerosos cubículos, todos ellos con las puertas abiertas.

—Muchachos, ¿dónde estáis? —preguntó Ricci sin alzar la voz—. Os digo a vosotros, muchachos. No hagáis ruido, no vaya a ser que os escuchen arriba.

Cuatro individuos, tres de ellos esqueléticos, aparecieron casi en el mismo instante, provenientes de diferentes habitáculos. Los rasgos comunes en todos ellos eran una mirada muy negra y febril, bigote caído y rostro demacrado. Se distinguían por factores externos. Aparte de que vestían harapos de colores y formas dispares, dos de ellos sostenían unos espetos. Las ratas ensartadas en ellos, todavía vivas, se revolvían y chillaban desesperadamente. El tercer hombre empuñaba un puñal ensangrentado y el cuarto —un negro con un poncho sobre los hombros, el más robusto en medio de tanta delgadez—, aferraba un pequeño garrote, también cubierto de sangre. Fue este último el que se dirigió a Ricci, con entonación pesarosa.

—Señor Secondo Cosimo, nosotros hacemos lo que podemos, pero las ratas son infinitas. Los sótanos del hotel son parte de una mina abandonada. Hay tantas ratas como en la mina y algunas son tan grandes como cachorros de perro.

—No os preocupéis, mis cuates —respondió Ricci exhibiendo una de sus sonrisas más deslumbrantes—. Os traigo refuerzos. El mejor exterminador de ratas del país, reclaman sus servicios incluso en Canadá. Además es compatriota vuestro. ¿Qué más queréis?

Estaba señalando a Pantera, que se quedó asombrado ante tamaña desfachatez. El mexicano se sintió observado y eso le molestaba. Pero tenía que adaptarse a las circunstancias, de modo que soportó pacientemente las miradas estupefactas de aquellos guiñapos humanos.

Ricci, tras repartir más sonrisas complacientes, frunció los labios y su timbre de voz adquirió una ligera imperiosidad.

—Os tengo que dejar, que aproveche la comida. Volveré más tarde con los dólares que os corresponden. Pero haced bien vuestro trabajo, ningún roedor debe llegar con vida a los pisos superiores.

Al quedarse a solas los exterminadores de ratas empezaron a hablar en español entre ellos. Pantera era, por descontado, el objeto de su curiosidad. Se sucedieron las preguntas.

—¿Quién eres, amigo? ¿De dónde vienes?

—Te pareces a mi primo, José Eduardo. ¿Lo conoces? Vive en El Presidio.

—¿Por qué llevas gabardina? Aquí abajo hace calor, es mejor trabajar en camisa.

—Quizás le preocupan las apariencias. Estamos en un hotel de lujo, ¿no?

Ese último comentario provocó un coro de carcajadas que se dispersaron por los túneles. Pantera se abstuvo de responder. La única pregunta interesante se la hizo el negro con el garrote, que le tocó una mano causándole un pequeño sobresalto.

—Reconozco el eye, el tatuaje que tienes en la muñeca. Debes de tenerlo por todo el cuerpo. Rayado en palo, ¿no es cierto? Palo Mayombe, regla conga. Bueno, somos primos. Yo soy de la regla lucumi. Me llamo Learco.

Pantera alzó una ceja.

—¿Y qué hace un lucumi aquí abajo?

—Yo podría preguntarte qué hace un palero aquí abajo. Por lo que a mí se refiere, prefiero ser exterminador de ratas que peón o mulero en la mina. Mejor cazar terés que arriesgar la vida.

—¿Por qué lo dices? ¿En la mina la vida corre peligro?

—Debes de ser nuevo en esta zona. ¿Sabes cuántos han muerto en los últimos años, entre Schuylkill y Carbon? Más de cinco mil. Todos ellos aplastados, asfixiados o sepultados. Es mucho mejor dedicarse a cazar ratas que acabar como alguno de esos mineros.

El hombre se expresaba con inteligencia, e incluso con cierta propiedad. Pantera lo observó atentamente. Era de complexión gruesa, y eso le daba un aspecto brutal a su rostro, muy negro, adornado con bigote y patillas. Sin embargo, su mirada tenía viveza y su frente, oculta tras una cascada de rizos, era bastante espaciosa. Resultaba difícil calcular la edad del individuo; treinta años tal vez, o pocos más. La base de su cuello de toro, visible gracias a que llevaba la camisa desabotonada, terminaba en una mata de pelo. Debajo se veían unos tatuajes azulados.

—¡Ya solo nos faltaba tener otro hechicero medio africano! —exclamó uno de los mexicanos de los espetos abriendo los brazos. Un par de ratas moribundas cayeron al suelo.

Le respondió el compañero del cuchillo, el más flaco de todos. A

través de su camisa abierta se podían contar, una a una, las costillas.

—Hechicero o no, son un par de brazos más. Ándale, al trabajo. Aquí abajo hay más ratas que piojos tenemos en la cabeza.

—¿Qué pasa con la comida? —preguntó Pantera—. Ricci me habló de un tentempié.

—Ya. Las sardinas siguen todas ahí, si las quieres. Deben de haberlas desalado hace un año y ahora se deshacen en cuanto las tocas. Y el pan está rancio. O eso creo, visto el moho que tiene.

Pantera, que ya contaba con algo así, no rechistó. Se limitó a seguir a sus compatriotas, que se habían puesto en fila y caminaban tratando de no hacer ruido. Iban encorvados, pero se irguieron todos de repente cuando sonó un estruendo sordo de piedras removidas procedente de un habitáculo. Justo después decenas de grandes ratas irrumpieron en el pasillo, chillaban y correteaban furiosamente. Pantera las vio pasar entre sus piernas y a su lado, como si los animales formaran un torrente de pelaje gris. Trató de pisar con las botas un par de ellas, pero no hubo manera. Delante de él sus compañeros descargaban con rabia el cuchillo, el garrote y los espetos. Chillidos más fuertes indicaban que a veces daban en el blanco. No obstante, el flujo de ratas era incesante.

—¡Qué haces ahí parado! —le gritó Learco—. ¡Busca cualquier herramienta y pégales fuerte!

El único utensilio que tenía a mano Pantera era una de las lámparas de queroseno que colgaban de la bóveda. La descolgó y la abatió sobre algunas ratas sin molestarse demasiado en tratar de dar en el blanco. Se oyó un ruido de cristales rotos y a continuación los chillidos se hicieron ensordecedores. El queroseno incendiado se había adherido al pelaje de los animales, y la cercanía entre ellos hacía que el fuego se transmitiera de unos a otros. Se veía a la vanguardia de los roedores retrocediendo y volviendo a la carrera al habitáculo. Los mexicanos daban saltos para evitar que sus pantalones se incendiaran. Quedaron en el suelo decenas de cadáveres grisáceos, cubiertos aún por unas ligeras llamas. La sangre flotaba en franjas sobre las aguas residuales.

—¡Esa es la solución! —exclamó el flaco del cuchillo—. ¡Quemarlas!

El negro movió de un lado a otro la cabeza con escepticismo.

—Sí, y así nos quedaremos a oscuras. Por no hablar del riesgo de provocar explosiones.

—Si sabéis dónde están sus madrigueras bastaría con renunciar a una sola lámpara —señaló Pantera—. Como habéis visto, arden todas juntas. Es suficiente con verter un poco de queroseno en cada conducto.

Learco rio entre dientes antes de decir:

—Tú aún no has visto las madrigueras de los terés. Ven, te enseñaré una.

Avanzó hacia el habitáculo con el garrote alzado a media altura, preparado para golpear. Antes de entrar le explicó:

—Si hay tantas ratas es porque los mineros se niegan a matarlas. Saben que en caso de desastre inminente los roedores son los primeros en escapar. La gente de las minas no tiene otro sistema para salvar la vida.

—Y tú dices que esos desastres ocurren a menudo.

—Sí, continuamente, pero por lo general se trata de derrumbes menores en los que uno o dos mineros se dejan la piel o pierden las piernas. El accidente más grave fue en Avondale, en 1869. Un centenar de obreros murieron asfixiados a causa de un incendio. Y en aquel caso las ratas resultaron inútiles, murieron también ellas.

Al entrar en uno de los habitáculos, Pantera se quedó asombrado.

—¿Eso se supone que es una madriguera?

—Lo es, aunque parezca increíble. Te ayuda a entender lo grandes y fuertes que son estos bichos.

En la pared húmeda, con musgo incrustado, se abría una gran cavidad de contorno irregular. Delante había fragmentos de ladrillos apilados y polvo fino. Daba pie a pensar que las ratas, empujadas por el hambre, roían incluso los ladrillos hasta que quedaban reducidos a montoncitos de grava.

De la cavidad salían sonidos que se asemejaban a voces humanas muy lejanas. Pantera sacó una lámpara de su soporte y se agachó hacia el agujero para oír mejor. Una llamarada lamió su rostro al tiempo que una pequeña explosión retumbaba en el subsuelo.

—¡Qué haces, pinche huevón! —gritó el negro—. ¡Eso está lleno de gas!

Súbitamente subió el volumen de las voces que salían de la brecha y se hicieron inteligibles.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Debe de haber explotado algo bajo nosotros!

—¡A mí me ha parecido un disparo!

—¡No, no, señor Gowen, quédese tranquilo! Están llevando a cabo trabajos en el sótano.

—Será eso… ¡Sargento, llévese dos hombres y baje a ver! ¡Traiga ante mí al responsable!

Learco apuntó con el dedo a Pantera.

—¿Has visto la que has organizado, pendejo? —le preguntó antes de echar a correr hacia los demás exterminadores de ratas, que estaban tan alterados como él—. ¡Compadres, mejor será que nos vayamos de aquí! ¡Están bajando los guardias, puede haber problemas!

Los otros no se hicieron de rogar y huyeron hacia el fondo del pasillo. Pantera, en cambio, se marchó tranquilamente en dirección a las escaleras por las que había llegado, poniendo cuidado al pisar para evitar los cadáveres de las ratas chamuscadas. Estaba a mitad de la subida cuando se dio de bruces con los tres agentes de la Policía del Carbón y el Acero que estaban bajando.

—¡Aquí está nuestro hombre! —dijo el que probablemente era el jefe—. Levanta las manos y sube lentamente. Muy lentamente.

Pantera no levantó las manos, se limitó a apartarlas de su guardapolvo. Pero subió despacio hasta que estuvo a plena luz.

—Este es cualquier cosa menos un molly —comentó uno de los guardias.

—Registradlo de todos modos —ordenó el jefe—. También hay ladrones, y aunque parezca increíble a veces no son irlandeses.

El agente que encontró el Smith & Wesson que llevaba el mexicano se quedó boquiabierto y se lo quitó de la cintura casi con reverencia. Le pasó el revólver a su superior sujetándolo con dos dedos por la culata.

—¡Sargento, mire qué cañón lleva este hombre! ¡Pesa al menos dos libras! Es un milagro que los pantalones aguanten.

También el suboficial parecía impresionado. Sopesó el arma.

—No me irás a contar que esto lo compraste en la tienda, ¿verdad? —le dijo a Pantera mientras se rascaba el cráneo, rapado al cero. Acercó a su gruesa nariz y a su mostacho el revólver confiscado—. Huele a pólvora y a humo, no hace mucho que has disparado. Más te vale que me digas inmediatamente a quién.

—A los roedores —contestó el mexicano, impasible—. Soy uno de los exterminadores de ratas que trabajan para el hotel.

—Eso vete a contárselo a tu hermana. Dime quién eres.

—A usted no. Solo hablaré con uno de sus oficiales.

El sargento estaba a punto de abofetear al detenido. Si no lo hizo fue gracias al comentario de uno de los agentes.

—El señor Gowen quiere interrogar personalmente al autor de la explosión, sargento —le recordó con suma cautela—. Quizás sea mejor no machacar mucho a nuestro hombre.

—Ya, ya —admitió el sargento a regañadientes. Bajó el brazo y golpeó a Pantera con rabia, al tiempo que buscaba un bolsillo lo suficientemente grande como para guardar el Smith & Wesson—. Asqueroso mestizo, deberías señalar esta fecha en el calendario como uno de tus días de suerte. Vas a conocer en persona al señor Gowen, Franklin B. Gowen. Sabrás quién es, ¿no?

—Por supuesto que lo sé. Trabajo para él.

Esa afirmación multiplicó el desconcierto de los guardias. Al cabo de un instante el sargento empujó a Pantera para que echara a andar,

pero lo hizo sin excesiva violencia.

—Enseguida sabremos si dices la verdad. Ve delante, y no intentes ninguna jugarreta.

Pantera se mostró dócil y sereno, a pesar de que no estaba muy seguro de sí mismo. Sin su revólver y con el Nganga lejos se sentía vulnerable. Demasiado, para su gusto.

7

EL PRÍNCIPE DEL CONDADO

La sala de reuniones estaba en la primera planta y, como era de prever, rezumaba una elegancia cercana a la pompa. Cortinas de terciopelo verde, sillones y sofás bien acolchados, mesitas de ébano con marquetería, ampollas y vasos de cristal. La tapicería estaba decorada con motivos marinos, con anclas y cuerdas entrecruzadas y anudadas. También eran bien vistosos los cuadros, que representaban fragatas y bajeles librando batallas navales en altamar o anclados en alegres puertos británicos repletos de gente. Dada la distancia entre Shenandoah y el océano, todo eso resultaba bello pero también un poco grotesco.

Pantera dedujo de inmediato quién era el señor Gowen. Lo reconoció por su rostro bien afeitado y atractivo, por su porte elegante y por el modo en el que todos lo miraban. No obstante, dejando a un lado la corbata de seda gris, vestía con relativa modestia. O al menos esa imagen daba si se comparaba su chaqueta de color avellana con las chaquetas blancas y con los trajes negros de los que estaban en torno a él, o su camisa sencilla y pulcra, embutida en un chaleco marrón, con los volantes y los cuellos altos de sus aduladores.

Gowen posó en el borde del cenicero el puro que estaba fumando y se puso en pie.

—Sargento, me imagino que este buen hombre es el autor del estruendo que hubo bajo nuestros pies.

El suboficial de la Policía del Carbón y el Acero esbozó un saludo militar. Parecía algo emocionado.

—Sí, señor Gowen. Estaba en el sótano, llevaba este revólver. Dice que presta servicios para usted.

—¿Ah, sí? —Gowen perdió tiempo ajustando el cigarro hasta que quedó perfectamente perpendicular respecto al borde del cenicero—. Yo tengo muchos empleados, no los conozco a todos. Joven, ¿qué tipo de servicios se supone que prestas para mí?

Pantera notó que los gestos del hombre eran amables, pero había en ellos cierto torpor; era como si Gowen tuviera que pensárselo antes de realizar cada movimiento. Eso le dio seguridad al mexicano, a saber por qué.

—No sé si puedo decirlo delante de estas personas, señor. Es algo

muy delicado.

—¿De verdad? Bueno, me estás poniendo en un compromiso. Si te concedo un encuentro a solas, los amigos aquí presentes pensarán que tú eres mi proveedor de chicas. —Buena parte de los allí presentes se echaron a reír—. No te queda otro remedio que decirlo en público.

—Trabajo para la Agencia Pinkerton, que si no me equivoco, está a sus órdenes.

La media sonrisa que flotaba en los labios de Gowen se congeló.

—¿Hablas en serio? Dame algún nombre.

—El capitán Linden, con el que he estado hace pocas horas. Shepp y Beard, unos vigilantes de Tamaqua. Ben Franklin, que dirige la agencia en Filadelfia…

Gowen ya parecía convencido, pero en su mirada subyacía aún un rastro de desconfianza.

—Esos nombres los conoce todo el mundo. ¿Quién es tu superior en Shenandoah?

—Debo verme con él esta noche en un salón. Lo siento, señor, pero ese nombre no lo puedo dar delante de sus amigos. Por no hablar del sargento que nos está escuchando.

Gowen se sobresaltó. Se dirigió al suboficial de la Policía del Carbón y el Acero.

—Quítate de en medio, pero no te alejes. Y en cuanto llegue Allan Pinkerton tráelo aquí.

—¿Me llevo al detenido?

—No. Si este mexicano ha mentido, Allan lo desenmascarará. Por ahora lo interrogaré yo.

Gowen volvió a sentarse cuando se marchó el sargento. Pantera percibió nuevamente una leve torpeza en sus movimientos; tenía las piernas rígidas, le faltaba soltura. Apenas se apreciaba, pero para él resultaba patente. Gowen recuperó el cigarro, que seguía encendido, y dio una chupada.

—¿Qué hacías ahí abajo? ¿Qué ha sido esa explosión?

—Estaba con los exterminadores de ratas del hotel. Hubo una fuga de gas en una de las madrigueras.

—Cazado… —Gowen hizo una mueca de repulsión, las ratas debían de provocar en él un verdadero horror—. ¿Cómo es que estabas con esa gente?

—No conozco la región y debo husmear por todas partes. Esta noche iré al salón del Matojo y mañana por la mañana buscaré trabajo como mulero.

—Entiendo, parece lógico. Pero falta un detalle… —dijo Gowen frunciendo los labios y filtrando por ellos un hilo de humo que se quedó flotando en el aire ante su nariz—. Señor Bannan, ¿qué ha dicho el herido?

El aludido hizo girar el sombrero de copa que sostenía entre las rodillas. Era anciano y su voz sonó asmática.

—Ha dicho que el que le disparó esta mañana no tenía la cara pintada de blanco. Parecía un indio mexicano, de esos que nunca se han visto por Shoemaker's Patch. Llevaba un guardapolvo que le llegaba hasta los pies. El revólver que usó para dispararle era grande, de color dorado pero con el tambor y el cañón negros.

Uno de los petimetres que estaban hundidos en los sofás se agitó y exclamó:

—¡Franklin, es este hombre! ¡No hay duda!

—Espera, Asa. Quiero que me lo diga él —respondió Gowen apuntando con el cigarro a Pantera—. Amigo, ¿admites que fuiste tú el que disparó a Bill el Buey Thomas en Shoemaker's Patch esta mañana a primera hora?

El mexicano no veía ninguna posible salida. Estaba desarmado y tampoco podía contar con la protección de su Nganga. Pese a todo, no se inmutó. Su cultura predicaba la resignación ante lo ineludible y ante la voluntad de los orisha.

—Sí, fui yo —reconoció con indiferencia.

Los semblantes de todos los presentes se serenaron de repente.

—¿Has visto? ¡He vuelto a acertar! —dijo Gowen guiñándole el ojo al personaje rubio y distinguido al que había llamado Asa. Cuando se giró de nuevo hacia Pantera era la cordialidad personificada—. Siéntate donde puedas, amigo. Hablaremos más tarde. Además del premio por Barrilete recibirás otro especial, de mi propio bolsillo. Me gustaría tenerte directamente a mi servicio, si Pinkerton está de acuerdo. Pero debes entrenar un poco tu puntería, si te piden que liquides a alguien tienes que dejarlo seco.

Pantera no se esperaba nada por el estilo, si bien ya era consciente de que estaba viviendo una constante comedia de equívocos en la que se podía dar cualquier sorpresa. Vio un taburete amarillo acolchado, junto a una de las cortinas, y tomó asiento. Uno de los presentes, joven y barbudo, se acercó a él. Sonriendo, le ofreció un revólver negro y compacto.

—Ten, está cargado. Sustituirá dignamente al Smith & Wesson que has perdido. Es un Colt Frontier recién salido de fábrica.

—Gracias.

Pantera no perdió el tiempo evaluando el arma, sabía que era buena. La metió en la cintura, el contacto con el metal hizo que se sintiera mejor.

—Siéntate, Hanmore —le ordenó Gowen al barbudo—. Podemos continuar. Asa, ¿dónde nos habíamos quedado?

—Estabas hablando de los Molly Maguires.

—Ah, sí. Muchos piensan que los mollies son una invención mía.

Sin embargo, llevan aquí más de diez años y antes ya existían en Irlanda. Bannan, haz tú la lista.

—¿La lista de qué? —preguntó el aludido, al que cogió por sorpresa.

—De todas las víctimas de los Molly Maguires, durante la guerra y después. Como exdirector de La Gaceta Minera seguro que las recordarás. Vamos, haz un esfuerzo.

Bannan se concentró.

—Tengo en mente a todos los asesinos, aunque podría equivocarme con alguna fecha. En 1862 los mollies mataron a Frank Langdon, capataz de una mina. Al año siguiente fue el turno de George K. Smith, propietario de varios pozos. En 1865 le tocó a David Muir y al año siguiente, si no me equivoco, a Henry Dunne, supervisores ambos. A eso siguió el periodo de los atracos y de los atentados, luego cayó William Littlehales, aunque en su caso no se trató de una emboscada; murió durante el asalto a un tren por parte de unos bandidos con la cara pintada de blanco. Fue en 1867, si mal no recuerdo.

—Resume —le dijo Gowen, que unió los dedos de la mano izquierda para reforzar la orden. De su otra mano cayó un poco de ceniza.

—Sí, señor Gowen. Después le tocó a Alexander Rea, creo recordar que en 1868. El siguiente, tres años más tarde, fue Morgan Powell, que al igual que Rea era supervisor. Entre tanto se produjo la gran huelga, similar a la que acaba de terminar ahora, que trajo una pausa en los crímenes. Luego los mollies liquidaron a George Major, alcalde de Pottsville, y eso fue en 1874. El resto es historia actual.

—¿Y en todo ese periodo cuántos incendios hubo, Bannan? ¿Cuántos sabotajes en las minas? ¿Cuántas agresiones individuales? ¿Cuántas tentativas de hacer descarrilar trenes?

—¡Innumerables, señor Gowen! Yo diría que sobre todo a partir de las revueltas sindicales fallidas, mientras reinaba la calma social. Tengo la sensación de que es en esas circunstancias cuando los Molly Maguires toman el control, como ahora.

—¡Exacto! ¡Ellos y los sindicatos se turnan! Eso demuestra que forman parte de la misma organización, que a fin de cuentas tiene un mismo nombre: Antigua Orden de los Hibernios.

Uno de los petimetres, silente hasta ese momento, levantó el dedo.

—Perdone, presidente Gowen. Tras la huelga que acaba de terminar solo ha habido un delito: el de esta mañana. Y todos sabemos que no lo han organizado los mollies…

Gowen perdió la calma por primera vez. Pantera notó en él no tanto irritación como auténtica furia, contenida a duras penas. Sus palabras fueron relativamente corteses, pero tras cada una de ellas se

advertía una tensión extrema:

—¡No esperaba que usted dijera eso, Zehner! ¡No me lo esperaba en absoluto! Me esfuerzo para que todo encaje en perfecto orden, para trazar planes que funcionen al detalle, y usted… —Gowen estaba tan iracundo que desmenuzó el cigarro entre sus dedos, a riesgo de quemarse. Echó los restos del puro en el cenicero. Sus hombros temblaban debido a contracciones nerviosas. Necesitó unos instantes para recuperar una relativa calma—. ¿Dice que no ha habido delitos? ¿Qué fue, según usted, el incendio en Mammoth Vein, en marzo? Ofrecí una recompensa de diez mil dólares, pero nadie dio señales de vida. ¿Y los que siguieron? ¿Y el intento de linchamiento de los esquiroles? ¿Y el descarrilamiento de no sé cuántas locomotoras? ¡No, para William D. Zehner, de la Carbonera Lehigh y Wilkes-Barre, los mollies no existen y el culpable soy yo! ¡Yo, el único que se atreve a arriesgar!

Pantera se percató de que Gowen había usado el verbo dice (arriesgar, lanzar los dados) pero había pronunciado mice (ratas). Sacó en conclusión que el hombre tenía una auténtica obsesión con los roedores. Ningún otro de los presentes pareció prestar atención a esa extrañeza.

Gowen se dejó caer en el respaldo del sofá, exhausto. Buscó de inmediato otro cigarro en el bolsillo de su chaqueta.

Zehner se sentía intimidado, pero no del todo domado.

—Yo estaba hablando del caso específico de esta mañana —trató de explicarse mientras los pocos pelos amarillos que colgaban de su barbilla se erizaban—. Tiene a Kerrigan en nómina, ¿no? E incluso ese mexicano de ahí ha dicho que trabaja para Pinkerton, que es como decir que trabaja para usted. ¿Es realmente necesario atizar…?

Antes de que Zehner completara la pregunta entró en la sala el sargento de antes para anunciar con cierta pompa:

—El señor Allan Pinkerton ha llegado.

Gowen se levantó rápidamente.

—Hazlo pasar, ¿qué estás esperando?

A pesar de su sangre fría, Pantera tuvo que tragar saliva. En cuestión de segundos su juego a varias bandas iba a ser descubierto. Observó la entrada del recién llegado con cierta aprensión. Suerte que tenía un nuevo revólver, y bien cargado. Seis disparos le bastarían para salir de allí.

Pinkerton era un hombre corpulento, de menos de cincuenta años. Tenía facciones duras y rugosas, ojos claros y una gran barba gris que rozaba su levita, abotonada hasta el cuello. A pesar de su baja estatura poseía carisma a raudales, solo que emanaba frialdad. Ni siquiera cuando le ofreció la mano a Gowen con un gesto amistoso logró transmitir cordialidad alguna.

—Me alegro de verte, Franklin. Perdona el retraso, culpa del ferrocarril, que se preocupa más del carbón que de los pasajeros. Y, mirándolo bien, me parece justo.

Gowen le indicó un sillón que estaba libre.

—Siéntate. Para hacerme perdonar por la lentitud de mis trenes haré que te sirvan ahora mismo un güisqui. En el hotel tienen también unos cigarros excelentes.

—Acepto el cigarro, pero no quiero bourbon. Nunca bebo cuando estoy trabajando. —Pinkerton se disponía a hundirse sobre los cojines cuando se percató de la presencia de Pantera. Se quedó de pie, encorvado—. ¿Quién es ese mexicano que está sentado en el taburete? Su cara me resulta familiar.

—Deberías conocerlo, trabaja para tu agencia. No sé cómo se llama, pero dice que es uno de tus hombres.

—¿Ah, sí? —Pinkerton se enderezó y caminó hacia Pantera. Su rostro, duro de por sí, no presagiaba nada bueno—. Por regla general conozco a mis agentes. ¿Tú cómo te llamas?

El mexicano se percató de que Pinkerton metía una mano en el bolsillo de la levita. Sin duda escondía un Deringer o un arma similar. Iba a ser difícil disparar antes que él.

—Me llamo Pantera, soy texano —respondió mientras hundía su mano derecha en el guardapolvo y aferraba la culata del Frontier.

El rostro rudo de Pinkerton se relajó de golpe. No sonrió, pero poco le faltó.

—¡Pantera! ¡El mexicano de Laredo! Te he estado buscando por tierra y mar. Estabas en la banda de los James, ¿no es cierto?

—¿En tiempos de la guerra de Secesión? Sí, digamos que estaba con Bill el Sanguinario Anderson. Frank y Jesse James formaban parte de la cuadrilla.

A Pinkerton se lo veía entusiasmado.

—¡Entonces eres el hombre idóneo para mí! Me dio tu nombre Cole Younger. Hablaba de ti como de un enemigo mortal. ¿Qué planes tienes en este basurero de ciudad?

—Mañana entraré a trabajar en alguna mina de los alrededores. Como mulero, si me aceptan.

—Bien, pero prepárate. Sé que los James van a trasladarse al norte. Les alegrará volver a ver a un viejo amigo.

Pantera estaba desconcertado.

—¿Pero qué se supone que debo hacer, exactamente?

—De momento nada. Pero ahora sé que estás aquí, mi gente dará contigo. En todo caso, telegrafía a la sede de Filadelfia comunicando en qué mina estarás trabajando. Yo me quedaré en Pensilvania al menos un mes, suponiendo que los James no decidan actuar antes.

Pinkerton giró la espalda y Pantera supo que era hora de irse.

Mientras salía escuchó que el detective le decía a Gowen, con tono expeditivo:

—Franklin, vamos con ese asunto de los mollies, que se está alargando demasiado. Nosotros estamos listos para darles la puntilla, primero a la ABT y después a los hibernios. Pero tienes que decirme…

Pantera no pudo escuchar el resto. Al salir por la puerta pasó ante el sargento y los dos agentes de la Policía del Carbón y el Acero. Lo miraron con animosidad, aunque no hicieron nada para detenerlo. Él se resistió a la tentación de dirigirles una sonrisa burlona.

Al llegar al hall, muy espacioso y rebosante de estuco dorado, escuchó la voz de Secondo Cosimo Ricci. El italiano se encontraba en el mostrador, discutiendo con uno de los numerosos recepcionistas.

—¿Qué quiere decir con que ya puedo irme? ¡El trabajo aún no está terminado! ¡Si tengo que dejarlo a medias quiero que se me paguen las horas trabajadas!

—¿Pagar? Ricci, menuda desfachatez tiene usted. Sus mexicanos han provocado aquí debajo el fin del mundo y a continuación han escapado. ¿Qué diablos debería pagarle?

—¡Pero al menos ya no hay ratas!

—Falso. Hace poco vi pasar una por el medio de la sala. A no ser que fuera un irlandés o un italiano.

Los demás recepcionistas reaccionaron con una carcajada coral. Pantera se escabulló por la puerta giratoria antes de que nadie se apercibiera de su presencia. En el exterior, el clown de librea verde se quitó la chistera e hizo una reverencia. La visión de su cráneo calvo suscitó en el mexicano un sentimiento de pena.

No se había dado cuenta del paso de las horas. La tarde, ya avanzada, envolvía con una luz rojiza los edificios de Shenandoah, preludio de una puesta del sol inminente. El tráfico de carruajes, carros y caballos se había intensificado. Alrededor de las fuentes se veían corrillos de mujeres con el cubo en la mano; eran muy ancianas o muy jóvenes, pero todas ellas muy feas. Un paciente salía de la consulta de un dentista que también hacía las veces de baños públicos. Iba presionando su mejilla hinchada y gimiendo lentamente. Un abogado estaba cerrando su pequeño despacho. El armero pacientemente ajustaba el rifle Sharps con el que un cliente apuntaba a un cielo ya amarillo. Un vendedor de salchichas turco, con la papalina en la cabeza, montaba a la carrera su puesto antes de que salieran los primeros empleados de un banco monumental con escalinata y columnas que parecían imitar el Partenón.

Pantera no sabía muy bien qué hacer antes de que llegara la hora de buscar el salón del Matojo. Tal vez lo mejor sería acudir a las oficinas de alguna compañía minera para pedir trabajo como mulero, aunque pensó que quizás también lo podría encontrar en el salón. Por

ese mismo motivo renunció, aunque estaba en ayunas, a comer algo de inmediato. Lo único que se le ocurría para pasar el tiempo era ir en busca de una mujer. De eso también estaba en ayunas.

Vio varios posibles burdeles, disfrazados de hotelitos baratos. Sin embargo, no tenía muchas ganas de someterse a su ritual: la presentación de la madama, la sala de espera, la breve charla con las chicas antes de consumar el acto… De modo que volvió a la periferia, donde las prostitutas hacían la calle frente a locales engañosos.

Con la caída del sol las meretrices se habían multiplicado. Las había incluso mexicanas, pero a esas las evitó. Finalmente se acercó a una mujer no demasiado joven, rubia y pechugona, que estaba conversando con unas compañeras a la entrada de un teatro de variedades.

—¿Cuánto pides? —le preguntó.

Ella se giró con los puños apoyados en los costados. Su pecho sobresalía del vestido y con sus labios indeciblemente rojos fingió una sonrisa pícara que remató con una mueca.

—¿Tú cuánto ofreces?

—Lo razonable.

—Entonces trato hecho. Ven conmigo.

La mujer se despidió de sus amigas y cogió a Pantera por el brazo. Lo llevó a lo largo de una calle pedregosa en la que un viejecillo estaba comenzando a encender los faroles, a pesar de que aún se veía. Estaba tan decrépito que la pértiga le temblaba entre los dedos y la llama a duras penas alcanzaba la mecha empapada en petróleo.

En Laredo no existía aún el alumbrado público, por lo que a Pantera le fascinaba contemplar la ceremonia de encendido. Sin embargo, se limitó a preguntarle a la prostituta:

—¿Dónde vamos?

—Al salón del Matojo, cariño. Está cerca, a pocos pasos. Arriba tiene muchas habitaciones y son bastante cómodas… Aunque no se trata exactamente de un salón, es más bien un tugurio, un local clandestino pero tolerado. Allí se bebe, se juega, se canta y en la planta superior se hace el amor, que es a lo que vamos nosotros dos, ¿verdad, mi apuesto morenito?

Aquello era la confirmación definitiva de que su Nganga seguía velando por él, aunque se hallara lejos. No podría haber ideado un modo mejor de entrar en el salón que le interesaba sin despertar mucha curiosidad. Observó a la mujer, que con toda seguridad superaba los cuarenta años y a lo mejor andaba ya cerca de los cincuenta. El colorete no camuflaba los pliegues junto a la boca ni las ligeras arrugas bajo sus ojos, y en su cabellera rubia y rizosa destacaba algún mechón de pelo gris. El lunar en su mejilla derecha, posiblemente postizo, resultaba más patético que atractivo. Con todo,

era guapa, y en el pasado debía de haber sido una mujer muy hermosa.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó. Era una pregunta que Pantera no solía hacer, para evitar que se la hicieran también a él.

—Me llamo Jitka. Lo sé, es un nombre extraño —comentó sonriendo. Su dentadura estaba sana y limpia, lo cual era muy inusual en una prostituta—. Nací en Europa, cerca de una ciudad llamada Praga. A lo mejor te suena.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Bueno, el caso es que mi marido era de allí. Falleció hace cuatro años al derrumbarse parte de una galería del pozo número uno de Nesquehoning. Fueron seis los que murieron aplastados. Después estuve en Mahanoy City, luego vine a Shenandoah. —Se le escapó la risa, sin saber por qué—. Todas las viudas del condado acabamos aquí. Bueno, todas no… digamos que las que no tenemos familiares que nos puedan ayudar. En las minas no contratan a mujeres, a menos que sean chiquillas, y mucho menos a las viudas.

Pantera temía que Jitka fuera a darle la paliza con una historia lacrimógena. Sin embargo, al llegar al final de un callejón sin tráfico que ya estaba invadido por la oscuridad, ella puso fin a su relato.

—El tugurio del Matojo Lawler está en esa casa. Es aún muy pronto, pero creo que nos dará una habitación… aunque yo sea checa y tú seas no sé qué. Hasta ahora siempre lo ha hecho, al menos cuando vengo con irlandeses. Sabe que en Mahanoy City estaba protegida por los Acorazados.

Pantera observó el edificio de madera de tres plantas de altura, con todas las ventanas iluminadas y el porche inclinado. No había letrero alguno.

—¿Quiénes son los Acorazados?

—Lo mismo que los Cadeneros o que la banda del Remache, como la llaman aquí. Unos «comesopas», católicos irlandeses que luchan contra los Modocs. —Se llevó el dedo índice a los labios antes de continuar—. Es mejor no hablar de estas cosas ahí dentro. ¿Te apetece beber algo antes de subir? Funciono mejor con un poco de alcohol en el cuerpo.

Pantera se encogió de hombros.

—Si a ti te va bien…

—Entremos entonces. Deja que hable yo, Mike el Matojo es un tipo difícil.

La puerta, entreabierta, daba a un vestíbulo bien iluminado con queroseno que terminaba en una escalera con una alfombra roja. A la izquierda había una puerta, también entreabierta. Se oían solo las notas estridentes que emitía alguien que trataba de afinar un violín, sin mucho éxito.

El local era sencillo y mísero, pero muy amplio. Las mesas, seis en total, estaban adosadas a las paredes, que tenían como único adorno un calendario fijado en la madera, lleno de nombres de santos y con una imagen de la Virgen sobre la indicación del mes. La barra era simple, larga y de zinc. Había sobre ella varias botellas, una damajuana y una barrica, además de numerosos vasos. Probablemente el posadero producía güisqui y cerveza casera.

No fue difícil adivinar quién de los dos allí presentes era Michael el Matojo Lawler. El otro era un tipo joven y delgado como un esqueleto, con el violín encajado entre la mejilla y el hombro. Al tabernero, en cambio, se lo veía lozano y con buena planta, sin llegar a ser gordo, y lucía una considerable pelambrera. Estaba secando una jarra con el mandil y al ver a los recién llegados hizo una mueca de disgusto y resopló.

—Jitka, deberías dejar de venir aquí. Mis clientes no te soportan, ya viste lo que pasó anteayer. Si no hubiera sido por mí y por Kehoe te hubieran tirado por la ventana.

Jitka adoptó una pose agresiva.

—Matojo, es culpa tuya que crean que soy una sanadora. Tú fuiste el primero que lo dijo y ahora todos lo piensan, incluido el cura. Hoy me ha preguntado si es cierto que le echo el mal de ojo a la gente, te lo escuchó decir a ti.

—Bueno, del mismo modo que alejas las enfermedades puedes provocarlas, ¿no es verdad? —comentó el Matojo con socarronería. Unas arrugas, parcialmente ocultas por sus patillas de color castaño claro, surcaban sus rubicundas mejillas—. En cualquier caso, no la tomaron contigo por eso, sino porque tu cliente era un galés. Por aquí ciertas cosas no se perdonan, ya lo sabes.

—¿Con el oficio que tengo tú crees que puedo permitirme ser exigente?

El Matojo miró de soslayo a Pantera, que estaba apoyado en el quicio de la puerta.

—Ya lo veo. Espera, te daré la llave. —Se inclinó para buscarla bajo la barra—. Aquí tienes, la segunda habitación a la izquierda. Tienes media hora, y el porcentaje habitual.

Jitka cogió la llave con tal celeridad que parecía que no esperaba haberla obtenido.

—Eres un ladrón —dijo ella en voz baja.

—Y tú eres una puta —replicó el Matojo, picado—. Solo que eres demasiado vieja para que te follen y ya no te quiere nadie, salvo algún forastero que no tiene donde caerse muerto… ¿Con quién has dejado a tus hijos? Deberías estar con ellos.

—Eso no es asunto tuyo.

Jitka cogió de la mano a Pantera como si temiera que se le fuera a

escapar. Mientras lo conducía escaleras arriba, la mujer murmuró:

—Matojo es un cabrón, un grandísimo cabrón.

Al llegar al rellano del piso superior, tan desnudo y triste como el resto del edificio, Pantera preguntó:

—¿Quién es ese tal Kehoe que has mencionado? Ese apellido ya lo he escuchado antes, tal vez se trate de alguien que incluso he visto.

Jitka, que estaba girando la llave en la cerradura, movió la cabeza hacía él. Sonreía.

—No, si lo hubieras visto no te olvidarías de él. —Empujó la hoja de la puerta e invitó a pasar a Pantera con un gesto cortés—. A ti te lo puedo contar: Jack Kehoe es el jefe de los Molly Maguires, el jefe supremo. Un tipo duro, a él se lo haría gratis, a ti no.

8

REUNIÓN DE LA LOGIA

Jitka manipuló la lámpara que colgaba del centro del techo y logró que emitiera un halo pálido pero suficiente para iluminar hasta el último rincón de la estancia. Flotaba en la habitación un olor a rancio corregido por un vago aroma de polvos de talco, pero estaba menos sucia de lo que Pantera había imaginado. La tapicería carmesí presentaba pocas rasgaduras; la cama de latón era decorosa; la palangana, la jofaina y el orinal, bajo la ventana sellada, no estaban demasiado deteriorados.

Jitka se inclinó sobre la pequeña estufa de carbón instalada en una esquina. Quizás lo hizo para orientar las nalgas hacia el mexicano y encender, además del fuego, el deseo sexual del cliente. Si esa era la intención fue ingenua y no dio resultado. Ella, en cualquier caso, dijo:

—Es cierto que hace un poco de frío, pero tú no te preocupes, yo te calentaré.

Pantera aprovechó que la mujer se había girado para retirar el Colt Frontier de su cintura y posarlo en una silla. Rápidamente lo cubrió con el guardapolvo.

—¿Qué es una sanadora? —preguntó mientras empezaba a desabrocharse la camisa de lana negra.

—Tonterías de irlandeses supersticiosos. Porque una conoce las hierbas y las raíces que son buenas ya piensan que soy una especie de bruja que anda echando el mal de ojo. Por culpa de eso solo puedo salir de noche, de lo contrario los críos me tiran piedras.

—Tienes niños, por lo que he oído. ¿Cuántos?

—Cinco. Para ellos no es bonito ver que apedrean a su madre, ¿no te parece? Y de vez en cuando me preguntan qué hago por las noches… —Jitka observó la estufita, ya encendida. Seguía inclinada, giró la cara hacia Pantera, le sonrió y señaló sus nalgas—. ¿Has visto esto? Cuando veas también las tetas sabrás que estás haciendo un buen negocio.

Él estaba lidiando con la hebilla de su cinturón.

—Me estabas hablando del tal Kehoe y de los Molly Maguires. Yo creía que se trataba de una organización clandestina y que nadie conocía a sus jefes.

—¿Clandestina? Bueno, tanto como eso no. —Jitka se enderezó y

se tensó un poco. Toqueteó los botones del corsé sin decidirse a sacarlos de los ojales, se mostraba vacilante—. Te he hablado de los mollies porque pensaba que tú no sabías nada, pero veo que no es así. De haberlo sabido, nunca jamás te habría mencionado el nombre de Jack Kehoe.

—Yo solo he escuchado algún que otro comentario sobre ellos por ahí. Todos hablan de los mollies con mucha precaución, por eso pensaba que era un secreto.

La sonrisa regresó a los labios de Jitka, cubiertos de carmín.

—Ya sabes, se trata de un tema espinoso y es muy arriesgado tocarlo. —Se animó a abrir el corpiño. Aflojó el corsé, que comprimía unos pechos voluminosos—. Antes los Mollies no eran como ahora. Los consideraban una banda callejera, como los Acorazados o los Modocs galeses, trasplantados directamente desde Irlanda. Pocos tenían en cuenta el hecho de… Ojo, te estoy contando lo que escuché decir, yo aún no había llegado a América.

—Continúa.

—Pocos tenían en cuenta el hecho de que no mataban a protestantes cualquiera. Atacaban sobre todo a capataces, patrones, policías… Gente toda ella relacionada con las minas. Una huelga salía mal, se producía un accidente en las galerías y ahí estaban los mollies, con la cara pintada de blanco y la pistola en la mano. —Jitka ya había terminado de quitarse el corsé y exhibía unos pechos pálidos y pesados, grandes como melones. Parecía orgullosa de ellos, a pesar de las visibles estrías que tenía cerca de la juntura—. Bueno, ¿qué me dices?

—Verás la respuesta tú misma dentro de un momento —dijo Pantera, sentado en el borde de la cama. Se había bajado los pantalones hasta más allá de las rodillas y se disponía a quitarse los calzoncillos largos de lana—. ¿En esa época Jack Kehoe ya era el jefe?

—No creo, aún era muy joven. Por lo que sé, encabezaba las protestas contra el reclutamiento forzoso de pobres en el ejército unionista. No es que los irlandeses estuvieran con la Confederación, como sigue… ¡Vaya, qué grande la tienes! Ahora me quito la enagua… Como sigue diciendo La Gaceta Minera. Es que eran pobres de solemnidad y partir para el frente suponía perder el trabajo.

—En el fondo tú sientes algo de simpatía por los irlandeses.

—No, simpatía ninguna. Me gusta Kehoe, pero ahora me gustas tú más, al menos durante un rato… Dime, ¿qué te parezco desnuda?

Pantera no respondió de inmediato. La preguntaba le sonó falsa y la sonrisa que la acompañaba era de ocasión. Apoyó la espalda en el colchón. Apenas miró el cuerpo que tenía frente a él, aceptable pero demasiado ancho a la altura de las caderas. Giró los ojos hacia el techo para no percibir detalles que apagarían su excitación. El frío,

que la pequeña estufa recién encendida no lograba contrarrestar, también suponía una amenaza.

—Eres guapa —acabó mintiendo.

—¿Cómo quieres que te haga disfrutar, cariño?

—Decide tú.

Pantera vio a través de sus pestañas casi unidas cómo Jitka, arrodillada al pie de la cama, se agarraba los pechos y los levantaba.

—Normalmente a mis clientes les gusta correrse aquí en medio.

—Órale pues.

El mexicano cerró por complejo los ojos. No duró mucho, pero fue placentero. Cuando él se levantó Jitka estaba limpiándose el pecho con un pañuelo. Aún desnudo, alcanzó el guardapolvo y sacó del bolsillo un billete de cinco dólares, además de un par de monedas de plata.

—¿Es suficiente?

—¡Oh, sí! ¡Gracias, muchas gracias! ¡Tras pagar la habitación me quedarán aún dos dólares!

—¿Solo dos dólares?

—¿Por qué dices «solo»? Es el doble del jornal de un peón irlandés y el triple de lo que mi marido y los demás slavs ganaban en la mina. Ten en cuenta que lo normal es que las viudas estén pidiendo limosna en los pozos.

Durante todo el tiempo no habían cesado de sonar las notas estridentes del violín procedentes del piso de abajo. Ahora ese sonido desapacible estaba ordenándose en una música veloz, alegre y agradable, aunque repetitiva.

—¿Me ayudas a atar el corsé? —preguntó Jitka ofreciendo su espalda.

Pantera, que ya se había vestido casi por completo, obedeció. Advirtió que la mujer tenía en el dorso y en el hombro unas largas cicatrices, señal de palizas antiguas y también de alguna reciente. Tenía igualmente unas pequeñas quemaduras. No quiso preguntarle sobre eso, terminó de apretar los numerosos cordones y le preguntó por algo muy distinto.

—¿Dónde vives? Con lo que ganas no debe de ser fácil para ti pagar un alquiler. Además imagino que no encuentras clientes todos los días.

Jitka suspiró.

—No, esa es la verdad. Cuanto mayor me hago, menos encuentro. Por suerte hay gente que me compra hierbas. —Empezó a abotonar el corpiño—. No tengo que pagar un alquiler, vivo en una galería abandonada a las afueras de Shenandoah. Hay muchas otras mujeres que están bajo tierra, pero no me hablan. Es por mi oficio, ¿sabes?

Suspiró nuevamente.

—¿Y tus hijos dónde los tienes?

—¡Están conmigo, en la galería! ¿Qué piensas, que los he abandonado a su suerte? —Jitka se sintió realmente herida, pero al cabo de un instante entendió el verdadero sentido de la pregunta de Pantera—. Los slavs viven peor que yo, duermen diez o incluso doce en una cabaña minúscula, unos encima de otros. En mi galería hay espacio de sobra, tengo agua y nadie me molesta. Solo cuando bajo a Shenandoah me tiran piedras.

—Habrá ratas en tu agujero…

—Esas están por todas partes. Pero no vienen de las minas, como la gente cree. Las trae el ferrocarril. A veces no se sabe si los vagones transportan carbón o ratas, porque está plagado de ellas. Cuantas más vías ponen, más ratas llegan… Y ahora, con tu permiso, tengo que hacer pis.

Pantera le dio la espalda. Aprovechó la ocasión para guardar rápidamente el colt en la cintura y a continuación se puso el guardapolvo. El sonido del chorro de la orina de Jitka se mezcló con las notas del violín, que se habían vuelto tan armónicas como frenéticas. Se oían también voces cantando versos imposibles de entender.

Relevó a Jitka en el orinal, esperó a que ella se pusiera los guantes y salieron juntos al rellano. Se disponía a bajar las escaleras, pero la mujer lo agarró por el codo y lo llevó en dirección a la única ventana.

—Ven, te voy a enseñar una cosa extraña. Desde la calle no se ve, pero desde aquí sí.

Cuando Pantera acercó la cara al cristal tuvo un pequeño sobresalto. Lo único que descollaba del paisaje de Shenandoah eran los tejados bajos de unos edificios y unos faroles, pero alrededor, donde el valle se cerraba entre oscuros relieves, el espectáculo era desconcertante. Algunas colinas parecían estar ardiendo, recorrían sus laderas densas redes de venas encendidas, tan brillantes que desafiaban al resplandor de la luna. No había llamas ni humo, era el propio suelo el que estaba incandescente, como si se tratara de lava volcánica; lava inmóvil, que no fluía y que ardía en el sitio.

Jitka miró a Pantera y rio.

—Todos los recién llegados se quedan pasmados. Para nosotros, en cambio, es un espectáculo familiar. Muchas de las colinas de los alrededores están hechas de la escoria de antracita extraída de los pozos. Cuando se incendian arden lentamente, durante meses y meses. Ni siquiera la lluvia logra apagarlos.

—Ya veo —comentó sin más Pantera—. Bajemos, quiero comer algo y tomar una cerveza.

—¿Puedo cogerte del brazo?

—No.

El salón más o menos clandestino ya estaba abarrotado. Solo había hombres, a excepción de un par de mujeres con peor aspecto que Jitka. Pocos miraban para ellas, la mayoría estaban alrededor de la barra trasegando pintas de cerveza sin prestar atención a la espuma que se desbordaba. Otros estaban repartidos por la media docena de mesas, bebiendo en silencio o manteniendo acaloradas discusiones. Quién sabe cómo lograban escucharse con el bullicio que allí había. El violinista, inclinado sobre su arco, tocaba una pieza veloz. Por la letra no parecía una canción irlandesa, aunque sin duda eran irlandeses los hombres que la estaban cantando.

I belong to Glasgow,
Dear old Glasgow town;
But what's the matter wi' Glasgow?
For it's going round and round.
I'm only a common old working chap,
As anyone can see;
But when I get a couple of drinks on a Saturday
Glasgow belongs to me.

Los cantarines se trabucaban casi en cada palabra y la cerveza mojaba sus bigotes y sus barbas. Había dos que ya estaban borrachos. Por su ropa, manchada de negro, se sabía que habían salido de la mina hacía poco. Sin embargo, la mayoría ya debían de haberse dado un baño, sus caras y sus manos estaban limpias. Los más alegres se atrevían con unos pasos de baile, agarrados de la mano.

—¿Glasgow está en Irlanda? —le preguntó Pantera a Jitka.

—No sé —contestó ella.

—No, no está en Irlanda —intervino un hombre que había escuchado la pregunta—. Está en Escocia, que Dios la maldiga. Pero muchos de nosotros nos vimos obligados a trabajar allí antes de venir a América. No esperábamos encontrarnos aquí con los mismos patrones.

Pantera le lanzó una mirada al intruso. Era alto y fornido, casi calvo, con un tupido bigote. Al igual que los otros que estaban alrededor sostenía en la mano derecha un vaso espumoso.

—Gracias —le dijo el mexicano.

—De nada. Te esperábamos. Detrás de la barra hay una puerta que da a una habitación, debes estar allí en un cuarto de hora. Pero antes manda a dormir a esta puta slav. Cuando empiecen a notar su presencia aquí va a haber lío.

Dicho esto, el hombretón se abrió paso entre la multitud en dirección a una mesa que estaba libre. Pantera advirtió con fastidio que Jitka se aferraba a él, con una contorsión liberó el brazo.

—No me eches —suplicó ella—. Estoy a gusto contigo, me gustas de verdad.

—Piérdete. Yo ya tengo mis propios problemas, solo me faltaría tener que cargar también con los de una mujer.

Los ojos de Jitka se llenaron de lágrimas que fluyeron por sus mejillas con el colorete. Bajó la cabeza y echó a correr hacia la salida. Fue interceptada por el brazo robusto de un obrero de corta estatura pero de hombros muy anchos, con anteojos sobre la nariz.

—¿Dónde vas con tanta prisa, slav? ¡De aquí no sales sin darme antes un beso! ¡Me gusta besar a las sanadoras!

Jitka se soltó, pero el golpe contra aquel brazo, en pleno estómago, le cortó la respiración. Escondió el rostro en el hueco de su codo mientras sollozaba y su bolso de cuentas verdes se balanceaba. El hombre mostró el dorso de su presa a los amigos que estaban en torno a él. Con la izquierda, la mano que tenía libre, le dio una palmada en las nalgas.

—¿Qué os parece si le quito las bragas? ¡Es carne un poco vieja, pero aún es comestible!

No despertó gran entusiasmo. Dos de los presentes rieron entre dientes, pero nada más. Otro, en cambio, negó con la cabeza.

—Déjala, McKenna, no te pases. Es una slav, una puta y una bruja, pero no deja de ser una mujer. No es propio de irlandeses tratarla así.

—¡Sí que lo es, Tom! ¿Desde cuándo un irlandés rechaza ver un buen culo? ¡Júzgalo tú mismo!

McKenna había pasado su brazo derecho alrededor de los hombros de Jitka para obligarla a inclinarse. Con el izquierdo, que sostenía una jarra de cerveza, hizo gestos torpes para levantarle la falda. Al final dejó que la jarra se hiciera añicos sobre el suelo de madera, justo al lado del bolso, ya caído. La mujer no se quejaba y no reaccionaba.

En el local reinaba ahora un silencio de perplejidad, incluso el violinista había dejado de tocar. McKenna se disponía a celebrar su triunfo cuando de repente se quedó paralizado. Había oído el clic de un cañón alzado junto a su oído.

—Deja que se vaya y prepárate para morir —murmuró Pantera.

McKenna se apresuró a obedecer. Jitka, desequilibrada, evitó por poco la caída. Rápidamente se agachó para recoger su bolso, el hombre llamado Tom la ayudó.

Pantera tenía el cañón del Frontier apoyado en la sien de McKenna. Se movió un poco sin bajar el brazo, no quería que las salpicaduras de la sesera le ensuciaran el impermeable.

El otro, respirando afanosamente, le susurró:

—No es así como se resuelven los problemas entre nosotros. Por aquí se hace a puñetazos. ¿Barrilete no te lo ha dicho?

Fue la mención de Kerrigan lo que detuvo a Pantera cuando la

presión sobre el gatillo ya había iniciado la rotación del tambor. Relajó el dedo índice. Lo entendió todo de repente: toda esa escena había sido premeditada, para poner a prueba su capacidad de reacción y su grado de determinación. Guardó el colt en la cintura.

—¿A puñetazos? ¿Por qué no?

En la sala, donde hasta ese momento todos habían contenido la respiración, hubo un suspiro de alivio colectivo. El violín volvió a sonar con un ritmo endiablado. Se formó un amplio corrillo. Incluso el Matojo abandonó la barra y fue a ver. Encendió un cigarro para observar con calma. Jitka, olvidada por completo, se marchó. Pantera vio con el rabillo del ojo que aún lloraba.

McKenna se quitó los anteojos y se los confió a uno de los presentes. Después se giró hacia el mexicano con un gruñido. Se precipitó hacia él con los puños cerrados, casi a ciegas.

—¡Te voy a matar, cabrón!

Pantera esquivó un golpe directo moviéndose hacia un lado. McKenna estuvo a punto de caerse debido al empuje, pero volvió a la carga. Era lo que buscaba Pantera tras echarle un vistazo al calzado de su adversario. El mexicano retrocedió ágilmente, a continuación se detuvo y simuló que se ponía en guardia. El otro se lanzó hacia él con un grito que pronto se transformó en un grito de dolor. Los fragmentos de la jarra de cerveza le perforaron las suelas y se clavaron en las plantas de sus pies.

McKenna empezó a dar saltos en una danza grotesca, pero eso empeoró las cosas, porque los cortes se hicieron más profundos. La sangre empezó a salpicar el suelo y el irlandés finalmente se dobló para ver en qué estado estaba su extremidad. Era el momento que esperaba Pantera. Agarró por los hombros al rival para enderezarlo y le propinó un brutal rodillazo en la boca del estómago, y a continuación otro.

Mckenna cayó hacia atrás con los brazos en forma de X apretados contra el cuerpo. Pantera le golpeó con el tacón de su bota derecha cuatro veces en los testículos, con toda su fuerza. Las tres primeras veces el irlandés gritó, a la cuarta perdió el conocimiento.

El Matojo avanzó hacia el mexicano y lo agarró por el antebrazo.

—Es suficiente, amigo. Ya ha recibido su lección.

En la sala había sentimientos contradictorios. Muchos parecían decepcionados por la escasa duración de la pelea. Otros, no pocos, estaban mudos de admiración. El músico permanecía impasible, con los brazos colgando y el violín y el arco tocando el suelo. Las dos únicas mujeres presentes le dedicaron a Pantera sonrisas deslumbrantes. Una de ellas incluso se bajó el escote como si se estuviera preparando para un intento de conquista.

Fue Tom quien rompió el silencio tras acercarse al mexicano para

levantarle el brazo.

—¡Un hurra por el forastero! ¡El campeón es él!

La salva recobró la animación de golpe. Los vítores de júbilo resonaron en todos los rincones y el violinista volvió a tocar con entusiasmo. Pantera tuvo que soportar un sinfín de palmadas en los hombros. Nadie se ocupaba de McKenna, que estaba volviendo en sí con un gemido atontado. Únicamente el hombre al que había entregado los anteojos le prestó atención, el tiempo justo para posar los lentes sobre su nariz antes de alejarse con una mueca de disgusto.

El Matojo examinó con la mirada a Pantera. Soltó una bocanada de humo antes de encajar el puro en la comisura de sus labios.

—Ven a la barra, te mereces una cerveza.

Pantera accedió a acompañarlo. Ya eran pocos los que estaban pendientes de él, todo el mundo había vuelto a sorber de las jarras y muchos estaban entonando una nueva canción, tan veloz y repetitiva como I Belong to Glasgow. Solamente las mujeres seguían sonriéndole con insistencia, pero él evitó mirarlas.

El Matojo le sirvió una pinta espumosa.

—La hago yo. Se parece a una ale, pero para mí esta es mejor —comentó el tabernero antes de bajar el volumen de voz—. Bébela deprisa, te esperan ahí dentro.

Señaló la pequeña puerta por la que en ese momento estaba pasando el hombre llamado Tom. Pantera lo entendió, vació la jarra de dos tragos y se secó los labios con el dorso de la mano. Mientras rodeaba la barra acarició levemente el hombro desnudo de una de las dos prostitutas, una morenita de cara demacrada y sonrisa dulce.

Tras la puerta lo recibió el hombre fornido y calvo que poco antes le había informado de la cita. Su rostro era cordial, pero la chaqueta desabotonada mostraba ahora un gran Pepper-box, un revólver pimentero de seis cañones hundido en sus pantalones.

—Ven, te presentaré a los amigos.

El grandullón cerró la puerta en cuanto entró Pantera, con lo que se atenuó bastante el sonido epiléptico del violín. La estancia era pequeña y mal iluminada. En las paredes de madera había varias fotos enmarcadas con los cristales tan polvorientos que apenas se distinguían los sujetos. En cualquier caso, se trataba de grupos de hombres bigotudos con la mirada fijada en el objetivo de la cámara. Había una bandera completamente verde con la leyenda «AOH-Venta de Shenandoah» bordada en el centro, bajo un crucifijo. Pantera le rindió homenaje mentalmente, porque para él representaba a mpungu Kikoroto, un orisha muy poderoso.

Pantera ya conocía a dos de los siete hombres que estaban sentados alrededor de una mesa, a otros no. Los conocidos eran Hurley y Gibbons, de los que se había despedido por la mañana; lo

saludaron con un gesto. Luego estaba Tom, que se había traído con él su vaso de cerveza. Los cuatro restantes eran tan jóvenes como los demás y al igual que ellos vestían con cierta dignidad, pero se notaba que trabajaban en la mina por las manos agrietadas y por la palidez de sus facciones. Observaron al recién llegado con una curiosidad exenta de hostilidad.

Al cabo de unos segundos uno de ellos rio y exclamó:

—¡Alec, no irás a decirme que este buen hombre va a convertirse en hibernio!

—Esto no es una sesión de iniciación, Neil —respondió el calvo—. Es el que disparó a Bill el Buey esta mañana. Hurley y Gibbons estaban presentes y vieron que tiene agallas. Además nos lo envía Carroll. Fue una cuñada suya la que lo contrató, una O'Donnell.

—¿Un pistolero del sudoeste? Magnífica idea —comentó Neil señalándole a Pantera una silla vacía—. Siéntate, hermano. Yo me llamo Neil Dougherty. No estaba en el salón, pero me han contado que has tumbado a Joe McKenna. Eres el primero que lo consigue. De aquí a una hora la noticia estará circulando por todos los salones de Shenandoah, te convertirás en el ídolo de las putas.

—¡Aquí está Joe en persona! —confirmó Alec con tono divertido.

La puerta se había abierto y McKenna había hecho su entrada. Caminaba con paso inestable y estaba claro por qué: sus zapatos ligeros estaban cubiertos de sangre.

—Las noches oscuras son desagradables —murmuró incongruentemente. Se tocó con dos dedos de la mano derecha ese lado de la nariz.

—Sí, sobre todo para un forastero que tenga que viajar —contestó Campbell con aire distraído. También él se tocó la nariz, pero con los dedos pulgar e índice de la izquierda.

McKenna se dirigió cojeando hacia Pantera, que se había quedado inmóvil cuando estaba a punto de sentarse, y le ofreció la mano.

—Enhorabuena, amigo. De vez en cuando estos bribones me encomiendan tareas difíciles. Pensaba que en tu caso no lo iba a ser tanto, casi me castras.

Esbozó la imitación de una sonrisa. Tras un instante de vacilación Pantera estrechó su mano. Lo miró fijamente a los ojos, que con las gruesas lentes se habían vuelto muy pequeños. Le pareció vislumbrar en ellos una sincera cordialidad. Tranquilizado, se sentó.

Alec cerró la puerta. Sacó un reloj de un bolsillo de su chaleco y miró la esfera. Habló velozmente.

—Tengo poco tiempo, debo volver a Summit Hill antes de que mis muchachos cierren el salón, y a lomos de una mula se tarda una hora. Nuestro problema se llama Jones. John P. Jones.

—Ya le he hecho llegar la amenaza de muerte, como me habías

dicho —informó Tom—. Es la segunda o la tercera que recibe. Con los demás supervisores bastó una sola, este debe de ser duro de mollera.

—Lo es. Ayer por la mañana les negó el puesto de trabajo a nuestros hermanos McGeehan y Roarity, dos militantes de la ABT que ya habían perdido el empleo en Jeddo y en Harleigh al inicio de la huelga. Roarity es además gran maestro hibernio de la logia de Coaldale. Sus familias se están muriendo de hambre, todos los economatos de la compañía tienen la orden de no darles más crédito a sus mujeres. Los dos se han dirigido a mí para pedir nuestra intervención.

—Hay un caso más urgente, Alec. Benjamin Franklin Yost, policía como yo y un bastardo como pocos. Vive en Tamaqua, a lo mejor lo conoces.

—Por supuesto que lo conozco. James Roarity también me habló de él. Le llegará su hora, pero cada cosa a su tiempo. Jones tiene prioridad. —Alec alisó su bigote caído y miró a Pantera—. Mexicano, ¿qué planes tienes?

—Mañana debo buscar trabajo como mulero en una mina cualquiera.

—¿Mulero? ¡Qué astuto! —dijo McKenna riendo entre dientes.

Alec reflexionó brevemente.

—Escucha, mexicano. Esta noche dormirás aquí, Matojo te dará una habitación. Mañana por la mañana cogerás el primer tren para Tamaqua y te bajarás en Summit Hill. Debes buscar el salón de Alec Campbell. Campbell soy yo.

Pantera negó con la cabeza.

—Repito que tengo que encontrar trabajo como mulero. Sigo órdenes.

—Ya, pero el puesto de trabajo te lo conseguiré yo, en carbones Lehigh y Wilkes-Barre. Sus minas están entre Summit Hill y Tamaqua.

—¿Por qué tiene que ser precisamente allí?

—Porque allí trabaja John P. Jones. Tú serás el que lo mate.

McKenna rio nuevamente.

9

LA CIUDAD SUBTERRÁNEA

Pantera, que por lo general no sentía simpatía hacia nadie, no pudo evitar que Alec Campbell le pareciera agradable y sincero. Ese hombre corpulento tenía una arisca cordialidad y, sobre todo, hacía muy pocas preguntas; la virtud que más valoraba el mexicano. Mientras, procedentes de Summit Hill, ascendían en un carro chirriante las colinas negruzcas que se extendían hasta Tamaqua, le habló a Pantera solo un par de veces. La primera fue para preguntarle si había podido dormir con el escándalo que los últimos clientes del salón de la calle Ridge trasladaron a la calle tras el cierre del local. La segunda fue para preguntarle si tenía cargado el revólver.

Cuando Campbell habló por tercera vez ya tenían a la vista los imponentes edificios de la mina, ruidosos y humeantes en el aire fresco de una mañana aún no avanzada. La pregunta fue mucho más espinosa que las anteriores.

—Sé que saliste al amanecer para ir a telegrafiar. ¿Para quién era tu mensaje?

—Para Molly O'Donnell, la dejé en Tamaqua —mintió Pantera con soltura.

La realidad era que había cumplido el compromiso de telegrafiar a la Pinkerton de Filadelfia para informar de su paradero. La enjuta telegrafista, a la que sorprendió aún soñolienta mientras abría la oficina de correos, no podía haber dado el chivatazo; era anglosajona desde los pies, calzados por unos zapatos demasiado anchos, hasta la cabeza, con el pelo alborotado que aún llevaba alguna pinza olvidada.

—De acuerdo —dijo Campbell antes de volver al mutismo.

El área del campo minero en el que penetraron, atravesada por vías férreas que discurrían en subida, estaba llena de cobertizos. Los cristales de las construcciones —un economato, varios establos, una casa de madera de dos pisos que albergaba las oficinas…— vibraban a causa del infernal estruendo que provenía de las alturas: de allí arriba, donde el lavadero vomitaba carbón por una larguísima cinta móvil y un vertiginoso andamio sostenía las poleas en un constante movimiento de sube y baja.

La gente que había en la explanada no mostró curiosidad alguna por la calesa que acababa de llegar. Campbell tuvo que desgañitarse

para que Pantera lo oyera.

—¡Sígueme y deja que hable yo!

Se dirigieron a la casa, señalizada con un cartel que decía «Sociedad Carbonera Lehigh y Wilkes-Barre». La entrada de las oficinas se hallaba en el segundo piso y se accedía a ella subiendo una escalera externa con una barandilla inestable. Campbell empujó una puerta acristalada y le cedió el paso a Pantera.

Había dos escritorios, con sendos empleados encorvados sobre los libros de registro. Uno de ellos, ante la llegada de los visitantes, señaló con el pulgar una puerta que estaba cerrada y sonrió de un modo casi imperceptible.

—Jones hoy no recibe, Alec. Y menos aún te va a recibir a ti, tiene un enfado de mil demonios.

—¿Por qué ? ¿Qué ha pasado?

Fue el otro empleado el que respondió, sin sonreír para nada.

—Lo de siempre. Esta madrugada volaron con dinamita un taller anexo al lavadero. Sufrimos atentados desde que terminó la huelga, y aquí terminó antes que en el norte.

Campbell frunció la boca fugazmente.

—Vaya, lo siento. De todas formas no venía a hablar con Jones. Este mexicano está buscando trabajo como mulero —dijo señalando a Pantera—. Supongo que estáis necesitados de arrieros, ¿no?

El primer empleado se colocó unos quevedos que le colgaban del cuello atados a una cintilla. Achinó sus ojos verdes y miopes.

—¿Un mexicano? Ya solo nos faltaba eso. Ahí abajo apenas soportan a los negros, los italianos, los slavs…

—Pat, te estoy pidiendo un puesto de mulero, no de minero ni de peón.

El tono seco de Campbell sofocó cualquier otra posible objeción en la boca del empleado.

—Vale, está bien. Trabajo hay. ¿Tu amigo sabe cuál será su jornal tras el último convenio? Veinticinco centavos. Suficiente para ver morir de hambre a su familia.

—No tiene familia.

—Un problema añadido. ¿Ha participado en alguna huelga? Deberé informar a Jones de la contratación, si este chico ha ido a la huelga no lo querrá. Y lo mismo si tiene carné del sindicato.

—No ha hecho huelga y no tiene ningún carné.

—De acuerdo entonces —dijo el hombre mientras abría uno de los libros de registro y mojaba la pluma en el tintero.

—¿Cómo te llamas, mexicano?

—Pantera.

—De acuerdo. Pantera es el apellido, ¿cuál es el nombre?

—Sirve como nombre y como apellido.

El empleado se quedó perplejo un instante.

—Entiendo. —Escribió en la página, le pasó un secador de tinta y volvió a alzar la vista—. Te he asignado como trenista a un caballista llamado Jim Butler. Si no está en la explanada espéralo en la bocamina, antes o después se dejará ver. Tendrás que volver a registrarte en las oficinas que hay abajo, allí te darán la lámpara y el gorro. Como estamos a viernes y a mitad de jornada se te pagará a partir del lunes, hoy y mañana estás a prueba.

—¿Caballista? ¿Trenista? —preguntó Pantera.

—Caballista es el que guía las mulas en el interior de las galerías, trenista es su ayudante, vagonero es el que frena las vagonetas. Los dos, caballista y trenista, sois los responsables del animal si le pasa algo, lo pagáis a medias. —El empleado se giró hacia Campbell—. ¿Todo bien, Alec?

—Muy bien, gracias. Acompaño al mexicano hasta allí abajo y luego me voy. Si pasas por mi local esta noche, estás invitado a las dos primeras cervezas.

—Iré, sin duda.

Fuera de las oficinas continuaba la animación. Herreros y carpinteros martilleaban a más no poder, aunque los sonidos de su trabajo los ahogaban los carraspeos, los chillidos y los jadeos que provenían de arriba. En una vía que llevaba a la cumbre de la colina un muchacho trataba de convencer a una mula para que tirara de dos vagonetas cargadas de escoria. Un slav lo ayudaba mientras maldecía en su idioma materno. Varios niños, tal vez en una pausa del trabajo, se arrojaban trozos del mineral negruzco que había esparcido por todas partes. El lavadero vomitaba antracita de forma ininterrumpida tras desmenuzarla.

Campbell indicó una serie irregular de cuevas cuadradas perforadas en la base de la colina. Alzó nuevamente la voz para hacerse entender.

—¡Ve allí abajo, Butler saldrá antes o después! ¡Tú y yo nos vemos esta noche en el salón! ¡Te aconsejo que tengas los ojos y los oídos bien abiertos!

Volvió a la calesa y Pantera se aproximó a las aperturas. Por precaución en el supuesto de que tuviera que cambiarse de ropa colocó el revólver bajo la camisa y metió esta bajo la cintura, un poco ladeada. Tuvo mucho cuidado de que nadie lo viera.

La espera fue muy breve. Los raíles que salían de uno de los túneles vibraron violentamente. Brotó de las profundidades un curioso grito que sonó repetidamente, algo así como ¡Wa ha! Siguió a ello un intenso balanceo. Finalmente salió del túnel una mula con las patas y la musculatura tensas en un esfuerzo espasmódico. Tiraba de tres vagonetas repletas de mineral negro y se veía que, debido al peso,

estaba al límite de sus fuerzas. Iba enjaezada de un modo grotesco, con una visera de ala ancha entre las orejas y una lámpara de carburo colgando del cuello.

Al lado del animal, tirando por la albarda, había un chico alto y demacrado de unos dieciséis años. Llevaba una gorra no muy diferente a la de la mula y la misma lámpara, solo que en su caso sobresalía de la visera. El rostro del chico era una oscura máscara, al igual que su ropa. Un látigo enrollado muy largo, hecho de cuerdas trenzadas, golpeaba sus anchos pantalones a la altura de la cintura. Mascaba tabaco y vetas de saliva negra surcaban su barbilla. Pantera observó, maravillado, que también la mula mascaba tabaco; se veían grandes trozos cuando mostraba los dientes para jadear.

Se acercó al chico y le preguntó:

—¿Eres Jim Butler?

—¿Te parece un buen momento? —respondió con irritación—. Espera a que todas las vagonetas hayan salido.

Pantera esperó. Acudieron varios hombres a desenganchar al animal y empujaron la carga sobre los raíles en dirección a otra mula. La bestia estaba exhausta y el chico lo estaba aún más. Volvió hacia Pantera tambaleándose, con las manos en los bolsillos.

—Sí, soy Jim Butler. ¿Y tú quién eres?

—Me han asignado a ti como trenista.

El adolescente lo miró de arriba abajo. Sus ojos azules, el único detalle luminoso bajo la capa de polvo de carbón que le cubría hasta las orejas, mostraron primero satisfacción y a continuación orgullo.

—Muy bien —dijo sacando pecho—. Es un trabajo duro, pero estás bajo la guía de un experto. El otro negro que tenía era descuidado y por poco mata a una mula. Me vi obligado a echarlo.

—Yo no soy negro.

—Es verdad, tienes la piel más clara. ¿De dónde eres?

—Vengo de Laredo.

—Me sirve —dijo, estaba claro que no tenía ni la menor idea de dónde estaba Laredo—. Ahí está mi mula, ya vuelve. Bajar es fácil, lo difícil es subir con la carga. Hay que empujar, se necesita fuerza.

—Empujaré.

—Acuérdate de esto: hay que gritar ¡Wa-ha! para hacer que la mula gire a la izquierda y ¡Ghee! para que vaya a la derecha. Son bestias inteligentes, lo entienden todo mejor que los humanos.

—Me aseguraré de recordarlo.

El animal volvió en ese momento, conducido por un par de asistentes, ambos eslavos. Lo habían enganchado a dos vagonetas vacías y ya no tenía que hundir los cascos en el terreno para poder avanzar. Jim Butler saludó a su compañero de trabajo de cuatro patas con una caricia en la crin. Le metió en la boca un trozo de tabaco que

sacó del bolsillo y, con mirada cariñosa, observó cómo lo mascaba.

—Ya podemos irnos —le dijo a Pantera—. Prepárate para soportar el frío. Lo mejor será que te abroches el guardapolvo.

—Yo creía que en la mina hacía calor, con todas las máquinas y calderas que hay.

—De eso nada, ahí abajo se congela uno. Allí abajo nos moriríamos todos de frío si no fuera por los ventiladores que lanzan aire caliente desde la colina. Ahora haz como yo desde el otro lado, coge a Schatach por la albarda y cuando la bajada sea muy pronunciada haz que corra un poco, para que las vagonetas no le golpeen por detrás. Pero ya verás que rara vez pasa, porque el descenso es con curvas suaves y muy abiertas. Basta con que le digas en el momento apropiado hacia dónde girar, lo entiende a la primera.

Al entrar en la galería Pantera observó que el chico encendía la lámpara que tenía sobre la gorra y seguidamente la que llevaba al cuello el animal. Fue entonces cuando preguntó:

—¿Qué clase de nombre es Schatach? ¿Un nombre femenino?

Jim Butler soltó una risita y varios de sus dientes no demasiado ennegrecidos resplandecieron en la oscuridad que se estaba agrumando.

—Quizás no te has dado cuenta de que este mulo es una mula. Schatach era una diosa, fue la que enseñó a combatir a… ¿pero tú qué puedes saber de esto? ¡No eres irlandés!

—No, en efecto —reconoció Pantera, que renunció a hacer más preguntas por el momento.

El animal, a pesar del hierro que remolcaba y del cansancio acumulado, avanzaba con relativa celeridad. Tras un primer tramo rectilíneo llegaron las curvas, que se prolongaron hasta que alcanzaron una gran barrera cerrada. Los ruidos del exterior ya habían cesado por completo, el frío aumentaba, las vagonetas chirriaban.

Frente a una puerta de madera, sentado sobre una caja, había un niño de unos trece años. Vestía el uniforme azul de la compañía, además de una amplia gorra bien calada. Parecía divertirse arrojando cortezas de pan por una grieta abierta en la pared. Al otro lado brillaban los ojillos de una manada de ratas.

El niño suspendió su pasatiempo en cuanto oyó y vio el convoy que se aproximaba. Corrió a abrir la barrera, que era algo más alta que él, y mientras pasaban las vagonetas le preguntó a gritos a Butler:

—¡¿Todavía hace sol ahí afuera?!

—¡Sí, Sean, ya está en todo lo alto! ¡Hay algunas nubes, pero lejos!

La puerta se volvió a cerrar tras el paso del convoy. Las lámparas fijadas a las traviesas de la bóveda garantizaban un mínimo de luz a intervalos casi regulares. Jim volvió a alzar la cabeza por encima del cuello de la mula.

—Pobre Sean, los guajes como él entran a trabajar antes del amanecer y salen cerca de las diez de la noche. Tienen las horas justas para dormir y nunca saben qué tiempo hace fuera. La única ventaja es que su labor es liviana. Para mí, en cambio, la principal preocupación es poder respirar.

—¿No existe ninguna ley que prohíba el trabajo infantil? En Texas la hay, aunque es mucho decir que vaya a acabar con el trabajo infantil.

—También la hay aquí, pero los patrones no la respetan. Ni siquiera los padres quieren que se cumpla. Tener un guaje en la familia hace que entren en casa unos cuantos centavos más, ¿por qué renunciar a ello?

Un último giro, acompañado del grito ¡Ghee!, y ya estaban en el corazón de la mina. Pantera tuvo la sensación de que aquello era una ciudad subterránea y no demasiado pequeña. En un silencio que intimidaba, y bajo un manto de calor agobiante, pequeñas construcciones de madera y ladrillo ocupaban un espacio intersecado por vías en el que estaba el elevador, parado en ese momento, y desde el que partían diferentes túneles. Había entibadores apuntalando traviesas, y otro caballista estaba aproximándose desde el fondo de una galería con su mula y con la carga, aunque el ruido que provocaban no se oía aún. A Pantera aquello le parecía un hormiguero de dimensiones descomunales, con numerosos habitantes pero diseminados por todas las ramificaciones. Vio en un rincón grandes ratas que, sin chillar, se disputaban ferozmente lo que al parecer era un hueso ya descarnado. Las vio también Jim.

—Aquí hay ratas por todas partes, debes acostumbrarte. Viven en colonias de mil o dos mil bichos —afirmó el chico, que soltó durante unos instantes la albarda de la mula para abrir los brazos. Arqueó las cejas y puso sus ojos como platos para enfatizar el despropósito que iba a decir—. Algunos viejos incluso han visto a la Gran Rata, que reina sobre todas las demás. Es tan grande como un cerdo, pero mucho más feroz. En ocasiones se transforma en un gigante negro con un sombrero de copa en la cabeza. Pero Schatach no le tiene miedo, ¿verdad, Schatach?

Naturalmente la mula no contestó. Mientras se ajustaba el impermeable, Pantera preguntó:

—He oído decir que a las ratas nunca las matáis porque en caso de desastre son las primeras que escapan, ¿es así?

—Bueno, eso no es del todo cierto. Les ponemos unas cuantas trampas cuando son muy numerosas y empiezan a atacar a hombres y a mulas. Y algunas de las ratas enjauladas son quemadas en el poste, el 25 de junio. Pero en general preferimos dejarlas en paz… Ahí está la oficina. Ven, tienes que registrarte.

Pantera pensó en el poste incinerado que había visto en Shenandoah, y en el espantapájaros chamuscado de su primer día en Pensilvania. Le hubiera gustar tener con él en ese momento a su Nganga. Escuchó, con aire distraído, que Jim decía:

—Es nuevo, lo tengo a mi servicio.

Con igual distracción, el mexicano se sometió al formalismo de la contratación en el interior de una oscura caseta en la que un empleado estaba hojeando unos voluminosos libros de registro. Firmó con una cruz; sabía escribir su nombre, pero no le apetecía. Recibió una blusa y una gorra que llevaba colocada una lámpara de carburo en forma de una pequeña regadera.

Se cambió de ropa detrás de la caseta, no por pudor sino porque quería colocar debidamente el revólver. Aprovechó también para mear. Salió de aquel rincón con el guardapolvo al hombro, sosteniéndolo por el cuello con un dedo. Justo en ese momento oyó una explosión descomunal que lo sobresaltó. Una rata asustada pasó como una flecha entre sus pies.

Jim se echó a reír ante su desconcierto.

—Tendrás que acostumbrarte. Es así como se extrae el carbón donde no basta con los taladros y los picos: con la pólvora —señaló seguidamente una galería más amplia que las demás—. Esa es la galería superior, el túnel principal. Por ahí tenemos que bajar con Schatach. Los túneles más pequeños se llaman rampas, son más estrechos y están menos ventilados.

En cuanto a la ventilación, en torno a la oficina no había demasiada y a Pantera no le resultó fácil encender la lámpara que tenía sobre la gorra. Fue mejorando la cosa a medida que él, Jim, Schatach y las vagonetas se adentraban en la galería. Allí no había viento, pero en cambio el frío hería las carnes. Pantera, que había echado su impermeable sobre el lomo de la mula, estuvo tentado a recuperarlo. Por gruesa que fuera la blusa, no protegía del frío.

El primer tramo de la galería tenía dinteles de albañilería, luego pasaban a ser de madera. Las explosiones se sucedían y hacían vibrar las paredes de rocas.

—No te asustes —dijo Jim tratando de prevenir posibles temores de su compañero—. Los capataces pasan todas las mañanas para comprobar que las traviesas están en buen estado. Viene también el jefe de bomberos para ver que no hay fugas de gas. Aquí estamos más seguros que en tu casa.

Pantera recordó lo que le había dicho el exterminador de ratas Learco respecto a los numerosos accidentes en la mina.

—¿Me estás contando la verdad?

Jim enseñó sus dientes, ennegrecidos por el tabaco.

—No, por supuesto. Pero si te dijera cómo son las cosas realmente

saldrías corriendo.

Aquella zona de la mina estaba animada. De vez en cuando bordeaban cuevas o secciones de galería en las que había actividad. Uno o dos mineros instalaban nuevas cargas de pólvora mientras los obreros trituraban a golpe de pico los bloques de carbón que se habían desprendido con las detonaciones anteriores. Varios de ellos le hicieron gestos a Jim, que iba apoyado en el borde de la primera vagoneta, para que se detuviera, pero él hizo caso omiso. Bajó de su posición dando un salto al final, cuando su mula entró en una cueva más amplia que las otras. Los embistió una explosión espantosa y una lengua de calor. Schatach emitió algo parecido a un relincho. Una nube de polvo invadió la escena y numerosas astillas cayeron a su alrededor.

Cuando la nube se disipó aparecieron seis hombres que estaban agachados tras un saliente de esquisto. Se levantaron de uno en uno. Dos de ellos llevaban en las manos palas, que hundieron en el montón de escombros. Se acercó a Jim un minero rubio y robusto, con la barba y el bigote polvorientos. Su mirada era triste.

—Me han dicho que Jones ya no me quiere aquí. ¿Has escuchado algo ahí arriba? —preguntó con un marcado acento alemán.

El chico negó con la cabeza.

—No, Wilhem, pero se sabe que alguien le hizo llegar el listado completo de los militantes de la ABT. Tal vez fue la Agencia Pinkerton, o el Comité de Vigilantes. Si estás en la lista será mejor que vayas buscando otro empleo.

A pesar de su semblante torvo y de su colosal corpulencia, los ojos del alemán mostraron abatimiento, y quizás también un asomo de lágrimas.

—¿Crees que si pido hablar con Jones servirá de algo? Ningún capataz se ha quejado nunca de mi rendimiento. Él fue mi superior inmediato, debería saberlo.

Jim adoptó un aire de importancia que hubiera resultado cómico en otro contexto.

—Intentaré hablar en tu favor ahí arriba, pero me temo que no hay mucho que hacer.

Uno de los hombres con pala, que ya estaba llenando la vagoneta con los fragmentos negros que su compañero iba seleccionando, interrumpió por un instante su actividad.

—Sí, poco se puede hacer. Si fueras irlandés, Wilhem, lo sabrías. Pero eres un cabeza de chorlito alemán, y encima sindicalista.

Wilhelm no le prestó atención. Se pasó el dorso de la mano por la frente, que ya estaba manchada, desplazando el sudor y la suciedad. Miraba a Jim como si fuera su última esperanza.

—Díselo, por favor. Estuve bajo sus órdenes en Ashton, a lo mejor

se acuerda. Y fui uno de los primeros en votar a favor del final de la huelga. Si el señor Jones está tan informado, debería saber también eso.

—Se lo diré, se lo diré.

El peón de la pala, que había retomado su labor, comentó con sarcasmo:

—Jim, dile también a Jones una cosa de mi parte: que se compre un bonito ataúd de nogal. Supongo que ya habrá recibido alguna advertencia, lástima que no la haya tenido en cuenta. Su hermosa mujercita se pasará unos cuantos días llorando, luego algún otro la consolará. Tal vez mi menda.

Algunos de los hombres presentes en la caverna se echaron a reír, aunque sin demasiado gozo. Jim se quedó desconcertado y no sabía muy bien qué contestar. Pantera se percató de que estaba temblando de miedo. Wilhelm, en cambio, pareció recordar de repente que era un coloso. Se abalanzó sobre el peón, se deshizo de la pala y lo agarró por el cuello de la blusa. A punto estuvo de levantarlo del suelo.

—¡Ándate con cuidado, Boyle! ¡Primero te rompo tu cara de mierda y después te echo de mi cuadrilla!

El apellido Boyle despertó el interés de Pantera, que observó con detalle al irlandés. Era huesudo y de baja estatura, con el rostro lleno de hoyuelos. Aunque el alemán le estaba apretando el cuello no había perdido en absoluto su expresión maliciosa, de sátiro.

—Olvídalo, Wilhelm. Dentro de poco ya no tendrás cuadrilla alguna. ¿Y qué fue de tus discursos sobre la solidaridad entre trabajadores? Si Jones se entera de eso, no le va a gustar nada.

El alemán soltó de inmediato a su presa. Se encorvó como si una repentina artrítico lo encogiera. Boyle le dedicó una última mueca antes de seguir paleando. A partir de ese momento nadie más habló.

Cuando las vagonetas ya estaban llenas Jim se llevó a la mula al extremo del convoy, situándola con el hocico en dirección al camino que habían seguido para bajar. El animal se mostraba reticente. El chico le habló con dulzura mientras lo enganchaba.

—Tranquila, Schatach, dos o tres viajes más y habremos terminado. Sé que estás cansada, pero piensa en todas tus compañeras mulas que no salen nunca a la superficie. No vayas a pensar que tienen un establo como el tuyo.

Boyle, que estaba más bien lejos, debió de escucharlo, porque gritó:

—¡Aquí abajo están mejor las bestias que los obreros! ¡Los señores mineros son los únicos que salen cuando les apetece!

Uno de sus compañeros, empuñando un taladro tan largo como un espeto, le llamó la atención.

—Déjalo ya, James. La situación ha cambiado, nos han bajado el

sueldo a todos.

—Vosotros, los galeses y los ingleses, seguís ganando mucho más que nosotros. Y encima sois unos lacayos. ¡Ah, pero eso se va a acabar!

En ese momento Boyle se puso a cantar a pleno pulmón una balada de ritmo vertiginoso.

Pat Dolan is my Christian name and this I'll tell to you And if you'll listen to my tale, I'll tell you something new…

—¿Te has vuelto loco? ¡Cállate! —le dijo alguien.

Pantera no escuchó nada más, porque la caverna ya había quedado atrás. La mula jadeaba mientras tiraba de la carga cuesta arriba por los raíles, más aún debido a que Jim se había subido a la primera vagoneta para acomodarse entre el carbón como si se tratara de la caja de un carro. Incluso imitaba las exhortaciones y los gestos de un cochero. De cuando en cuando la galería retumbaba con nuevas detonaciones.

Ya estaban cerca de la zona de los cobertizos cuando Jim puso fin a su pantomima. Se inclinó hacia Pantera, que, agotado y empapado en sudor, tiraba de la mula por la albarda cada vez que el animal renqueaba.

—A veces me dan miedo mis compatriotas —susurró el muchacho con un visible estremecimiento—. Están convencidos de que la única ley posible es la de las bandas callejeras: atemorizar, atacar a quien no está con ellos… No dejan de pensar en Donegal y en la lucha contra los ingleses.

Pantera alzó la vista para preguntarle:

—¿Y tú no?

Jim, incómodo, se mordió el labio inferior con los incisivos.

—¡No lo sé! Esto no, no en nombre de ese… —Se detuvo a tiempo para no proferir una expresión impropia de un buen católico y se bajó del carro de un salto—. Esto no, es un error. No me preguntes por qué.

Pantera no tenía intención de preguntarle nada más. Observó a Jim, que se llevó a la boca un trozo de tabaco que había encontrado en el fondo del bolsillo y trató de que la mula mordiera el resto, pero Schatach estaba soltando espuma y mantenía los dientes apretados hasta el punto de que le rechinaban ligeramente. El chico desistió tras un par de intentos infructuosos y devolvió el tabaco a sus pantalones de fustán.

Llegaron a la zona de oficinas justo cuando el elevador bajaba. Iba excesivamente cargado de hombres y de mulas, y sus paredes de madera crujían. Estaba recubierto, como si fuera el techo de una pagoda, por una cúpula de acero, para protegerlo del desprendimiento de rocas.

Entre los obreros que descendieron se hallaba Kerrigan, que se

dirigió directamente hacia Pantera sin molestarse siquiera en recoger una blusa o un número.

—¿Conoces a un policía de Tamaqua llamado Yost?

Pantera recordó que había oído ese nombre la noche anterior, aunque tal vez no fuera conveniente decírselo a Barrilete.

—¿Por qué? ¿Debería conocerlo?

—Mejor que no, porque el domingo por la noche tendrás que matarlo.

10

LA EJECUCIÓN

Molly no se sorprendió demasiado al ver la cabeza rizosa de Pantera asomándose a la ventana de su habitación, en el segundo piso del Salón Columbia de Tamaqua. Lo agarró por las axilas para ayudarlo a subir. Fuera acababa de caer la noche y muchos faroles ya estaban encendidos.

Le sonrió mientras él, algo fatigado, se enderezaba y alisaba los pliegues de su guardapolvo. A continuación la mujer asumió una expresión de preocupación.

—¡Pero qué sucio estás! ¡Y seguro que tienes hambre!

Él frunció los labios.

—No, no te preocupes. Estoy trabajando en la mina, deberías saberlo —comentó mirando a su alrededor.

Era característico de Molly pasar horas y horas ordenando el entorno en el que se hallara. Era igualmente característico de ella no lograrlo nunca, así es que sus vestidos estaban amontonados en una pila amorfa al lado de la amplia cama con los costados pintados de rojo, seguramente debido a la caída de un perchero. La gran bolsa de Pantera colgaba del borde de una mesa, junto a la lámpara de queroseno y a un reloj de campana procedente de quién sabe dónde. Dos platos con restos de comida estaban cuidadosamente alineados en una silla de mimbre.

Pantera reparó en que dentro del armario, vacío y sin puertas, había una botella ya descorchada y tapada del mejor modo posible con papel de periódico. Quitó el papel y echó un trago. Aunque no tenía etiqueta iba sobre seguro, porque a Molly la única bebida alcohólica que le gustaba era el ron. Este era casero, pero estaba bueno.

—¿Qué sabes acerca de lo que estoy haciendo? —preguntó él mientras se secaba los labios.

—Poca cosa. Mi cuñado me habla de ti de vez en cuando, dice que estás haciendo un doble juego.

—Es cierto, pero con eso me estoy jugando la vida cada día, así que he venido a recuperar el Nganga. Parece ser que me protege incluso a distancia, aunque prefiero que esté conmigo. Si lo tengo a mano me da más fuerza.

—Cógelo entonces —dijo Molly señalando la bolsa—. Pero dime, ¿ya has localizado al hombre al que estás buscando?

Pantera se sentó en el borde de la cama, la paja del colchón crujió. No consideró oportuno revelar lo que Gowen le había dicho sobre Kerrigan.

—Tal vez sí, aunque todavía no tengo pruebas concluyentes. He venido a prevenirte, tengo la impresión de que entre los hibernios abundan los traidores, diría que hay mucho donde elegir.

—Dime uno, el jefe.

—Es pronto aún, sabrás quién es cuando lo mate. Yo también quiero hacerte una pregunta… ¿Estás segura de que la vuestra es una causa justa?

El rostro habitualmente impasible de Molly se contrajo y atravesó su mirada algo que se asemejaba vagamente a la ira. Se irguió, aunque su delgado torso restaba énfasis a la postura.

—Tú no estarás del lado de los patrones de las minas, esos bastardos ingleses, ¿verdad?

—Yo no estoy del lado de nadie —respondió Pantera con calma. Buscó en los bolsillos un cigarro y lo encajó entre los dientes, aunque no lo hizo por nerviosismo—. Trabajo para quien me paga, ya deberías saberlo. Pero eso no impide que en ocasiones me plantee preguntas.

Esa última frase no apaciguó a Molly. Era curioso ver cómo su insulso semblante se animaba por una vez.

—Tú no sabes nada sobre los irlandeses, no sabes que entre los nuestros hubo cien mil muertos durante la gran hambruna. Mis padres vinieron a América hacinados en el fondo de un barco, sin más bienes que la ropa que llevaban puesta. Aquí los trataron como a bestias, los enviaron a la guerra, los obligaron a hacer los trabajos más duros…

—Por todo eso pasaron también otros. Nosotros, los mexicanos, por ejemplo. O los chinos. O los eslavos. Y, antes aún, los negros.

—Pero el colmo fue volver a tener aquí como patrones a los ingleses y a los galeses. Tú me preguntas si nuestra causa es justa, deberías preguntárselo a mis hermanos y a mis primos. Mientras yo me escapaba de casa para acabar en un burdel de Laredo y dejar que me desvirgara un soldado confederal sudoroso, ellos venían a Pensilvania, un destino casi peor que el mío. Los dueños de las minas eran los mismos latifundistas ingleses de Donegal y de Leitrim, y los capataces eran galeses y escoceses; todos ellos dispuestos a chuparles la sangre a los irlandeses también aquí. Hasta que el primero de esos verdugos murió.

En las palabras de Molly había énfasis y teatralidad, aunque con moderación. Eran dos características que Pantera detestaba vehementemente. No obstante, le sorprendió que a Molly se le

ocurrieran frases tan altisonantes, ella generalmente hablaba lo menos posible, entre otras cosas para evitar sus prontos.

El mexicano dedujo que la mujer repetía frases que había escuchado en algún conciliábulo de compatriotas o de parientes. Y quizás, dado que con los años Molly había aprendido a leer, enriquecía su locuela con el estilo dramático de las novelas francesas que se vendían por fascículos en los mercados.

Trató de ser claro.

—Un posadero alemán me habló de ideales confusos pero comunes a toda la gente que trabaja. La ABT, según tengo entendido, defendía los intereses de todos los obreros de la minería. ¿Pero qué es lo que quieren la Antigua Orden de los Hibernios o los Molly Maguires? ¿La rebelión únicamente de los irlandeses?

—¿Qué hay de malo en ello?

—Pues que he escuchado a Gowen, vuestro enemigo número uno, y habla de un modo muy distinto. Él le declara la guerra a los obreros sin importarle su nacionalidad, raza o religión. ¿Entiendes?

La mirada de Molly volvió a su vacuidad habitual.

—No, lo entiendo a medias. Quizás tengas razón, pero hubo un tiempo en el que tú disparabas a la gente sin que ello te supusiera ningún problema.

—Lo sigo haciendo —dijo Pantera, que en ese momento se puso en pie—. Voy a matar a un policía, a un tal Yost. ¿Sabes quién es?

—No.

—Yo tampoco, pero lo mataré de todas formas.

Estaba comprobando que la culata del colt se hallara al alcance de su mano, entre dos botones del guardapolvo, cuando se abrió la puerta y entró Jim Carroll. Se acercó a Pantera y le dijo, sin preámbulos:

—Bien, has sido puntual. Nos queda algo de tiempo, no mucho. Yost ahora está en casa, cena con un amigo. Tiene que bajar a apagar los faroles, ese será vuestro momento.

—¿A qué te refieres con «vuestro»?

Carroll torció ligeramente sus carnosos labios.

—No pensarás que te vamos a dejar solo, ¿verdad? Se convertiría en la acción de un sicario, y nosotros no somos de esa clase. Abajo están Hugh McGeehan y James Boyle, los ha mandado Campbell. Kerrigan os guiará hasta la entrada de la casa de Yost. Dispararás tú, pero ellos te cubrirán, les he conseguido buenos revólveres. Después saldréis corriendo.

Pantera articuló una mueca de desagrado al escuchar el nombre de Kerrigan.

—Vamos a ser una multitud, por lo que veo. Eso es innecesario y peligroso, me basto yo solo.

—No —Carroll sacudió su gran cabeza con un gesto con terquedad

—, ya te he dicho que no somos asesinos, somos revolucionarios. Todo el mundo tiene que saber que el ataque es obra de un grupo, de una organización. Servirá como advertencia para los lacayos y los cobardes.

Pantera tenía una objeción en la punta de la lengua, pero renunció a verbalizarla. Se aproximó a la mesa y agarró por el asa la bolsa que contenía el Nganga y el nkala. Chasqueó los labios, en dirección a Molly, para mandarle un silencioso beso de despedida.

Carroll alzó las manos mostrando las palmas al ver su equipaje.

—¡Eh, eh, que no te vas de vacaciones! ¡Deja ahí esa porquería!

Pantera le lanzó una mirada glacial.

—Vuelve a ofender a mi Nganga y tus tripas acabarán esparcidas por la cama.

El tabernero se mostró más sorprendido que asustado. Zanjó el asunto con actitud tolerante.

—Está bien, haz lo que quieras. Ahora te acompañaré hasta la calle a través del sótano, la gente del bar cree que estás a sueldo de Pinkerton y de los vigilantes.

Poco después, parado bajo un farol apagado de la calle Ancha, Pantera aguardaba la llegada de sus cómplices. Había luna llena y Tamaqua parecía una trama de sombras grotescas. Las colinas relucían con los fuegos que las devoraban lentamente desde el interior, pero el mexicano ya se había acostumbrado a ese espectáculo escalofriante. En la ciudad había algunas luces encendidas bajo el tímpano del Hotel Estados Unidos, donde un portero uniformado dormitaba apoyado en una columna, frente a una fila de calesas vacías con los varales posados en el suelo. Otros destellos de luz parpadeaban a lo lejos, al final de una calle larga y recta. Allí estaban los últimos faroles que permanecían encendidos en la ciudad y los únicos árboles. Los faroles brillaban y humeaban asomándose entre el follaje.

Llegaron los tres juntos: Kerrigan, McGeehan y Boyle. El primero venía con su gesto ceñudo y su aire arrogante de siempre. Los otros eran dos muchachotes irlandeses normales, con semblantes enérgicos y bigotes de herradura. Boyle parecía el más interesante, debido a sus ojos verdes, grandes y en el fondo dulces. Pantera se preguntó si estaría emparentado con Kate. Quizás sí, también ella tenía ojos así.

Kerrigan no perdió tiempo en saludos.

—Síguenos, mexicano. ¿Tu pistola está cargada?

—Siempre lo está.

—Bien, deja aquí tu bolsa.

—No, la llevaré conmigo.

Las afiladas pupilas de Kerrigan se helaron al instante.

—Cuidado, soy yo el que da las órdenes.

—Yo elijo cuáles obedezco y cuáles no —replicó Pantera con tono

melodioso—. Si alguien no está de acuerdo con eso, la mayoría de las veces acaba mal.

Kerrigan parecía estupefacto, pero finalmente se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras. Lo importante es que nos demos prisa, ese puerco ya estará terminando de cenar.

Caminaron por la calle Ancha sin abandonar los porches inconexos de las casas. Tras rebasar el Hotel Estados Unidos continuaron al descubierto, ya que en ese tramo de calle, cercano a la estación, no había tabernas ni ningún transeúnte a la vista. Todos los faroles estaban apagados, salvo unos pocos en la distancia. La luz de la luna y el siniestro resplandor de las colinas ardiendo bastaban para evitar que tropezaran con algún guijarro.

Barrilete se despidió de ellos.

—Ya casi he llegado a casa. Vivo en la calle Spruce, que no está lejos. Dos de vosotros ya sabéis cómo hay que actuar, instruid al mexicano.

Desapareció entre las sombras de un callejón sin despedirse siquiera. McGeehan sacó del bolsillo una pequeña lata de pintura blanca. Hundió en ella dos dedos de la mano izquierda y se aplicó pintura en la cara. Boyle hizo lo mismo.

—Yo no quiero mancharme la cara —dijo Pantera.

—Nadie te lo ha pedido —contestó Boyle. Su sonrisa de dientes amarillentos contrastaba con la máscara lechosa de clown que ya cubría toda su cara, a excepción de su rubio bigote—. Tú no eres irlandés.

—¿Es tan grave lo que ha hecho ese Yost como para que merezca morir?

—Golpeó a Duffy, fuerte, con la porra. Casi le rompe el cráneo.

—¿Y qué había hecho Duffy?

—Él y Barrilete estaban siguiendo a un burgués, un tal Flynn, que se hospeda en el Estados Unidos; un puerco con chistera y frac. Estaban a punto de despacharlo cuando apareció Yost con su jodida porra. Después llegó McCarron, otro policía idiota.

—¿Eso es suficiente para condenar a muerte a Yost?

A pesar de la capa de pintura, la expresión de Boyle se volvió más rígida. Sus grandes ojos también perdieron calidez.

—Es más que suficiente. Pobre del que toque a un hibernio, debe quedarle claro a la gente de aquí.

Intervino McGeehan, que estaba limpiándose los dedos con el lateral de los pantalones.

—Di, mexicano, ¿acaso vas a dudar a la hora de liquidar a un alemán, a un maldito polizonte?

—Que sea alemán no me importa, que sea un polizonte sí. Lo

mataré.

En la religión de Pantera los agentes de policía eran llamados dundu tonga y eran considerados una comunidad salvaje, aunque no estaba dominada por ningún demonio específico. Matar a uno de ellos, por tanto, no era una mala acción.

No obstante, Pantera sentía la necesidad personal de actuar con cierta coherencia, y en los Molly Maguires aún no la había encontrado. Por un lado parecían erigirse en vengadores del proletariado derrotado, por otro parecían querer instaurar un control de las calles sobre fundamentos estrictamente étnicos. ¿Dónde estaba la verdad?

—¿Ese tal Yost tiene alguna relación con los patrones de las minas o con la Policía del Carbón y el Acero? —preguntó mientras alcanzaban la densa sombra de unos árboles al final de la calle.

—Es evidente —respondió Boyle—. Alemanes e ingleses siempre han hecho frente común.

Era una respuesta insatisfactoria, pero a Pantera se le antojó inútil insistir. Pasó la bolsa a su mano izquierda, extrajo el colt de su cintura y amartilló el arma. Esta vez debía disparar a matar.

McGeehan indicó una ventana iluminada, en la segunda planta de una casa modesta pero más cuidada que las viviendas vecinas. También él tenía un revólver a mano, un modelo antiguo de Remington, quizás el 63.

—Creo que el polizonte está cenando con su compinche McCarron. De ese me encargo yo, pero es menos importante. El verdadero objetivo es Yost, y es todo tuyo.

—¿Y después?

—Después huimos hacia el cementerio de Odd Fellows. Desde allí podemos llegar al río Schuylkill, tras el que hay un sendero que conduce a Summit Hill a través de la ladera de la montaña.

—Yo no voy a Summit Hill.

McGeehan se encogió de hombros.

—Como quieras. Pero ten cuidado, irán tras nosotros.

La casa de la puerta se abrió en ese momento. Salieron por ella dos hombres corpulentos y uniformados de azul hasta los pies. Cogieron una escalera de mano, uno de ellos se apoyó en el farol encendido más cercano y comenzó a subir. Su compañero se alejó a paso ligero, en dirección tal vez a otras luces que no se veían desde allí.

—¿Quién es Yost? —preguntó Pantera.

—El que está apagando el farol —susurró Boyle—. Te toca a ti.

—¿Y qué hay del otro?

—Ya está lejos. Ese nos importa poco, ya te lo he dicho.

En ese instante se abrió la ventana iluminada en la planta superior de la casa. Una mujer gorda asomó el busto. Su silueta era indistinta,

pero parecía que estaba envuelta en un chal.

—¡Mira bien dónde pones los pies, Frankie, que ya te caíste una vez! Si ves que la escalera no es segura baja inmediatamente. No quisiera que…

La voz de la mujer se ahogó en un gemido. Pantera había dado unos pasos al frente flanqueado por hombres con las caras pintadas de blanco. El mexicano extendió el brazo y apuntó. Yost trató de bajar rápidamente, pero un primer disparo, en pleno pecho, lo lanzó hacia atrás. Estaba ya cayendo cuando un segundo proyectil le atravesó el tórax. Rodó de mala manera sobre la tierra batida. Los disparos resonaron a lo largo de una calle Ancha desierta.

La mujer se llevó las manos al pecho.

—¡Frankie! ¡Frankie, ¿estás bien?! —preguntó incoherentemente, consternada por el dolor.

Se oyeron más disparos. Era McCarron, había abandonado su escalera y corría jadeante hacia los asesinos vaciando el cargador de su arma. El exceso de emoción hacía que su puntería fuera imprecisa.

—Es hora de irse —dijo Boyle de forma tajante.

Se apresuró a buscar la sombra de los árboles. Pantera y McGeehan siguieron sus pasos. Subieron con zancadas convulsas una pequeña colina llena de cruces, en su mayoría de estilo celta. Les alcanzaron los fragmentos de un diálogo a voces que sonaba detrás de ellos.

—¡Llama al doctor Solliday, mi Frankie está mal! —chillaba una mujer.

—¡Después! ¡Ahora hay que matar a esos canallas!

—¡Piensa en Frankie! ¡Dios mío, está herido!

A McCarron le costaba hablar. Gritó, ahogado por la angustia:

—¿No ves que está muerto?

El rostro embadurnado de McGeehan se iluminó bajo la luna con una sonrisa.

—Hemos hecho un buen trabajo —comentó resollando. Sonaron más disparos, pero no el silbido de las balas, por lo que debieron de perderse entre los árboles—. McCarron es gordo y lento, ya no nos alcanzará.

—Yo me voy —anunció Pantera.

Estaban en lo alto de la pequeña colina y se disponían a salir del cementerio. Justo debajo, entre orillas cubiertas de hierba, un arroyo fluía hacia un suburbio y hacia las construcciones espectrales de una mina, dominadas por una montaña de ceniza y carbón.

McGeehan habló apresuradamente.

—Piénsatelo bien. Solo tenemos que seguir el Walbash hasta el río Schuylkill y luego cogemos el sendero que lleva a Summit Hill.

—No, yo vuelvo atrás.

—¡Te vas a encontrar con McCarron!

—No creo, ya ha dejado de disparar. Si lo encuentro, lo mato.

McGeehan y Boyle se miraron.

—Está claro que tiene agallas —murmuró el segundo, que saludó a Pantera con un gesto de despedida—. Buena suerte, amigo.

El mexicano no contestó. Dio media vuelta y volvió por donde había venido. La bolsa rebotaba contra sus piernas y le estorbaba un poco. Mientras pasaba entre las lápidas la posó en el suelo, ajustó la pistola en la cintura y se abotonó el guardapolvo. Notó el confortable calor del colt pegado a la ingle y sintió una ligera excitación, como si el revólver fuera el cálido vientre de una mujer.

Su suposición era acertada, McCarron había renunciado a la persecución, quizás para atender el llamamiento de la esposa de Yost. Lo vio a través de los árboles junto a la mujer, inclinada sobre el cuerpo de su marido. Bajo el farol que seguía encendido había otras personas, algunas de ellas armadas con rifles. Un personaje rollizo y barbudo corría hacia allí con un maletín en la mano derecha.

Pantera se ajustó la gabardina a la altura del estómago y de los hombros, se apartó un poco y echó a caminar tranquilamente hacia el grupo, con la bolsa en la mano. Se situó en primera fila, su mirada se cruzó repetidamente con la mirada perdida de McCarron y con los ojos llorosos de la mujer de Yost, pero no hubo reacción alguna. Ambos tenían puesta toda su atención en el individuo rollizo.

—¡Aún respira, doctor Solliday! —exclamó la mujer gimiendo— ¡Se lo ruego, haga algo!

El médico la apartó con delicadeza.

—Ahora lo comprobaré. Pero no se haga demasiadas ilusiones, señora, las heridas son feas.

Pantera notó que alguien le tocaba un hombro y se giró de golpe. Era Shepp. No sonreía, pero había cordialidad en su mirada.

—Me alegro de verte aquí —dijo el jefe de los vigilantes, llevaba un Winchester bajo la axila—. Nos serás de utilidad durante la persecución.

—No, es inútil —contestó Pantera—. Los sicarios ya estarán lejos, mientras que los que dieron la orden siguen aquí.

—Entiendo lo que quieres decir —comentó Shepp guiñándole el ojo—. Y tienes razón, pero yo debo representar mi papel y guardar las formas… —añadió, y acercó los labios al oído del mexicano—. Fue Kerrigan, ¿no es cierto?

—Sí —mintió Pantera.

—Buena caza entonces —le deseó Shepp antes de dirigirse a los demás hombres armados—. Vámonos, muchachos. Y que alguien prepare una buena soga. Si encontramos a los asesinos, los colgaremos en el árbol más cercano.

Se estaba reuniendo una muchedumbre de civiles y algunos de

ellos aplaudieron. En cambio, un hombre con bombín, aferrado a una señora tan pequeña como él, agitó el puño y enardeció los ánimos.

—¿Queréis castigar a los asesinos? ¡No hace falta ir lejos! ¡Basta con prender fuego a las cabañas de los irlandeses y a los salones en los que se emborrachan! ¡Dios maldiga a quienes los trajeron aquí!

Se oyeron murmullos de aprobación. McCarron alzó su semblante descompuesto y lo miró con dureza antes de decirle:

—Juez Harlan, le recuerdo que yo también soy irlandés.

El hombrecillo se mordió el labio inferior y buscó el modo de salir del apuro.

—¡Bueno, está claro que yo me refería a los irlandeses católicos!

Pantera metió las manos en los bolsillos, se despidió de Shepp con una señal y se alejó en paz. Todavía no conocía Tamaqua al dedillo, pero se movía por la ciudad con soltura. Recorrió la calle Ancha, ahora aclarada por las luces que había encendidas tras decenas de ventanas, y llegó al Estados Unidos. El porche del establecimiento estaba abarrotado de gente elegante y excitada, tanto que tuvo que pasar entre las calesas inmóviles y seguir por mitad de la calle. Había personas curioseando bajo casi todas las verandas. La mayoría estaban en camisón, en el umbral de las casas. Otras, completamente vestidas, blandían rifles o pistolas. Grandes ratas, perturbadas en su actividad nocturna por tanta luz, chillaban y corrían en todas direcciones.

Pantera dobló a la izquierda y se internó en un callejón menos animado. Casi de inmediato fue interceptado por una banda de jóvenes energúmenos que marchaban en filas irregulares y blandían tubos y cuchillos de carnicero. Se topó a dos palmos de su nariz con la mirada fría de un chico de unos veinte años con un mechón rebelde que le tapaba la mitad de la frente. El mexicano deslizó los dedos dentro del guardapolvo, pero no tuvo ni siquiera que llevar el índice al gatillo, porque el chico se giró hacia sus compañeros y les dijo:

—Este es cualquier cosa menos irlandés. ¡Sigamos, Modocs!

Pantera se dirigió a las calles más recónditas, en las que únicamente la luz de la luna le permitía ver dónde pisaba para poder evitar los baches. No resultaba fácil orientarse entre barriles desfondados, porches inestables y fachadas en estado precario. Allí las ratas campaban a sus anchas formando comunidades ordenadas en torno a cualquier rincón donde hubiera algo con apariencia de alimento. Flotaba en el aire un hedor a ajo y a judías, vestigios olfativos de cenas frugales.

Finalmente logró dar con el patio sembrado de basura en el que se divisaba la caseta de Kate Boyle. Pantera no esperaba que estuviese iluminada, pero sí lo estaba. Se acercó, pero cuando se hallaba a solo dos pasos retrocedió. A través de las rendijas de la barraca había visto la melena roja de la chica esparcida sobre el vientre pálido de un

hombre.

Pantera se retiró hacia donde la oscuridad era más densa. Se sentó en el borde de una tina oxidada, que debía de haber formado parte de un lavadero, sin prestar atención a los ojos rojos de las ratas. Dejó a un lado la bolsa con el Nganga, buscó a tientas un cigarro y lo encendió. Además de que le era útil para matar el tiempo, el puro le ofrecía algo de luz y desde lejos su lumbre podría ser confundida con la pupila de una rata más entrada en carnes que las demás.

La espera no fue larga. Una figura rechoncha salió de la barraca y se alejó con rapidez y con un poco de vergüenza mientras hacía el gesto de abrocharse los pantalones. Pantera arrojó el cigarro, lo apagó con el tacón de la bota y echó mano a la bolsa. La puerta de la caseta había quedado abierta.

Kate Boyle no parecía muy sorprendida de volver a ver al mexicano. Se estaba limpiando con un trapo el líquido de color lechoso que cubría sus pecas alrededor de los labios y en la barbilla.

—Cada hombre tiene un sabor distinto —comentó sonriendo—. Con este me ha ido bien, sabía a pudin un poco rancio. El tipo de antes sabía a agua sucia —añadió con una mueca graciosa.

Pantera vio que la chica estaba completamente vestida, con una bufanda envolviéndole el cuello; el cliente debía de tener prisa. Posó la bolsa en una pequeña mesa.

—¿Me das alojamiento para esta noche? No tengo dónde ir a dormir.

—¡Sí, con mucho gusto! Pero yo ahora tengo que irme a casa. Apaga la lámpara en cuanto puedas, por favor. El aceite es muy caro.

—Aquí tienes algo de dinero. —Pantera dejó caer unas monedas en la cama—. Es para compensarte por las molestias.

Kate se apresuró a recogerlas.

—¡Es muchísimo! ¿Quieres que pruebe también el tuyo? Estoy segura de que sabe bien.

—No, en otra ocasión. Hace demasiado frío.

—Es cierto, ojalá llegue pronto el verano. —Kate echó un vistazo a la palangana que había en un rincón y suspiró—. Hasta el agua debe de estar helada. Lavarse es un dolor.

Sin atisbo de pudor, la muchacha se sentó en la palangana, llena hasta la mitad, tras levantarse la falda y bajarse las bragas. Cuando se llevó la mano llena de agua a la entrepierna sintió un escalofrío.

—¡Brrr! Está tan fría que parece que quema.

Pantera se preguntó, un poco preocupado, si al Nganga no le resultaría desagradable estar en una habitación en la que se estaba desarrollando semejante escena. Confiaba en que el hecho de estar encerrado en una bolsa limitara la visión del Prenda. Además lo que estaba haciendo Kate en ese momento no era un acto sexual. Terminó

preguntándole:

—¿Es pariente tuyo un tal James Boyle?

—¿El James Boyle de Ashton? ¡Sí, es primo segundo mío! — contestó con entusiasmo mientras se secaba con un paño áspero. Se subió las bragas y dejó caer la falda—. Es bueno, el mejor de la familia. Lucha por nuestros derechos.

—¿Los derechos de quiénes?

—De los irlandeses, ¿de quién si no? Como el Pat Dolan de la canción. Y también es un verdadero católico, del rito antiguo. Yo de eso no entiendo, pero es lo que dice mi hermano.

—¿Qué significa «rito antiguo»?

Kate rio.

—El rito de san Patricio. No creo que tú puedas entenderlo. Hay muchas cosas que no sabes, sobre este condado y sobre Irlanda. ¿Dónde he dejado el bolso? ¡Ah, aquí está!

Pantera notó el asomo de orgullo con el que Kate se colgó del brazo un diminuto bolso de raso con cuentas y una cadenita dorada, muy parecida a la que llevaba Jitka. La joven a lo mejor pensaba que esa pizca de elegancia podía ennoblecer sus míseros harapos. Él le preguntó:

—¿Vives lejos?

—No, solo tengo que subir hasta la calle Ancha y cruzar —contestó Kate. Abrió la puerta y entró una ráfaga de frío.

—Ten cuidado con los Modocs.

—Esos no tocan a las mujeres. El que me da miedo es Yost, el policía. Él quiere que se lo haga gratis, y además me hace daño. Espero que ya esté durmiendo a estas horas.

A Pantera se le escapó una sonrisa malvada.

—Sí, creo que está durmiendo.

Kate se despidió con la mano, se ajustó la bufanda alrededor de su delgado cuello y salió a la noche.

11

FLORES EN EL INFIERNO

Pantera ya se imaginaba que trabajar en la mina iba a ser duro y no se sorprendió cuando, en esas primeras semanas de julio, pudo comprobarlo directamente. No obstante, no esperaba que fuese como entrar en otra realidad, gobernada por lógicas propias que poco tenían que ver con las de la superficie.

Eso no se percibía cuando las sirenas de las instalaciones llamaban al trabajo antes de que saliera el sol y un enjambre de obreros silenciosos y soñolientos, fiambrera en mano, invadía las calles de Tamaqua. Era en las profundidades del subsuelo donde todo cambiaba, en cuanto las jaulas elevadoras soltaban su carga humana en los diferentes niveles de excavación y se entraba en otra dimensión. En la oscuridad, donde flotaban olores a tierra húmeda, a ácido sulfúrico, a gas natural y a polvo de carbón, latía irregularmente el corazón de una ciudad en miniatura, abarrotada solo durante el tiempo necesario para que las cuadrillas se dispersaran por las galerías. Allí, entre casetas provisionales, oficinas, establos y almacenes, todo ello señalizado por luces tenues y vacilantes, se establecía al instante una rígida jerarquía basada en las tareas y en las categorías salariales, insospechable cuando, poco antes, los trabajadores se aglomeraban con paso lento en dirección a la colina. Y después de que los obreros se diseminaran por las «ubres», los túneles en expansión que partían de la galería, esa jerarquía también determinaba estratos transversales de sociabilidad y de incomunicabilidad.

Pantera se sorprendió al descubrir que incluso él y Jim Butler, que aparentemente estaban en la parte más baja de la escala laboral, tenían un subordinado a su cargo. Jim se lo presentó con un tono en el que se mezclaban la altanería y la condescendencia.

—Este es Skel, nuestro vagonero —afirmó señalando con el látigo al susodicho—. No hace falta que te diga que Skel es por Skeleton, su verdadero nombre no lo recuerda ni él mismo.

—Me llamo Frank —lo rebatió Skel con voz quejumbrosa.

Jim, ocupado en comprobar el correaje que unía a su mula con las vagonetas, no le prestó la menor atención. Pantera, en cambio, observó a Skel a la luz de la lámpara que tenía sobre la gorra y de la

más potente que colgaba del cuello de Schatach. Se trataba de un muchacho de unos quince años, de corta estatura y más delgado aún que Jim. Sus piernas, sin embargo, estaban muy desarrolladas en comparación con su pecho hundido. En cuanto a su rostro, era una máscara compacta de carbón agujereada por unos ojos grandes y azules.

—¿Qué es un vagonero? —preguntó Pantera.

—El cuarto peldaño de la escalera —respondió Jim con su énfasis habitual—. Por encima de todos está la mula, en nuestro caso Schatach. Después viene el caballista; o sea, yo. Le sigue el trenista, que eres tú. Por último, está el vagonero, que no tiene que pensar ni tomar decisiones, sino solamente correr.

—El otro día no estaba el vagonero.

—Solo se necesita cuando las bajadas son muy difíciles. Hoy, hasta la mitad de la jornada, tenemos que dedicarnos sobre todo a llevar las vagonetas vacías hasta las ubres más lejanas. Allí las cuestas son de aúpa. Skel debe ir corriendo delante de la mula, frenar las vagonetas cuando haya riesgo de que puedan atropellar a Schatach, avisarnos cuando haya curvas y hacer otras cosillas.

Las «otras cosillas» resultó que eran no solo difíciles y fatigosas, sino también peligrosas. En cada bajada demasiado pronunciada Skel, que corría a más no poder en la oscuridad de los túneles, iba esparciendo arena desde una bolsa sobre las vías para ralentizar el descenso de las vagonetas. Acompañaba esa siembra arenosa algo alocada con una tos cruel que le sacudía el pecho y luego volvía a correr. Llegó un momento en el que incluso vomitó una especie de baba negruzca.

—Está mal —advirtió Pantera, que avanzaba con Jim al lado de la mula.

—¿Skel? Está tan mal como todos nosotros. Tiene los pulmones llenos de polvo de carbón. Y como él los tiene pequeños tose más fuerte —aseguró Jim. Sacó de una bolsita un trozo de tabaco, se lo llevó a la boca y metió otro entre los dientes entreabiertos de la mula, que pareció agradecerlo—. Yo siempre le digo a Skel que masque tabaco, es el único antídoto contra el polvo. Pero él es terco y acaba soltando un vómito negro. Le está bien empleado.

En la primera ubre que alcanzaron, baja y apuntalada con cierto esmero, Pantera se topó con otra de las figuras claves del subsuelo. Él y Jim, con la ayuda de Skel, estaban empujando hacia fuera de la galería una vagoneta vacía. En la entrada del conducto se vieron envueltos en una discusión muy acalorada.

—Jefe de bomberos, acepto quitar las rocas que corren peligro de desprenderse, pero no me pidas que me dedique a entibar. Si pierdo el tiempo con esa tarea no podré cumplir con el cupo.

—No seas idiota, Willie. ¿No ves que te estás jugando la vida? Luego os quejáis los mineros. ¡Hay tres muertos de media cada dos días en el condado por culpa de insensatos como tú!

—Si no alcanzo el cupo la que se juega la vida es mi familia. ¿Cómo hago para pagar a mis peones? Desde que los patrones bajaron las tarifas gano poco más que un peón.

Sus palabras eran mesuradas, pero su tono era encendido. Pantera ya sabía que el jefe de bomberos era el primero en entrar en la mina cada día, con la misión de comprobar la seguridad de los túneles. Debía detectar las nubes de gas cerca de los techos, las grietas en la bóveda y la posible fragilidad del armazón. Como prueba de la inspección que llevaba a cabo marcaba una señal propia, y también tenía facultad para imponer multas a los trabajadores que lo desoyeran. En otro tiempo era una figura popular, pero la situación debía de haber cambiado.

—Ándate con ojo, Willie —le advirtió casi gritando el jefe de bomberos, un hombre esbelto—. ¡Sabes que puedo despedirte en el acto si no obedeces!

El minero no replicó ante esa amenaza. Lo hizo por él uno de los peones, que parecía hecho de carbón, de lo sucio que estaba.

—Hace una semana se cargaron a un policía en Tamaqua. Decían que era un prepotente. —Ese comentario, pronunciado en tono suave, hizo enmudecer tanto a Willie como al jefe de bomberos—. Las traviesas no las hemos puesto nosotros. Está claro que no queremos morir enterrados, pero es cosa tuya ordenarles a los entibadores que arreglen el armazón. Si lo hacemos nosotros perdemos una jornada de trabajo, así que no, gracias.

—El reglamento… —balbuceó el jefe de bomberos. A continuación se lo pensó mejor, se encogió de hombros y se alejó, visiblemente enojado.

—¡Bien, bien! —exclamó Jim con alborozo—. ¡Gente, aquí tenéis vuestra vagoneta! ¡Y nos largamos antes de que todo esto se venga abajo!

Ninguno le hizo caso. El minero, un hombre no muy joven con el rostro surcado por las arrugas, apuntó con el dedo al peón.

—¡Tú estás loco, Bob McKeever! ¡Desde mañana estaremos todos en la lista negra!

El otro soltó una risa efímera.

—Tranquilo, Willie. Todo está cambiando desde hace una semana y hasta el jefe de bomberos está cagado de miedo, lo acabas de ver. Incluso tú, cabeza de chorlito inglés, deberías estar agradecido a los mollies.

El minero negó con la cabeza.

—No serán los mollies los que nos suban el sueldo. Eso es algo que

la gente como tú no entenderá nunca… Bueno, muchachos, manos a la obra. Con cuidado.

Pantera no escuchó la continuación de la discusión, si es que la hubo. Salió de la ubre con Jim. Skel los esperaba junto a la mula, a la que estaba acariciándole la crin. En cuanto vio aparecer al caballista retiró la mano, temiendo quizás un ataque de celos.

Jim montó, como de costumbre, en el primer vagón. Hizo restallar el látigo en el aire cargado de olores desagradables.

—¡Adelante, Schatach, bestia pulgosa! ¡Vamos a abastecer a otros topos en sus agujeros!

Más de una vez Skel, azotado por una tos cavernosa, tuvo que frenar a la mula en la bajada colocando una cuña entre los radios de las ruedas de las vagonetas. El vagonero corría y tosía, y solo tenía algún momento de calma en los tramos llanos, pero en ellos tosía igualmente.

Pantera vio mineros y peones encorvados dentro de ubres con bóvedas muy bajas, o incluso hundidos en el agua hasta la cintura. Había agua por todas partes. En algunos tramos bajaba desde la galería en goterones continuos como la lluvia, fluía en arroyos que aspiraban las bombas, llenaba las cavidades formadas por las detonaciones… Era frecuente ver grupos de ratas ahogándose a causa de una inundación repentina, mientras la manada bullía a poca distancia contemplando el final de sus congéneres. Pero lo que más impresionaba a Pantera era la cantidad de circunvoluciones de aquel laberinto y el silencio que reinaba entre un trecho y otro de los túneles.

Por suerte Jim hablaba sin descanso, era como si quisiera hacerse compañía a sí mismo.

—Los mollies no me gustan, matan a sangre fría y no les importan las consecuencias. Las cosas se pusieron feas para los irlandeses en Tamaqua después de lo de Yost. Hubo incluso intentos de linchamiento, y la Policía del Carbón y el Acero se limitaba a mirar. Todo esto va a acabar muy mal, lo presiento. Como en 1862 y 1863.

—Tú aún no habías nacido —señaló Pantera con tono burlón.

A Jim le molestó ese comentario.

—¡Sí que había nacido! Es cierto que era todavía muy pequeño, pero mis viejos me lo contaron todo. Los irlandeses se rebelaron contra la leva, que afectaba solamente a los pobres. Hubo revueltas armadas, en Cass y en otros lugares, y tuvieron que cerrar las minas. Pero después llegó el Ejército federal y mató a muchas personas. Acabaron con la huelga por la fuerza. Columbus McGee, Black Jack Kehoe y unos pocos más fueron los únicos que resistieron.

La mención de Kehoe alertó a Pantera.

—¿Y a esos qué les pasó?

—A Kehoe nada, aunque más tarde tuvo que dejar la mina y abrir un salón. En cambio, McGee, que entonces era el jefe de los mollies, mató a un capataz y acabó en prisión. Ahora está libre, pero no sé nada de él.

—¿Sigue siendo el jefe?

—Te estoy diciendo que no tengo noticias de él. Lo único que sé es que acabará mal, más que nada porque durante la guerra los mollies eran un montón de gente y ahora tengo entendido que son cuatro gatos.

La entrega de la última vagoneta tuvo lugar en una ubre corta y aislada, donde un minero estaba perforando la roca con un taladro de mano mientras su único peón preparaba el detonador de la dinamita. Se hizo evidente la alegría de Schatach al verse libre de toda carga. Emitió un relincho similar al de un caballo, pero más desafinado.

—Debe de tener hambre —dijo Skel cosquilleando la garganta del animal—. Es hora de llevarla con el mozo de cuadra.

—Soy yo el que da las órdenes —replicó Jim de malas maneras—. Pero sí, lo llevaremos a los establos. Después de eso tenemos una hora libre, más o menos. Subiremos al lavadero.

—¿Nos reclaman allí para un trabajo?

—Sí, pero no es solo por eso —Jim remató la respuesta con una risita cuyo significado solo él sabía.

El mozo de cuadra, un viejecito tan descolorido que se diría que nunca había salido de la mina, se hizo cargo de Schatach con una cariñosa rudeza y se la llevó hasta los pesebres que se vislumbraban en la oscuridad.

Jim no se movió hasta asegurarse de que su mula era alimentada debidamente, tras lo cual le hizo una señal a los otros dos para que lo siguieran. Un ataque de tos de Skel rompió el silencio. A renglón seguido se oyó el eco de tosidos lejanos de mineros inmersos en las profundidades de los túneles, era como si el chico los hubiera contagiado. Se unió a ello el quejido de un obrero herido que llegaba desde el interior de las precarias paredes de la enfermería.

Jim rio entre dientes.

—¡Menudo concierto! ¿Has visto lo que has hecho, Skel? Pronto se pondrán a toser también las ratas.

—¡No es culpa mía! —protestó el chico.

—Por supuesto que no. Tienes los pulmones podridos, esa es la verdad. Salgamos a tomar un poco de aire fresco.

Entregaron la chapa de identificación al capataz, que estaba en su oficina con la espalda apoyada en el cálido vientre de la estufa de hierro fundido Othello. El hombre borró con un trapo sus nombres en una pizarra y dijo:

—Tienes tres cuartos de hora, Jim. Te basta y te sobra para vaciar

la fiambrera. Después ya estarán llenos los carros para subirlos. Eres el último de los caballistas en entregar la chapa.

—Me reclaman en el lavadero, Ed. Órdenes de arriba, no sé cuánto tiempo me llevará.

—Tres cuartos de hora, no más. Sé bien cuáles son esas «órdenes de arriba»: la muchachita. Si te saltas la comida tendrás tiempo para sobarla cómodamente, a mí lo único que me importa es que estés aquí a tiempo para el primer cargamento.

Jim, por una vez, pareció avergonzarse.

—De acuerdo, de acuerdo… Ahora silba para que hagan subir el elevador, cuando mis nuevos amigos y yo nos hayamos subido a él, lógicamente.

—Lógicamente.

Pocos minutos después Pantera, Jim y Skel remontaban el pozo en la jaula chirriante, bajo el techo de metal que la protegía de la caída de rocas y de las lluvias repentinas de agua sucia. El polvo de carbón era tan denso que costaba respirar. A pesar de ello, Jim se mostraba radiante.

—Os lo digo yo, el de caballista es el mejor oficio de todos. La gente de ahí abajo, quitando a algunos mineros, entra a trabajar de noche y sale cuando vuelve a ser de noche. Nosotros, sin embargo, de vez en cuando vemos el sol. También Schatach lo ve cada vez que lleva las vagonetas a las salidas bajo la colina. Las demás mulas viven en la oscuridad durante años y años.

Skel preguntó, con timidez:

—¿Quién es la muchachita que tienes que ver? Aquí no hay chicas.

Jim frunció el ceño.

—Tú dedícate a toser, mocoso. No es asunto tuyo.

Salir al aire libre, bajo el castillete que sostenía el elevador, fue un verdadero alivio. Pantera llenó sus pulmones y dio las gracias mentalmente al Nganga. Poco importaba que el aire estuviera lleno de miasmas, que el cielo estuviera cubierto de nubes y que la colina pareciera un cúmulo de escoria. Estar al aire libre era como renacer.

Jim amonestó a Skel.

—Tú te quedas aquí esperándonos. Veo que te has dejado la fiambrera abajo. Peor para ti, comerás después si tenemos tiempo —le dijo antes de dirigirse a Pantera—. Tú vienes conmigo, creo que alguien del lavadero quiere verte.

A Pantera le resultaba paradójico recibir órdenes de un crío, pero no rechistó. Aunque no llevaba puesto el guardapolvo, el Colt Frontier estaba al alcance de su mano, entre la blusa de trabajo y sus pantalones. No lo tocó para no ensuciarlo con sus dedos manchados de antracita.

El lavadero, inmenso, tenía rotos casi todos los cristales. Salía de él

un ruido atronador causado por el gemido de una gran cantidad de poleas y por la caída en cascada, al final de un largo puente en subida, del carbón empujado a mano desde las vagonetas hacia el interior del edificio. Debían de considerarlo un lugar seguro, porque en la entrada había un único guardián, armado con un rifle, que estaba conversando con un par de obreros de superficie. Apenas prestó atención al paso de Jim y de Pantera.

Dentro el estruendo era aún más ensordecedor. El mexicano se quedó perplejo ante aquel espectáculo grandioso e infernal. Carbón, escombro, rocas y algún que otro terrón rodaban a lo largo de amplios toboganes a tal velocidad que había fragmentos que salían volando, a pesar de la altura que tenían los bordes. Había tanto polvo que se hacía difícil ver. Era preciso forzar la mirada para advertir la presencia de decenas de niños y algunos ancianos, sentados con las piernas separadas a diferentes alturas del tobogán. Distinguían la antracita buena de la falsa y de las piedras, que tiraban lejos. Varios capataces, armados con bastones y con correas de cuero, controlaban la calidad del trabajo. Si uno de los niños dejaba pasar una piedra de dudosa pureza le asestaban unos golpes en la espalda o en la cabeza.

Vistos más de cerca, los críos se asemejaban a monos oscuros, acurrucados con sus pequeños abrigos y con sus amplias gorras caladas hasta las orejas. A todos, sin distinción, les sangraban los dedos; a algunos también la cabeza o la frente, debido a las abrasiones causadas por los bastonazos o los correazos. Los más afortunados disponían de una mascarilla de gasa que les cubría la nariz y la boca, mientras que los peor equipados tenían los cuellos de los abrigos alzados y se tapaban con ellos. No hablaban, entre otras cosas porque el ruido que percutía la instalación no lo permitía y porque la afluencia de mineral exigía una concentración absoluta. Cuando los niños tenían los labios destapados se veía que espumeaban la baba negra de quien masca tabaco.

—¡Ahí está! —gritó Jim, entusiasmado.

A primera vista Pantera no supo a quién estaba señalando, necesitó unos segundos para descubrir que se trataba de un bulto humano tan diminuto como los demás, con los dedos hundidos en el carbón, aunque tenía la ropa y la apariencia de un varón.

—¡Ven conmigo, te la presentaré!

Jim agarró a Pantera por la manga y lo llevó con él. Uno de los capataces les dijo algo, pero sus palabras no se escucharon; no parecía que estuviera contrariado por su visita, sino más bien divertido. Cuando llegaron a la altura de la pequeña criatura Jim le tocó el hombro con delicadeza.

—¡Hola, Kate! ¡¿Cómo estás?!

Ella levantó el rostro solo por un instante, el tiempo justo para que

Pantera pudiera reconocer los ojos verdes y las mejillas pecosas, ahora embadurnadas de carbón, de Kate Boyle. Sintió una perturbación de una intensidad que no experimentaba desde tiempos inmemoriales. La chica no se parecía en absoluto a la prostituta, infantil pero también traviesa, que había conocido. Tenía la nariz hundida en el cuello de una blusa de hombre que le quedaba demasiado grande (aunque quizás era un recurso para esconder sus pechos), y con una expresión vacía y pálida rebuscaba entre la antracita circulante con el frenesí de un animalillo que cava su madriguera.

Daba la sensación de que Jim no esperaba respuesta a su pregunta. Cuando Kate bajó de nuevo la cabeza le habló por la espalda.

—¡Te he traído un regalo, espera!

Se vio obligado a gritar, a pesar de lo cual su voz tenía una inflexión tierna. Rebuscó laboriosamente bajo su ropa hasta sacar algo. Pantera apenas podía creer lo que estaba viendo: era una pequeña margarita de campo, toda aplastada pero aún con algún pétalo adherido a la corola. El mexicano no había visto margaritas por los alrededores, pensó que Jim debía de haberla cogido antes de entrar en la mina, o tal vez el día anterior, dado que al amanecer las flores todavía no se habían abierto. No estaba seca, pero poco le faltaba.

—Toma, es para ti.

Mientras el muchacho le ofrecía la florecilla se desprendieron y cayeron sus últimos pétalos. Era ya un simple tallo que posó junto a los dedos ensangrentados de Kate. A pesar de todo, ella lo cogió y lo escondió en su pecho con un gesto rapidísimo y furtivo. A continuación, alzó otra vez la mirada, de nuevo solamente durante unos segundos. Sus pestañas estaban húmedas.

Jim se alejó cuando vio que varios capataces se estaban acercando. Sonreían, pero únicamente uno de ellos lo hacía de manera vagamente libidinosa. Los demás niños continuaban con su trabajo, encorvados. Uno de los viejos le hizo una señal asintiendo con su canosa cabeza antes de sufrir un ataque de tos catarrosa.

—Ni siquiera te ha visto —le dijo Jim a Pantera con voz rasgada—. No importa, vámonos.

Pantera deseaba realmente, quién sabe por qué, que Kate no lo hubiera visto. Se dejó conducir por Jim hasta un capataz, más joven que los otros y que se mantenía alejado de la escena. Era completamente calvo y en su rostro no había más pelo que el de su bigote caído, arqueado en las puntas. Sus ojos verdosos, sin cejas, tenían una extraña forma.

—Este es el mexicano que quería ver, señor —le comunicó Jim—. Es un buen obrero —añadió con ponderación.

—Bien. Ahora quítate de en medio, mocoso. Vete fuera a jugar —le

dijo el capataz, que agarró la mano de Pantera y la zarandeó a modo de saludo—. Me llamo Paul Cummings. Es mejor que salgamos al aire libre también nosotros dos, amigo. Aquí hay demasiado jaleo.

Jim vaciló durante un instante, luego se marchó con la cabeza gacha por una salida que tenía la puerta rota. Esa misma dirección fue la que tomó Cummings, seguido por Pantera. Se aseguró de que el caballista ya estaba lejos y caminó hasta una vagoneta oxidada, apartada de los raíles y hundida entre la escasa hierba que crecía sobre un mantillo negro y brillante. Movió los codos hacia atrás de los omoplatos y los apoyó en el borde del vehículo.

—Yo también trabajo para el capitán Linden —aseguró Cummings —. Es decir, para la Pinkerton, para la Policía del Carbón y el Acero y para los vigilantes de Tamaqua.

—Me alegro —murmuró Pantera haciéndose el distraído mientras observaba a varios obreros de superficie que se encontraban más abajo, a las órdenes de un maestro carpintero, clavando clavos en una torre de madera en construcción. Lo cierto es que estaba muy atento y escudriñaba de reojo las facciones y la indumentaria del capataz. El aire en ese momento parecía más o menos límpido y él lo inhalaba a pleno pulmón.

—Seré tu contacto mientras sigas aquí —continuó Cummings—. Pero dentro de poco ya estarás lejos.

—¿Cómo de lejos?

—Bastante, muy al oeste. Es hora de que te encargues de la banda de los hermanos James y de Cole Younger. Los hemos empujado a volver a entrar en acción. Ya sabes que el señor Pinkerton cuenta contigo para este trabajo.

—¿Empujado cómo?

—Tal vez lo hayas leído en los periódicos… En enero el capitán Linden atacó con bombas incendiarias la granja de los James, en Misuri. Le costó la vida a un niño de la familia, y la madre de Jesse y de Frank perdió una pierna. El artefacto lo lanzó Linden en persona.

Pantera no leía periódicos, y de los dos James solo guardaba el borroso recuerdo de que eran dos bravucones que acompañaban al feroz Bill el Sanguinario Anderson. Esa época y ese mundo se le antojaban ya muy lejanos.

En vista de que el mexicano no hacía preguntas, Cummings siguió hablando.

—En abril los James liquidaron a Daniel Askew, uno de los nuestros, y el parlamento de Misuri tuvo que rechazar la petición de amnistía para la banda James-Younger que estaba a punto de votar. Eso era lo que queríamos. Fue entonces cuando el señor Pinkerton trasladó a Linden a Pensilvania y, de acuerdo con Franklin Gowen, lo puso al frente de la Policía del Carbón y el Acero. Para alejarlo de la

investigación del crimen, pero también por otra razón que supongo que ya te imaginas.

—No imagino nada.

A Pantera le estaba costando seguir el hilo de la historia. Su mirada vagaba por el lavadero, las locomotoras en marcha bajo la colina, las distantes barcazas que surcaban los ríos y canales en torno a Tamaqua… Ese era su mundo en ese preciso momento.

Cummings pareció intuirlo, pero no se impacientó.

—El ataque a la granja de los James fue un ensayo general de lo que les haremos a los mollies. Hay que combatir a los forajidos con métodos de forajidos, esa es la idea de la Agencia Pinkerton. Los criminales, los sindicalistas, los socialistas y demás basura siempre han sido tratados con guante de seda, ya es hora de que empiecen a sentir miedo.

Pantera comenzó a mostrar interés, aunque la idea de tener que marcharse no le entusiasmaba. La misión para la que le pagaban debía llevarla a cabo allí, en los campos mineros.

—Si debo ir al Oeste tendré que estar fuera al menos un mes. Es demasiado.

—No solo no es demasiado, sino que es necesario —replicó Cummings sonriendo—. La viuda de Yost recuerda haber visto entre los asesinos de su marido a una especie de mexicano de piel oscura. ¿Cuántos crees que hay así en Tamaqua? Es mejor darle tiempo para que te olvide.

—Entiendo. Pero yo de Misuri y de los estados de alrededor solo conozco algún que otro condado.

—Eso tiene remedio —afirmó Cummings entrecerrando los ojos—. Llevarás contigo a dos de la agencia. Chicos serios, están en Pensilvania para espiar a los mollies, nadie los conoce.

Pantera alzó una ceja.

—¿Uno de ellos es Kerrigan, por casualidad?

—No, no se trata de Barrilete. Es gente de más arriba, de mucho más arriba. No hay ni un solo molly que sospeche de ellos.

Pantera asumió finalmente que su marcha era inevitable. Echó un vistazo a la desolación que rodeaba y que corroía el valle entero. Imaginó falanges de ratas disputándose unos pocos palmos bajo la superficie para ganar la visión de un cielo que causaba tristeza. ¿Era posible que estuviera empezando a encariñarse de aquel paisaje lívido?

—Debo ver a algunas personas en la ciudad. ¿Tengo tiempo?

Cummings separó los hombros de la vagoneta y abrió los brazos.

—Todo el que quieras. Esta noche recibirás instrucciones detalladas, y también un buen anticipo. Solo debes tener presente que has de ser cauto, si sigues en Tamaqua tus horas están contadas.

—Ha sido así desde el principio.

—Ahora es peor. Vete a ver a tu hermosura, quienquiera que sea —le dijo Cummings guiñándole el ojo—, y después coge el primer tren. No te preocupes por la mina, está hecha para las ratas y para los esclavos. Tú eras solo un invitado.

Pantera tenía curiosidad por saber en cuál de esas dos categorías situaría Cummings a Kate Boyle. Descartó la pregunta, a todas luces estéril, y dejó que una sonrisa curvara su labio inferior. Molly habría sido la primera en echarse a reír al escuchar que alguien la definía como «hermosura».

Pantera encajó un cigarro entre los dientes y lo encendió antes de dirigir sus pasos hacia la ciudad. Ni siquiera bajó al pozo minero para recuperar su guardapolvo, se compraría otro.

12

LOS SLAVS

—T engo que alejarme de aquí por un tiempo —le comunicó Pantera a Molly mientras caminaban en paralelo al curso fangoso del Panther Creek—. Los hombres de Pinkerton me envían al Oeste, a seguir el rastro de la banda James-Younger. No sé cuánto estaré fuera; calculo que tres semanas, un mes como mucho.

Molly, perpleja, se detuvo a la sombra de un plátano. Esa era la única zona de Tamaqua en la que los árboles crecían con cierta lozanía. Allí uno podía llegar a olvidar las colinas de escoria gris, que incluso se cernían sobre las frondas de las plantas y ennegrecían las aguas del riachuelo.

—¡Soy yo la que te paga! ¡Es aquí donde tienes que llevar a cabo tu misión!

Pantera fijó la mirada en las facciones deslucidas y en los ojos saltones de la mujer.

—Al parecer, por alguna razón que aún no conozco, el caso de los hermanos James está relacionado con lo que pasa en el condado de Schuylkill. De todos modos los irlandeses sois los que me habéis metido en este enredo, no hay ni un solo minuto en el que no esté arriesgando la vida y hasta ahora únicamente la intervención de los orisha ha hecho posible que se fueran encadenando los equívocos a mi favor. Si me niego a ir se descubrirá toda la mascarada.

Pantera había hablado con una crispación contenida, y eso asustó a Molly, que se alteraba fácilmente en cuanto el tono de voz del mexicano se agriaba lo más mínimo. Replicó en voz baja, tratando de calmarlo.

—No pretendía darte órdenes, pero tú me prometiste que encontrarías al espía y que lo eliminarías. Y ahora me dices que te marchas y que no sabes cuándo volverás.

—No hubiera accedido a ello si el viaje no estuviera relacionado con mi misión. La Pinkerton me pondrá como escolta a dos peces gordos que tiene infiltrados entre los hibernios. Además me han dicho que en Tamaqua ya se sospecha de mí por el asunto de Yost. Deberíais haber sido vosotros los primeros en informarme, ¿no te parece?

—No hay nada que temer. Los Molly Maguires te protegen y los ingleses te consideran uno de los suyos.

Pantera suspiró y retomó el paso.

—Los «ingleses»… La realidad es más compleja que eso, los bandos involucrados no son solo dos. Ya sabía que tú eras tonta, pero ahora estoy empezando a temer que todos vosotros lo seáis.

Molly siguió caminando a su vera sin decir ni mu. El mexicano se dio cuenta de que la había herido con esa pulla, pero no sabía qué hacer con ella; era él el que se estaba jugando el pellejo. Se giró y la vio con los ojos humedecidos y cogiendo una flor amarillenta. Eso le recordó la escena del día anterior en el lavadero.

—Mujer, olvídate de los hierbajos y escúchame bien. En la mina trabaja una muchacha que se hace pasar por hombre. Tiene una barraca en Tamaqua, en un patio de la calle Lincoln, y es posible que tenga familia en alguna parte. Quiero que te ocupes de ella.

—¿A qué te refieres? —preguntó Molly, que manifestó interés a pesar de que aún se sentía humillada.

—Tu cuñado tiene recursos, puede darle alojamiento o tal vez trabajo. Yo me hago cargo de todos los gastos, si es necesario descontadlos de mis honorarios. Se llama Kate Boyle.

Esta vez centelleó en la mirada de Molly un sentimiento muy inusual en ella: celos.

—Apuesto a que te la has llevado a la cama, lo haces con todas las putillas con las que te encuentras. Y ahora se supone que debo tenerla en mi casa.

Lo lógico era que Pantera respondiera recordándole a la mujer su antiguo oficio, pero no cedió a la tentación de hacerlo. Hubiera sido mezquino y, más allá de eso, él no tenía que rendir cuentas de sus acciones ante nadie.

—No estoy hablando de tu casa, ¿desde cuándo tienes una? Estoy hablando del salón.

—No sé si mi cuñado estará de acuerdo.

—Tú dile solo que es mejor que lo esté.

Molly se rindió, no con palabras sino con una mirada vacua. Dejó caer la flor y siguió paseando. Observó en la otra orilla, tras una cortina de sauces llorones, el humo de una locomotora que se dirigía a la estación. No se oía su resoplido, dispersado por la brisa. Un detalle la devolvió a la realidad.

—¿Cuándo te vas? —preguntó la mujer.

—En unas horas, es un viaje muy largo. Me llevaré solo el Nganga y mi revólver. Creo que es todo lo que necesito.

Sonó en ese momento una explosión muy violenta. Procedía de las colinas, pero no era fácil precisar el lugar. Además el humo que la locomotora había dejado a su paso formaba algo parecido a un banco de niebla que no ocultaba las cimas pero las empañaba.

—Deben de haber descubierto un nuevo filón de antracita —

comentó Pantera.

Molly, que nunca sonreía, esta vez lo hizo.

—No, son los nuestros. Esta mañana le tocaba al depósito de dinamita. Los mineros tienen que comprársela a la compañía, pero hacen que sus peones asuman ese gasto.

Pantera levantó las cejas.

—Empiezo a creer que vuestro objetivo es el autoempleo y que todos queréis tener asalariados. Creo que ese es también el propósito de Gowen.

—No he entendido ni una palabra.

—Olvídalo. Además no es asunto mío, sino vuestro —dijo Pantera antes de cambiar de dirección para despedirse de Molly—. Hablaremos lo antes posible. Cuando llegue a mi destino te mandaré un telegrama. Tú acuérdate de Kate Boyle.

La mujer arrugó la frente.

—¿Kate qué? —Se notaba que mentía.

Pantera se adentró en el platanar en dirección al puente que delimitaba la calle Central. Cuando comenzó a trabajar en la mina (pocos días atrás, aunque parecía que había pasado toda una vida) encontró alojamiento en un suburbio, muy alejado del centro de Tamaqua, situado en una plataforma natural baja, yerma y arenosa que en el pasado había albergado algo así como una mina a cielo abierto; uno de esos raros campos en los que la antracita afloraba naturalmente del subsuelo como por arte de magia, evacuada por la tierra en virtud de algún proceso espontáneo.

Las compañías se apresuraban a peinar ese tipo de campos en cuanto tenían noticia del fenómeno, y la Policía del Carbón y el Acero apaleaba o detenía a cualquiera que tocara la antracita. Ninguna ley lo amparaba, pero ese mineral que afloraba era considerado propiedad de la mina más cercana. Una vez que cesaba la explotación, que nunca duraba demasiado, quedaba una superficie plana y roturada como si le hubieran pasado un peine, a menudo rezumando agua, ideal para cultivar algunas hortalizas o para construir casas de madera asentando las bases en el terreno sin necesidad de cimientos.

En esos patches no vivían irlandeses, ingleses, galeses o alemanes, sino únicamente inmigrantes recién llegados y de los estratos más débiles: eslavos, fundamentalmente, o gente proveniente de Europa central que aún hablaba mal el idioma. Allí estaban también los escasos negros, algunos italianos e incluso varios chinos que huían de la violencia y de las continuas vejaciones que sufrían en la ciudad. Al lado se hallaba el Widow's Row, la aldea que acogía a otra clase de parias: las mujeres cuyos maridos habían muerto en accidente laboral o estaban condenados a la inmovilidad debido a una mutilación. Entre esas dos comunidades, la de los eslavos y la de las mujeres, en su

mayor parte irlandesas, no había comunicación alguna. La miseria, común a ambas, las había convertido en vecinas.

En cuanto entró en el patch Pantera se topó con Mila, una chicarrona serbia que era hija de su casero. Junto con otras mujeres, todas ellas con la cabeza cubierta por un pañuelo, estaba cogiendo agua en la única fuente del poblado. Ella lo saludó con cordialidad.

—¡Buenos días! ¿Tú no trabajar hoy? ¿Por qué?

—Me han despedido —improvisó Pantera—. Me han puesto en la lista negra por subversivo.

El semblante ancho y pálido de la joven se entristeció al instante.

—¡Qué mal! Yo llorar, tú ser como mi padre, pobrecito.

Otras mujeres que entendían unas pocas palabras en inglés posaron los cubos y se llevaron las manos a la cara con gesto pesaroso. Pantera, al que no le hacía gracia que se compadecieran de él, se sintió un poco molesto.

—No te preocupes, Mila, encontraré trabajo en alguna parte. ¿Tu padre está en casa?

—Sí, él coser vestidos con mi madre. Ellos dar de comer a ti, yo después llevar agua.

Pantera se adentró en el suburbio de los slavs, al que solo superaba en pobreza el Widow's Row. Las barracas de madera precarias, tambaleantes incluso, se diseminaban al azar entre montones de tierra removida y corrientes de aguas residuales. Los huertos eran muy pequeños y casi todos con cultivos de coles y calabazas, además de unas pocas patatas y cebollas de tallos de un verde desvaído. De col hervida era también el olor que gravitaba por todas partes, enturbiado a veces por tufaradas amargas en las que predominaba el ajo.

Faltaban los hombres y los niños, todos ellos estaban trabajando en la mina por un puñado de centavos al día. Había, por contra, numerosas mujeres, que se dejaban ver tras la ropa tendida sobre vallas desvencijadas. Un par de viejos salían en ese instante de las letrinas, garitas con traviesas en forma de paralelepípedo alineadas lejos de las viviendas, sobre un canal de meadas, estiércol y lodo que fluía lentamente hacia el centro de la aldea. Ratas grandes y peludas asomaban sus pequeñas cabezas casi por todas partes, sin dejarse intimidar por el sol o por la gente.

Milorad Uradich estaba sentado en un taburete delante de su cabaña, cosiendo piezas de tela ya confeccionadas que Milica, su mujer, sentada sobre la hierba frente a él, estaba cortando con la ayuda de los dibujos de una hoja amarillenta. Ambos, al ver llegar a Pantera, parecían contentos pero al mismo tiempo preocupados.

—¡Me alegro de verle, amigo! —exclamó Milorad sin dejar de coser. Hablaba un buen inglés, aunque llevaba apenas cuatro años en Estados Unidos lo había aprendido mejor que cualquier otro eslavo de

la zona—. ¿Pero qué hace aquí a estas horas? ¡No me diga que ha habido otro accidente!

—No, no, es solo que en la mina ya no me quieren.

—Motivos políticos, me imagino —comentó Milorad con tono amargo. Tenía un rostro sonrosado, consumido a causa de las privaciones. Sin embargo, se veía que tanto su cara como su cuerpo demacrados solo estaban esperando el momento propicio para recuperar la obesidad a la que estaban llamados por naturaleza—. Nadie puede entenderle mejor que yo. En casa, en la olla, queda algo de sopa. Mientras come pensaré en algún nuevo trabajo para usted. Viktor, el sillero, estaba buscando un ayudante hace unos días. Quería un chico, pero tal vez le valga usted.

Pantera negó con la cabeza.

—Se lo agradezco, pero he decidido marcharme. He venido a recoger mis cosas y luego me iré a la estación.

Milorad asumió una expresión de desolación, de desesperación incluso. Le murmuró algo a su esposa en su idioma y también ella manifestó un dolor que parecía insoportable, y quizás lo era realmente. Dejó caer las tijeras, se levantó y extendió hacia el mexicano sus manos unidas.

Pantera sintió cierto embarazo. Llevaba días conviviendo con aquellos slavs que para él eran insondables y se había acostumbrado a sus reacciones desmedidas. No imaginaba, sin embargo, que albergaran tal sentimiento de amistad hacia él.

—Debo irme. Milorad, venga a casa conmigo, quiero arreglar cuentas con usted.

El hombre abrió los brazos como gesto de claudicación. Se puso en pie y acompañó a Pantera hasta la casa, si se podía llamar así a aquel tugurio de dos pisos con las tablas ya carcomidas. Tenía cuatro estancias, dos en cada planta. Abajo estaban la cocina y el dormitorio que acogía a toda la familia Uradich, seis personas en total, sin distinción de sexo ni de edad. El mobiliario, paupérrimo, se reducía al mínimo, entre otras razones para dejar algo más de sitio a tanta gente. En el piso superior, donde se alojaba Pantera, el espacio era todavía más escaso. De hecho, allí pernoctaban más de una veintena de inquilinos polacos, checos, húngaros, rusos, rumanos… No había camas, sino solo unas grandes traviesas dispuestas en forma de castillo entre las que debían meterse los huéspedes como si se tratara de una grieta. Pantera tenía el privilegio de disponer de una hamaca de tela. Todos la rehusaban porque era fácil caerse de ella; a él, en cambio, le venía bien, pues así evitaba el contacto físico con los otros cuerpos, aunque no su hedor.

Mientras subía por una escalera de peldaños hundidos por el uso excesivo, Milorad le dijo:

—A mí me echaron de la mina al cabo de un mes. Era inexperto y no me callaba. Le contaba a todo el mundo que yo estuve en París con el general Dombrowski hacía cuatro años, y que nos pasamos un mes comiendo ratas y haciendo la revolución con la bandera roja. Eso no les gustaba a los capataces. Después me hice sastre.

—París… —dijo Pantera. Había escuchado en numerosas ocasiones el nombre de esa ciudad, pero no tenía ni idea de dónde se encontraba. Al otro lado del océano, en todo caso—. ¿Allí las cosas eran mejores que aquí?

—Algo mejores sí, aunque yo no entendía nada. Luché al lado de Dombrowski, pero no sabía el motivo. La Commune, vive la Commune! Después vine a Estados Unidos, no me quisieron en las minas y acabé trabajando como sastre. Ahora estoy mejor aquí, pero estaba mejor allí antes.

Pantera no quiso profundizar en el significado de esa frase. Buscó su bolsa, la encontró intacta a los pies de la hamaca. La noche anterior les había contado a sus compañeros de habitación lo que contenía. No entendieron ni una palabra, pero desde ese momento nadie se atrevió a tocarla. Por otro lado, era raro que los slavs se robaran entre ellos; ni siquiera los domingos, cuando se emborrachaban con la cerveza barata que elaboraban los alemanes de la zona en antiguos establos transformados en salones de baile y cantinas.

Pantera palpó la bolsa para sentir que el Nganga estaba en perfecto estado y de buen humor. Una leve vibración le hizo saber que sí.

—¿Eres religioso, Milorad?

—Soy católico, muchos de mis compatriotas son cristianos ortodoxos. Sí, muy religioso. Era ateo en París, aquí soy católico. Aquí Dios hace mucha falta.

—¿Católico? Entonces deberías llevarte bien con los irlandeses.

Milorad articuló una mueca de disgusto.

—No entiendo la religión de los irlandeses. Van todos a misa, sí, pero luego tienen sus propias fiestas y sus propios ritos nocturnos. Yo pienso que son paganos.

—¿Paganos? ¿A qué te refieres?

—Tienen otra religión —contestó Milorad alzando los hombros—. No sé cuál, pero no es la mía. Los slavs no quemamos gallinas y conejos, nosotros no ponemos muérdago sobre los crucifijos. Los irlandeses sí.

Al salir de la casa Pantera se despidió de la mujer y aceptó la mano que Milorad le tendió. Miró sus ojos de un azul oscuro.

—Eres un buen sastre, saldrás de la pobreza. Quizás llegues a ser rico algún día.

Milorad escupió en el suelo, pero no fue por descortesía ni por desprecio. Solo quería acentuar lo que estaba a punto de decir.

—Los slavs no queremos riqueza, eso es cosa de los ingleses y de los irlandeses. A nosotros nos basta con ir tirando con di… con dig… ¿cómo se dice?

—¿Con dignidad?

—¡Exacto! ¡Eso es! Vuelve pronto, amigo mexicano. Antes de que todo aquí se vuelva negro. Lo negro es bueno para las ratas, para los hombres no.

Esa última frase seguía revoloteando en la mente de Pantera cuando abandonó el patch de los eslavos para dirigirse a la estación ferroviaria. Alargó deliberadamente el recorrido para atravesar la aldea de las mujeres, ni siquiera él supo por qué. Quizás el motivo era, aparte de que disponía de tiempo, que había explorado todos los demás rincones de Tamaqua pero nunca había pasado por allí.

Siguió, por tanto, el foso de aguas residuales que surcaba el sendero. Las casas de alrededor revelaban una miseria aún mayor que la de los slavs. Predominaban las chozas del tamaño de una perrera y casitas de dos plantas inclinadas hacia el centro de la calle. Las puertas a menudo eran simples cortinas y pocas ventanas conservaban los cristales. Sin embargo, había macetas con flores en casi todos los alféizares y la pulcritud de muchas viviendas contrastaba con la suciedad de la calle.

No había rastro de las mujeres. Muchas de ellas, las más viejas, debían de estar mendigando en la ciudad o a la entrada de la mina. A otras se las veía sobre las colinas de escoria, tratando de encontrar algún trozo de mineral que sirviera para calentar el hogar. Tenían las espaldas y las cabezas teñidas de negro, y sus brazos se movían velozmente ante el temor de que irrumpiera la Policía del Carbón y el Acero para poner fin a esa extracción ilegal a porrazos. En cambio, había niños, muchos y ruidosos, jugando entre el barro. Se veían también algunos viejos, con mirada atontada y la boca abierta, abandonados en una silla ante el umbral de su casa.

—¡Eh, hermano! —clamó una voz masculina, ronca y mal impostada.

Pantera se giró y reconoció de inmediato al hombre macizo, alto y erguido que se hallaba en la puerta de una barraca baja y ancha con una galería elevada que ya había perdido la mayor parte de los soportes. Era Learco, el exterminador de ratas negro, el lucumi. Le estaba sonriendo y Pantera lo saludó con un gesto que podría interpretarse como amable.

—No tengo tiempo para pararme. ¿Qué haces por aquí? Pensaba que tú vivías en Shenandoah.

—Ahora trabajo para el señor Gowen y él tiene intereses en esta ciudad. En el tiempo libre me encargo de la limpieza de un salón y reemplazo a los médicos blancos cuando su medicina es inútil —

aseguró el negro, que seguidamente indicó con el pulgar la pared de madera que había a su espalda—. Aquí dentro hay una mujer irlandesa que se está transformando en carbón. Intento ayudarla, pero no es fácil, no es nada fácil.

—No entiendo. ¿Qué enfermedad tiene?

—No lo sé exactamente, hermano. Son muchos los que la tienen aquí, en el patch. Les salen llagas y alrededor de ellas se forman pedacitos de carbón que parece que salen de la piel. Es porque todos tienen demasiada antracita dentro y acaba saliendo.

Pantera se debatía entre la curiosidad y la prisa. Le vino a la mente el alemán que se disponía a quemar a su propio caballo en una fosa.

—¿No será carbunco? —preguntó el mexicano.

—¿Carbunco? ¿Pero eso no es una enfermedad de las bestias? El caso es que no sé dónde puedo encontrar las hierbas adecuadas —comentó el negro separando sus gruesos labios para dejar al descubierto una dentadura regular y blanca—. Estoy sintiendo la presencia del Nganga que llevas contigo, hermano. Debe de ser muy poderoso, tal vez podría ayudarnos.

Pantera hizo un gesto de negación.

—Tengo prisa, ya te lo he dicho. No querrás hacerme creer que un lucumi no encuentra un remedio… Invoca a alguno de tus espíritus y encomiéndate a él.

—Eso no sirve, por desgracia. ¿No ves que el gris se extiende por todas partes? Tiene carbón en la barriga y lo transmite a las ratas y a los hombres. —El negro había dejado de sonreír, pero su mirada seguía siendo amistosa—. Adiós, mexicano. Tarde o temprano nos volveremos a ver, que tu Nganga te proteja.

—Ya lo hace.

Pantera se disponía a retomar la marcha cuando el hombre añadió:

—El más joven de los dos hermanos es el más loco, pero el otro es el más astuto y peligroso. Ambos son demonios, aunque no son de los peores. Todo el mal está en otra parte.

El mexicano, impresionado, le lanzó una mirada de admiración.

—Gracias, eres un buen lucumi. Sí, nos encontraremos de nuevo. Necesitaré Palo Diablo, ¿tienes?

—Poco, media bolsita.

—Cuando llegue el momento iré a pedírtelo, hermano.

Pantera caminó hasta la estación, que estaba muy animada cuando llegó. Aparte de los trenes que transportaban la antracita y resoplaban mientras maniobraban, una pequeña muchedumbre estaba aguardando la llegada de un convoy de pasajeros. Eran mujeres vestidas con decoro, y en algún caso con elegancia, y hombres de aire burgués, con sombreros flexibles, bombines o, en una minoría de casos, chisteras. Las gorras de los obreros, los sombreros de ala

redonda de los slavs y los cascos de algunos chinos estaban reunidos al final del andén, donde debían detenerse los últimos vagones. Pantera ya sabía que desplazarse de una localidad a otra en los condados del carbón era una práctica cotidiana para los pobres en busca de unas pocas jornadas de trabajo precario.

Vio al capitán Linden, que por su estatura descollaba entre los civiles. Estaba flanqueado por dos individuos achaparrados, muy semejantes entre sí. Parecían empleados y vestían chalecos, camisas y pajaritas bajo sus abrigos abiertos, de buen paño. A pantera le recordaban a alguien, pero no sabía a quién.

Los ojos grises de Linden se iluminaron al ver al mexicano. Fue a su encuentro con la mano extendida.

—Llegas justo a tiempo, el tren está al caer. Te presentó a Eddie y Charlie, tus compañeros de viaje. Son hermanos y trabajan para la Pinkerton, pero su apellido no puede ser revelado.

Pantera examinó sin el menor entusiasmo a los dos personajes rechonchos, fríos por igual, antes de lanzarle a Linden una mirada interrogativa. El capitán sonrió, le entregó un sobre y le dijo en voz baja:

—Aquí está la mitad de tu recompensa, la otra mitad la recibirás a tu regreso. Apuesto a que nunca has tenido tanto dinero.

Pantera, que había posado en el suelo su bolsa, cogió el sobre y lo guardó en el bolsillo.

—Aparte del dinero tiene que contarme algo, ya se imagina a qué me refiero.

—Claro. —Linden miró alrededor para confirmar que nadie entre la multitud pudiera escucharlo—. Quieres saber qué tiene que ver la banda James-Younger con tu misión aquí.

—Más o menos.

—La respuesta la tienes ante tus ojos: el ferrocarril. Los últimos rebeldes sudistas están atacando los convoyes, lo mismo que hacen los mollies en este condado. La Reading tiene participaciones en las sociedades que están en el punto de mira de los James. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, pero eso no me basta.

—Eres una persona inteligente —se veía que la admiración de Linden era sincera—. La Unión está completando su victoria por medio del ferrocarril: allana los campos, destruye las pequeñas propiedades agrícolas poco productivas, lleva el carbón de una industria a otra a lo largo del país… Pobres de nosotros si consintiéramos esa resistencia armada. Sería… Ah, ahí viene el tren. Me despido, amigo mío.

La locomotora, que llevaba pintado el número 869, entró en la estación envuelta en humo. Pantera subió a uno de los primeros

vagones acompañado por los dos hermanos barrigudos, con la bolsa pegada al costado para protegerla de posibles golpes. Confiaba en poder interrogar con calma a sus compañeros de viaje, pero había demasiados pasajeros. Estaba colocando su bolsa en el portaequipajes cuando un burgués larguirucho casi lo arrolla para meter a la fuerza una maleta de grandes dimensiones. Gritó incluso el Nganga, que emitió un sonido metálico.

Bastó eso para poner nervioso a Pantera. Fue peor aún cuando se encontró al desconocido sentado a su lado. Al principio el hombre mantuvo la compostura y el silencio, pero tan pronto como el tren arrancó y abandonó la estación dio rienda suelta a una locuacidad incontenible.

—¡Vaya, ya estamos en marcha y aún no me he presentado! Soy Mike Leslie, del Diario Ilustrado de Frank Leslie… No, no soy un periodista propiamente dicho. El auténtico es mi hermano, yo solo le echo una mano: ordeno los dibujos, corrijo los artículos… Estamos informando sobre los actos violentos cometidos por la ABT durante la huelga… Sí, ya sé que dicen que la ABT es un sindicato pacífico, pero ¡no son más que mentiras! Deberían haber visto ustedes cómo recibían en los pozos mineros a los que querían trabajar a pesar del veto impuesto por los agitadores. ¡A pedradas los recibían! Después de todo, ya se sabe que los irlandeses tienen una propensión innata a la… Pero, digo yo, ¿ustedes no serán irlandeses? En tal caso les pido disculpas. No me refiero a usted, mi moreno amigo, sino a estos dos caballeros que tengo enfrente… Oiga, ¿qué está haciendo?

Pantera se había levantado y se disponía a bajar la maleta de Leslie. Vaciló unos instantes debido a lo mucho que pesaba.

—Llevo esto al final del tren, aquí ocupa demasiado sitio.

Se echó a la espalda el equipaje y se dirigió al extremo del vagón, suscitando entre los presentes una vaga curiosidad. Vio de reojo que Leslie se levantaba, lentamente y con retraso, aturdido por el estupor.

—¡Oiga!

En el siguiente vagón Pantera esquivó al revisor, que cortésmente se pegó al respaldo de un asiento para dejarle paso. Resonaron más «¡Oiga! ¡Oiga!», pero ya a distancia. Los otros tres vagones eran los de los obreros y los inmigrantes, iban llenos hasta los topes y con algunas gallinas cacareando en los portaequipajes. Un eslavo tocaba el acordeón mientras un grupo de mujeres rechonchas con las cabezas cubiertas con pañuelos cantaban en voz baja. A Pantera le resultó algo más difícil pasar por allí, pero finalmente llegó a la plataforma, en la que solo había un hombre con mono azul mahón, probablemente un guardafrenos irlandés, con una pipa entre los dientes.

El panorama comenzaba a poblarse de árboles y el sol empezaba a brillar con ganas. El mexicano se apresuró a lanzar la maleta a la vía.

Leslie apareció con el rostro enrojecido al cabo de un instante.

—Digo yo, ¿se ha vuelto loco? ¿Dónde está mi…

Pantera lo agarró por el hombro izquierdo y lo empujó contra la barandilla, seguidamente lo arrojó del tren. Leslie cayó lanzando un grito, pero el mexicano no se molestó en mirar para ver qué suerte había corrido. Se giró hacia el individuo con mono, que sacó la pipa de la boca y preguntó:

—¿Se lo merecía?

—No lo sé, era un periodista del Diario Ilustrado de Frank Leslie.

—Entonces se lo merecía. Yo no he visto nada —comentó el irlandés antes de seguir fumando y contemplando el paisaje.

Pantera volvió a su vagón. Cuando se tropezó de nuevo con el revisor lo saludó con amabilidad y le entregó el billete, que el empleado perforó con indiferencia. Se acomodó en su asiento y les dijo a los dos hermanos:

—Se ha bajado.

Charlie esgrimió media sonrisa, Eddie giró la vista hacia la ventanilla.

13

LAS DOS AMÉRICAS

Pantera intercambió con Eddie y Charlie un número limitado de palabras durante los casi dos días que duró el viaje. No tenía interés en charlar, pero le hubiera gustado obtener información adicional. Sin embargo, los dos resultaron ser aún más lacónicos que el mexicano, para el que hablar suponía una dura obligación.

Ni siquiera durante las paradas más largas, en estaciones como las de Filadelfia o Pittsburgh, o en la noche que pasaron en un pequeño hotel de Chicago, le fue posible conocer el apellido de ambos (los datos personales con los que se registraron en el alojamiento eran claramente falsos, al igual que los que dio él), sus intenciones, el destino concreto de ese viaje o el objetivo exacto. Lo trataban como se trata a un asesino a sueldo, porque de hecho lo era: confabulando entre ellos sottovoce y mirándolo con la desconfianza con la que se mira a un subordinado demasiado autónomo. Pantera incluso acabó admirándolos, a pesar de lo cual sus dedos rara vez se alejaban de la culata y del gatillo del Colt Frontier. Lo de la admiración era aplicable sobre todo a Eddie, el mayor de los dos. El otro, sin llegar a ser obtuso, demostraba una inteligencia muy limitada.

Fue Eddie el que le explicó, mientras atravesaban en un tren prácticamente vacío de los Ferrocarriles Chicago, Rock Island y Pacífico una llanura boscosa sin pueblos ni granjas, por qué era tan tortuoso el viaje.

—Aquí, en el Norte, el ferrocarril lo une casi todo, pero pertenece a diferentes compañías que se preocupan únicamente de su trazado y no les importa nada la red viaria general. Llegará el día en el que las compañías más fuertes serán las que manden, y entonces las demás deberán adecuarse a sus líneas y se viajará más rápido.

—¿La compañía más fuerte será la del señor Gowen? —aventuró Pantera.

—No está claro. Ciertamente él tiene más amplitud de miras a escala local y sabe mantener a raya a la competencia, como cuando hace cinco años subió las tarifas del transporte del carbón y puso de rodillas a las pequeñas compañías que dependían de la Reading. Aunque dudo de que su visión abarque todo Estados Unidos se necesita gente como él, que controle el transporte y que lo conecte con

la industria.

—¿Por qué? —preguntó Charlie bostezando.

—Porque el país se construye sobre los raíles, y se enriquece en las minas. Pero tú eso no lo entiendes, echa una cabezada.

Pantera empezaba a intuir qué era lo que vinculaba a Jesse y Frank James, asaltantes de trenes, con los Molly Maguires. Aquello no satisfacía su curiosidad del todo, pero por el momento era suficiente. Bajó el sombrero hasta su nariz y también él dormitó un poco.

Tras el enésimo trasbordo llegaron a Rock Island, que al parecer era su destino. Bajaron de un vagón que durante el trayecto se había llenado de soldados, escandalosos y proclives a hacer chistes fáciles. Pantera descubrió el porqué de esa fastidiosa presencia en cuanto, bolsa en mano, puso un pie en el andén de la estación, bajo una marquesina abrasada por el sol.

Rock Island era muy poca cosa como ciudad: hileras de casas anodinas, un par de campanarios, los edificios de ladrillo rojo, más altos que la media de los tejados, de numerosos hoteles y algún que otro banco. Bien conservado en conjunto, tanto que no había ningún indicio de la miseria que se veía en el condado de Schuylkill, aunque con el aspecto soso que sugería la excesiva uniformidad.

El centro de la vida de Rock Island, saltaba a la vista, no estaba en tierra firme, sino más bien en un amplio islote que ocupaba un meandro del río Misisipi. Desde la estación se veía perfectamente, y hacia allí iban los soldados, que se abrían paso en tropel para embarcar en numerosos transbordadores amarrados a la orilla. Al otro lado de ese tramo del río, en la isla, se aglomeraban tiendas de campaña y barracones, algunos de ellos ocultos tras grandes murallas en construcción. Las banderas de las barras y estrellas ondeaban por casi todas partes. Más numerosos aún eran los cañones, que apuntaban en todas direcciones. Aquello era un emplazamiento militar de un tamaño descomunal.

—Mexicano, ahora trataremos de encontrar sitio en algún transbordador —anunció Eddie—. No será necesario que abras tu bolsa llena de chatarra cuando lleguemos al puesto de guardia. Ni siquiera deberás entregar el revólver, tengo las credenciales necesarias para entrar.

Eso no evitó que el sargento que controlaba el embarque plantease alguna objeción.

—¿Ha dicho coronel Gallagher? No he oído hablar de él. Lo mejor será que lo traten con un oficial, pero antes debo registrarles.

Pantera vio que Eddie se mordía el labio inferior antes de exclamar:

—¡Qué estúpido soy! Gallagher es un nombre en clave, el apellido real es Flagler. Teniente coronel Daniel W. Flagler. Compruébelo.

El sargento, un hombre entrado en carnes y de pelo gris, se quedó ojiplático.

—¿Nada menos que Flagler? ¡Eso lo cambia todo! Esperen, ahora lo miro. —Hojeó con detenimiento las páginas de un registro mientras la fila de soldados murmuraba con impaciencia—. Sí, el teniente coronel Flagler espera hoy a Edward y Charles McParland, y a un tercero desconocido. Son ustedes tres, supongo.

Eddie resopló. Pantera captó en su rostro una mirada de inquietud, dirigida a él, tras escuchar que su apellido había sido revelado.

—Sí, sargento. Ya he presentado las credenciales, las de la Agencia Pinkerton y las del Ejército.

—Ya. Está todo bien, muy bien.

Pocos minutos más tarde los tres se hallaban a bordo de la barcaza, cargada de casacas azules, que se alejaba lentamente de la orilla. A Pantera no le había chocado demasiado la revelación de que Eddie y Charlie eran los hermanos de James McParland. Eso confirmaba una observación latente en su mente que pronto se manifestaría: los dos se parecían a alguien. Ahora ya sabía, con toda probabilidad, quién era el infiltrado que los mollies buscaban y al que él debía eliminar. Casi se compadeció de los Molly Maguires, que se vanagloriaban de su poder y de su secretismo cuando en realidad estaban corroídos desde el interior por una serie de gusanos, y tal vez no eran más que peones en un juego que jugaban otros cínicamente. Pero eso no era un tema de su competencia. Si James McParland era el infiltrado, él lo mataría. El resto era problema de sus clientes.

Charlie señaló los barracones y los almacenes cuando ya estaban a poca distancia de la isla.

—Si has luchado con la Confederación, mexicano, este lugar debería causarte aversión. Fue un campo de internamiento de sudistas y no los trataban precisamente con delicadeza, por lo que sé.

—Los unionistas se indignan solo cuando los maltratados son ellos —intervino Eddie—. Piensan que su causa justa les da derecho a hacer cualquier cosa.

Esa diatriba sorprendió a Pantera.

—¿Pero tú en qué bando combatiste?

—No combatí, yo lucho solo por los irlandeses. Como mucho, contra los irlandeses, si es necesario.

Pantera no consideró oportuno seguir con esa conversación, ni comentar que, por lo que a él se refería, luchaba solo por sí mismo. Además ya estaban arribando; el barquero sudaba maniobrando con el remo para acostar en el muelle la barcaza rasante.

En la orilla había otro guardia, aunque no comprobando la documentación sino observando con atención a los visitantes que vestían de civil. Eddie, con los papeles en la mano, se anticipó a

cualquier posible pregunta.

—Agencia Pinkerton. Nos espera el teniente coronel Flagler.

—Lo encontrarán en el edificio más alto, al final del sendero; el de piedra que tiene la bandera encima.

El militar se tocó con dos dedos la visera de la gorra y trasladó su atención a otro hombre con ropa de paisano.

No les resultó difícil llegar hasta el puesto de mando de Rock Island. La construcción era amplia pero no enorme, y estaba protegida únicamente por dos cañones inefectivos. Desde la portería Pantera y los McParland fueron enviados hacia las estancias repletas de oficiales de uniforme azul, que conversaban entre ellos o se apiñaban alrededor de las mesas de los oficinistas con sus preguntas o solicitudes. Un simple centinela los acompañó hasta el despacho de Flagler y se hizo cargo de la bolsa de Pantera antes de que entraran.

El teniente coronel los recibió casi de inmediato. Se levantó de su asiento con el brazo derecho extendido. Les estrechó la mano a Eddie y a Charlie, pero ignoró a Pantera.

—Gracias por haber llegado a tiempo. Un viaje largo el suyo. ¿Qué tiempo hace en Nueva Inglaterra?

—Venimos de Pensilvania —lo corrigió Eddie.

—Ya, pero están por la misma zona, ¿verdad? Llevo tanto tiempo varado en el Oeste que he perdido la noción exacta del resto de América, incluida mi casa. Tomen asiento, les serviré un bourbon.

Ante el escritorio, de una fastuosidad napoleónica, había cuatro sillas doradas, tapizadas en terciopelo rojo. El resto de la estancia, no demasiado espaciosa, no deparaba sorpresas. Había, naturalmente, un retrato del presidente Grant, colocado sobre la intersección de dos banderas de barras y estrellas. Había, a un lado y en menor tamaño, un cuadro que representaba al general Sheridan, que quizás era el superior directo de Flagler. También estantes, un aparador con puerta de cristal, dos relojes de péndola que discrepaban sobre la hora y una imponente chimenea que tal vez nunca había sido usada. La única ventana, de forma cuadrada, parecía que daba a los barracones circundantes y a un tramo del río, pero el sol la hacía brillar y resultaba imposible un examen cuidadoso del paisaje.

Flagler en persona fue hasta el aparador y puso sobre una bandeja cuatro vasos de cristal y una gran ampolla de vidrio oscurecido que estaba a medias.

—También les puedo ofrecer unos cigarros excelentes, confeccionados especialmente para mí —les informó—. Fumar me gusta más bien poco, pero tengo asma y debo hacerlo por orden de mi médico.

Pantera ya había notado un olor a tabaco, acre pero no rancio. Parecía encajar con la personalidad del oficial que tenía delante, que

era regordete y con tendencia a la obesidad, aunque tenía gestos nerviosos como si, al igual que el cigarro, lo consumiera por dentro un fuego lento. Lo hacía todo deprisa, pero a tirones. También Gowen tenía esa forma de manejarse, pensó el mexicano. A lo mejor era algo característico de los que ocupaban posiciones de poder. Ese debía de ser el caso de Flagler.

Sobre su escritorio había mapas abiertos de Misuri y de Kansas, y otros que estaban tapados por los de esos dos estados, lo cual hacía pensar en labores de estratega. Se notaba que era de naturaleza nerviosa por su modo de hablar, tan atropellado que se comía no pocas sílabas. Además cuando tenía las manos libres no hacía otra cosa que acariciarse las patillas y la barba pasando sus dedos por su delgado rostro. En ocasiones resistía al impulso, pero después reincidía. Solo su mirada, muy oscura e intensa, sugería capacidad de reflexión.

Flagler volvió a su escritorio una vez repartidos los cigarros y el güisqui. Apoyó su dorso y su cabeza en el respaldo del asiento, mucho más alto que él.

—Los hermanos McParland… Emblemáticos en la Agencia Pinkerton —comentó en voz baja mientras tosía y encajaba el puro en la comisura de la boca. Lo encendió con un fósforo—. Me habló de ustedes Linden cuando vino aquí, al arsenal. Por desgracia, las granadas que le proporcioné para atacar a Jesse James y a los otros delincuentes no sirvieron de mucho.

—Yo no sería tan drástico, coronel —objetó Eddie con tono respetuoso pero firme—. Al menos les metimos el miedo en el cuerpo a los bandidos.

Los ojos azules de Flagler perdieron su cordialidad.

—Todo lo contrario, lo que hicieron fue reforzar su mito. Dejar lisiada a su madre y cargarse a un niño no fue una idea brillante. Ahora Jesse James se dedica a enviar a los periódicos cartas con faltas de ortografía en las que se presenta como víctima de la dominación nordista. Y la cosa le funciona.

Eddie McParland estaba visiblemente intimidado, pero a pesar de ello no renunció al derecho de réplica.

—Fue un accidente, coronel. Nosotros apuntábamos al gran objetivo.

—La guerra moderna no admite accidentes. Lo cierto es que Allan Pinkerton ha convertido la lucha contra los James en una cuestión personal, con emboscadas y venganzas. Mal, muy mal. Es un hombre agudo, pero se le escapan las implicaciones políticas de esta situación. El Sur es un polvorín aún mayor que esta isla, pobre del que prenda la mecha. ¿Tengo razón o no, McParland?

Esta vez Eddie guardó silencio. Fue Charlie el que replicó, aunque

con un timbre de voz quedo.

—Nos han enviado aquí para acabar con Jesse James, Frank James, Cole Younger y todos los suyos. Este hombre ha venido para eso —afirmó señalando a Pantera—. Es un conocido cazarrecompensas de Texas.

—¿Matar a Jesse James? ¿Se han vuelto locos? Ni hablar, les acabo de decir que no quiero mitos ni leyendas. Su objetivo es otro. Se llama McDaniel, Bud McDaniel.

El asombro de Eddie fue manifiesto.

—¿McDaniel? ¿Y quién se supone que es?

—Uno de los socios de Cole Younger. Lo capturaron tras un asalto a un tren correo de la Wells Fargo. Estaba detenido en Lawrence, en Arkansas, pero se fugó el mes pasado mientras preparaban su linchamiento. Actualmente está refugiado en la granja de un alemán, seguimos todos sus movimientos.

El asombro de Eddie McParland no se atenuó lo más mínimo.

—¿Y por qué es tan interesante ese Bud McDaniel?

—Porque es hermano de Tom McDaniel. —Bajo el bigote claro y fino de Flagler asomó una sonrisa que se apagó rápidamente. Se puso en pie—. Espero que puedan seguirme en lo que voy a contarles… El fin de la guerra de Secesión no fue suficiente para construir los Estados Unidos de América. Sigue habiendo una gran incertidumbre sobre cuál será el futuro del país. Hay al menos dos batallas en curso para determinarlo, dos batallas estratégicas destinadas a decidir el liderazgo que en las décadas siguientes, o incluso durante todo un siglo, nos guiará. ¿Me entienden ustedes?

Los McParland asintieron automáticamente. Pantera, en cambio, se preguntaba por qué el oficial planteaba un discurso de tanto alcance para unos invitados tan mediocres. En lo concerniente a él, era fácil entenderlo; se trataba de un mexicano, tenía la piel aceitunada, y por tanto hablar ante él era como hablar ante un mono. De hecho, Flagler nunca lo miraba. Pero la cosa cambiaba con los McParland, debían de tener un rol destacado para ser merecedores de tanta confianza.

Mientras el oficial guardaba silencio, Eddie se animó a decir:

—¿Cuáles serían esas dos batallas que se están librando, coronel?

El militar señaló los mapas acumulados en la mesa.

—Una se desarrolla en el Este. El ferrocarril es el motor de todo el desarrollo industrial y las minas son el combustible. No creo que vaya a seguir siendo siempre así, pero por ahora esa es la realidad. —Flagler cruzó los brazos—. Donde hay industria se concentran subversivos de toda ralea. Hay que eliminarlos antes de que sea tarde o sufriremos una parálisis como la de Francia, donde cada año estalla una revolución. Aquí tuvimos una revolución y no queremos ninguna más. Supongo que esto lo saben ustedes mejor que yo, en caso

contrario la Pinkerton no tendría sentido.

—De acuerdo —asintió Charlie McParland—. ¿Pero el otro frente cuál sería?

Flagler fue apartando los mapas que había sobre la mesa hasta dar con uno en concreto que representaba la configuración de Estados Unidos tras la guerra de Secesión. Calcó con el dedo índice sobre las regiones del Oeste.

—El otro frente está aquí, pero comprende todo el Sur. En él luchan los criadores de ganado, que controlan latifundios de extensión ilimitada, contra los pequeños propietarios agrícolas. Cada inmigrante que llega a nuestro territorio y que va a parar a esos estados quiere poseer su propio huerto para cultivar dos patatas y cuatro zanahorias. Nadie está incentivando esa expansión, pero la realidad es que si no se expande, América muere.

Fue nuevamente Charlie el que habló.

—Discúlpeme, coronel, no logro entenderlo del todo. ¿Qué tiene que ver el ferrocarril con los ganaderos? ¿Y los subversivos con los inmigrantes, y con Jesse James y con el tal McDaniel?

—Se lo explicaré ahora mismo. —Flagler no se mostraba para nada impacientado, pero se echó más güisqui olvidándose de servir a sus invitados—. Para que el ferrocarril pueda extenderse por todo el país no debe encontrar obstáculos, ni en su trazado ni en cuanto al aprovisionamiento de carbón. Ustedes deberían entender por sí mismos por qué el presidente Grant ha optado por favorecer a los criadores de ganado en detrimento de los pequeños campesinos.

El oficial esperaba una señal de asentimiento, pero los McParland guardaron silencio. Fue Pantera el que tomó la palabra, ni siquiera él supo por qué lo hizo.

—Es más fácil hacer pasar las vías por los latifundios que por un territorio fraccionado en un sinfín de propiedades diminutas.

En el semblante de Flagler se reflejó la sorpresa ante ese razonamiento, seguidamente sonrió con cordialidad.

—¡Muy bien, muchacho! A veces vosotros entendéis las cosas más deprisa que los blancos… Así es, un gran ganadero no protesta si el ferrocarril ha de pasar por su territorio, un labrador sí. Por necesidad, porque los raíles se comen una buena tajada de su pequeño campo.

—Hasta ahí llego, hasta ahí llegamos todos —afirmó Eddie McParland, un poco picado—. ¿Pero qué hay de los James? De acuerdo, asaltan trenes; uno o dos cada año, tres como mucho. Pero de ninguna manera son pequeños campesinos y nunca han luchado por ellos. Al contrario, antes del asalto a la granja Jesse y Frank tenían en Misuri acres y acres de tierra, todos ellos bien cultivados.

Flagler esgrimió una mueca de diversión, pero también de sarcasmo.

—Usted mismo se ha respondido, señor McParland. Con la última frase.

Eddie arrugó la frente y se quedó callado. Pantera, nuevamente, verbalizó el pensamiento del oficial.

—Una gran propiedad, si está bien cultivada, puede obstaculizar al ferrocarril tanto como un pequeño campo. Quien tiene tierra fértil no va a renunciar fácilmente a una parte de su cosecha.

—¡Muy bien! ¡Gran intuición la tuya, muchacho! —le dio su aprobación Flagler—. Así están las cosas, señor McParland. Ese es el problema de buena parte del Sur. Latifundios sí, pero no para pastos, sino para cultivos: algodón, grano y otras mierdas. Eso basta para frenar los trenes y la industrialización de América. —Tragó un sorbo de güisqui antes de seguir—. Mejor dicho, de las dos Américas; la de los cultivadores grandes y pequeños y la industrial, aliada de los criadores de ganado. Sería mala cosa que prevaleciera la primera, que vive enrocada en sí misma. Dicho esto, está naciendo una nueva América, que no sabe qué hacer con las hortalizas y que ya está mirando hacia nuevas tierras más allá de la frontera. Es esta América, y no otra, la que debe vencer.

Eddie no estaba demasiado convencido.

—Esas cosas las sabrá usted, coronel, que se ocupa de estrategia. Yo solamente querría saber qué pinta McDaniel en todo esto.

—Bueno, eso dejaré que lo descubran ustedes por sí mismos. Maten a Bud y lo averiguarán. Y después de eso traten de olvidarlo todo, incluido lo que les he dicho hasta ahora. —Flagler mostró una expresión relajada pero nada jovial, todo lo contrario: transparentaba en ella un mensaje silencioso y tajante—. Les he confiado esta información porque los considero aliados, pero ustedes son igualmente empleados y como tales tienen una misión precisa que desarrollar. Un agente no plantea preguntas a sus superiores, hace lo que se le ordena y se da por satisfecho con las explicaciones que recibe, sin pedir más.

La tácita intimidación fue captada por Charlie y Eddie. Este último sorbió güisqui por primera vez, y tras tragarlo, murmuró:

—Entendido. ¿Dónde podemos encontrar a Bud McDaniel?

—Se esconde en casa de un granjero alemán, un tal Bierman, a pocas millas de Lawrence. Desde Rock Island sale un tren directo. Pueden tomar un refrigerio en el comedor de nuestra tropa, después deben partir lo antes posible. Espero sus noticias a través del telégrafo.

Aún quedaba güisqui en los vasos, pero estaba claro que la conversación había llegado a su fin. Los dos McParland y Pantera se levantaron y se dirigieron espontáneamente a la puerta. Flagler los acompañó y se detuvo en el umbral, junto al retrato algo amarillento del general Sheridan.

—Todos le debemos algo a ese hombre, aunque sea solo el consejo

que le dio a Bismarck en 1870 sobre cómo tratar a los franceses: «A los civiles no hay que dejarles nada más que los ojos, para que lloren». Recuérdenlo cuando traten con los Molly Maguires o con los asaltadores de trenes. Eso vale para el Sur interno pero también para el Sur externo. Tiene que ser el lema de la nueva América que estamos proyectando.

Eddie probablemente entendió el significado de la frase, pero Charlie seguramente no. Pantera, por su parte, lo comprendió perfectamente, porque coincidía con su propia experiencia. Flagler se llevó dos dedos al ala del sombrero para evitar el apretón de manos en la despedida, pero le dedicó media sonrisa a Pantera, que no correspondió a ese gesto. El mexicano estaba pensando en la bolsa con el Nganga, que prácticamente le había arrebatado de la mano el asistente. El Santo estaba incólume, por suerte, y parecía de buen humor.

Tan pronto como salieron del edificio, entre los barracones del arsenal, Eddie McParland exclamó:

—¡Dios bendito, qué hombre más pomposo y arrogante!

—Y eso que al principio estuvo amistoso —comentó Charlie McParland—. Cambió el tono a partir de cierto momento, nos trató a la baqueta.

—Informaré al señor Pinkerton, sé que es amigo de Sheridan. ¡Flagler pagará cara su prepotencia, te lo juro!

Pantera reaccionó con indiferencia a las imprecaciones de los dos hermanos mientras los tres avanzaban entre la multitud de soldados camino del comedor. A él Flagler le había caído bien, porque su discurso tenía cierta envergadura; si aquella era la «nueva América», al menos nacía siendo aguerrida, era odiosa pero vital.

Ante un plato de sopa y una jarra de pésima cerveza de arroz trató, por enésima vez, de sonsacarles información a los dos hermanos. Se hallaban en una estancia grande y casi vacía, en el extremo de una mesa muy larga. El mantel estaba tan sucio que parecía cartón grasiento. Los soldados de alrededor hacían todo el ruido posible mientras engullían alubias, carne de cerdo y cerveza barata.

—De acuerdo con lo de ir a Lawrence —dijo Pantera con la boca llena—. De acuerdo con lo de encontrar y matar al tal McDaniel. ¿Pero después qué? Cuando trabajo quiero conocer bien el entorno y las vías de escape.

Respondió Charlie, casi con aburrimiento.

—Come y no hagas preguntas.

Un instante después Charlie McParland soltó un aullido que se perdió en el griterío generalizado. Pantera le había clavado el tenedor en el dorso de la mano y estaba girando lentamente los dientes. Varios soldados se percataron de la escena y soltaron sus cubiertos. Eddie,

estupefacto, vio cómo goteaba en el plato la sangre de su hermano.

Rápidamente Pantera dejó el tenedor clavado en la carne de Charlie y apuntó con el colt bajo la mesa. No pudo oírse el clic del percutor levantado, pero por las caras de susto de los McParland se sabía que lo habían intuido. El mexicano habló con parsimonia.

—Escucha nomás, pinche puto… Cuando pregunto algo exijo una respuesta. Tienes diez segundos para disculparte antes de que te agujeree la barriga.

Eddie se agitó. Parecía más preocupado por la curiosidad de los presentes que por la situación en la que estaba su hermano, que había enmudecido y palidecido. Se dirigió a unos y a otros al mismo tiempo.

—No pasa nada, no pasa nada… Es solo una estúpida disputa… Tú, Charlie, discúlpate ahora mismo. Y tú, mexicano, mantén la calma. En cuanto salgamos sabrás todo lo que quieras.

Pantera no pretendía hacer teatro sino que, espoleado por el Nganga, que latía entre sus botas, estaba dispuesto a matar a Charlie. Aguardó a que este balbuceara la palabra «perdona» antes de devolver el revólver a la cintura. Miró a los soldados de alrededor, algunos ya se estaban levantando.

—El incidente ya está zanjado —dijo—. Una pequeña discusión… El pinche puto se ha disculpado y con eso a mí me basta. Sigan comiendo tranquilamente.

Como señal de buena voluntad extrajo el tenedor de la mano de Charlie, que emitió un gemido, y lo dejó en el plato. Cogió la bolsa con la mano izquierda y se puso en pie.

—Vámonos —les dijo a los McParland.

Se dirigió hacia la salida del cobertizo seguido por las miradas curiosas de los casacas azules. Algunos rieron, los actos de violencia no estaban fuera de lugar en aquel ambiente. Uno de los militares incluso hizo un amago de aplauso.

Al salir del comedor Pantera esperó bajo la canícula del mediodía a que los McParland lo alcanzaran. Acosó a Eddie mientras Charlie trataba de taponar la herida con una servilleta.

—Desde este momento soy yo, y solo yo, el que está al frente de la expedición. De lo contrario os mato. ¿Entonces quién nos garantiza la huida?

Eddie tuvo que tragar saliva antes de responder:

—Lo ha organizado todo el señor Collis Huntington, que es el que paga. Hay cosas que no sabes…

—Me las contaréis en el tren —contestó Pantera antes de agarrar la mano derecha de Charlie y sacudirla enérgicamente—. Amigos como antes. De ahora en adelante será fácil, solo debéis obedecerme.

Charlie gritó de dolor por el apretón en su mano herida y Pantera mostró sus colmillos en una sonrisa. Se dirigió al ferri mientras se

limpiaba la sangre frotándose los dedos en los pantalones.

Ahora sí que hacía calor.

14

UNA TRAMPA

Habían pasado muchos años desde la última visita de Pantera a Kansas. Ese estado no le gustaba nada, ni tampoco el vecino Misuri. Lo encontraba monótono: demasiada arena, muy pocos árboles, muy pocas colinas… Poblados de apariencia decente y ordenada habitados por gente mediocre. Únicamente el recuerdo de que durante la guerra civil allí habían luchado a cuchillo los guerrilleros confederados y las tropas unionistas, feroces por igual unos y otros, evitaba que se pudiera relacionar ese estado con la monotonía. Al menos a ojos de Pantera, que no eran los ojos de cualquiera.

Delos Thurman Bligh, más conocido como Bligh el Yanqui, no era un hombre monótono ni mediocre. Cincuentón, con bigote y pelo entre gris y blanco, montaba a caballo con inusual destreza. Se diría que podría prescindir de la silla, dada la familiaridad que tenía con el animal. Fue asombroso verlo sobresalir de la montura como un piel roja para alertar a sus compañeros de cabalgada.

—Ahí está la granja de Bierman. Mejor ser cautelosos y acercarnos a través de la vegetación. Bierman está con nosotros, pero no conocemos el estado de McDaniel, todavía podría hallarse en condiciones de disparar.

En teoría Bligh no tenía jurisdicción alguna en aquella zona. Él era el jefe de policía de Louisville, en Ohio. Sin embargo, Pantera sabía, por lo que le había sonsacado en el tren a los McParland, que Bligh estaba financiado por Collis Huntington, ranchero, dueño de una compañía de ferrocarriles e influyente miembro del Partido Republicano; un socio de Franklin Gowen implicado de manera tangencial en el escándalo de güisqui, dólares y putas que estaba minando el prestigio del presidente Grant. A pesar de todo ello, Bligh era un hombre íntegro, y si servía a Huntington lo hacía en nombre de ideales no muy diferentes de los del teniente coronel Flagler.

Los cinco —Pantera, los McParland, Bligh y el lugarteniente de este, John Gallagher— se internaron en el bosque de robles rojos que se extendía hasta las inmediaciones del establo. Desenfundaron los Winchester que llevaban en las sillas, Pantera fue el único que se limitó a empuñar su Colt Frontier.

—Ustedes espérenme aquí —les ordenó Bligh cuando llegaron al

final del arbolado—. Me adelantaré yo. Bierman me conoce, pero McDaniel no.

Pantera vio que el policía bajaba y escondía la cabeza tras la crin del caballo, a la manera india, y que su rifle colgaba detrás de la pierna, semioculto. Pero resultaron innecesarias tales precauciones, porque no hubo ningún disparo desde la granja. Una chica oronda, con cara de niña, apareció tras una esquina de la casa. Sonrió y agitó la mano.

—¡Hola! ¡Apuesto a que están buscando al moribundo! —dijo con acento alemán, aunque voceando esas palabras en un inglés correcto —. Está arriba. Sigue perdiendo sangre, mi padre trata de curarlo.

Pantera observó que Bligh se enderezaba y desmontaba. Ya era inútil que siguieran escondidos entre los troncos, de modo que avanzó para dejarse ver y los otros tres siguieron sus pasos.

La vivienda estaba ordenada pero era anodina, solo tenía el mobiliario de rigor. Se accedía a ella a través de la cocina, presidida por una gran chimenea. En el borde de la campana había una biblia, un libro delgado y un candelabro sin velas. Dos mujeres de edad muy avanzada estaban sentadas alrededor de la mesa, pelando cebollas. Otra, de unos cincuenta años, estaba de pie, echando en una olla patatas ya peladas y cortadas. Las tres vestían de negro y llevaban el pelo cubierto por un pañuelo. Miraron a los desconocidos, pero no hablaron ni abandonaron su labor. Tenían ojos pequeños, bocas estrechas, facciones rudas.

También los ojos claros de la chica eran pequeños, pero su semblante, más bien rosáceo, era agradable y cordial. Les abrió camino a través de una escalera de madera que ocupaba un lado de la estancia. Movía su grueso trasero como si quisiera evitar que su falda azul se le cayera hasta los pies.

—Desde hace casi una semana parece que está a punto de morir, aunque todavía está vivo y lúcido. Es un pedazo de hombre, pero con toda la sangre que ha perdido…

Bud McDaniel yacía en un catre, en una habitación que recibía luz de un ventanuco abierto en el techo inclinado. Dos puertas laterales conducían a estancias seguramente más pequeñas. Bierman estaba ajustando un vendaje enrojecido por la sangre, al igual que algunos pliegues de la sábana. Cuando vio a los visitantes dejó al herido, que gimió levemente, y se irguió.

—Buenos días, señor Bligh, les estaba esperando. —El inglés del dueño de la casa sonaba mucho más gutural que el de su hija, si bien era bastante correcto—. Yo no sé qué hacer con este herido, no soy médico.

—¿Has llamado al doctor?

—No, tenía órdenes de no hacerlo, y él tampoco quiere —afirmó

Bierman señalando a McDaniel—. ¿He hecho mal?

—No, en absoluto. Has hecho bien.

Bligh se aproximó a la cama. Soltó un manotazo en el brazo de McDaniel, cubierto por la sábana. El herido gritó y un viejo Remington de calibre 36 cayó al suelo. Bligh recogió el arma y la contempló.

—Mira lo que tenemos aquí, el revólver preferido de Jesse James. Se ve que sigue siendo popular entre los forajidos —comentó antes de entregárselo a Pantera—. Guárdalo tú, seguro que está cargado.

Pantera metió el arma en el bolso derecho de su guardapolvo. Ya había guardado su colt en la cintura y se estaba preguntando por qué lo habían contratado para matar a un moribundo. Debía de haber antecedentes que desconocían incluso los McParland; descartó la posibilidad de que los hermanos hubieran sido reacios a contarle en el tren todo lo que sabían, porque después de lo de Rock Island le temían.

Bligh le hizo una señal a Gallagher y este, un hombre bajo pero ancho de hombros, empujó sin contemplaciones a Bierman y a su hija en dirección a las escaleras. Después se acercó a McDaniel, le dio una palmada en el vendaje y el herido chilló. Fue Bligh el que se encargó de interrogarlo.

—Bastardo, ¿sabes cuál es la recompensa que ofrecen por ti, vivo o muerto? Más de mil dólares, garantizados por el estado de Kansas y por el Ferrocarril Kansas y Pacífico. Te estás muriendo, pero aún puedes tomar una decisión: morir serenamente o como un condenado. Tú decides.

McDaniel era ciertamente un pedazo de hombre, observó Pantera. Su cara parecía una máscara, de lo grandes y sobresalientes que eran sus huesos; su frente era muy baja y su cuerpo parecía un manojo de músculos. Todo en él reflejaba maldad y violencia. Pero eso era una constatación mecánica. Otro pensamiento tomó forma en la mente del mexicano: era urgente descubrir los motivos de Bligh antes de llevar a cabo cualquier acción. Fingió indiferencia ante la situación.

—¿Qué queréis… qué más queréis saber? —preguntó el herido—. Ya lo conté todo en el tribunal… todo lo que… me pedisteis.

Bligh no lo dejó terminar. Le hizo nuevamente una señal a Gallagher y este volvió a golpear, con su gran mano abierta, el vendaje de McDaniel, en esta ocasión con mayor violencia. El grito fue inhumano y el coloso pareció encogerse. Sus miembros temblaron bajo las mantas y la mancha de sangre se extendió por la sábana.

Bligh encendió un cigarro, dio un par de caladas y volvió a inclinarse sobre el agonizante. Sonrió.

—Venga, no seas estúpido. Sabes muy bien que no me importa conocer los nombres de tus cómplices, ni siquiera me importa el botín.

Lo que quiero que me digas es quién os paga, quiero el nombre del ordenante.

McDaniel necesitaba algo de tiempo antes de poder articular una respuesta. Ya estaba escupiendo sangre, pero Bligh no parecía tener prisa y seguía fumando impasiblemente. El herido murmuró por fin:

—Lo sabe… perfectamente… El gobernador… de Misisipi… Ames.

—Está bien. ¿Eras tú el encargado de establecer contacto con él?

—No… mi hermano.

—¿Estás seguro?

—Sí… Tom… está en contacto… con el partido.

Bligh reflexionó un instante, seguidamente asintió.

—Te creo. Has entrado en razón, morirás sin más sufrimiento —le dijo antes de dirigirse a Pantera—. Te toca a ti. Mátalo.

El mexicano juzgó que esa orden era descabellada, porque para matar a Bud bastaba con arrancarle el vendaje y dejar que se desangrara. No obstante, optó por seguirle el juego. Sacó el colt de la cintura y lo amartilló. Apuntó con el arma a McDaniel, que estaba más aterrorizado que nunca.

—Con eso no —le dijo Bligh—. Con el rifle del alemán, de Bierman. Está colgado en la pared detrás de ti.

Pantera no había reparado en el viejo Preston de tambor con un cañón larguísimo que estaba fijado a la pared, justo encima del reloj que había sobre la repisa de mármol. Dudó. ¿Acaso pretendía que muriera él por la explosión de una vieja escopeta? No, nadie había comprobado el estado en el que estaba el arma.

Gallagher descolgó el Preston y se lo entregó a Pantera tras una rápida revisión.

—Las balas y la pólvora están en su sitio. Si le disparas de cerca a nuestro amigo le reventarás la cabeza al primer disparo.

Pantera devolvió el colt a la cintura y cogió el rifle. Estaba cada vez más desconcertado, y ese era un estado de ánimo que no soportaba. Repartió la mirada entre los allí presentes y vio que incluso los McParland parecían perplejos. Bligh seguía fumando, Gallagher había retrocedido y lo miraba fijamente a la espera de que actuara. McDaniel guardaba silencio esperando su destino. Bierman, que había reaparecido de pronto al otro lado de la puerta, tenía la cabeza asomada a la habitación.

Por suerte el Preston era de tambor, lo cual permitía intuir una posible trampa. Se tomó algo de tiempo y se aproximó a la cama con exagerada lentitud, como si quisiera llevar al límite el terror del moribundo. Apuntó con el rifle a la cabeza de McDaniel y a continuación dio un paso atrás rápidamente y lanzó el arma en dirección a Bierman.

—¡La escopeta la dejo para ti, abuelo!

El alemán cogió el rifle al vuelo, con una destreza impropia de su edad. Entre tanto Pantera sacó del bolsillo el Remington. Disparó un solo tiro y agujereó la sien de McDaniel, de la que salió un corto chorro de sangre. El hombre murió sin el menor estertor, solo una sacudida sobre la almohada, ahora todavía más ensangrentada.

Pantera se quedó con el arma humeante en la mano. Con la izquierda sacó el colt de su cintura, como si quisiera comparar los dos revólveres. Le divirtió la expresión de Bligh, asombrada y furibunda al mismo tiempo.

—Creo que me he ganado la retribución —dijo el mexicano con sarcasmo—. Además de todas las recompensas que se ofrecían por este tipo.

A Bligh le costaba pronunciar palabra por lo encolerizado que estaba.

—¡Imbécil, te había dicho que usaras el rifle! ¿No entiendes las órdenes o es que además de medio negro eres sordo?

Pantera captó un movimiento sospechoso por parte de Gallagher. Le bastó con mover un poco el cañón de uno de los dos revólveres para inmovilizar al incontrolado. Sonrió a Bligh con cortesía, pero evitando que pareciera excesiva.

—No era aconsejable. Esa antigualla no estaba cargada con balas, sino con balines. ¿Sabéis qué hubiera pasado? —Bligh, ahora más alarmado que estupefacto, no contestó—. Os lo voy a enseñar —dijo el mexicano endureciendo la voz y la expresión antes de mirar a Bierman, de pie en la puerta—. Viejo, McDaniel parece muerto, pero tal vez sea mejor darle el tiro de gracia. Acércate a la cama y dispárale… ¿No me has oído? —Bierman estaba temblando, el resto enmudeció. Pantera, con gesto aburrido, bajó el cañón del colt en dirección al alemán—. Vamos, no me hagas perder tiempo, es solo una demostración. De lo contrario el señor Bligh no sabrá que actué de buena fe y me negará la retribución… Bien, veo que nos entendemos. Acércate a la cama un poco más… Más aún… Así, eso es. ¡Ahora dispara!

Bierman estaba a dos pasos del cuerpo de McDaniel. Miró a su alrededor, desconcertado, pero la mirada de Pantera superaba en dureza a las de los demás. Finalmente apretó el gatillo. Hubo un ruido ensordecedor, era como si hubieran disparado simultáneamente diez pistolas. El cadáver de McDaniel fue embestido por una lluvia de plomo que a punto estuvo de despedazarlo. Innumerables chorros cubrieron de sangre a Bierman de la cabeza a los pies.

Pantera rio socarronamente.

—¿Qué le había dicho, señor Bligh? Eso es lo que hace un Preston cuando está cargado con esa munición. Hice que lavaran mi ropa hace poco y no me hubiera gustado…

En ese mismo instante les llegó a través de la ventana abierta el requerimiento de una voz masculina.

—¡La casa está rodeada por la milicia de Kansas! ¡No intentéis nada! ¡Salid de uno en uno y arrojad vuestras armas!

Un momento después se escuchó una voz chillona y descompuesta.

—¡Loado sea Dios, teniente! ¡Qué suerte que hayan venido! ¡Yo lo he visto todo! ¡Ese hombre ha asesinado al bandido con un rifle! ¡Aún está lleno de sangre! Creo que lo ha despedazado…

Los gritos de la chica se perdieron en un sollozo. Pantera sonrió a los que lo acompañaban en la habitación. Bierman, con el Preston en la mano, parecía no comprender. Daba la impresión de que los hermanos McParland comprendían aún menos. En cuanto a Bligh y Gallagher, un novelista popular de la época podría haber escrito que «sus ojos ardían de odio».

—Al parecer han llegado los representantes de la ley —comentó Pantera—. No pasa nada, en el fondo solo ha muerto un forajido. Conviene que salgamos, ustedes delante y yo detrás. Pudiera dar la impresión de que les estoy apuntando, pero no se preocupen, es solo para protegerles.

Todos obedecieron, sobre todo porque la de Pantera era la única voluntad efectiva que se manifestó en el grupo. Las dos mujeres ancianas y enlutadas vieron pasar a los hombres sin mostrar reacción alguna. Ninguno se acordó de soltar sus armas, Bierman salió empuñando el rifle. Caminaba a tirones, embobado. Lo recibió una voz juvenil pero ruda.

—¿Eres tú el que ha matado a Bud McDaniel, viejo?

—Ja —respondió Bierman. Tal vez no entendió la pregunta o quizás estaba acostumbrado a contestar de ese modo a cualquier pregunta en tono perentorio.

El alemán se vio rodeado por una decena de hombres a caballo con chaquetas azules harapientas que solo se diferenciaban de las del Ejército por la banderita de Kansas bordada en la manga. El teniente que estaba al mando, joven y rubio, le apuntó con el dedo.

—A lo mejor has hecho lo correcto, abuelo, pero es mi deber detenerte. Esta chica te acusa de asesinato a sangre fría.

La joven se quedó estupefacta. Corrió hacia su progenitor y lo abrazó.

—¡No es él! ¡Este es mi padre!

El teniente arqueó su ceja rubia y echó su sombrero hacia atrás ligeramente.

—¡Señorita, yo aquí no veo a ningún otro hombre con un rifle y cubierto de sangre! ¿A quién más ha visto usted? —preguntó el oficial, que al comprobar que la chica guardaba silencio, confusa, se dirigió a los hombres alineados ante la casa—. Vosotros estabais presentes, ¿ha

sido el viejo o no?

Bligh dio un paso al frente y Pantera se colocó a su espalda con las manos hundidas en los bolsillos de su guardapolvo aferrando los dos revólveres. El mexicano no tuvo la menor duda de que el policía era consciente de ello. Bligh, que había recobrado la confianza en sí mismo, habló con desenvoltura y cortesía.

—Teniente, usted seguramente sabe quién soy yo. Pues bien, fue el señor Bierman el que mató al forajido mientras este trataba de agredirle. No veo qué tiene de grave la cosa, lo hizo en legítima defensa y se ofrecen varias recompensas por McDaniel. Más que arrestarlo, debería usted notificarlo a quien corresponda para que le den el dinero a este hombre.

El teniente, que reconoció a su interlocutor, se llevó dos dedos al sombrero en un esbozo de saludo militar y contestó con idéntica cortesía.

—Es un honor conocerle, señor Bligh. Lo que dice me parece bien, pero yo estoy aquí a causa de un telegrama del gobernador de Misisipi, Adelbert Ames, que además de informar del paradero de McDaniel ordenó que fuera capturado vivo, o que se detuviera a cualquiera que le hiciera daño.

—Esto no es Misisipi, estamos en Kansas.

—Sí, pero como usted bien sabe, señor Bligh, Adelbert Ames es una persona muy cercana al presidente Grant, a Benjamin Butler y al Partido Republicano. El gobernador de Kansas ha ratificado la orden. En cualquier caso, si este hombre es inocente, como yo creo, no acabará en prisión, y tal vez incluso se haga rico.

A Bligh no le quedó más remedio que asentir. Cuando el teniente, indicando a Pantera, Gallagher y los McParland, le preguntó si eran sus hombres, contestó que sí. Dos soldados desmontaron y separaron a Bierman de su hija, que estaba sollozando. El oficial señaló a la chica y dijo:

—Señor Bligh, le confío a la señorita. Explíquele usted que no debe desesperarse, para ella y para su padre esto será una peripecia con final feliz.

Bierman, liberado finalmente del rifle, fue obligado a montar en la parte de atrás de la silla de uno de los soldados. Después, tras prometer el teniente que enviaría a alguien para llevarse el cadáver, la patrulla se alejó con su presa. Desapareció entre el polvo, en dirección a las colinas bajas cubiertas de robles y nogales. El sol estaba en su apogeo y el calor aumentaba.

Ahora Pantera tenía las opciones de continuar con la farsa u obligar a Bligh y a Gallagher a confesar las verdaderas razones de esa puesta en escena. Se decantó por la primera opción, por un motivo muy material. Asumió el aire más obtuso que le fue posible para

sembrar en los demás la duda sobre su grado de comprensión de la situación, lo cual no le impidió seguir empuñando los revólveres dentro de los bolsillos.

—Señor Bligh, he cumplido mi misión. McDaniel está muerto, tengo derecho a mi retribución. En cuanto a las recompensas, se las dejo a esta tonta —dijo en alusión a la hija de Bierman, que seguía llorando con la cara entre las manos.

Bligh seguramente esperaba que le pidiera explicaciones. Parecía muy aliviado, aunque un poco incrédulo aún ante lo que había ocurrido.

—¡Por supuesto, amigo mío! Has estado muy bien. Ve a mi oficina, en Louisville, y tendrás lo que te corresponde.

—Gracias, cuente con ello, pero necesito un adelanto. Le agradecería que usted y Gallagher me dieran todo el dinero que llevan encima, hasta el último centavo. Lo descontaré del total de la deuda.

Parecía que el destino de Bligh era mantenerse en estado de estupefacción. Gallagher intervino por él, con la mano diestra a una pulgada de la culata del revólver.

—¿Cómo te atreves, mestizo ladrón? Cuidado con…

Bligh lo detuvo. Se había recompuesto, sonreía incluso, aunque sin alegría.

—Déjalo, John, nuestro amigo tiene razón. Mira en tu billetera, debes de tener en el bolsillo una parte de tu paga, te la di ayer. Yo creo que llevo un billete de cien dólares.

Mientras los dos reunían dinero ante la mirada atónita de los McParland, Pantera estaba absorto en las reflexiones a las que llevaba cerca de media hora dándoles vueltas. ¿Por qué habían intentado incriminarlo para que lo detuvieran? ¿No temían que, una vez detenido, hablara más de la cuenta y revelara lo que realmente había sucedido?

Responder a la segunda pregunta resultaba relativamente sencillo. Si la chica se había desesperado por la detención de su padre era porque había un motivo para ello: en Kansas un porcentaje considerable de los detenidos nunca llegaba a ir a juicio, muchos de ellos eran linchados, colgados o quemados vivos en el momento de la detención o tras el asalto a la cárcel en la que estaban recluidos. Pantera sabía que el propio McDaniel había escapado por los pelos de una muerte similar tras el atraco al tren. No había nada más probable que toparse a la entrada de Kansas City con una marabunta de azotacalles a sueldo aguardando la llegada del teniente y de su presa.

Más difícil era entender por qué lo habían puesto precisamente a él, a Pantera, en el punto de mira. El mexicano trataba de averiguar cuál era el elemento que lo diferenciaba de los demás, aparte del color de piel, con lo que ya contaba. Solo encontró uno: era el único,

dejando a un lado a los McParland (de los que no sabía nada), que había combatido en el bando de la Confederación, aunque lo había hecho de mala gana y con los irregulares de Misuri. Bligh y Gallagher habían sido unionistas, y lo mismo los peces gordos a los que habían mencionado: Ames y Butler.

Pantera detuvo sus pensamientos en esa conclusión, más que nada porque Bligh ya le estaba ofreciendo el dinero recaudado.

—No es mucho —murmuró el policía—. Ciento noventa y seis dólares y veintisiete centavos. Espero que te baste.

Pantera evitó alargar los brazos para cogerlo.

—Por ahora es suficiente. Deje el dinero en la hierba. En cuanto me sea posible iré a verle para cobrar el resto.

—Espero que sea pronto —dijo Bligh, que no trató siquiera de disimular que esa forzada cordialidad ocultaba una amenaza.

—Yo también lo espero. Ahora váyanse. Ha sido un verdadero placer conocerle, señor Bligh. Eso vale también para usted, Gallagher.

Este último respondió con una mueca de desprecio. Él y Bligh fueron al establo en busca de los caballos, poco después salieron con ellos y se marcharon al galope.

Solo entonces, ignorando a la chica, que se había dejado caer sobre la hierba y seguía llorando, Pantera se giró hacia Eddie McParland y le habló sin rodeos.

—Tú y tu hermano habéis estado callados y pasivos todo el tiempo. ¿Erais cómplices o no entendíais lo que estaba pasando? Quiero una respuesta.

Eddie se sentía muy incómodo. Abrió los brazos.

—Creo haberlo entendido… Te estaban tendiendo una trampa… Francamente, yo no me lo esperaba —aseguró con una entonación que denotaba sinceridad.

—¿Una trampa? ¿Qué trampa? —preguntó Charlie, que seguía perdido.

Pantera confió en la buena fe de ambos.

—Sospecho que detrás de todo esto hay una confabulación política. Eddie, tú puedes ayudarme a entenderlo. Ames, Huntington… Son nombres que nunca antes había oído. No sé qué tienen que ver con McDaniel, con la banda de Jesse James y con Cole Younger.

Eddie miró a su alrededor.

—¿Es necesario que hablemos de ello aquí? ¿A campo abierto y con esa ahí llorando?

—Mejor aquí que en la casa, en el hotel o en un tren. Además tengo prisa por obtener algunas respuestas.

—Lo mío son solo hipótesis.

—Eso también me sirve. Ándale, no hagas que me impaciente.

Eddie McParland se movió ligeramente, porque el sol había

alcanzado la posición en la que se encontraba él. Aflojó la corbata y se desabrochó dos botones de la camisa, empapada en sudor.

—¿Tú sigues la política?

—Era lo que me faltaba… Déjate de preguntas, dame respuestas.

—De acuerdo. Tras la guerra de Secesión en todos los estados de la antigua Confederación fueron elegidos gobernadores y sheriffs pertenecientes al Partido Demócrata. Son la expresión de los intereses de los latifundistas, pero defienden también a los pequeños propietarios de tierras y no miran con odio a los jornaleros y a los obreros. Lo que detestan es el ferrocarril, que llega al Sur para trastocar la ordenada vida del campo.

Pantera tenía claro que esa actitud benevolente no se extendía a los negros ni (lo sabía por experiencia) a los mexicanos. Con todo, ese escenario del que hablaba Eddie se ajustaba, en líneas generales, a lo que él ya sabía.

—¿Detestan también a los criadores de ganado?

—En parte sí. En el Sur las grandes propiedades de tierra son productivas, y eso es lo que, en cierto modo, une a los latifundistas con los granjeros que tienen unos pocos acres de terreno. El Partido Demócrata apoya a unos y a otros, se opone a que estas regiones sean invadidas por el hierro y el carbón. Allí hay una tremenda animadversión hacia la economía del Norte. La antracita hace que circulen las locomotoras, la industria metalúrgica construye los raíles y los ganaderos permiten que pasen. El Partido Republicano está de acuerdo, el Partido Demócrata les pone palos en las ruedas.

—¿Y Jesse James es uno de esos palos?

—Sí. Él, Frank James, Cole Younger y los demás no habrían saqueado medio país si Woodson, el gobernador de Misuri, y un montón de sheriffs no les hubieran dejado hacerlo. Lee cualquier periódico demócrata y verás que a los bandidos los tratan como a héroes, cada atraco a un tren se convierte en una epopeya. Como dijo Flagler, la guerra civil continúa.

Pantera evocó el semblante cruel de Jesse James, el astuto de su hermano Frank y el bobo de Cole Younger. Le costaba imaginárselos como héroes populares. Sin embargo, intuía que Eddie McParland le estaba contando la verdad. El respeto que le inspiraba ese hombrecillo se vio reforzado.

—Pero supongo que algo estará cambiando en ese escenario. ¿O es solo una impresión mía?

Los ojos de Eddie, habitualmente apagados, brillaron un poco.

—¡Ah, sí! Creo que eso explica precisamente lo que acaba de pasar. Estoy empezando a entenderlo… Pero es una historia complicada. Debes saber que el hombre clave, Tom Scott, es…

Pantera soltó por fin el revólver que empuñaba con la mano

derecha, la sacó del bolsillo y la alzó.

—Si es un asunto complejo me lo contarás en Lawrence, en el hotel. Tú y Charlie adelantaos, me uniré a vosotros antes del anochecer.

—¿Tienes pensado quedarte aquí? —preguntó Eddie, descolocado.

—Solo un rato —contestó Pantera acercándose a la hija de Bierman, todavía conmocionada, para hacer que se levantara tirando de su muñeca—. Me apetece una mujer. Esta está un poco gorda, pero servirá. El mexicano les dio la espalda a los dos hermanos y tiró de la chica, aturdida, hacia la casa. Luego soltó su brazo y le dio una palmada en el trasero para hacer que caminara—. Tal vez os alcance por el camino, no tardaré mucho.

15

LA POLÍTICA DEL BANDIDISMO

Cuando Pantera entró con la chica en la cocina las tres mujeres de negro ya habían dejado de picar verduras. Estaban sentadas detrás de la mesa, con la mirada fija. La más joven dijo algo, pero en alemán. Su voz gutural estaba cargada de odio, sus ojos también. Sin embargo, permaneció inmóvil en su sitio.

La chica lloraba a mares y ahora trataba de soltarse, pero débilmente. Pantera la empujó con brutalidad hacia las escaleras que llevaban a la planta de arriba, tanto que a punto estuvo de hacerla caer. Perdió el equilibrio cuando el mexicano le soltó el brazo sin previo aviso y tuvo que agarrarse a la barandilla, que se tambaleó.

Pantera pasó por detrás de las mujeres sentadas sin ni siquiera mirarlas. Fue hasta la chimenea y cogió el libro delgado que había visto poco antes. La que probablemente era la esposa de Bierman farfulló algo con tono de alarma, pero él la ignoró. Con el libro en la mano derecha volvió hacia la chica, que estaba inclinada hacia adelante sollozando y tosiendo. Sacó del bolsillo la otra mano y el Remington que estaba empuñando. Deslizó el colt entre los gruesos muslos de la chica hasta introducir el visor.

—Sube —le ordenó con saña—. Vas a perder la virginidad, ten en cuenta que por culpa tuya yo iba a perder la vida.

La joven subió renqueante las escaleras sin dejar de sollozar intensamente. El cadáver destrozado de Bud McDaniel presidía la primera habitación, con un lago de sangre en torno a él. Pantera empujó a su víctima hacia uno de los cuartos que había a los lados. Ahora estaba presionando el cañón del revólver sobre su nuca, parcialmente descubierta porque tenía el pelo recogido en un moño con una peineta.

La estancia en la que entraron estaba ocupada casi en su totalidad por una gran cama sin laterales y recibía luz de una claraboya abierta en el techo inclinado. No había más mobiliario que una sencilla silla. Probablemente era el dormitorio de los Bierman.

Pantera devolvió el revólver al bolsillo y obligó a la joven a darse la vuelta y a retroceder hasta el borde de la cama. Ella cayó sentada. Se tapó la cara con las manos, pero aun así se veían sus lágrimas, que bajaban hasta el cuello.

—Se lo ruego… —tuvo fuerzas para suplicar a pesar de que la mucosidad invadía su garganta—. No me deshonre… por Dios.

—¿Deshonrar? ¡Esa sí que es buena! —exclamó Pantera riendo entre dientes—. Vamos, déjate ver… ¿Qué es esto que tienes aquí?

Se había percatado de que la chica llevaba al cuello un cordón que se perdía bajo su blusa. Posó el libro en la silla y con el dedo índice le fue desabrochando uno a uno los botones superiores. Salieron a la luz dos pechos hinchados pero firmes, apretados en un corsé que a duras penas los contenía. Ella apartó una mano de la cara y trató de taparse con el antebrazo, pero Pantera logró retirar el colgante que tenía entre los senos.

—Vaya, mira esto —comentó.

Se trataba de un amuleto, tal vez de cobre, del tamaño de una moneda de un dólar. En ambas caras había la misma inscripción y los mismos símbolos:

Ut nemo in sense tentat, descendere nemo.

* *

*

\+ + +

At precedenti spectatur mantica tergo.

Pantera dejó el colgante, cogió el librito de la silla y se sentó.

—Apuesto a que ese amuleto aparece aquí —murmuró antes de posar el Remington en el suelo, a su izquierda, para hojear el volumen —. Estaba seguro de que ya había visto este libro antes. Es el mismo: Los Pow-Wows de John George Hohman, o el amigo reencontrado. Una colección de remedios misteriosos e inestimables para el hombre y los animales. Ahora, jovencita, me vas a contar por qué está aquí este texto. Pero antes debes decirme tu nombre, siempre quiero saber cómo se llaman mis amantes.

Pasó un largo minuto antes de que la chica, devastada por las lágrimas, las flemas y el terror, pudiera articular palabra.

—Me llamo… Gudrun… Gudrun Bierman.

—Y ahora contesta a la pregunta principal. ¿Por qué tenéis en casa un libro así?

—Todos… los alemanes… lo tienen. Protege… de la enfermedad… de los caballos.

—¿Qué enfermedad? ¿El carbunco?

—No sé… cómo se llama… Hace que… te salga carbón… por la piel.

Gudrun parecía algo más segura de sí misma, a lo mejor porque Pantera se había sentado lejos de ella. Con movimientos lentos trató de cerrar los bordes de su blusa, pero el mexicano se dio cuenta y le

dio un golpe en la espinilla.

—No, quieta. En breve te voy a desnudar del todo. —Gudrun había llorado tanto que ya no le quedaban lágrimas. Pasó del sollozo a unos sonidos guturales que se asemejaban a arcadas. Pantera tiró al suelo el libro y se levantó—. Dime una cosa: ¿quién te aleccionó para tenderme la trampa? ¿Bligh en persona?

—Fue… mi padre —confesó la chica, daba la impresión de que estaba a punto de vomitar.

—Lo sé. ¿Pero él de quién recibía órdenes? ¿Quién vino a verlo antes de la farsa de hoy?

—El sheriff.

—¿Qué sheriff? No me obligues a arrancarte las palabras de la boca.

Ella lloriqueó.

—El del condado de Clay… Henry… Timberlake.

Pantera se sobresaltó. Conocía muy bien a Timberlake, lo había tenido en el punto de mira de su rifle. Durante la guerra de Secesión estuvo bajo el mando del general J. O. Shelby, uno de los líderes de la Confederación, de los más mediocres. Shelby se redimió, en cierto modo, tras la derrota; se marchó a México con un puñado de sudistas y se puso al servicio del emperador Maximiliano de Austria. Demostró valor y crueldad, a pesar de sus limitadas aptitudes estratégicas. Su proyecto era hacer de México la nueva Confederación, esclavitud incluida, y desde allí emprender la reconquista de Estados Unidos. Pantera, que combatió en el bando de Benito Juárez, lo había visto dirigir cargas a la desesperada, vistiendo el antiguo uniforme gris con alamares amarillos. Timberlake estaba constantemente a su lado.

—¿Sabes qué se dijeron tu padre y el sheriff?

—No, no sé… Yo no sé nada… Solo obedecí a mi padre…

Gudrun rompió a llorar de nuevo y se sujetó el vientre como si estuviera sufriendo un cólico. Pantera nunca había pensado realmente en violarla. Pero había en ella algo que le interesaba; la chica estaba rodeada por el aura, que él conocía bien, de quienes están predispuestos a ser poseídos por los mpungus. Por un momento había atribuido esa cualidad al amuleto y a los poderes representados en las cruces, pero luego se dio cuenta de que el origen de esa sensación estaba en la propia Gudrun.

En cuanto a la información, no iba a obtener nada más de ella. Enrolló el librillo de tapa blanda y lo guardó en el bolsillo, junto a uno de los revólveres. A continuación, sacó unos cuantos dólares de una billetera abultada y desgatada. Los dejó sobre el colchón.

—Toma esto, te vendrá bien hasta que vuelva tu padre. No tardará, te lo aseguro. El plan ya se ha frustrado y no sabrán qué hacer con él. La recompensa que ofrecían por McDaniel os asegurará un futuro

próspero.

Gudrun tal vez no entendió esas palabras, pero percibió un cambio en el tono. Abrió aún más sus ojos enrojecidos, trató de decir algo, pero no fue capaz. Él sonrió.

—No, muchachita, no seré yo el que te quite la virginidad. Cuando vuelva tu padre será mejor que vosotros dos y las arpías del piso de abajo os vayáis a otro lugar por una temporada. ¿Tenéis familiares en alguna parte?

—En San Luis, en Misuri.

—Pues marchaos a San Luis. Kansas es un nido de víboras. Te felicito, muchachita. Muchos han intentado matarme, pero tú eres la única que casi lo consigue.

Pantera bajó las escaleras, ignoró a las mujeres inmóviles y salió en busca de su caballo. El sol pegaba fuerte y el animal tenía sed. El mexicano lo condujo al abrevadero que había cerca del establo y él a su vez bebió de la fuente.

Estaba montando cuando vio que se levantaba una nube de polvo en el fondo de la llanura, donde las colinas formaban una cuenca. Seguidamente le llegó el eco de un galope frenético. Soltó una maldición. Seguramente estaba volviendo la milicia, y justo por el camino que debía seguir él. Si se desviaba por el campo no podría llegar a Lawrence antes de que oscureciera.

Cabalgó en dirección al grupo que se estaba aproximando. Buscó a ambos lados del camino pedregoso un lugar donde refugiarse. Una arboleda de olmos americanos le pareció adecuada para tal fin. Se metió en ella y se ocultó en la sombra confiando en que no lo descubrieran. Calmó a su montura acariciándole la crin.

Su espera fue breve. El sonido del galope dio paso a un ruido estrepitoso. Eran justamente los milicianos, más numerosos que antes. Echó mano al Colt Frontier, le parecía más fiable que el Remington. Al cabo de aproximadamente dos minutos pudo reconocer a través de la polvareda al teniente, inclinado hacia delante mientras agitaba las bridas. A su lado iba Bierman, libre y armado, y los seguían al menos una veintena de soldados y otros tantos civiles, entre burgueses y pueblerinos.

Fue un civil de chaqueta negra y bombín en la cabeza, perteneciente al último grupo, el que vio a Pantera. Quizá notó el brillo del cañón del revólver, que por otro lado era negro.

—¡Mire, teniente! ¡Está allí!

Pantera abrió fuego con un par de disparos, sin apuntar siquiera. Difícilmente habría podido alcanzar a alguien. A falta de espuelas golpeó con los tacones de sus botas los costados de su caballo. Lanzó al animal al galope en dirección contraria a los enemigos. Se giró una sola vez, el tiempo justo para ver a Bierman tratando de encuadrarlo

en la mira de un Winchester. Siguió galopando sin volver a mirar atrás. Varias balas silbaron sobre su cabeza.

Pantera les sacaba una pequeña ventaja y la aprovechó. Se pegó al caballo, no tanto para evitar ser alcanzado por los proyectiles como para disminuir la resistencia ante el aire. Voló a lo largo del camino pedregoso mientras detrás de él seguían disparando. Una piedra fuera de lugar, una rama que se atravesara entre los cascos del animal y estaría perdido. Lo normal era que pasara lo peor.

El caballo cedió entre sus piernas emitiendo un relincho desesperado. Pantera salió despedido. No trató de saber qué había pasado. En la caída perdió el Colt Frontier, pero no el Remington. Con el brazo dolorido lo sacó del bolsillo, alzó el cañón y permaneció agachado en el suelo. Sus perseguidores estaban más cerca de lo que pensaba. Disparó tres veces, después se levantó y, cojeando, intentó alcanzar el matorral que había al pie de la colina. No es que tuviera mucha confianza en que fuera a salvarse, pero qué otra cosa podía hacer.

Ya estaba casi a cubierto cuando lo asaltó un pensamiento. No tenía balas de recarga para el Remington y en el tambor solo quedaba una. En cambio, en el fondo del bolsillo tenía un puñado de proyectiles para el Frontier, que eran de un calibre diferente.

Bien. Si así lo quería el destino no le quedaba más que resignarse. Trataría de abatir al teniente, con la esperanza de que los demás retrocedieran. Pensó ardientemente en el Nganga, lo había dejado en el pequeño hotel de Lawrence, y se agazapó detrás de un arbusto.

No habían pasado tres minutos cuando irrumpieron los milicianos y los vigilantes, envueltos en polvo. Hubo una verdadera lluvia de balas disparadas al tuntún. Lo habían visto refugiándose en el monte bajo, pero ignoraban dónde estaba. Era la única ventaja que tenía en ese momento el mexicano.

Pantera amartilló el revólver, buscó con los ojos al teniente y se aseguró de que la ranura sobre el tambor coincidiera con el blanco. Se trataba de una empresa imposible, dado que el objetivo estaba en movimiento, pero de todas formas lo intentó. Apretó el gatillo, falló el disparo. No obstante, dos milicianos y un civil cayeron de sus caballos; alguien más estaba disparando contra ellos. Pantera, asombrado, vio que el pequeño ejército perseguidor apuntaba con sus armas hacia la colina de al lado. Un disparo en pleno pecho arrancó de su silla a otro casaca azul y un segundo soldado de la milicia cayó sobre la arena y las piedras al desplomarse su caballo, herido.

Hubo una sucesión de relinchos y de gritos desgarradores. Los disparos provenían del cerro que había frente a la colina que servía de refugio a Pantera. Era un tiroteo intenso llevado a cabo por un grupo numeroso, como atestiguaban las muchas volutas de humo que se

alzaban sobre la cresta.

El teniente dio la orden de retirada. La maniobra resultó caótica, con los caballos chocando entre sí. Cuando los hombres de la ley dieron media vuelta se supo por fin quiénes eran los atacantes. Una decena de individuos a caballo salieron del bosque e invadieron el camino, no para intimidar, sino para matar a tantos como les fuera posible. Otros seguían disparando ocultos en la vegetación.

Pantera vio con incredulidad cómo sus perseguidores se convertían en perseguidos. Los que los atacaban eran personajes con las bocas tapadas con pañuelos, amplias chaquetas, cinturones y bandoleras. Casi todos ellos iban armados con rifles Winchester 73 y su potencia de fuego era impresionante. El mexicano se levantó, guardó el Remington, se cruzó de brazos y frunció el ceño a la espera de acontecimientos.

El desenlace fue rápido. Los soldados ni siquiera intentaron poner a salvo a sus camaradas caídos. La nube de polvo cayó sobre el camino desierto. Uno de los hombres enmascarados remató a dos heridos y seguidamente se acercó a Pantera. Sus compañeros salieron del bosque recargando las armas.

—Me acuerdo de ti, mexicano. Veamos si tú te acuerdas de mí —dijo el inquietante salvador mientras se quitaba el pañuelo del rostro.

A Pantera le sonaba su cara, pero en un primer momento no logró asociarla a un nombre concreto. Luego un recuerdo se abrió camino en su intrincada memoria.

—Clell Miller, si no me equivoco.

El semblante anguloso y rudo del personaje, bajo un sombrero redondo del que caía una larga melena, mostró satisfacción.

—No te equivocas. Estuvimos juntos en Centralia, a las órdenes de Bill el Sanguinario Anderson. —Una sonrisa que dejó al descubierto una dentadura irregular, de un amarillo oscuro tirando a negro, dio a entender que el hombre guardaba un grato recuerdo de la masacre de Centralia—. Fue mi primer asalto a un tren, así que te he reconocido enseguida.

Pantera seguía sin relacionar a Clell Miller con hechos concretos. Sí, había sido uno de los irregulares confederados bajo el mando de Anderson, pero no había destacado entre sus compañeros, ni por ferocidad ni por nada.

—¿Has salido en mi ayuda en recuerdo de los viejos tiempos? —preguntó con escepticismo.

—Puedes estar seguro de que no. Lo he hecho porque…

Miller fue interrumpido por un chico muy joven que sostenía un viejo fusil revólver con el tambor aún humeante. El muchacho avanzó hacia Pantera con nerviosismo, pero sin hostilidad. Cuando se bajó el pañuelo apareció un rostro delgado y lleno de granos, con ojos

grandes y mirada de preocupación.

—Han matado a mi hermano, ¿no es cierto? —preguntó.

—¿Quién es tu hermano?

—Bill McDaniel, conocido como Bud. Yo soy Tom McDaniel.

Pantera notó cierto parecido entre ese chico de menos de veinte años y el hombre al que había liquidado una hora y media antes.

—Sí, está muerto. Fue decisión de Bligh el Yanqui, por lo que sé.

El joven, que también tenía ojos y cara de depredador, empezó a sollozar. Se tapó el rostro con el antebrazo, para ocultar las lágrimas más que para secarlas. El arma se le cayó al suelo.

—Recoge ese fusil —le dijo Miller sin la menor condescendencia—. Te vengarás de Bligh en cuanto sea posible, ahora debemos largarnos de aquí o nos localizarán. Han huido, pero volverán.

Tom McDaniel obedeció, aunque siguió llorando como un niño. Los hombres enmascarados se estaban reagrupando. Todos ellos tenían una apariencia miserable, debido quizás a que su ropa y su pelo estaban blancos por el polvo.

—A los caballos —ordenó Miller señalando un lugar impreciso tras la colina boscosa—. Que alguien comparta la montura con este mexicano. Y a toda velocidad hacia el refugio.

Poco más tarde los jinetes (dieciséis en total, contando a Pantera) trotaban fatigosamente entre la maleza, los arbustos y las flores silvestres de una llanura sin cultivar. Estaban al descubierto, pero no había señales de posibles perseguidores. La tarde le confería colores cálidos a aquel paisaje banal.

En un momento dado divisaron los edificios de madera de un pequeño poblado. Los hombres de Miller lo evitaron dando un amplio rodeo. Ahora que nadie llevaba pañuelo en la cara Pantera descubrió otros rostros conocidos de los irregulares sudistas con los que no estaba familiarizado. Ignoraba incluso el nombre del muchachote fornido que le había ofrecido una parte de su montura. Su camisa estaba tan impregnada de sudor que el mexicano, ante la imposibilidad de aferrarla con firmeza, renunció a agarrarse. Prefirió echar la espalda hacia atrás y abandonarse al movimiento regular y lento del dorso del caballo, también él jadeante y fatigado.

Su destino, lo supo más tarde, era una modesta granja en el fondo de una hondonada, protegida por un platanar y regada por un riachuelo. Los recibió un hombre con rostro pétreo, taciturno y expeditivo, que, con la ayuda de varios vaqueros, menos habladores aún que él, se hicieron cargo de los caballos y los llevaron dentro del establo hasta la pileta de agua. Había dos niñitas jugando en la pradera, cerca del arroyo. Miller y sus hombres, exhaustos, se tumbaron bajo los plátanos. Pantera, cansado también él, se sentó a solas en la base de un árbol y apoyó la espalda en el tronco.

Poco después se unió a él Miller, que se acurrucó a su lado ciñendo las rodillas con los brazos. Tres mujeres adustas, dos jóvenes y una anciana, fueron pasando entre los árboles con unas grandes cantimploras y unas hogazas de pan. Miller rechazó el pan, pero pegó los labios al cuello de una cantimplora y después se la ofreció al mexicano. Se secó la barba, que goteaba, con la manga de su sucia camisa.

—Recuerdo tu nombre. Pantera, ¿no es cierto? Te capturamos, pero después te quedaste con nosotros. Ha pasado mucho tiempo.

Pantera apuró el trago de agua y le devolvió la cantimplora a la chica de cuerpo amorfo y mirada vidriosa que estaba esperando por ella.

—Sí, mucho tiempo. Veo que vosotros seguís combatiendo. ¿Pero contra qué enemigos? ¿Los mismos de antes?

—Durante una temporada fue así, ahora ya no. Si te dijera quiénes son los que intentan liquidarnos hoy en día te quedarías de una pieza.

—Dímelo y ya veremos.

Miller bajó ligeramente la cabeza.

—Los hermanos James, Jesse y Frank. Creo que también Cole Younger. Además de toda una serie de personajes que están detrás de ellos, desde el general Shelby hasta el sheriff Bligh. Y casi todos los gobernadores de los estados del Sur, empezando por el maldito Adelbert Ames.

—¿Por qué los tenéis en contra?

—Porque nos consideran traidores. Pero son ellos los que no entienden que la sociedad ha cambiado, no es la misma de hace diez años. No entienden que venció la Unión… ¿Sabes la última de Jesse James?

—No —respondió Pantera. Fingía que estaba ausente, pero sentía mucha curiosidad—. He estado lejos mucho tiempo.

—Ahora, cuando asaltan trenes, los James les piden a los pasajeros que les enseñen las manos. Si son las manos callosas de un obrero o de un jornalero no les roban nada… ¿Puedes creerlo? A fuerza de escuchar que los definen como defensores de los pobres han terminado creyéndoselo. Piensan que están vengando a los propietarios del Sur, tanto a los grandes como a los pequeños, contra el ferrocarril, la industria y los rancheros. Van derechos al suicidio.

—Tu punto de vista, si he entendido bien, es otro.

Miller levantó la cabeza de golpe. Miró el arroyo, pero parecía que estaba mirando al futuro.

—Hasta ahora los rebeldes de Kansas y de Misuri hemos estado amparados por los demócratas, pero el partido se está dividiendo. El ala más moderna se alía con los industriales del Norte, como debe ser. La más retrógrada propone una extraña unión entre hacendados,

campesinos y obreros blancos. Ahora un bandido no está nunca del lado de los perdedores, se alía con el vencedor, da igual quién sea. ¡A ver si eres capaz de hacerle entender esto a los James!

Pantera mordió la hogaza de pan y reflexionó durante unos instantes. Le resultaba curioso oír hablar de ese modo a un individuo que cuando se conocieron no era más que un delincuente de poca monta con ideales improvisados para amparar la vocación que sentía por la violencia y el crimen. Si era verdad que la guerra civil seguía, sus formas habían cambiado por completo.

—A ver si lo he entendido… —dijo Pantera tras dar varios bocados —. ¿Me estás diciendo que a los bandidos, rebeldes y demás los manejan desde la política? ¿Que detrás de los atracos a trenes y bancos hay diputados, gobernadores y sheriffs?

—«Manejar» no es el verbo apropiado —contestó Miller—. Digamos que los políticos instigan y dan cobertura. Pero no solo ellos, los periodistas son su apéndice. La banda James-Younger no se hubiera convertido en legendaria si un tal John Newman Edwards no hubiera glorificado sus gestas en El Kansas City Times y en otros periódicos de…

—¿Edwards? —lo interrumpió Pantera— ¿Estuvo por casualidad en México con el general Shelby y con Timberlake?

—Sí, creo que sí. En cualquier caso, los periodistas no son otra cosa que siervos de los políticos, a su vez controlados por industriales o por latifundistas, dependiendo del partido. Luego está el Ejército, que ofrece a los industriales pedidos de suministros y a los políticos el control del país. Al presidente Grant lo acusan de corrupción por invitar a los senadores a güisqui y putas, pero el que venga después no va a ser mejor. Esto no es más que un estercolero al que llaman de vez en cuando «América» o «democracia». Nosotros somos el último escalón, la peonada.

—Tú también hablas como un político.

—Hay que adaptarse a la situación. Deberías escuchar a Frank James. Hace poco vino a vernos, a mis hombres y a mí, para tratar de convencernos de que lo mejor es seguir con los demócratas tradicionales y repudiar a los disidentes. Era tan elocuente como un diputado, pero estaba claro que venía aleccionado por Edwards y sus socios. También está claro que lo de él y su hermano es un suicidio. Hacen caso de Jo Shelby, ese viejo borrachuzo que habla de convertir a los forajidos en el nuevo ejército confederal y movilizarlo en la primera ocasión que se presente.

—Tú, sin embargo, no.

—Yo conozco el futuro de Estados Unidos: hierro, carbón, ferrocarril, armas y ganado. Pero no quiero dejarme enredar con los tejemanejes de los politicastros. Tengo información sobre un banco de

Huntington, en Virginia Occidental, prácticamente indefenso. Me haré con el botín y me jubilaré.

Miller miró directamente al mexicano por primera vez.

—Espero que te unas a nosotros. En Huntington nos haremos ricos.

—No, no me uniré a vosotros. —Pantera lanzó lejos la hogaza a medio comer y se levantó. Se sacudió de los pantalones las migas de pan y las briznas de hierba—. Pronto oscurecerá y quiero estar en Lawrence antes de que sea noche cerrada. Gracias por salvarme la vida. Me olvidaré de Huntington y de todo lo que me has dicho.

—Me fío de ti. Piensa que cuando leas esta historia en los periódicos yo ya seré rico.

—¿Y si sale mal?

—Pues me veré obligado a volver con los James y con Younger. Yo no puedo llevar una vida normal, pero tampoco hacer frente a demasiados enemigos. Han matado a Bud McDaniel para mandarme una advertencia, espero poder reunir los dólares necesarios para no tener que doblegarme.

Mientras Pantera se alejaba, Miller le dijo:

—No tienes caballo. Díselo al granjero, te venderá uno.

—Eso pensaba hacer.

Fue fácil conseguir un caballo del campesino huraño, y también un revólver: un Colt Navy del 51 modificado que disparaba cartuchos, no pólvora y balas. Pantera compró además una funda y un cinturón. No estaba acostumbrado a llevarlo, pero era muy cómodo para los cartuchos. Se lo colocó bajo el guardapolvo.

La tarde ya caía y Lawrence estaba lejos. Pero aunque llegara al amanecer quería respuestas de los McParland, y las iba a obtener.

16

ENGAÑOS

Pantera llegó a Lawrence, la ciudad que doce años antes había sido saqueada por los guerrilleros sudistas del capitán Quantrill, cuando ya clareaba el día. Lawrence había crecido una barbaridad desde entonces, hasta el punto de que se había convertido en una pequeña capital del comercio y de la especulación inmobiliaria. Durante el día su arteria principal, la calle Massachusetts, no estaba menos concurrida que las avenidas centrales de San Luis o de Chicago, por ejemplo. El suntuoso hotel que representaba en cierto modo el monumento a tanta riqueza, el Eldridge, rebosaba durante todo el año de hombres de negocios, abogados llegados del Este, personalidades políticas y damas vestidas a la moda parisina. La clase acomodada coincidía allí con diputados y aventureros.

Sin embargo, a esa hora la localidad ofrecía una imagen espectral, sobre todo en la periferia, donde residían los obreros y los inmigrantes, cuyas casas eran todas de madera y tenían un aspecto decrépito. Y lo mismo la estación de tren y el enorme depósito de agua, erigido sobre unos postes.

El Armitage, el hotel en el que se alojaban Pantera y los McParland, estaba justo al lado de las vías y era de ladrillo. No se veía ni una sola luz encendida, pero dio con la entrada gracias a la claridad que se estaba abriendo paso en el cielo. Tiró varias veces del cordón de la campanilla y esperó. Lo tranquilizó el hecho de que su Nganga estaba allí y percibió su saludo, moderadamente alegre.

Al principio no vino nadie a abrir. Finalmente, cuando el mexicano ya estaba examinando las ventanas en busca de una que pudiera forzar, una mujer joven y consumida, en camisón, entreabrió la puerta.

—¿Le parece que estas son horas de venir? —preguntó con voz desagradable y ronca—. Además, no hay habitaciones libres.

—Yo ya tengo habitación. Deben de haberla reservado a mi nombre los señores McParland.

—¿McParland? No me suena ese apellido. Váyase o haré que venga mi marido.

Pantera no se alteró, entre otras razones porque algo le decía que no había ningún marido.

—Piense bien. Son dos hombres jóvenes, rechonchos, muy parecidos entre sí… Uno de ellos probablemente todavía lleva una mano vendada.

—¡Ah, los señores McKenna! —exclamó la mujer. Sus ojos azules brillaron como si aflorara en ellos un grato recuerdo y su voz se suavizó un poco—. ¿Por qué los llama McParland? Sí, estuvieron aquí, pero se marcharon casi de inmediato. En efecto, si es el amigo del que hablaban hay una habitación para usted. Y también una nota que debo darle.

Pantera siguió a la mujer por el vestíbulo del hotel, iluminado por una lámpara que había sobre el mostrador. Notó que ella, a pesar de la hora, no parecía tener sueño; tal vez, por los motivos que fuera, no dormía demasiado. Observó también, a pesar de los amplios pliegues del camisón, que tenía un cuerpo esbelto e interesante. Todo daba pie a pensar en una vida diferente a la de una burguesa común, titular de una empresa modesta y en su caso prácticamente arruinada, a juzgar por la extrema pobreza del mobiliario.

Tuvo tiempo de contemplar a la mujer mientras ella cogía una llave de un panel y buscaba una pequeña hoja en una cajonera. Cuando le entregó la llave y la nota acompañó el gesto con una sonrisa afable.

—Su habitación es la segunda a mano derecha, en el piso de arriba. Las escaleras están detrás de usted. Yo duermo abajo, si necesita algo hay un cordón junto a la mesita de noche. Oiré la campanilla.

No solo había salido de escena el marido imaginario, sino que la acogida era más digna de un hotel de primera clase que de una casucha en la que las tablas crujían bajo los pies. Pero Pantera estaba demasiado cansado, y demasiado deseoso de reunirse con el Nganga, como para sacar de eso las debidas conclusiones. Se limitó a decir amablemente:

—Le agradezco, señora…

—Señora Kelly.

—Le agradezco, señora Kelly, su disponibilidad. Creo que no necesitaré nada más. ¿Mis amigos le han dicho dónde iban?

—No, pero creo que lo han escrito en la nota.

—Ya, es posible. ¿Podría darme una vela?… Gracias, buenas noches.

La habitación era pequeña pero cómoda, con todo lo esencial, incluida una lámpara de queroseno. Tras encenderla y apagar la vela Pantera buscó la bolsa con el Nganga. La encontró bajo la cama, alta y con mantas que en apariencia estaban bastante limpias. El Santo parecía que se hallaba en buenas condiciones. Arregló unas hojas secas, empujó hacia abajo un hueso que sobresalía demasiado y limpió

la vasija con un pañuelo. El Nganga recompensó sus atenciones eliminando en él las señales de cansancio. Pantera canturreó una breve oración en señal de saludo y de reconocimiento.

Hurgando entre las demás cosas que había en la bolsa descubrió un objeto que él no había metido allí. Era un lujoso Smith & Wesson modelo 3, de calibre 44 American, parecido al revólver que llevaba consigo al comienzo de la aventura, con cañón, tambor y gatillo negros, y el resto dorado. Había asimismo una caja de cincuenta proyectiles marca Winchester, especialmente fabricados para ese tipo de arma. Se sintió feliz por volver a estar en posesión de un revólver digno de tal nombre. Sin embargo, pensó, si los McParland le hacían un regalo así debía de haber un motivo.

Se aproximó a la lámpara, que había colocado sobre un pequeño escritorio de persiana, y abrió la hoja que la dueña del hotel le había dado. Eddie McParland (no cabía duda de que la nota era suya) no había desperdiciado palabras:

JJ está en Chicago y amenaza a AP. Nosotros vamos allí. Para ti: Hotel Eldridge, mañana, señor Carl Schurz a las 16 horas. Nuevas órdenes de él. Pasa por la agencia en Filadelfia. Vuelve a Tamaqua antes de septiembre.

La cita para el día siguiente (mejor dicho, para ese mismo día, dada la hora que era) estaba clara. En cuanto a la primera frase, evidentemente significaba que Jesse James se encontraba en Chicago para matar a Allan Pinkerton. Pantera admiraba las agallas del bandido, aunque dudaba de que fuera a tener éxito en su intento. El mexicano tenía demasiado sueño para pensar en todo eso. Posó el Smith & Wesson en una silla junto a la cama, se quitó las botas, apagó la lámpara y se echó en la cama. Sonrió al pensar que la dueña probablemente estaba esperando en la planta baja que hiciera sonar la campanilla o que llamara a su puerta. Se durmió casi al instante.

Lo despertó un rayo de sol que se filtraba a través de la contraventana y le quemaba los párpados. La luz era intensa y desde el exterior llegaban los ruidos habituales de una ciudad laboriosa. Alarmado, Pantera miró el reloj de bolsillo; era casi mediodía, podría haber sido peor. Se levantó de la cama y meó en el bidón con tapa cóncava y un agujero en el centro. Después llenó de agua con la jarra la palangana del tocador y se lavó la cara con prisa. No había jabón, era un lujo para aquel tugurio. Estiró las arrugas del guardapolvo, se calzó las botas y guardó el revólver en la cintura antes de descender a la planta baja con la bolsa del Nganga en la mano derecha.

No halló a la patrona de la casa tras el mostrador, sino que salió de la cocina cuando él bajo. Sonreía, hasta donde se lo permitía el fino cigarro que tenía en la comisura de los labios.

—Usted necesitaba descansar y no he querido despertarle. Me imagino que tendrá hambre. Estoy preparando alubias, huevos y

tocino ahumado. Si le apetece ahí está el comedor.

—Sí, me apetece. Salgo a ver cómo está el caballo y vuelvo.

El animal con el que Pantera había cabalgado para llegar hasta allí seguía atado al porche del Hotel Armitage y tenía hambre. Sin dejar la bolsa, el mexicano lo condujo hasta la primera calle que encontró, adyacente al edificio principal del ferrocarril. Se trataba de una estación de la Wells Fargo, que también prestaba otros servicios. Pagó a un mozo de cuadra la tarifa correspondiente por la custodia de su montura y volvió sobre sus pasos.

En el hotel lo recibió un agradable olor a fritura. Al entrar en el comedor reprimió una mueca de desaprobación. Confiaba en que el alojamiento, por lo mísero que era, no tuviera más huéspedes, pero el caso es que allí había cuatro, a la espera de un plato caliente. Entre ellos destacaba, en la cabecera de la mesa y con las manos entrelazadas sobre el mantel limpio, un viejo alto, con un sombrero ancho en la cabeza y una barba blanca y rizada que llegaba a tapar su corbata. A la izquierda del anciano estaba sentado un hombre mucho más joven, con el rostro estropeado por la viruela. Tenía una cabellera negra que le caía por la frente y ojos de color azul celeste, el único elemento agradable en su cara maltratada. Los otros dos eran jóvenes de expresión poco despierta y pinta de vaqueros o de jornaleros. También sus manos gruesas y su constitución delgada y robusta parecían propias de pueblerinos. Por la nariz no se asemejaban en nada; grande y verrugosa la de uno de ellos, chata la del otro. En los rostros de ambos la escasa pelambrera de la barbilla se veía compensada por las pobladas patillas y el cabello rubio y revuelto.

La recepción que todos ellos le dispensaron a Pantera no fue de las más entusiastas. Dejaron de conversar y los escrutaron a él y a su bolsa con mirada recelosa. El mexicano no le dio importancia. Había media docena de sillas y dos estaban libres. Eligió la situada al lado del viejo y dejó la bolsa en el suelo. Hubo un silencio largo y embarazoso que acabó rompiendo el anciano.

—Hola, me llamo Bennett y vengo del condado de Amador, en California. ¿Usted es negro?

—No, soy mexicano —afirmó Pantera, hastiado de esa pregunta recurrente. Al cabo de un instante recordó un viejo artículo de periódico.

—La guerra de Amador. Fue hace tres o cuatro años, me parece. ¿Vino antes o después de aquello?

La pregunta no fue del agrado de Bennett, que entrecerró los ojos. Hasta sus párpados estaban llenos de arrugas.

—Después. Por asuntos míos.

El hombre desfigurado por la viruela miró al anciano con gesto de sorpresa.

—¡Maldición, John! ¡Llevamos una semana comiendo alubias juntos y es la primera vez que escucho que participaste en la guerra de Amador!

—No participé, estaba allí porque nací allí, eso es todo. Si vais a insistir con ese asunto me iré a comer a otra parte.

En ese momento llegó la patrona con los primeros platos humeantes. Los depositó ante Pantera y uno de los jóvenes, como si estuviera escogiendo a sus dos clientes favoritos. El mexicano se percató de que el camisón había sido reemplazado por un vestido menos transparente pero igualmente escotado. Cuando ella le estaba sirviendo se encontró con dos grandes pechos que tenían una maraña de estrías y se balanceaban a un palmo de su nariz. Eso le provocó menos excitación que el tocino chamuscado que flotaba entre las alubias. Pero debía admitir que la mujer tenía una sonrisa cautivadora y una fisionomía que denotaba sinceridad. Lamentó no disponer de tiempo para profundizar en su conocimiento.

Mientras tanto el hombre de la viruela estaba diciéndole al viejo:

—Ten en cuenta que yo vengo de Central City, en Colorado. He pasado por cosas peores. Ahora solo me queda la esperanza de las minas de Pensilvania. Lo único que sé hacer es excavar, pero pasar del metal a la antracita no me supone un problema.

Bennett escupió en el suelo. Una mancha negruzca se coaguló y desapareció entre las tablas del pavimento.

—Yo no era minero, Bob, y de todos modos no sé si estábamos del mismo lado. Limítate a comer.

El otro debía de ser de naturaleza parlanchina, porque hizo oídos sordos. Se llenó la boca de tocino, pero eso no sirvió para que guardara silencio.

—En mi tierra las cosas no fueron como en California, allí tenéis el problema de los chinos, que se multiplican como conejos y trabajan por unos centavos. En cambio, en Colorado…

—Yo no tengo ningún problema.

—En cambio, en Central City el Sindicato de Mineros está en manos de los pordioseros que vinieron de Cornualles. Ningún irlandés con sangre en las venas querría tratar con esos aldeanos disfrazados de mineros. Se necesita un sindicato serio, de lo contrario los salarios seguirán cayendo. Yo voy a Pensilvania porque he oído que allí la gente de Irlanda se hace respetar.

La patrona, que volvía en ese instante con un pan bajo el brazo, sacó el cigarro de la boca y sonrió.

—¿Eres irlandés, Bob? ¿Y no me lo has dicho hasta ahora? ¡Yo soy de Leitrim! ¡Te has ganado una jarra de cerveza gratis! —exclamó la mujer, que seguidamente se dirigió a los demás comensales—. Hay también para ustedes, por supuesto. Pero ya saben que la cerveza no

está incluida en la pensión completa, se paga aparte. ¿Quién quiere una?

Todos querían, también Bennett y Pantera. La patrona se marchó meneando el culo ligeramente, por una arraigada costumbre. En cuanto la vio salir del comedor uno de los vaqueros dijo:

—Solo hay un sindicato serio: Las Cinco Estrellas. Organiza a los ferroviarios, a los mineros, a los obreros y a los jornaleros. Todo lo demás da risa.

El otro joven golpeó con la mano la mesa y fulminó con la mirada a su compañero.

—¿Te has vuelto loco, Herbie? ¡Las Cinco Estrellas ni se nombra!

—¿Las Cinco Estrellas? ¿Qué se supone que es? —preguntó Bob, aguijoneado por la curiosidad, aunque el ímpetu por retomar el tema anterior era demasiado fuerte—. ¿Quién se va a fiar de un sindicalista de Cornualles? Eso es como si a John Bennett le proponen entrar en una organización sindical de chinos. ¿Cómo pensáis que…?

Nadie se esperaba la explosión de cólera con la que reaccionó el viejo barbudo. Escupió todas las alubias que tenía en su desdentada boca, se puso en pie, buscó en su cintura una pistola que no tenía y farfulló:

—¡¿A mí me vais a hablar de sindicalistas?! ¡Esos hijos de puta están infestando el país de punta a punta! ¡Me han arruinado, que el demonio se los lleve! ¡Pero al menos ese cabrón comunista de McMenomy ha recibido su ración de plomo!

De pronto Pantera recordó las crónicas periodísticas de años atrás. Amador City, California. Triunfa una huelga de mineros a pesar de la intervención del ejército. El gobernador que había pedido la intervención de las tropas pierde su puesto. Pero hay una secuela sangrienta. El encargado de una mina (¿Bennett? Sí, se apellidaba Bennett) reta en duelo, en el centro del pueblo, a un líder sindical apellidado McMenomy. Este tiene como cómplice a un contable de la compañía minera, que se oculta con un colt en la mano. Abren fuego los tres, Bennett mata al sindicalista y también a su amigo. Después se ve obligado a abandonar el pueblo, perseguido por una partida de hombres que ha reclutado el sheriff Durham, del Partido Demócrata. Se pierde su rastro.

El arrebato de Bennett los dejó anonadados a todos. El viejo, que temblaba de ira, a punto estuvo de darle una patada al Nganga (por suerte para él no llegó a hacerlo) y no embistió por poco a la patrona, que estaba regresando cargada de jarras de cerveza.

—¡Dejo este burdel! —le comunicó—. ¡Está plagado de gentuza!

La mujer se enfureció al escuchar eso.

—¡Burdel era el lugar donde trabajaba tu madre y donde tú naciste! —le contestó, pero el viejo ya estaba subiendo las escaleras y

no pudo oírla.

Ella, nerviosa aún, golpeó con las jarras la mesa, y el mantel a cuadros se empapó de espuma. Con todo, al cabo de un instante recuperó la sonrisa.

—Está bien, la cerveza para ustedes es gratis. Son buenas personas, no como ese viejo chocho. Ahora subiré para que me pague los dos meses que me debe. Y como monte un escándalo, el rifle de mi pobre marido sigue colgado en la pared de la cocina.

Pantera no prestó atención al hecho de que la mujer estaba reconociendo su condición de viuda, él ya lo daba por sentado. Quería terminar de comer para no llegar tarde a su cita en el Eldridge. Para que Bob diera rienda suelta a su monólogo, y así no tener que involucrarse él en la conversación, el mexicano preguntó:

—¿Qué son los comunistas? Los periódicos hablan de ellos de vez en cuando.

—Cosa de franceses y de alemanes —contestó Bob con autoridad mientras los dos jóvenes hundían la nariz en la cerveza—, de los eslavos también. Gente que quiere compartirlo todo, incluidas las mujeres. He oído que en el Este son numerosos, en Colorado no hemos visto ni uno.

Uno de los vaqueros comentó:

—Tampoco aquí, en Kansas. Aunque la idea de compartir las mujeres no me parece tan mala.

La patrona volvía en ese momento empuñando varios billetes.

—Cállate, puerco —recriminó al vaquero—. ¿Saben qué? Me ha pagado. Está recogiendo sus bártulos. Un hombre de su edad no debería permitirse decir obscenidades en el hotel de una buena católica.

Pantera ya había acabado lo que tenía en el plato. Trasegó en pocos sorbos su cerveza, cogió su bolsa y se levantó.

—Yo también le pago, señora. Debo irme, y ya no creo que regrese.

La mujer reaccionó con un gesto de decepción.

—¿En serio? Vaya, lo siento. Es usted un hombre amable… para ser medio negro. Sus amigos también lo son, no se nace irlandés por casualidad. Lo acompaño hasta la habitación, así veo si ese viejo sinvergüenza ya se ha largado.

—No, no necesito subir. Tengo aquí mi bolsa y el dinero.

—Venga, venga conmigo —le dijo la mujer. Ya casi había terminado su cigarro, lo tiró al suelo antes de que le quemara los labios y aplastó con el pie la colilla—. Es mejor que nos aseguremos de que no se ha dejado nada.

Pantera se despidió con la mano de los tres comensales, que respondieron al saludo con gestos fugaces. Bob ya estaba despotricando de nuevo.

—Ya sé que los que sois de campo tenéis como ídolos a Jesse James y a su hermano. Bueno, no digo que no sean buenas personas, pero si queremos que la gente pobre sea tenida en cuenta realmente…

El mexicano y la mujer se cruzaron en las escaleras con Bennett, que seguía furioso. Apuntó con el dedo a la patrona.

—¡Algunos están tratando de subvertir las bases de este país! ¡Y tú, puta, eres su cómplice! ¡Pero pronto llegará la hora de la verdad y yo recordaré con quién estabas!

—¿Conque esas tenemos? ¡Te vas a enterar, pedazo de sinvergüenza!

La mujer agarró a Bennett por la barba y tiró de ella con fuerza. El viejo se desequilibró y cayó hacia adelante. Bajó los peldaños rodando ruidosamente con el petate que llevaba en la mano. Se quedó gimiendo a los pies de la escalera.

Bob se asomó desde el comedor.

—¿Qué pasa? ¿Han llamado a la puerta?

—Lo que pasa es que este cabrón se marcha —contestó la mujer—. Échalo fuera, y echa fuera también sus porquerías. No quiero volver a verlo.

La patrona empujó a Pantera hacia el rellano y seguidamente lo llevó hasta la habitación que le había asignado. Cerró la puerta por dentro.

—Aquí estamos lejos de esas bestias. ¿De cuánto tiempo dispone?

El mexicano, que adivinó las intenciones de la mujer, abrió la tapa de plata de su reloj de bolsillo.

—De un cuarto de hora escaso. Muy poco para…

—A mí me basta con cinco minutos. Es un regalo que te hago porque me gustas.

—No es el momento, no estoy excitado.

—Espera antes de juzgar —dijo la mujer, que se quitó la blusa y se desabrochó el corsé. Sus pechos eran más firmes de lo que parecían, a pesar de las estrías de su piel. Los agarró con las manos y los levantó. La mujer mostraba con su sonrisa una dentadura amarilla pero en buen estado. En líneas generales era atractiva, a pesar de su rostro arrugado—. ¿Así está mejor? Por tu mirada diría que sí. Me llamo Deirdre, Deirdre Kelly. Ahora bájate los pantalones, del resto me encargo yo.

—Espera —contestó él.

Dejó el Nganga fuera de la habitación. Llevar a cabo actos sexuales en presencia del Santo hubiera sido un sacrilegio. Aprovechó para deslizar el Smith & Wesson bajo la bolsa. Después volvió dentro, con el cinturón ya desabrochado.

La mano de ella estaba caliente y se movía al ritmo adecuado. Tenía las uñas sucias y largas, tanto que lo arañó un poco. Pantera no

dio importancia al dolor ni a la gota de sangre que salió del arañazo. Mientras jugueteaba con sus pezones le preguntó:

—¿Pero qué placer encuentras en esto?

Deirdre acercó sus labios al oído de Pantera.

—Ya te lo he dicho, lo hago porque me resultas agradable. Y para una viuda de mi edad solo con verlo me trae buenos recuerdos.

—¿Cuántos años tienes? ¿Cuarenta?

—Más o menos —dijo Deirdre acentuando su sonrisa—. ¡Dios bendito, cuánto tenías! Debe de hacer bastante que no estás con una mujer. —Le dio un pequeño beso en la mejilla y corrió hacia la palangana, que aún estaba medio llena, para lavarse los dedos—. ¿Estás mejor ahora?

Pantera no respondió, pero se sentía relajado. Demasiado. Mientras se abrochaba los pantalones, le preguntó:

—¿Pero de verdad no eres capaz de encontrar un hombre? No me lo puedo creer.

Deirdre, con los pechos aún desnudos, cogió del lavabo un trapo, lo humedeció en el agua sucia y se agachó para limpiar el suelo donde las tablas se habían manchado.

—Es difícil dar con alguno que sea guapo o amable. Todos te rondan cuando eres viuda, pero enseguida notas el desprecio por el hecho de que no te volviste a casar. Si encima no tienes hijos, el desprecio es aún mayor. Este es un país de hipócritas, ¿sabes?

—¿Me consideras amable?

—No demasiado, pero te comportas como es debido —aseguró Deirdre mientras se ataba la blusa—. También tus dos compañeros eran educados, dos auténticos caballeros.

En los labios de Pantera afloró una sonrisa maliciosa.

—¿También se lo has hecho a ellos?

—No, no, tenían una prisa del diablo. Dame un cigarro si te quedan. Y luego vete corriendo, el cuarto de hora ya ha pasado y vas a llegar tarde.

Pantera consultó su reloj. Efectivamente, el tiempo había pasado volando. Le lanzó un cigarro a la mujer, recuperó la bolsa y el revólver y bajó las escaleras casi a la carrera. Ni Bob ni ninguno de los dos vaqueros salieron del comedor. Una vez en la calle, un pensamiento latente se abrió camino en la mente del mexicano y le generó inquietud. Lo que le había hecho Deirdre parecía gratuito, demasiado gratuito en un contexto en el que por lo visto había hilos secretos que unían incluso los sucesos más insignificantes. Pero era inútil que se devanara los sesos por una eyaculación obtenida por la vía rápida. El Nganga no emitía señales claras de peligro inminente. Si había algo tras aquello saldría a la luz a su debido tiempo.

La calle Massachusetts bien podría ser una calle céntrica de

Baltimore, al menos, si no de Nueva York. Tenía una amplia superficie adoquinada, edificios de ladrillo todos ellos, bancos que parecían teatros y teatros que parecían templos griegos. Era un ir y venir de carruajes y calesas, corrillos llenos de chisteras, damas con sombrillas vestidas a la francesa… Los únicos pobres que se veían eran negros, ocupados en labores fatigosas o, vestidos con ropa de terciopelo poco indicada para la estación calurosa del año, regulando el acceso a sedes de empresas y a hoteles.

Estos últimos eran numerosos y opulentos, pero el Eldridge destacaba entre todos por sus pequeñas terrazas con barandillas doradas, sus extravagancias arquitectónicas, sus torretas y su tímpano central. El loco que había ideado su construcción debía de tener en mente, más que los templos atenienses, algún palacio morisco. Las puertas eran numerosas y todas de cristal. La muchedumbre de señores con chistera y bastón de paseo agolpados frente a la entrada principal parecía impenetrable.

Pantera vio que había una entrada menos concurrida que las otras y se dirigió a ella. Un negro reluciente por el sudor, con un ridículo tricornio en la cabeza y una librea verde, le bloqueó el paso de inmediato.

—Señor, no creo que usted sea cliente del Eldridge. Si desea hospedarse aquí, me temo que el hotel está completo. Si es usted un exterminador de ratas, debe entrar por la parte de atrás.

¡Exterminadores de ratas también allí! Pantera disimuló su sorpresa.

—Estoy citado a las cuatro de la tarde con el señor Carl Schurz. Son las cuatro pasadas y tengo un poco de prisa.

—¿El senador Schurz? —preguntó el negro abriendo mucho la boca—. En efecto, está en el hall. ¿A quién debo anunciar?

—Dile que soy el hombre al que está esperando, solo eso.

—De acuerdo, señor. Pero usted aguarde aquí, haga el favor. Si entra, me pondría en un aprieto.

El negro desapareció en el interior del hotel. Pantera posó la bolsa junto a una columna y cruzó los brazos. Miró a su alrededor, ninguno de aquellos caballeros de trajes oscuros parecía haberse fijado en él. El calor vespertino se estaba haciendo realmente sofocante. El mexicano se aseguró de desabrocharse el impermeable, abultado a la altura del vientre debido al Smith & Wesson.

No había pasado ni un minuto cuando reapareció el hombre del sombrero de tres picos.

—Entre, señor. Lo acompañaré hasta donde está el senador Schurz.

En el hall, de techo altísimo e iluminado por grumos de lámparas de aceite ocultas en gotas de cristal, la atmósfera estaba cargada. Flotaba en ella el humo de los cigarros y aromas tropicales, así como

un vaporoso olor a humedad que quizás provenía de las alfombras. El gentío era mucho menor que en el exterior y había un buen número de damas con velos y sombreritos. Estaban sentadas, en compañía de caballeros vestidos de negro y gris, en pequeños sofás dispuestos entre las columnas semiocultas por plantas de helecho. Había estuco por todas partes, incluso bajo el mostrador de la recepción.

—Sígame, el senador Schurz está al fondo. Se encuentran con él el juez Palmer y otros amigos suyos.

Una ligera vibración del Nganga le hizo saber a Pantera que tenía que mantenerse en guardia, aunque no supo por qué. Schurz debía de ser el hombre de botines amarillos, barba roja y amplia, y corbata grande y negra que estaba yendo a su encuentro. El juez Palmer debía de ser el jorobado al que le estaba costando levantarse de un canapé. Un tercer hombre que le daba la espalda hurgaba entre los cojines como si hubiera perdido algo.

—Buenas tardes, senador Schurz. Creo que deberíamos hablar a solas.

El político abrió como platos sus ojos azules y miopes tras los quevedos, parecía que nunca antes había escuchado algo que se le antojara tan absurdo.

—¿A solas? ¿Te van las bromas, mexicano? Juez Palmer, ¿de qué se le acusa?

El jorobado ya se había liberado de los cojines.

—Una viuda llamada Deirdre Kelly asegura que este la violó.

Pantera comprendió la situación de inmediato. Abandonó la bolsa y buscó el revólver. El hombre que estaba de espaldas se giró de repente. Lo reconoció al instante, a pesar del tiempo transcurrido desde su último encuentro, en México. Era el sheriff Timberlake empuñando un Winchester. Lo amartilló con un ágil movimiento de la mano. Alrededor se oyeron varios clics y también algunos pequeños gritos femeninos.

—¿Tenemos pruebas, juez? —preguntó Timberlake—. No puedo detenerlo sin pruebas.

—La viuda Kelly afirma que mientras trataba de defenderse de la agresión arañó el sexo de este hombre. Además, guardó un paño manchado de sangre y de esperma.

—¡Qué puerco! —exclamó Schurz horrorizado.

—De acuerdo —comentó Timberlake con una sonrisa ladina—. Ya sabes lo que tienes que hacer, mexicano. Desabróchate lentamente la gabardina, tira todas las armas que lleves y bájate los pantalones. Las armas cógelas por el cañón.

17

EL SENADOR SCHURZ

Pantera no habría podido obedecer aunque hubiera querido. Era impensable que se bajara los pantalones con el Nganga en la bolsa que tenía a sus pies. Valoró dos opciones. La primera —sacar el Smith & Wesson y abrir fuego— la dejó de reserva, porque aunque disparara antes que Timberlake, lo cual no era imposible, en torno a él había más hombres armados. La segunda consistía en invocar al mpungu apropiado, que en ese caso quizás era Zarabanda, a quien su madre en Haití llamaba Ogoun Ferraille y que para los cristianos eran san Pedro. Tenía poder sobre cualquier objeto metálico, tal vez sería capaz de hacer que se encasquillaran las armas de los enemigos o desviar la trayectoria de los proyectiles. Esta solución parecía la más factible.

Su razonamiento duró apenas un segundo y fue relevado por otro igualmente fulminante. Seguían llegando señales de peligro del Nganga, aunque eran suaves, lo cual significaba que Timberlake y los suyos no tenían realmente intenciones homicidas. Además, si el propósito fuera matar a Pantera no habrían montado ese numerito. Estaba claro que querían obligarlo a hacer algo. Tanto mejor; la situación seguía siendo escabrosa, pero había margen de maniobra.

El mexicano, relajado, en lugar de obedecer cruzó los brazos y miró fijamente al sheriff.

—No me voy a bajar los pantalones. No es necesario, tengo el rasguño que están buscando. Decidan ustedes si eso es la prueba de una violación.

—¡Malnacido, te he dicho que entregues las armas! Contaré hasta cinco…

—Normalmente solo se cuenta hasta tres, y es raro pasar por alto el cuatro. De todas formas, tal vez el senador Schurz sea capaz de decirme antes del cuatro qué es lo que se trae entre manos.

La mirada de Timberlake se volvió furibunda y gritó:

—¡Vas a morir, cerdo!

El percutor de su Winchester ya estaba levantado y su dedo índice acariciaba el gatillo. Pero solo lo acariciaba.

—Sheriff, tenga en cuenta que yo no me estoy resistiendo —replicó Pantera afablemente—. Tomo nota de la acusación de violencia carnal en la persona de la señora Deirdre Kelly. En cuestión de segundos seré

suyo y podrán quitarme el revólver, antes únicamente quisiera saber lo que el senador Schurz quiere de mí. Ustedes, mientras, pueden ir contando hasta cuatro, y cuando lleguen a cuatro disparen.

Timberlake, cianótico, estaba dispuesto a abrir fuego realmente, pero Schurz dio un paso para interponerse entre él y Pantera, y le dijo al sheriff:

—Déjelo, ha admitido su culpabilidad y ha declarado que se rinde. Matarlo sería un acto ilegal. —El senador descargó sobre el mexicano una mirada que traslucía una sutil ironía—. Amigo, el juez Palmer, aquí presente, desea interrogarte en privado y pide que yo actúe como testigo. Jura que no harás uso de las armas que tienes en tu poder y podrás conservarlas. Yo solo quiero saber la verdad.

El juez, confundido, miró a su alrededor. Estaba claro que no entendía ni una palabra.

—Se lo juro —le contestó Pantera a Schurz con toda la solemnidad que pudo reunir—. Lo que le hice a la pobre viuda empieza a pesar en mi conciencia. Sincerarme con usted, senador, quizás en una sala privada de este hotel, posiblemente me aliviaría.

Schurz frunció el ceño.

—Que así sea. Me arriesgaré personalmente. Juez Palmer, venga conmigo. Y usted, sheriff Timberlake, espere fuera de la sala con sus ayudantes. Intervenga solo en caso de peligro.

Nadie en el hall había escuchado ese diálogo, pero la mayoría recibió con un suspiro de alivio el momento en el que bajaron los rifles y los revólveres volvieron a sus fundas. Pantera cogió su bolsa, Timberlake lo agarró por el cuello y lo empujó para que echara a andar. No se resistió, sabía que resultaba indispensable mostrar un poco de violencia con él en aquella puesta en escena. Lo importante era que no lo desarmaran.

Fue conducido a una sala destinada a servir desayunos y a encuentros privados. Las alfombras estaban superpuestas unas sobre otras y las cortinas de terciopelo rojo, a ambos lados de la ventana, cubrían con sus pliegues y flecos dorados toda una pared. Sobre una mesa con superficie de mármol rosa, rodeada de numerosas sillas, había varias copas de cristal y una botella barriguda de Miller's Extra, el mejor bourbon de todo el Oeste. Pudiera ser que el amplio sofá que había en el lado contrario de la chimenea estuviera destinado a encuentros galantes. El espacio restante lo ocupaba un piano de cola.

—De modo que existen pruebas de que este mexicano es responsable de un acto de violencia carnal —comenzó diciendo el juez Palmer tan pronto como Timberlake se marchó—. Si yo fuera usted, senador…

—Si yo fuera usted, juez, me quitaría de en medio. Y esperaría fuera a que yo lo llamara.

El juez, desconcertado, retrocedió hasta la salida y preguntó dócilmente:

—¿Debo cerrar la puerta, senador? Ese hombre sigue armado y quién sabe lo que guarda en esa bolsa.

—Mejor sí, ciérrela. Pero manténganse al alcance de mi voz.

Schurz se acercó a la mesa mientras el hombrecillo se marchaba. Alzó la botella de güisqui y examinó la transparencia del líquido con la luz vespertina que entraba desde la calle Massachusetts.

—Parece bueno —comentó, y llenó dos vasos.

Pantera siguió agarrando la bolsa del Nganga con la mano diestra y se llevó el vaso a los labios con la izquierda. El licor tenía un aroma fuerte y suave al mismo tiempo.

—¿Qué quiere de mí?

Schurz bebió el güisqui de un solo trago y se secó los labios y los extremos del bigote con la punta de la lengua.

—Te lo diré en breve. Antes tengo que preguntarte si tienes una idea precisa del número de intrigas en las que estás involucrado.

Pantera hurgó en su bolsillo. Notó que Schurz se sobresaltaba y para tranquilizarlo sacó rápidamente un cigarro y una caja de cerillas. Encendió el puro y aspiró una calada.

—Senador, si sabe quién soy sabrá también que no soy el que dirige el juego. Mi papel, si tengo alguno, es el de ejecutor. Como mucho podría decirle cuánto entiendo de todo este embrollo.

—Sí, dímelo.

—Se está librando una lucha por el control político y económico de este país, y la podredumbre se extiende desde el presidente Grant hasta anónimos sheriffs de pueblos perdidos. Las fuerzas sobre el terreno son, por un lado, los industriales del Norte, el grueso del Ejército, los ganaderos y una parte de los latifundistas del Sur, que buscan una alianza que aproxime a los dos partidos con los que siempre se han identificado: el Partido Republicano y el Partido Demócrata. En el bando opuesto están el resto de propietarios agrarios sureños, los grandes y sobre todo los pequeños, además de los demócratas populistas, las organizaciones obreras y forajidos como la banda James. A su lado hay, paradójicamente, algunos republicanos extremistas, que acatan la política seguida hasta ahora por su partido. El conflicto es tan grande que incluso hay división entre los bandidos que dicen que actúan en nombre del pueblo. Clell Miller y probablemente también Cole Younger están a favor de la alianza, mientras que los hermanos James están en contra, y no solo ellos.

—¿Quiénes más?

—Forajidos irlandeses que tal vez conozca: los Molly Maguires. Actúan contra las compañías mineras de Pensilvania más o menos como Frank y Jesse James atacan a las sociedades ferroviarias en

Misuri o en Kansas.

—Sí, los conozco, vaya que sí —aseguró Schurz, que parecía impresionado por la perspicacia de su interlocutor, aunque trataba de ocultarlo. Acabó de un sorbo su güisqui y se sirvió otro—. Para ser un simple ejecutor, digamos un sicario, tienes la intuición de un político consumado. ¿Qué sabes de mí?

—Nada. ¿Y usted qué sabe de mí?

—Si no todo, creo que mucho. Te llamas Pantera, eres un afamado palero y practicas la brujería. Mataste a muchas personas en Texas y te buscan por el asesinato de un ranger. Durante la guerra estuviste con los rebeldes sudistas, pero poco después los traicionaste. Luchaste en México del lado de Benito Juárez. Luego llegaste a Pensilvania y la Agencia Pinkerton te ha contratado y te ha infiltrado entre los mineros. La propia Pinkerton te ha mandado aquí para ciertos asuntos suyos. ¿Voy bien?

—En general sí —contestó Pantera evitando exponerse. Lo cierto era que no esperaba que el senador tuviera una información tan precisa sobre él—. Lo que no entiendo es por qué se me concede tanta importancia. Primero intentaron implicarme en el asesinato de McDaniel y ahora la acusación de violencia carnal, otro intento de incriminarme. ¿Por qué tienen tanto interés en mí?

—Por varias cosas, pero sobre todo por lo que llevas ahí. —Schurz indicó la bolsa del mexicano—. Los estúpidos dicen que tienes poderes sobrenaturales. Yo no lo creo, pero nunca descarto ninguna hipótesis. ¿De verdad eres un hechicero?

—Soy un hombre religioso. ¿En qué forma podría serle útil?

Schurz suspiró. Fue hasta el piano, levantó la tapa y pasó sus dedos por el teclado. Arrancó algunas notas, sorprendentemente armoniosas por el grosor de sus dedos.

—¿Sabes que en el pasado fui un buen pianista? Apuesto a que no. Mi vida ha sido tan complicada como la tuya. En Alemania, en 1848, yo era un revolucionario, como lo fue Pinkerton en Inglaterra. América nos cambia a todos.

Pantera resopló.

—Vayamos al grano.

Schurz cerró de golpe la tapa sobre el teclado y apuntó al mexicano con el extremo de su barba.

—Está bien. Como eres inteligente habrás notado la atención que hay en torno a ti y los sucesivos intentos de obligarte a hacer algo que aún no sabes qué es. Posiblemente has pensado que tiene que ver con tu oficio de pistolero a sueldo. Falso. El sicario Pantera interesa a pocos, el palero Pantera interesa a todos.

—Senador, me acaba de decir que considera estúpidos a los que creen en lo sobrenatural —comentó Pantera. Su tono fue sarcástico,

pero eso no denotaba otra cosa que cautela—. Y ha venido a decir que es usted posibilista, lo cual es casi lo mismo. En resumidas cuentas, ¿qué quiere de mí?

—Posibilista —Schurz saboreó la palabra como saboreaba el güisqui—. Nunca había visto a un mestizo que usase términos como «posibilista»—. Enderezó los lentes sobre la base de la nariz—. Señor Pantera, necesito concretamente tus servicios como hechicero. No todo lo que está pasando en Estados Unidos es normal, cada oleada de inmigrantes que llega aquí trae consigo sus propios mitos. Los irlandeses se hacen pasar por católicos, pero practican ritos paganos. Los alemanes como yo traen en sus alforjas algunos de sus tratados de magia. En las minas adoran a ratas gigantes, y las ratas proliferan dondequiera que se coloquen las traviesas de una línea de ferrocarril en construcción o los cimientos de una fábrica. El carbunco se contagia a los humanos y les fosiliza la piel…

Pantera se encogió de hombros.

—Son fenómenos puntuales, no debería preocuparle.

—Pues me preocupan. Son formas de resistencia ante el progreso, reivindicaciones de identidades que una sociedad en proceso de industrialización no puede tolerar. Debe ser la moral protestante la que guíe a este país, ninguna otra. Es la única que tiene en cuenta debidamente las exigencias de la economía y no las demoniza. De ahí la verdadera naturaleza de tu misión…

—¿En qué consistiría?

—En descubrir cuál es la fuente de tantos fenómenos inquietantes y exorcizarla, combatir los espíritus que otros invocan con los espíritus de tu religión, disipar la atmósfera enfermiza que contamina esta fase importante de nuestra historia…

Pantera, que había terminado su cigarro, encendió otro y mojó los labios en güisqui. Esta vez Schurz no reaccionó en modo alguno ante sus gestos.

—Senador, tengo otros clientes que me están pidiendo cosas diferentes.

—Eso es lo que tú crees. Han sido los hombres de Pinkerton los que han hecho que llegaras hasta mí. No entiendo todos los movimientos de los Pinkerton, sobre todo los referidos a Clell Miller, pero sobre el propósito final y sobre la necesidad de recurrir a tus poderes estamos en gran parte de acuerdo. No es fruto del azar que Pinkerton fingiera que te creía cuando le dijiste que eras de su agencia, lo cual no es cierto. Le interesaba que lo fueras, de hecho.

Pantera se quedó parado con el cigarro en la mano.

—¿Quiere decir, senador, que todo eso que yo consideraba fortuito era premeditado?

—«Fortuito», «premeditado». —Schurz torció los labios—.

Definitivamente tienes un lenguaje distinguido, señor Pantera. El caso es que sí, no fue el destino el que reclamó tu presencia primero en Pensilvania y después en Kansas. Te necesitábamos.

—¿Entonces también los Molly Maguires…?

—Si hay algún grupo en el que estamos infiltrados de arriba abajo es ese. Los mollies dictan órdenes sugeridas por nuestros hombres. Pero no me preguntes a qué me refiero con «nuestros». Eres lo suficientemente perspicaz como para sacar conclusiones por ti mismo. Lo importante es que aceptes la misión que te propongo… mejor dicho, que te impongo.

—¿Y si me niego?

—Peor para ti. Te buscan por el asesinato de un ranger de Texas. En Tamaqua hay testigos que te vieron en el grupo que liquidó al policía Yost. Es cierto que te zafaste brillantemente con el asesinato de McDaniel, pero pocas horas más tarde violaste en Lawrence a una respetable viuda, propietaria de un hotel.

—Usted sabe que no la violé.

—¿Qué importa eso? El juez Palmer y el sheriff Timberlake tienen en su poder todos los elementos necesarios para una acusación formal. Pero nunca llegaría a celebrarse el juicio, basta con que salgas de este hotel con las manos en alto para que te topes con una jauría de voluntariosos dispuestos a arrancarte de los brazos de la justicia para colgarte en el árbol más cercano, o para quemarte vivo siguiendo la costumbre irlandesa.

—¿Y si le mato a usted?

—El desenlace sería el mismo, como bien sabes. En ese caso quizás incluso te castrarían, que es lo que se hace en todo el Sur con los negros que deshonran a una mujer blanca.

Pantera tiró el cigarro sobre la alfombra sin molestarse en apagarlo y se aproximó a la ventana, que daba al porche del hotel. En el gentío de hombres de negocios advirtió la presencia de un pequeño grupo de tipos con cara de pocos amigos y vestidos con gabardinas similares a la suya. De las solapas de dos de ellos despuntaban los visores de un par de Winchester que llevaban pegados a sus costados.

—Senador, usted me habla de creencias disparatadas y piensa que la fuente que las hace eficaces es una sola. ¿Es así? Porque si no lo fuera sería insensato lo que pretende de mí.

—Es así —contestó Schurz con gravedad—. Mi impresión es que hay alguien… yo lo llamaría el Hombre Rata, en vista de cómo se manifiesta, que es capaz de encarnar una síntesis de las supersticiones más importantes de Europa y de otros continentes. Un individuo que encauza diferentes aspiraciones inconfesables y las lleva a la realidad en forma de enfermedad y de invasiones de animales.

—Yo no puedo actuar contra una impresión.

—Entonces llamémosla certeza. El Hombre Rata existe, estoy seguro.

Pantera se apartó de los cristales y fue hasta el centro de la sala empuñando las asas de la bolsa.

—Bien, supongamos que eso es verdad. Yo no trabajo gratis. ¿Qué me ofrece, aparte de salvar la vida? Esa me importa poco o nada.

Schurz enderezó nuevamente los quevedos, que estaban deslizándose por su verrugosa nariz.

—Nadarás en dinero, te lo garantizo. Nada más salir de aquí recibirás un buen fajo de dólares. Abriremos a tu nombre una cuenta en el banco de Huntington, en Virginia Occidental. No es un banco escogido al azar, pertenece a un amigo mío. Morirás siendo rico después de haber vivido como rico todos los años que te queden por delante.

La mención de Huntington inmutó a Pantera, pero no demasiado, porque ya tenía claro que estaba en medio de una telaraña en la que cada hilo vibraba con otro que podía estar muy lejos. Se limitó a preguntar:

—¿Y ahora qué debo hacer? La nota que me hizo venir aquí decía que usted me daría nuevas órdenes, senador.

—La única orden es obedecer lo que está escrito en esa hoja. Primero debes ir a Filadelfia, a la sede de la Pinkerton. Allí te darán las indicaciones primordiales. Después tienes que volver al condado de Schuylkill, a principios de septiembre.

—¿Por qué en esas fechas?

—Hay un hombre que debes matar. Tú sabes cómo hacerlo, supondrá un suplemento de dinero en tus bolsillos.

—¿Eso es todo?

—Sí, es todo. Entre tanto buscarás al Hombre Rata con tus métodos, que ni siquiera quiero saber cuáles son. Es fundamental que des con él y que consigas que sea inofensivo antes de las elecciones presidenciales del próximo año, o se romperá nuestro pacto.

—¿No se le ha ocurrido pensar que podría quedarme con su dinero y marcharme lejos?

Schurz frunció sus carnosos labios, tapados casi por su rubio bigote.

—Sí que lo he pensado. Te meterías en un buen lío si lo hicieras. Con tu perspicacia ya habrás adivinado que detrás de mí hay mucha más gente, digamos que se trata de una coalición. No estarías a salvo ni siquiera aunque regresaras a México.

Pantera posó el vaso y se encaminó a la salida, pero el senador lo adelantó.

—No puedes salir el primero. Están esperándote fuera, iré yo delante. En breve recibirás el adelanto.

Timberlake, el juez Palmer y varios hombres armados estaban aguardando. El elegante gentío del hall se había reunido en un semicírculo, a una distancia prudencial. Disfrutaban de la emoción de la escena mientras camareros negros servían champán en copas de flauta.

Schurz levantó los brazos.

—Este mexicano es inocente. El juez Palmer y yo hemos esclarecido los hechos. Esa gran puta, la viuda Kelly, pagará por su falsa denuncia con la pérdida de la licencia hotelera, o yo dejaré de llamarme Carl Schurz. ¡Dios santo, también debe haber justicia para quienes son de piel escura!

Hubo un tímido aplauso por parte de los clientes del hotel. Un camarero negro posó la bandeja para poder aplaudir también él, pero el maître se la devolvió. El ambiente se había distendido.

El senador se dirigió a Timberlake.

—Sheriff, lleve al señor Pantera a su oficina y entréguele dos mil dólares en efectivo, yo cubriré esa cantidad. Cómprele también un billete para Filadelfia, por la ruta más corta. Nuestro amigo nos deja.

—Así se hará, senador.

Timberlake salió a la calle acompañando a Pantera entre dos hileras de curiosos. En cuanto se alejaron del hotel le susurró:

—En México juré que te mataría. Tienes suerte de que te haya vuelto a ver después de tanto tiempo y en unas circunstancias muy diferentes, por lo que me veo obligado a perdonarte.

—Fuiste el lugarteniente del general Shelby durante seis años, ¿ya no estás con él?

Timberlake negó con la cabeza.

—Shelby está chiflado. Barrunta que en Estados Unidos va a pasar algo gordo, pero se engaña a sí mismo pensando que va a poder impedirlo transformando a un puñado de bandidos en un ejército. Está organizando maniobras en su rancho… Eso no va conmigo, los defensores de la ley deben estar del lado de los más fuertes; es decir, del lado del gobierno, el del presente o el del futuro. Ya no es hora de jugar a los soldaditos.

A Pantera ese discurso le pareció muy similar al que había escuchado de Clell Miller. Le preguntó:

—¿Pero qué es lo que va a suceder?

—Espera al año próximo y lo verás —comentó Timberlake con una sonrisa burlona antes de continuar con tono más serio—. El hecho de que no te mate no significa que tú y yo vayamos a contarnos confidencias.

Menos de una hora más tarde Pantera estaba esperando bajo el sol en la amplia estación de Lawrence la llegada de la locomotora, a la que ya se veía resoplar más allá de las casas. Los viajeros que

aguardaban ese tren eran escasos, y casi todos ellos con aspecto de gente de posición acomodada. La mayoría eran mujeres con sombrerito, velo y bolso diminuto colgando de la muñeca. Solo tres hombres se hacían notar, por su vestimenta correcta pero muy raída y porque se mantenían aparte. Llevaban grandes corbatas negras, tenían barbas pobladas —salvo el más alto, con perilla— y miradas serias. Estaban confabulando entre ellos.

La locomotora, que tiraba de solo dos vagones, entró en la estación envuelta en una nube pestilente y con los frenos chirriando. En la carbonera figuraba el escudo de la Sociedad Ferroviaria de Misuri, Kansas y Texas, una compañía regional de relativa importancia. El maquinista era blanco, el fogonero era negro. Todos los asientos libres estaban en el segundo vagón.

Pantera colocó su bolsa en el portaequipajes y se dejó caer sobre una butaca del fondo forrada en cuero. Nadie se sentó a su lado. En los asientos de delante había tres personajes barbudos, en los del otro lado iban dos jóvenes con pinta de vaqueros. Uno de ellos llevaba cincho y revólver, quizás ignorando el hecho de que en buena parte del estado de Kansas solo les estaba permitido portar armas a los hombres de la ley.

El tren retomó la marcha lentamente. La ventanilla estaba abierta y a través de ella entraban molestas bocanadas de humo, aunque no había forma de cerrarla. Pantera se reclinó sobre el respaldo abombado e incómodo con la idea de esperar al revisor y después dormir un poco. Su reloj de bolsillo marcaba las seis menos veinte de la tarde.

Mientras balanceaba la cabeza Pantera captó algún pasaje de la animada charla que habían entablado los tres señores. Pero hablaban en francés y le fue imposible descifrarlo. Solo pudo entender el nombre del más anciano de ellos, al que uno de los interlocutores llamaba camarade Drury y el otro, con más confidencia, Victor. En un momento dado uno de los dos sacó del bolsillo un pequeño periódico doblado en cuatro y lo agitó hacia sus compañeros. Pantera logró leer el nombre del rotativo: Le Socialiste.

El mexicano sonrió para sí. En Estados Unidos ya se topaba uno con socialistas y con sindicalistas en cada esquina. Eso ya pasaba en el ejército de Benito Juárez, en el que los socialistas y los anarquistas eran multitud, pero al norte de río Bravo o río Grande resultaba un fenómeno novedoso, posiblemente ligado a la llegada de numerosos inmigrantes o a la crisis económica que asolaba el país desde hacía dos años. En cualquier caso, Pantera no sabía nada, y no quería saber nada, sobre sus teorías políticas. Notaba, eso sí, que se estaban expandiendo. Con hombres como Schurz en política presagiaba para los seguidores de esas ideologías un futuro poco halagüeño.

Entró en el vagón el revisor, un hombre corpulento y barbudo con cara ancha y apacible a pesar del gesto de enfado que requería su oficio. Al llegar a la altura de los tres franceses los saludó y sonrió.

—¿Otra vez de viaje, compañero Drury? —le preguntó al hombre de perilla—. No pasa una semana sin que vaya a alguna parte.

El aludido respondió en un inglés fluido a pesar de su acento extranjero y de algunas incorrecciones gramaticales.

—Vamos a Filadelfia, se celebra allí la reunión preparatoria del congreso de la Internacional. ¿Usted cómo está, amigo mío?

El revisor empujó su gorra hacia atrás.

—No muy bien. La crisis se está haciendo notar y los ferroviarios nos llevamos la peor parte. Gano un dieciocho o un veinte por ciento menos que hace tres años, y las grandes compañías quieren recortar aún más los salarios. La Misuri, Kansas y Texas es independiente, pero acabará amoldándose a las grandes.

—La última vez que nos vimos me comentó que tenía intención de buscar trabajo en Montana.

—Bueno, allí la situación de los ferroviarios es peligrosa por otros motivos. Los sioux y los cheyenes han salido de sus reservas y al parecer están agrupándose bajo el mando de un famoso jefe, Toro Sentado. El general Custer trata de controlarlos, pero no sé si podrá evitar que ataquen trenes.

Otro de los franceses, mucho más barbudo que Drury, hizo un gesto de asentimiento.

—En la práctica, en el Norte pasa lo mismo que aquí con la banda de Jesse James.

Nadie se esperaba la reacción que desencadenó ese comentario. El vaquero del revólver, que evidentemente estaba siguiendo la conversación, se puso en pie de golpe con actitud furiosa. Su mano apretó la culata del arma como si se dispusiera a sacarla en cualquier momento. Habló arrastrando las palabras, con un tono amenazante que su pintoresco acento texano no hacía menos brutal.

—¡Cállate, sabandija! —le espetó al francés— ¡No te atrevas a comparar a los hermanos James con los indios o no llegarás vivo a tu destino!

El revisor retrocedió ligeramente y Drury se inclinó hacia delante, casi como si quisiera interponerse entre ambos.

—¡Lo ha malinterpretado, señor! ¡Mi amigo Frédéric Tuefferd no pretendía ofender a los James! ¡Los respeta, como los respetamos todos!

—Ah, ¿sí? —preguntó el vaquero con tono burlón—. Bien, eso quiero oírselo decir a él. De lo contrario…

Sacó un par de centímetros el revólver de su funda y su pulgar ya estaba rozando el percutor. El hombre apellidado Tuefferd, un tipo

rubio de unos cuarenta y cinco años con ojos hundidos y facciones viriles, ignoró el requerimiento. Apareció entre sus dedos una pequeña pipa de hueso, ya cargada de tabaco. Se la llevó a la boca sin apartar la mirada del retador y buscó cerillas en el bolsillo de su redingote. No dijo ni una palabra.

—¡Tú te lo has buscado, sucia sabandija!

Indiferente ante el hecho de que todos los viajeros del vagón ya estaban observándolo horrorizados, el cowboy sacó y volteó con destreza un Remington casi oxidado, pero un instante después se vio obligado a bajar el revólver. Pantera no sabía qué fue lo que lo indujo a apuntar repentinamente con su pesado Smith & Wesson al ombligo del bravucón. Murmuró, con frialdad y al mismo tiempo con nerviosismo:

—Se acabó la función, vaquero. Ya has recibido una disculpa por parte de estos señores, de modo que siéntate y disfruta del paisaje tranquilamente.

La oscura vibración que había en su voz causó efecto. El otro cowboy, el que iba desarmado, tiró de su compañero por los pantalones para hacer que se sentara. El fanfarrón obedeció y, a pesar de las contracciones musculares propias de un epiléptico que sacudieron su mandíbula y sus bíceps, se calmó bastante deprisa.

—Ah, está bien. Es verdad, la sabandija me ha pedido perdón —comentó en un burdo intento de salvar la cara.

Los pasajeros y el controlador seguían anonadados. Rompió el silencio Drury, aunque lo hizo en voz baja para no exaltar de nuevo los ánimos. Apoyó el codo en el respaldo y se giró hacia Pantera.

—Venga con nosotros, señor. Hay un asiento libre, háganos compañía.

—No, gracias —declinó la invitación el mexicano, que a continuación bajó el ala del sombrero hasta sus ojos y apoyó la cabeza en la ventanilla—. Quiero dormir.

Solo cerró los párpados ligeramente y después colocó el sombrero sobre su rodilla. Escuchó al revisor, irritado, gritándole a los pasajeros.

—¿Qué están mirando ustedes, burgueses? ¡Saquen sus billetes, quiero volver a revisarlos!

Pantera oyó el comentario lejano de un pasajero al que no veía.

—¡Qué tiempos estos! ¡A este paso en América acabará mandando la chusma!

18

FILADELFIA DE NOCHE

Pantera se bajó en la estación de Filadelfia justo detrás del trío de franceses. Ellos le habían sonreído repetidamente a lo largo del viaje y él había vuelto a cerrar los ojos en cada una de las ocasiones como si se hubiera apoderado de él un sopor invencible. El hecho era que no quería hablar con esa gente, porque estaba convencido de que un instante después de entablar conversación con ellos lo abrumarían con panfletos, periódicos y sobre todo palabrería tan enfática como inservible. Ya conocía a los de esa especie.

El revisor se despidió cordialmente de Drury y de los otros.

—¡Que les vaya bien, compañeros! ¡Los necesitamos!

—¡Es a ustedes a quienes necesitamos! —contestó Drury—. El transporte es el talón de Aquiles del capital en Estados Unidos. Si ustedes paran, todo se para.

Ya había anochecido en Filadelfia. El aire era fresco, había una luna pálida pero visible y la ciudad se iba iluminando con luz artificial. Los faroleros estaban encendiendo las luces en el andén y en el porche de la estación. Probablemente se esperaba la llegada de un tren que iba con retraso, después de lo cual la estación cerraría.

Pantera se encaminó a la salida con su bolsa. Tenía algo de apetito y una sed terrible. Durante el trayecto pasó calor, y se sentía sucio y sudoroso; una sensación repugnante. Su programa de actividades en la ciudad lo tenía claro: primero ir a una cervecería, después a un pequeño hotel con bañera y a la mañana siguiente visitar las oficinas de la Pinkerton.

Vio de reojo que los tres franceses eran recibidos por un hombre que avanzaba hacia ellos con los brazos abiertos. Se disponía a salir de la estación cuando alguien reclamó su atención. Le llevó unos segundos darse cuenta de que lo llamaban a él.

—¡Eh, pero si es el amigo del capitán Linden! ¡Usted, mexicano, espere! ¡Venga aquí!

Las cuatro figuras del andén estaban rodeadas por otros viajeros y parcialmente en la sombra, pero Pantera reconoció el acento alemán de Gustav, el tabernero de Shenandoah. El personaje le generaba indiferencia y no tenía ganas de hablar con él, pero a pesar de todo esperó a que se acercara. Los franceses también se aproximaron,

aunque se mantuvieron a unos pasos de distancia.

—¡Me alegro de verle, amigo! —dijo un entusiasmado Gustav—. Parece acalorado, ¿qué me dice de ir a tomar una birra y un par de salchichas con nosotros?

Pantera lo miró con recelo, pero la perspectiva de beber algo, aunque fuera en compañía de unos demagogos, le resultó atractiva. Se limitó a objetar:

—Tengo que buscar alojamiento.

—No hay problema. Los miembros de la Internacional y de la Unión Nacional del Trabajo nos alojamos en la misma posada, y quedan habitaciones libres a precio económico. A estas horas y en esta parte de Filadelfia solo encontraría usted hoteluchos de dudosa reputación y tabernas para inmigrantes.

Los tres franceses, que seguían a unos pasos, se mostraron perplejos ante tal comentario. Pantera entendió su reacción perfectamente, la simpatía que sentía hacia Gustav le resultaba inexplicable. Con todo, hubo algo (¿el Nganga?) que le incitó a responder:

—De acuerdo, vamos nomás.

—¡Bien, muy bien! Le presentaré a estos tres señores…

—Nos conocimos en el tren —lo interrumpió Pantera.

Casi todos los viajeros ya habían abandonado la estación y estaban desperdigándose a lo largo de arterias bien iluminadas, unos en dirección a las calesas y otros hacia los coches de plaza reunidos en una explanada. Gustav, los tres franceses y Pantera atravesaron las vías por un paso elevado y siguieron por una callejuela adoquinada y flanqueada por almacenes y por un depósito de locomotoras. Una placa indicaba que se trataba de la calle Callowhill. Al embocarla Pantera advirtió que los dos vaqueros texanos del tren los estaban observando y vio que a continuación se alejaban. Con toda probabilidad habían esperado allí para ajustar cuentas con los franceses, pero la presencia del mexicano los disuadió. Él sonrió para sus adentros; ninguno de sus acompañantes, todos ellos del Este, llegó a sospechar siquiera el peligro que habían corrido.

Por aquellas vistas de la periferia se notaba que Filadelfia era una metrópolis industrial. Chimeneas, construcciones colosales y torres irregulares de madera iluminadas por la luna dominaban los edificios comerciales que delimitaban la calle. Después, cuando esta se ensanchó y aparecieron los primeros faroles, muy espaciados, comenzaron a ver los típicos tugurios de los eslavos, superpoblados y con olor a col hervida.

Hombres delgados, envueltos en viejos abrigos a pesar del calor, estaban sentados en los peldaños de las escalerillas exteriores de las viviendas. Voceaban en su lengua y se pasaban botellas de misteriosas

bebidas alcohólicas, en su mayor parte semivacías. Otros se apiñaban en las ventanas, tal vez con la esperanza de que se levantara algo de brisa refrescante.

Había también míseros salones, formados por una única y pequeña estancia similar a una cocina doméstica. No se veían mujeres por la zona y, en cambio, eran numerosos los borrachos que se tambaleaban y gritaban palabras incomprensibles o se apoyaban en los muros de las casas para mear o vomitar. La pestilencia a orina y a vómito era lo único que contrarrestaba el hedor a col cocida. Un ciego, apoyado en la cabina de una letrina comunitaria, arrancaba de un acordeón notas musicales monótonas y martirizantes. No muy lejos de él varias ratas, inmóviles, parecían estar escuchando embelesadas, con los hocicos en alto y sus bigotes temblando.

—Si l'on doit s'appuyer sur des prolétaires de ce type pour la révolution, il nous faudra attendre des siècles 2 —dijo el único francés cuyo nombre aún no conocía Pantera.

—Et pourtant l'Amérique c'est ça, camarade: un mélange de peuples —respondió Drury—. C'est à nous de trouver la voie de parler à chacun. Voilà le défi.3

El mexicano no entendió ni una palabra, y tampoco Gustav, que se puso a hablar de otra cosa.

—A partir de aquí la calle está habitada por irlandeses. Debemos ir con cuidado, el ambiente es menos pacífico y son frecuentes las agresiones. De todas formas nuestro amigo mexicano maneja bien el revólver.

—Ah, ya lo vimos con nuestros propios ojos —comentó Drury sonriendo. A Pantera empezaba a gustarle ese hombre hierático y paternal, era una pena que fuera socialista.

En efecto, el trazado urbano cambiaba una vez superadas las aguas negras y turbulentas del río Schuylkill. Estaban al sur de una extensión enorme («Parque Fairmount», decía un letrero) y todas las casas eran de piedra; no es que fuera una zona de ricos, sino que allí la miseria era menos acentuada que la que padecían los slavs. En cada esquina había pandillas de adolescentes con gorras aplastadas, o con absurdos bombines en la cabeza y actitud de matones. Niños, en algún caso muy pequeños, estaban a cierta distancia de ellos, tratando de imitar a sus hermanos mayores.

En la calle se veían asimismo numerosas mujeres, que paseaban por las inmediaciones de los salones insinuando el oficio que ejercían, pero evitando exhibirse demasiado para no atraer sobre ellas el rigor de la ley. También eran relativamente numerosos los policías, que actuaban con indiferencia ante lo que sucedía en la vía pública y se dedicaban a conversar con lugareños que vestían trajes gastados y pretenciosos mientras bebían jarras de cerveza como remedio contra

el calor, que se había vuelto agobiante.

—Podemos parar aquí a tomar algo —dijo Gustav cuando llegaron a la altura de un salón menos ruidoso que los otros—. Es un sitio tranquilo, preparan buenas salchichas y estamos a tiro de piedra de nuestra posada.

Todos se mostraron de acuerdo. La taberna era sencilla, con una barra de zinc que había perdido todo su brillo hacía décadas, una quincena de parroquianos bigotudos y barbudos y un buen número de mesas vacías. La clientela parecía desdeñar las sillas y los taburetes, prefería apoyar los codos en la barra, con la cerveza entre las manos. Un joven con un violín al hombro tocaba y cantaba, pero en voz baja, una balada que Pantera ya había escuchado: Pat Dolan.

One night as I lay upon me bed,
I heard a terrible rattle;
Who wur it but Bell, come back from hell,
To fight another battle!
Then at his brain I took me aim
He vanished off in fire
An' as he went the air he rent
Sayin', «I'm conquered by Mollie Maguire!»

—¿Qué hay, Paddy? —saludó Gustav jubilosamente al propietario, un hombre rubio y calvo de mediana edad—. ¡Cerveza para todos! ¡Y dile a Shirley que nos prepare dos salchichas por cabeza!

—¡A sus órdenes, señor Lyster! He oído que ahora también usted regenta un salón, en Shenandoah.

—Por poco tiempo, Paddy. Echo de menos Nueva York, e incluso Baltimore o Chicago. Tarde o temprano volveré a una gran ciudad para trabajar como obrero, el oficio de tabernero no está hecho para mí.

Pantera estaba un poco sorprendido, porque el Gustav que tenía delante era diferente del hombre humilde y lacónico que había conocido en Shenandoah. O tenía doble personalidad o allí estaba fingiendo.

Drury comentó en voz baja:

—Creo que el traslado es inminente, Gustav. La historia de los mollies no durará mucho, me temo.

—¿Lo temes, compañero? Pues yo lo deseo. Me he llevado a todos los que he podido a Las Cinco Estrellas, aunque ha sido muy difícil. Los demás se joderán ellos solos y cuanto antes ocurra mejor. —Consciente de la presencia de Pantera, que en ese momento estaba colocando su bolsa bajo la silla, Gustav se apresuró a cambiar de tema —. Es hora de hacer las presentaciones. Amigo mío, estos son Victor

Drury, Frédéric Tuefferd y James Desbaizelles, los tres miembros de la Asociación Internacional de Trabajadores. Mientras que usted es… ayúdeme, ya no recuerdo su nombre.

—Pantera.

—Ah, sí. El señor Pantera. De oficio…

La llegada de la cerveza y las salchichas salvó al mexicano de una respuesta incómoda. La cerveza, artesanal, era mediocre, pero las salchichas eran excelentes. Vio los ojos azules y la melena roja de la joven cocinera asomándose un instante desde la cocina para desaparecer a continuación. Tuvo tiempo a lanzarle una sonrisa, que ella recibió con timidez.

Era cuestión de prevenir más preguntas sobre él, y no había otra forma que preguntar él.

—Usted me consideraba amigo del capitán Linden y no es cierto. Más bien parece amigo suyo. ¿También él es un revolucionario? Me sorprendería.

Los tres franceses se echaron a reír. Gustav manifestó una vaga incomodidad.

—Puede estar seguro de que no —murmuró tras masticar un bocado de salchicha—. Es más, es lo que definimos como enemigo de clase, y de los peores. Más pronto que tarde ajustaremos cuentas con él. Eso no quita que lo que hace pueda resultarnos útil, en ciertos momentos. Y por tanto a nosotros nos conviene mostrarnos como amigos suyos.

Pantera bebió un trago de cerveza antes de volver a hablar.

—Linden dirige la Policía del Carbón y el Acero y lleva a cabo muchas acciones. Unos meses atrás organizó un atentado contra la granja de los hermanos James en Misuri, con ayuda de la Agencia Pinkerton. Aquí, en Pensilvania, la tiene tomada con los mineros irlandeses. ¿Cuáles de esas acciones se supone que son útiles para su causa?

Gustav, cada vez más incómodo, se disponía a decir algo, pero Drury se adelantó y respondió en su lugar.

—La última. Los llamados Molly Maguires no son revolucionarios, profesan el individualismo, se agrupan según su procedencia geográfica y su categoría laboral. Allá por donde pasan llenan de sal la tierra en la que debería germinar el sindicato.

—Si ustedes esperan construir en Estados Unidos un movimiento que renuncie al individualismo, se han equivocado de país.

—La cuestión no es esa —replicó Desbaizelles, que habló por segunda vez esa noche. Era más joven que sus compañeros, aunque sus pesados párpados y su poblada barba lo envejecían—. Yo tengo tendencia al centralismo, pero en la Internacional hay anarquistas que exaltan los derechos del individuo. Sin embargo, ninguno de ellos lo

hace a la manera de los irlandeses de las comarcas mineras, los cuales creen en la nación, detestan a todas las demás etnias y si protestan es porque no ven salida para sus aptitudes profesionales.

Gustav Lyster asintió mientras le hincaba el diente a la segunda salchicha, y comentó:

—No se sabe si los mollies matan a los capataces de las minas por su condición de capataces o porque son ingleses o galeses.

—¿Y eso es tan grave? —preguntó Pantera—. Se vengan de los abusos que sufren.

Drury remató su cerveza y se secó los labios con la punta de la lengua.

—Por supuesto que es grave. Estados Unidos se halla en un punto de inflexión. La industria, la minería y los transportes se han coligado para regir el futuro. Los trabajadores de esos sectores tienen la fuerza suficiente para dar un vuelco a la situación, pero eso va a ser imposible si algunos se quedan atrás para declararles la guerra a los enemigos que se han traído de Europa. Aquí no hay nacionalidades duraderas, todas las actualmente existentes habrán desaparecido en una o dos décadas. La misión de los obreros consiste en mirar hacia adelante.

—La clase obrera ya es potencialmente capaz de apoderarse de las mayores metrópolis —sentenció Tuefferd, silencioso hasta ese momento. Rivalizaba con Drury en hieratismo—. Tomar el poder es una cosa, matar a una sanguijuela cualquiera porque no nació en Irlanda y porque no obedece al papa es otra muy distinta.

Pantera, que ya era dolorosamente consciente de que se hallaba en medio de una pandilla de utópicos, sonrió y dijo cáusticamente:

—Pues el capitán Linden se supone que es un defensor de los oprimidos.

Gustav frunció su ceño, rubio y delgado.

—No nos tome por tontos, señor Pantera. Si está usted aquí es porque algún día quizá le pediremos que mate a ese cerdo de Linden. Esos no son nuestros métodos, pero yo no lo descarto. Aunque eso solo sería después de que él y la Pinkerton hayan hecho el trabajo sucio en los condados de la antracita.

Pantera no se esperaba esa salida. Alzó una ceja.

—¿Quieren contratar mis servicios como pistolero? ¿También ustedes?

Solo captó el final de la respuesta de Gustav.

—…debemos defendernos, ¿no? Yo solo estoy haciendo suposiciones. Y es un hecho que entre los nuestros no hay buenas pistolas.

La atención del mexicano se desvió hacia la entrada con la llegada de una mujer rubia. Todo el salón se quedó observándola. No había

nada de vistoso en ella, aparte de su pelo amarillo y rizoso, y tampoco era demasiado joven. Quizás llamaba la atención por sus pechos de volumen exagerado o, lo más probable, por el hecho de que las mujeres generalmente no pisaban ese local.

La curiosidad de Pantera tenía un origen muy distinto: le pareció reconocer aquella figura. Lo confirmó cuando la mujer miró con aire despistado hacia él, que exclamó.

—¡Jitka!

Ella sonrió con tanta calidez que incluso parecía bella. Corrió a su encuentro seguida por todas las miradas del salón. Pantera ignoró los comentarios de los internacionalistas, se puso en pie y le cogió las manos; normalmente era mucho menos expansivo.

—¿Qué haces tú por aquí?

La mujer le ofreció la mejilla a la espera de un beso, pero se rindió de inmediato.

—Me han echado de Shenandoah —respondió sin dejar de sonreír —. La Liga por la Templanza decidió hacer limpieza con las viudas como yo. Me vi obligada a mudarme a Filadelfia, pero la vida es casi peor aquí que allí, en la galería.

Pantera ya le había soltado las manos.

—Recuerdo que tenías hijos. ¿Dónde los has dejado?

—Los he mandado a San Luis, con una hermana mía. Iré con ellos tan pronto como pueda.

Pantera notó que le tocaban un hombro. Era Gustav, muy avergonzado.

—Compañero —le dijo en voz baja—, este local es irlandés. Paddy es de los nuestros, pero los clientes no. No les suelen gustar los eslavos, menos aún si son mujeres que tienen el oficio de tu amiga, ni tampoco que una mujer hable con un hombre de piel oscura. Mejor ser discretos; ya hemos comido y bebido, deberíamos ir tirando hacia la posada.

Pantera pasó por alto el tratamiento de «compañero», que le resultó molesto, y siguió charlando con Jitka.

—¿Qué has venido a hacer en Filadelfia?

—Me ha traído… cómo lo diría… el hombre para el que trabajo. Es un irlandés y frecuenta las tabernas de esta calle.

—Ya entiendo. Tu chulo. —Pantera miró a Gustav con aspereza—. Ella se viene conmigo a la posada. ¿Es posible o eso va contra la moralidad socialista?

Gustav rio.

—Por supuesto que es posible. Los socialistas jamás vetarían a una hermana, sea cual sea el modo en el que se ve obligada a ganarse el pan.

Al cabo de unos minutos el pequeño grupo ya estaba en la calle.

Pantera constató que tanto Gustav como los franceses acogían a Jitka con normalidad. Apenas llevaban recorridos unas decenas de metros y ella ya estaba conversando y riendo con todos. Pero se puso tensa de repente.

—Ahí está —murmuró.

—¿Ahí está quién?

—Liam, el hombre del que te he hablado. ¡Ay, Dios, se va a enfadar!

La mirada de Pantera se posó lentamente sobre cuatro jóvenes fornidos que estaban saliendo de una casucha colindante con el límite sur del parque Fairmount. La cuadrilla vestía ropa muy parecida: pantalones holgados, camisas a rayas blanquiazules, zamarras de marineros y gorras aplastadas. Se veía a la legua quién era el cabecilla: algo más bajo que los demás, tenía unas patillas muy largas, tez rojiza y unos ojos azules que imponían obediencia. No se molestaba en ocultar el mango de un cuchillo que sobresalía de la faja azul oscuro que ceñía sus caderas.

Liam (seguro que era él) venía riendo con sus tres compinches, pero su semblante se puso serio de golpe al ver a Jitka. Mantuvo en sus labios una tenue sonrisa.

Pantera le preguntó a Gustav:

—¿Falta mucho para llegar al alojamiento?

—No, está ahí mismo. —El alemán señaló un edificio alto, todo de ladrillo, con dos hileras de terrazas. Había aún alguna ventana iluminada.

—Vayan ustedes, yo iré enseguida.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Les he dicho que se vayan!

Pantera posó en el suelo la bolsa. Liam, que ya estaba cerca, no mostró interés alguno en él, sino en Jitka.

—¡Ah, estás aquí, vieja zorra! Te he estado buscando por todas partes y resulta que te encuentro con un negro.

—Yo también te he estado buscando, te lo juro. Este es un cliente que…

—¿Un cliente? —La voz de borrachuzo de Liam sonó alegre. Se giró hacia sus compinches—. ¿La habéis oído? ¡Se supone que este es un cliente!

Los tres matones soltaron una carcajada. Los transeúntes se apresuraron a alejarse, el postigo de una ventana se cerró y un mendigo sin brazos que estaba tocando una armónica puso fin a su concierto y se marchó cojeando. A la entrada de un salón fueron varios los clientes que se quedaron a observar tras la puerta móvil de madera, asegurándose de que se dejaban ver lo menos posible. Un farolero que estaba volviendo a encender una luz que se había

apagado se fue deprisa, sin llevarse consigo la escalera de mano.

Pantera miró al fondo de la calle y vio que los socialistas ya habían desaparecido. Se había levantado un viento fresco que agitaba las ramas de los árboles del parque, más allá de las casas. La luna estaba alta, pero ofuscada por los vapores que salían de la estación ferroviaria.

Liam ya había dejado de reír y centró su atención en el mexicano. Aún no estaba tocando su cuchillo, pero atenazaba con la mano derecha la faja que ceñía su vientre.

—Escucha, negro, para los de tu clase tocar a una mujer blanca y cristiana cuesta mucho, así que espero que tengas suficiente dinero. Pero primero escucha lo que voy a decirte…

—Lo siento, no tengo tiempo —lo interrumpió Pantera.

El mexicano sacó del bolsillo el Smith & Wesson, echó hacia atrás el percutor, apretó el gatillo y mató a Liam. El disparo fue bueno, le arrancó la mitad del cráneo al irlandés. Los otros matones, al ver que su cabecilla se desplomaba como un saco, se quedaron estupefactos. A dos de ellos les quedó fijada esa expresión de estupor cuando las balas los atravesaron un instante después. El tercero trató de alzar las manos y decir algo, con lo cual ganó unos segundos más de vida, mientras Pantera apuntaba hacia él. Luego el tambor del revólver giró y el hombre tuvo el honor de recibir una bala en el corazón.

Pantera sacudió el cañón del arma para dispersar el humo. Con la mano zurda tocó el antebrazo de Jitka, incrédula y aterrorizada.

—Y ahora vámonos. Ya no tienes ningún chulo.

La mujer tardó en recuperarse. Pantera suspiró y cogió la bolsa. Sin embargo, no guardó el revólver, lo mantuvo en la mano derecha, pegado al costado.

—Muévete, ándale. Lo malo de este tipo de armas es que montan un escándalo infernal, así que hay que llegar a la posada cuanto antes.

Finalmente Jitka dio unos pasos, pero seguía aturdida. En ese momento sonó un silbato, a continuación, otro. Dos policías corrían hacia el lugar con las pistolas ya desenfundadas. Parecían resueltos, a pesar de la corpulencia que ralentizaba su marcha.

—¡Manos arriba! —gritó uno de ellos.

—Los que faltaban —murmuró Pantera. Alzó el Smith & Wesson y volvió a abrir fuego.

El disparo retumbó de un modo extraño. Cayeron los dos policías, alcanzados ambos en pleno pecho. Pantera necesitó unos instantes para superar la perplejidad y entender lo que había pasado. Otro hombre había disparado al mismo tiempo que él. Lo vio salir por la puerta del salón empuñando un viejo Remington de calibre 36. Lo reconoció inmediatamente.

Pantera guardó el revólver en el bolsillo, sacó la mano con varios

billetes entre los dedos y los dejó caer en la palma de la mano de Jikta, que seguía en shock.

—Llévate este dinero y vete a la posada. Yo no iré, pero los socialistas cuidarán de ti, ya lo verás. Mañana por la mañana toma un tren para San Luis, vete con tus hijos. No puedes quedarte en esta ciudad.

Daba la impresión de que Jitka no estaba entendiendo.

—¿Tú no quieres venir conmigo?

—No puedo. Hazme caso, vete al alojamiento, deprisa, y mañana por la mañana a San Luis. Con el dinero que te he dado podrás ir tirando durante un tiempo… ¿Ves ese letrero de ahí que pone «Hotel Sunshine»? Ataja por el parque y camina rápido.

Pantera esperó a que la mujer obedeciera antes de girarse hacia el hombre, que ya estaba a su lado. Era un joven de menos de treinta años, alto y elegante, con el pelo engominado y una perilla raquítica. Ya había enfundado el Remington bajo su amplia chaqueta, de buen material. Estaba sonriendo.

—¿Qué tal, Pantera? —preguntó—. Hace siglos que no te veo.

—No me puedo quejar. ¿Y tú cómo estás, Jesse?

—Yo también voy tirando. Será mejor que nos larguemos de aquí, toda la calle está mirándonos.

—Vayamos por el parque.

En efecto, las ventanas se estaban abriendo y la gente estaba saliendo de las tabernas. Ya se hallaban en medio de los árboles cuando oyeron otros toques de silbato, provenientes de casi todas partes.

—¿Conoces bien Filadelfia, Jesse?

—No, pero en el parque no nos encontrarán. Stokley, el alcalde, ha hecho recortes de personal y hay poca policía. Además de noche los polizontes tienen miedo, esto está lleno de bandidos.

A Jesse debió de parecerle divertido su propio comentario, porque se echó a reír.

—¿También está en la ciudad tu hermano Frank?

—No, me he casado y ahora llevamos vidas separadas. Nos vemos solo cuando hay previsto algún trabajo.

Pisando arbustos, hierba y algún sendero cubierto de grava descendieron hasta el río Schuylkill, que centelleaba bajo la luz de la luna. Solo cuando llegaron a la ribera decidieron aflojar el paso. En la otra orilla la oscuridad tapaba unas vistas muy poco románticas, formadas por depósitos, chimeneas y barracones. Una flotilla de barcazas se balanceaba sobre las aguas.

Tras comprobar que no había nadie en los alrededores los dos hombres se sentaron a descansar sobre un muro de poca altura. Pantera dejó la bolsa a sus pies, Jesse agitó las piernas como un niño.

Fue el primero en hablar.

—He oído muchas cosas sobre ti, mexicano. Por ejemplo, que te cargaste al jefe de los Rangers de Texas, Leander McNelly.

—Qué va. Fue a su ayudante, el sargento Armstrong. McNelly está pudriéndose por la tisis, se morirá él solo.

—También que tienes negocios con Allan Pinkerton y que tu cometido incluye el asesinato de los terribles hermanos James; o sea, Frank y yo. ¿Es verdad eso?

El tono de voz de Jesse se había endurecido, aunque no en exceso.

—No, no es verdad. Si quisiera matarte lo habría hecho ahora mismo, entre los árboles. Y si tú pensaras que me habían encargado eso me habrías disparado antes, mientras liquidaba al primer policía. A lo mejor hasta te hubiera dado una medalla el ayuntamiento.

Ambos guardaron silencio. Ya no se oían toques de silbato, solo el chapoteo del río contra las barcazas. Pantera le pasó un cigarro a Jesse James, se metió él otro en la boca y encendió los dos. Echó una calada antes de retomar la palabra.

—Lo cierto es que todos parecen estar deseosos de contratar mis servicios para algo que aún no he acabado de entender. Hablan como si el destino de Estados Unidos estuviera en juego en los próximos tiempos. Les digo que sí a todos con incertidumbre, pero me mantengo fiel al encargo original, que no tiene nada que ver contigo.

—¿De verdad estás en la Pinkerton?

—No, pero mañana por la mañana tengo que ver al jefe de la agencia en Filadelfia. Creo que se llama Benjamin Franklin, todos aquí se llaman Benjamin Franklin… ¿Lo conoces?

—Solo de oídas. Es un puerco como otro cualquiera.

—¿Has venido a Filadelfia para matarlo?

—No, es difícil acercarse a esos tipos, y peligroso. Todo el mes pasado estuve intentando coger desprevenido a Allan, en Chicago. No hay nada que hacer, tiene demasiados esbirros a su alrededor.

—¿Entonces por qué estás aquí? —preguntó Pantera echando otra calada—. Si no es un secreto.

Jesse rio con ganas.

—No, claro que no, pero la cosa roza la farsa. Debo reunirme con unos anarquistas, unos subversivos, no sé muy bien… Tienen algo así como un congreso en el Hotel Sunshine, buscan contactos con el Partido Demócrata y a ese loco de John Newman Edwards no se le ha ocurrido otra cosa que mandarme a mí. ¡No a Frank, a mí!

—¿Qué se supone que tienes tú en común con los socialistas? —preguntó Pantera, realmente sorprendido.

—Vete tú a saber. El enemigo, supongo. El ferrocarril, Tom Scott… Apuesto a que ni siquiera sabes quién es Tom Scott.

—No, esa es la verdad.

—Pues recuerda este nombre, porque en el fondo también es enemigo tuyo. Es el hombre que pretende convertir Estados Unidos en una maraña de raíles, carbón y metal. A mí no me gusta la idea de vivir en medio de la chatarra, a los anarquistas les gusta aún menos. ¿Y a ti?

Pantera miró, a través del ralo humo que salía de sus labios, la aglomeración de construcciones industriales que invadían la orilla contraria del río Schuylkill.

—Supongo que a mí tampoco.

En ese momento sonó el agudo aullido de una sirena. Jesse James saltó del murete.

—¿Lo oyes? Es el metal gritando, celebra su triunfo por adelantado. Es hora de irse.

—Será mejor que nos separemos —dijo Pantera mientras se agachaba para coger la bolsa—. Pero antes quería pedirte un consejo… Me han propuesto que vaya a retirar una retribución a un banco de Huntington. ¿Me puedo fiar?

Jesse James rio de nuevo.

—¿Huntington en Virginia Occidental? Bueno, quien te lo haya propuesto debería haberte notificado la fecha. Ve, sí, pero una vez pasado septiembre. Mejor a finales de año, hazme caso.

—Te haré caso.

Los dos hombres se despidieron con un apretón de manos y se alejaron en direcciones opuestas. La luna palidecía, el amanecer era inminente.

19

BLACK JACK

Cuando el convoy del ferrocarril Reading llegó a Tamaqua, envuelto en una nube de humo negro, Pantera experimentó una emoción inesperada. ¿Nostalgia? ¿De qué? Era el 31 de agosto de 1875 y aunque llevaba fuera del poblado dos meses escasos tenía la sensación de haber estado ausente mucho más tiempo. ¿Pero cómo podía añorar un paisaje que era aún más negro de como lo recordaba, plagado de raíles, dominado por lavaderos de dimensiones disparatadas y rodeado de carbón que ardía de noche y exhalaba gases de día?

Ni siquiera podía atribuir al temor esa perturbación que sentía. El crucial descubrimiento que había hecho en sus recientes viajes era que todo el mundo parecía necesitar sus servicios. Como pistolero en primer lugar, pero también como hombre capaz de comunicarse con las fuerzas ocultas. De modo que poco le importaba que se lo rifaran y que lo cortejaran compañías ferroviarias, terroristas irlandeses, agencias antihuelga o revolucionarios con fines oscuros. A fin de cuentas, eso elevaba el valor de mercado de su revólver. ¿Por qué inquietarse?

La visión de los tejados de la ciudad, bajo un cielo perennemente gris, le desveló el motivo del nerviosismo que lo invadía. Era a Molly a quien echaba de menos, algo que resultaba difícil explicarse a sí mismo en términos racionales. ¿Quién podría sentir la imperiosa necesidad de volver a ver a una mujer fea y un poco tonta que demostraba tanto apego por su jefe que resultaba molesta? Y sin embargo así era. En fin, en breve la volvería a ver.

El revisor se asomó al vagón de cola, en el que viajaba Pantera.

—Señores, estamos entrando en la estación de Tamaqua. Prepárense quienes se bajen aquí, pararemos solamente el tiempo preciso para el abastecimiento de agua: aproximadamente diez minutos.

Fueron pocos los que se levantaron de sus asientos. Dos suboficiales del Ejército, que habían ido a parar al último vagón porque el resto del tren iba lleno, cogieron sus petates del portaequipajes mientras comentaban la noticia de la alianza entre Nube Roja y Toro Sentado, los dos temibles jefes indios. Un negro

instó a su familia, compuesta por una mujer gorda y varios niños, a descender del tren en orden. Un italiano macilento se dejó ayudar por un compatriota para cargar al hombro un saco que, a juzgar por las protuberancias, contenía patatas. Varios irlandeses rechonchos pero robustos cogieron unas herramientas de minero.

La frenada chirriante de la locomotora hizo que todos estuvieran a punto de caer al suelo. Pantera fue de los primeros en bajar, con su voluminosa bolsa pegada al pecho. El aire era cálido, pero no bochornoso. El cielo era de un gris claro y compacto.

El mexicano se dirigió a la salida de la estación y solo cuando llegó a la calle Ancha Oeste dejó que la bolsa colgara de su mano. Su piel oscura lógicamente atrajo la atención, aunque ninguno de los transeúntes que lo miraban parecía haberlo visto con anterioridad. Por lo demás, a esa hora en las colinas se había reanudado a pleno rendimiento la actividad minera y en la ciudad solo se veían mujeres y burgueses.

Juzgó que no había riesgo alguno en ir directamente al Salón Columbia. Se había olvidado por completo del padre Maurice Walsh, que estaba en el umbral de la pequeña iglesia colocando un nuevo cartel amenazante; esta vez no contra los hibernios, sino contra los blasfemos. El sacerdote vio a Pantera antes de que Pantera se percatara de su presencia.

—¡Bienvenido a Tamaqua, amigo! ¿Le apetece beber algo fresco? ¡Con este calor se derrite uno!

—Gracias, padre. Más tarde tal vez.

—Como quiera. Por aquí las cosas van de mal en peor, necesito a alguien con quien poder desahogarme.

El sol pegaba fuerte y de la tierra batida alrededor del Columbia parecía elevarse un polvillo ligero mezclado con vapores. Pantera elevó la vista hacia la ventana de la habitación de Molly y vio un par de bragas con ribetes de encaje tendidas para que secaran. Sonrió para sí mismo. Ella seguía allí, quizás esperando el telegrama que Pantera no había llegado a enviarle.

A esa hora esperaba encontrar el salón cerrado y con el personal de Carroll limpiando el local, pero la entrada estaba abierta y flanqueada por dos tipos con cara de malas pulgas. No eran especialmente fornidos, pero se les notaban unos bultos bajo las blusas de obrero que hacían sospechar que iban armados.

Pantera se acercó a ellos con aire despreocupado.

—Tengo que ver a Jim Carroll —les dijo—. Si le informáis de mi presencia podéis estar seguros de que os dirá que pase.

—Imposible —contestó uno de los dos, un joven con un ojo medio cerrado y pocos dientes en la boca—. Jim está tratando con proveedores, ha dado órdenes explícitas de que no dejemos entrar a

nadie.

Pantera hizo un esfuerzo para recordar la frase y la pronunció en voz baja.

—Las noches oscuras son desagradables.

El hombre se mostró perplejo, pero respondió sin dilación.

—Sí, sobre todo para un forastero que tenga que viajar.

Se tocó la nariz con los dedos índice y medio de la mano derecha. Pantera replicó ese gesto con los mismos dedos de la mano izquierda.

—¿Ahora puedes informar de que estoy aquí?

—No es necesario informar —dijo el joven, su tono se había vuelto respetuoso—. Pasa sin más, hermano.

Pantera empujó hacia adelante su bolsa y entró en el salón. Había una decena de hombres, agrupados en las mesas más cercanas a la barra. Sus conversaciones cesaron al instante, parecían desconcertados. Incluso Jim Carroll, que estaba sirviendo un vaso de güisqui al otro lado de la barra, se quedó con la botella suspendida en el aire, aunque fue el primero en recuperarse de la sorpresa.

—Es un poco arriesgado venir aquí, mexicano. ¿Te ha visto alguien?

—El cura, y tal vez algún otro que yo no he visto. En cualquier caso, tengo que hablar contigo, no podía esperar hasta la noche.

Un hombre al que Pantera no había visto antes, muy delgado y con barba poblada, comentó:

—Este tipo es de la Pinkerton. Lo vi en compañía de Linden, parecían muy amigos.

—No, Kelly, no es de la Pinkerton —contestó con voz ruda James Kerrigan, que estaba solo en una mesa con una jarra de cerveza entre sus dedos gordos y sucios—. Lo hemos infiltrado nosotros, es bueno disparando.

—Llegas en el mejor momento —afirmó Alec Campbell, sentado junto a un joven rizoso y con mucha barba—. Mexicano, este es Mike Doyle, de Mount Laffee.

—Encantado.

Campbell miró al joven que tenía al lado.

—¿Cómo lo ves, Mike? Mañana por la mañana podría dirigir él la cacería en Raven's Run. A Yost le dio su merecido.

—Me parece bien. Nadie imaginaría jamás que los irlandeses recurren a un hombre de sangre negra.

—En el caso de Yost sospecharon de él.

—Esa sospecha desapareció en cuanto se supo que habíamos sido nosotros. Ahora el sheriff cree que, de igual modo que nos pintamos las caras de blanco, podemos pintárnoslas de negro. Está buscando a un irlandés con bolsa, revólver y que se tiñe con carbón. Ni siquiera se le pasa por la cabeza que pueda tratarse de un negro auténtico.

Doyle se echó a reír tras decir eso y el resto hicieron lo mismo. Pantera se dio cuenta de que en ese momento todas las miradas convergían en un personaje que se mantenía en un segundo plano, con los brazos y las piernas cruzadas y un grueso cigarro en la comisura de los labios. Era delgado y elegante, con el pelo peinado en ondas y una perilla larga y fina. Llevaba una camisa blanca de cuello alto y los dos extremos de su corbata abullonada se perdían en el interior de un chaleco, bajo su chaqueta negra. Aunque por todo ello podía parecer un poco afeminado, sus movimientos eran bruscos, sus manos eran huesudas y sus ojos azules tenían algo de glacial y de autoritario, pero también de genuinamente inteligente.

Jim Carroll se dirigió al personaje como si representara la voluntad de todos.

—Veamos qué piensa Black Jack Kehoe. Habla, Jack, danos tu opinión.

El aludido se sacó el puro de la boca y sacudió la ceniza en el pavimento.

—Muchos de vosotros conocéis a este mexicano mejor que yo. Sobre todo, tú, Jim, que junto con tu cuñada hiciste que viniera. Yo solo tengo una duda… Al recurrir a gente como él, que mata por dinero, corremos el riesgo de traicionar nuestros ideales. Llevamos ya más de diez años ejecutando a patrones y a capataces de las minas, pero empiezo a preguntarme cuántos tienen claro que nosotros no estamos llevando a cabo venganzas, sino que luchamos por la causa de los trabajadores irlandeses. Como hacíamos en Irlanda.

Carroll asintió antes de decir:

—Esa es una pregunta que nos hacemos todos, Jack. Hablamos de ello la semana pasada en el congreso de los hibernios. Sin embargo, debemos seguir golpeando a los enemigos de nuestro pueblo. Y para eso se requieren también, cuando es preciso, los servicios de profesionales.

—Yo no digo que no, pero tengamos presente el caso de Cummings. Lo afiliamos a la Orden de los Hibernios por su capacidad para actuar con mano dura, y ahora sabemos que era un espía. Tengamos cuidado, los mollies nacimos para combatir al capital inglés, no para contratar asesinos a sueldo. —Kehoe miró directamente a Pantera—. Que conste que no me refiero a tu caso en concreto, hablo en general.

Pantera se quedó pasmado, al menos hasta donde lo permitía un carácter tan poco emocional como el suyo. Nunca hubiera imaginado que sabían que Cummings desempeñaba un papel de espía. Dedujo que debía de tratarse de un descubrimiento reciente, tal vez por un chivatazo desde el interior de la Pinkerton. ¿Pudiera ser que los mollies sospechasen también de James McParland?

Kehoe siguió hablando.

—Este mes hemos cometido bastantes errores. La muerte de Gomer James en Shenandoah, por ejemplo. Solo era un chico galés, y la gente no lo entiende. Nos hemos atribuido un asesinato motivado por una venganza personal.

—¿Y eso lo dices precisamente tú, Jack? —protestó Carroll. Estaba tan descolocado por esa crítica que trasegó de un solo sorbo el vaso de güisqui, a riesgo de atragantarse—. ¡Fue idea tuya ofrecer una recompensa a Tom Hurley por eliminar a ese extranjero!

—Sí, pero eso era justo. El acto en sí no fue un error, y Hurley lo llevó a cabo de forma correcta. Es la gestión política lo que hay que revisar. Ese mismo día en Girardville, mi ciudad, el hermano Bill Love liquidó a un funcionario, un tal Gwither. Era un gilipollas que sin duda merecía morir, pero Bill ni siquiera pidió permiso, y el Partido Demócrata se lo ha tomado muy mal. Gwither era militante del partido, y además influyente.

No lejos de Kehoe estaban sentados dos jóvenes de semblante franco y mirada límpida que se parecían mucho entre sí. Uno de ellos, que se diferenciaba del otro por su bigote tupido, reaccionó con un gesto de desgana antes de decir:

—Jack, no saques a relucir la política. Sabes que no nos interesa.

—¡Pues debería interesarte, Friday O'Donnell! —Nadie hubiera pensado que Kehoe fuese capaz de mostrar una expresión tan furiosa, y sin embargo no había otro modo de definir lo que se veía en su cara en ese momento—. Dentro de pocos meses habrá elecciones para elegir gobernador y el año próximo serán las presidenciales. Ay de nosotros como no gane el Partido Demócrata, porque hasta ahora hemos estado protegidos por gente como el juez Pershing o como Collins, el comisario del condado. Si los nuestros se asustan y no votan por ellos, corremos el riesgo de que acaben tratándonos como a facinerosos o a socialistas.

Carroll rellenó su vaso. Se lo veía nervioso e impaciente.

—Vamos al grano, Jack. ¿Tú qué propones?

—Que nos centremos en los que ocupan puestos de mando en la mina y que por tanto son objeto del odio general. Me parece acertado el objetivo de mañana, Tom Sanger es incluso peor que Jones. Matarlo delante de los mineros cuando van a trabajar insuflará a los nuestros valentía para dar y tomar.

Friday O'Donnell asintió con la cabeza enérgicamente.

—Sanger ya ha recibido al menos diez mensajes con el ataúd y la pistola pidiéndole que abandonara y que cambiara de aires, pero nada. ¿No es verdad, Charley?

El joven casi idéntico a Friday, pero sin bigote, hizo un gesto de escritura.

—No soy bueno dibujando, pero el significado del mensaje se entendía. Sanger se hizo el loco y ha seguido metiendo en la lista negra a obreros militantes de la ABT. A Sanger lo definió muy bien mamá Margaret: él nació en Cornualles y los mayores gilipollas nacen allí.

—Bien —convino Kehoe con Friday. Le dio una calada al cigarro sin sacarlo de la boca y se dejó envolver la cabeza por el humo expulsándolo lentamente—. Nuestro plan funciona sobre el papel, y desde el punto de vista político debería beneficiarnos. Pero sería una estupidez no servirnos del mexicano que ha venido a nuestro encuentro. Es un tirador más hábil que cualquiera de nosotros.

—Jack, estás diciendo lo contrario de lo que dijiste antes —polemizó Carroll—. No haces más que contradecirte.

Kehoe se irguió ligeramente sobre la silla.

—Eso lo dirás tú, Jim. El golpe lo darán los nuestros, pero Pantera puede ocultarse y ofrecerles apoyo. Imaginemos que los chicos calculan mal la jugada, que pasa por allí algún policía en ese momento, que Sanger va con un compañero… Un buen tirador agazapado puede hacer frente a ese tipo de imprevistos.

—Pero debe viajar por su cuenta y no dejarse ver con los demás.

—Eso es. Él viene del Oeste, donde la gente suele ir a caballo. Le conseguiremos uno, así no tendrá que coger el tren.

Pantera estaba más bien sorprendido, hablaban de él sin ni siquiera consultarle. Trató de dejar claras las cosas.

—Un momento. Yo tengo mis tarifas y hasta ahora me habéis pagado sumas irrisorias que solo dan para unos tragos en la taberna.

—No temas, amigo —Jim Carroll había dejado de beber y se había colocado delante de la barra—. Al acabar la reunión te quedarás conmigo, te llevaré a ver a tu Molly y echaremos cuentas. De paso me dirás si has descubierto algo nuevo.

—¿Molly está bien?

—Mejor que todos nosotros. No ha hecho otra cosa que hablar de ti, debe de echarte de menos. Incluso ha rechazado a un minero borracho que quería follarla y pagaba bien —Carroll le lanzó una sonrisita a Charley y a Friday O'Donnell antes de continuar—. Tendréis que perdonarme si soy poco respetuoso con vuestra hermana, vosotros la conocéis mejor que yo.

A Pantera no le hizo gracia escuchar que Molly iba por ahí hablando de él, pero estaba a tiempo de indagar sobre ello y, si fuera menester, castigarla. Se limitó a decir:

—Algún descubrimiento he hecho, le puedo informar ahora mismo.

—¡No! —exclamó Carroll—. Ya te he dicho que hablaremos después.

Pantera sacó en conclusión que el tabernero no se fiaba de todos

los allí presentes. Pensó que hacía bien y guardó silencio.

Kehoe golpeó la mesa con la palma de la mano derecha para reclamar atención. Con la izquierda lanzó lejos el cigarro, que se había apagado.

—Pero el gran objetivo se llama John P. Jones. Después de darle boleto a Sanger debemos ir a por él, en dos o tres días como máximo. Su caso está pendiente desde hace meses.

—Te contradices una vez más, Jack —dijo Carroll—. Hace poco dijiste que el exceso de homicidios exaspera a la gente. No sé qué podría pasar en el condado de Schuylkill si después de Sanger vamos a por Jones. Hay gente, incluso irlandesa, que está exasperada con tanta sangre. Yost, Gomer James, Thomas Gwither, James Riles y mañana Sanger. Todo en poco más de un mes. Si añadimos a Jones a la lista, corremos el riesgo de que todo el mundo se ponga en contra nuestra.

—Estoy de acuerdo —afirmó Alec Campbell mientras metía picadura de tabaco en una pipa de yeso.

La réplica de Kehoe estuvo cargada de rencor.

—He dicho que pongamos fin a los homicidios sin sentido. El de Jones no lo es, todos lo sabéis. Ese cabrón merecería acabar a la vieja manera: quemado dentro de un muñeco de mimbre.

—No te propases, Jack —susurró Campbell mientras apretaba con el dedo pulgar el tabaco en la cazoleta de la pipa.

—Alec, no exagero. Jones, aunque galés, es católico, pero católico romano. No es por casualidad que esté del lado de los patrones. ¿Es necesario que te recuerde cuáles son los fines de la Orden de los Hibernios?

Pantera no estaba entendiendo nada de esa parte del diálogo, de modo que para él fue un alivio ver que Carroll iba hasta la mesa de Kehoe y apoyaba en ella sus puños cerrados. No fue un gesto de amenaza, pero sí de firmeza.

—Black Jack, no te reconozco. Ya hemos discutido cómo ajusticiar a Jones y la jaula de mimbre aquí no tiene cabida, esa dejémosla para los animalillos. Jones morirá con una honesta bala, como honesto castigo por haber puesto en la calle a unos honestos obreros.

Friday O'Donnell miró a su hermano Charley, que estaba asintiendo, y a continuación manifestó:

—Negro, creo que hablo también en nombre de mamá Margaret si te digo que la familia O'Donnell comparte el punto de vista de Alec. Y todos somos buenos católicos irlandeses, no romanos.

En ese momento asintieron casi todos, incluidos los hombres que Pantera no conocía. Siguió a ello un prolongado silencio. Finalmente, Kehoe, muy nervioso, buscó otro cigarro en sus bolsillos, aunque no lo encontró. Después, con aparente sumisión, dijo:

—De acuerdo, Jones será ejecutado como hemos acordado, y que

san Patricio nos perdone a todos. Pero insisto en que hay que liquidar a Sanger justo después.

—No sé si eso es lo más inteligente, pero se puede hacer —admitió Alec Campbell con ponderación.

—Se puede y se debe hacer. Ahora disolvámonos. Jim Carroll informará al mexicano sobre su tarea. Espero recibir noticias mañana por la tarde en el Salón Hibernia de Girardville. Buenas noticias, por supuesto.

Los mollies se dirigieron a la puerta sin hablar y fueron saliendo a la calle de uno en uno. El último era un hombre alto y gordo, con bigote rizado y buena cara, de unos treinta años. Carroll lo detuvo en la puerta.

—Espera, Tom —le dijo, seguidamente se giró hacia Pantera—. Te presento a Tom Munley, de Gilberton. Es el responsable de la operación de mañana por la mañana. Los otros participantes serán Doyle, Charley O'Donnell y James McAllister, que hoy no ha podido venir.

—Encantado —dijo Munley.

Pantera preguntó:

—¿Cuáles son las instrucciones concretas?

Munley se alisó el bigote antes de responder.

—Jim te dará los detalles. Lo importante es que estés en Raven's Run antes del amanecer, en la mina de la S. M. Heaton y Cía. Cuando nos veas no vayas hacia nosotros, manténte oculto. Allí está la casa de un tal Weevil, es la única que hay en las inmediaciones del pozo minero. Puedes esconderte dentro.

—¿Hace falta rifle?

—No, con un buen revólver será suficiente. Y probablemente no tendrás que disparar ni un solo tiro. Si ves caer a Sanger, puedes marcharte; entrarás en acción solamente si trata de huir o si necesitamos refuerzos.

Munley hablaba velozmente, pero no porque tuviera prisa en salir del salón, sino porque quería decirle algo a Carroll. Mientras recogía su bolsa, Pantera escuchó lo que ambos estaban comentando.

—Jim, yo no entiendo a Kehoe —se quejó Munley con tono bronco —. Cada día está más influenciado por McKenna, ese demonio del averno. Tú mismo lo has oído, Jack nos hace creer que es cauteloso y después propone que cometamos un crimen al día. Y la cosa no va de hacérselas pagar a los capitalistas, están la política y la religión por medio.

—¿Estás seguro de que McKenna está detrás?

—¿Quién si no? Él es el que le calienta la cabeza a Kehoe con toda esa cháchara sobre la lucha de san Patricio contra Crom, que en este caso se supone que es Gowen. Él es el que le dice a quién tenemos que

atacar y a quién no. Y, si te fijas, siempre está por medio la política. Yo no me uní a la Orden para servir al Partido Demócrata ni a ese gusano corrupto del juez Pershing.

—Tom, tu defecto es que sigues siendo el sindicalista que eras, incluso después de que la ABT hiciera que perdieras el trabajo.

—Te equivocas, Jim. Si hubiera un nuevo sindicato menos cobarde, iría corriendo a afiliarme, pero por ahora me parece bien matar a jefes y a capataces.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Te lo diré en pocas palabras. Hace diez años, cuando Kehoe era Kehoe, los mollies despachaban a los patrones porque explotaban a los obreros. Ahora matamos a los jefes de poca monta porque profesan la religión equivocada o simplemente porque no son irlandeses. No me digas que no tengo razón.

No hubo respuesta. Pantera había simulado que su bolsa se había enganchado en una silla para poder escuchar la conversación, pero al final tuvo que poner fin a la simulación y echar a andar. Le vino a la mente un comentario de la breve charla que había tenido en Filadelfia con Benjamin Franklin, el jefe de la Agencia Pinkerton en la ciudad. Franklin le había dicho: «Para derrotar a los terroristas debemos apartarlos de sus fines primigenios, llevarlos a un terreno en el que la gente deje de comprenderlos y de apoyarlos. Con los Molly Maguires será fácil, porque no tienen un ideario tan sólido como el de los socialistas. Depende de nosotros llenar ese vacío, y hacerlo a nuestra manera».

Tom Munley le lanzó una mirada al mexicano antes de salir por la puerta. Jim Carroll permaneció inmóvil durante aproximadamente medio minuto, pensativo, apretando los puños contra sus anchos costados. Después sacudió la cabeza y le dijo a Pantera:

—Ven, te llevaré con Molly.

—Quisiera informar de mi cometido. Y hablar de dinero.

—Haremos ambas cosas mientras subimos. Aquí están a punto de llegar los chicos de la limpieza.

Pantera volvió a la carga en las escaleras que conducían a la planta superior.

—Creo que he cumplido mi misión. Tenía que descubrir a un infiltrado y ya sé quién es. Puedo eliminarlo, pero antes quiero un anticipo.

Jim Carroll se detuvo en los escalones.

—¿Quién es el espía? ¿Cummings, acaso?

—No, el hombre que mencionó hace poco: McKenna. Su verdadero apellido es McParland. Trabaja para la Pinkerton, y no solo él.

—¿Quiénes más?

—Sus dos hermanos, Eddie y Charlie.

—Ni siquiera sabía que McParland tuviera hermanos.

—Los tiene. Están aquí, con identidad falsa. Pero hay otro traidor: Barrilete Kerrigan. No creo que sea un infiltrado propiamente dicho, sino más bien alguien que cuando se le presenta la ocasión practica un doble juego.

Pantera esperaba que, a medida que iba destilando sus revelaciones, fuera apareciendo en el semblante de Jim Carroll la indignación o al menos el estupor. Sin embargo, el tabernero se mantenía impasible, quitando una luz difusamente dolorida que asomaba en el fondo de sus pupilas. Finalmente, Pantera, irritado, le preguntó:

—En fin, ¿me he ganado la recompensa o no? ¿A quién tengo que cargarme de esos que acabo de citar?

Carroll pestañeó, le pesaban los párpados.

—Son nombres que Alec Campbell lleva meses mencionando. Y también Tom Munley, como acabas de escuchar. Ya sabía que la Antigua Orden de los Hibernios es un nido de víboras… No, yo busco a alguien más grande.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Pantera, poco menos que indignado—. Lo que le acabo de contar es suficiente para suspender tanto el asesinato de Sanger como el de Jones. ¡Detrás de esas acciones hay alguien a sueldo de la Pinkerton!

Carroll se encogió de hombros y preguntó con voz cansada:

—¿Sabes qué solía decirme mi padre, un viejo feniano?4 Que la maldición del infiltrado es verse obligado a hacer lo que hacen los demás si no quiere que lo descubran. Eso significa que si la organización decide ejecutar a alguien, él debe participar. Después tal vez escriba su informe y lo remita a sus jefes, pero la vida que lleva a diario es la misma que la del resto de la banda.

—¡Pero McKenna está influyendo en la toma de decisiones! ¡Lo ha dicho Munley!

—Sí, y eso supone un gran problema. Kehoe se resiste a creer que su amigo McParland sea un espía. Pero el infiltrado que debes buscar no es él. De McKenna, Kerrigan y los otros nos encargaremos nosotros —aseguró Carroll, que siguió subiendo las escaleras—. Bueno, ¿quieres ver a Molly o no? Ahora mismo estará rezando por ti, porque es lo que hace todos los días a todas horas.

Pantera se sentía bastante confuso. Pidió mentalmente ayuda al Nganga, que estaba callado desde hacía semanas. El Santo le envió desde la bolsa respuestas poco inteligibles, pero que tenían la impronta de la calma, y eso tranquilizó a Pantera.

El encuentro con Molly no fue teatral ni tampoco particularmente emotivo. La encontró en su habitación, pero no estaba rezando sino haciendo la colada en una pequeña tina, con el suelo en gran parte

cubierto por una fina película de agua jabonosa. Llevaba puesto un vestidito arrugado que le llegaba hasta las rodillas, pero que no la hacía parecer más desgarbada de lo habitual.

Sus ojos de color glauco se iluminaron levemente al ver a Pantera.

—¡Oh, has vuelto! —exclamó. Dejó que se deslizara una prenda por la tabla sumergida en el agua y, con la pastilla de jabón aún en la mano, echó a correr hacia él, aunque luego se detuvo, desconcertada —. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

El mexicano había arrugado la frente. Dejó caer a plomo la bolsa y levantó el brazo desnudo de Molly.

—¿Qué es esta excoriación? ¿La tienes desde hace mucho? — preguntó indicando una especie de bulto negruzco junto al codo, parecido a un fragmento irregular de antracita.

Ella miró a su vez.

—No, diría que desde esta mañana. Tengo dos o tres por el cuerpo, debe de ser que anoche comí demasiado. ¿Por qué, qué es?

La mujer ahora parecía asustada. Carroll, preocupado también él, repitió:

—¿Qué es?

Pantera guardó silencio. Recordaba haber visto bultos similares en el cadáver de un caballo, en la orilla del río Schuylkill. Sintió frío.

20

MÁS SANGRE

No eran aún las seis de la mañana, pero no hacía frío. Pantera descendió las colinas, agrietadas y tapizadas por un polvo que se asemejaba a cristal molido negro, en las que había dejado su caballo. Iba con la mano pegada al Smith & Wesson que había en su bolsillo. La casa de Robert Weevil era fácil de reconocer: no había ninguna más. Además, era la única construcción de mampostería, aparte del porche entre los barracones que, más abajo, daban al valle.

A lo lejos, por donde estaba desfilando la habitual multitud de mineros con la fiambrera en la mano y la lámpara ya encendida sobre la gorra, todo era una maraña de vías, tan densa que daba la impresión de que se superponían unas a otras. Terminaban en las inmediaciones del mastodóntico lavadero y en las bocas de acceso a las galerías del cerro. Una sirena, instalada en lo alto de un almacén, lanzaba de cuando en cuando su bufido hacia el cielo opaco, para recordarles a los rezagados que en breve se iniciaría el trabajo. Varias mulas ya estaban enganchadas a las vagonetas, para compensar el privilegio de disfrutar de algunas horas diarias al aire libre.

Pantera examinó la casa de Weevil. Las contraventanas estaban cerradas y no se oía ruido alguno. Probablemente el dueño era un inglés, con la facultad de bajar a la mina después de que los peones irlandeses le dejaran preparadas las herramientas y los explosivos. El jardín mostraba signos de que estaba cuidado e incluso había un huerto, en un rincón, con coles y algunas lechugas. Sin embargo, también allí pesaba sobre las hojas el polvo vítreo, que relucía tenuemente en las zonas a las que aún no había llegado la luz del día.

Pantera cayó en la cuenta de que no tenía su Nganga. Lo había dejado junto a Molly, con la esperanza de que se prestara a curarla. Incluso había recurrido a la temible regla vrillumba, cosa que un mayombrero no judío hacía únicamente cuando llegaba al límite de sus recursos lícitos. En esos momentos una iguana destripada estaba alimentando al Santo con su sangre y con su agonía. Era una incitación al Nganga para que actuara con celeridad. Sin embargo, Pantera no estaba seguro de que el Santo hubiera percibido la señal y el problema.

Poco después divisó al grupo de los mollies, unido y bastante

visible a un lado del camino que seguían los mineros. No llevaban las caras pintadas, iban simplemente con los sombreros bien calados y con las cabezas agachadas. Sus gabardinas blancas contrastaban con los monos azul oscuro de los obreros. Parecía que estaban allí para llamar la atención.

Pantera los reconoció sin dificultad. Eran Munley, McAllister, Doyle y Charley O'Donnell. Los previstos. Le sorprendió, en cambio, ver también a Friday O'Donnell, con un abultamiento en su impermeable que daba pie a pensar que llevaba un rifle pegado a la cadera.

—¡Ahí está!

La exclamación de McAllister tuvo tanta fuerza que incluso Pantera la escuchó y se sobresaltó. Un buen número de mineros se giraron para ver de dónde provenía.

Dos hombres avanzaban tranquilamente hacia el pozo minero de la Heaton y Cía. El de mayor edad (o eso le pareció a Pantera desde su puesto de observación) tenía pelo largo, barba rebajada y estómago prominente. El otro era un chico alto, delgado y algo encorvado, con melena de color rubio claro.

Los dos se detuvieron, estupefactos. No supieron qué estaba sucediendo hasta que vieron a Friday O'Donnell corriendo hacia ellos con un colt en la mano. En un primer momento ni siquiera trataron de escapar. Cuanto estuvo cerca, O'Donnell estiró el brazo y disparó un par de veces contra el hombre de barba, que se encorvó bruscamente como si hubiera recibido una patada en los testículos. Aún inclinado, echó a correr hacia la casa de Weevil dando tumbos y perdiendo sangre.

El joven trató de protegerlo. Se puso delante de Friday y abrió los brazos.

—¡Por favor, deja que se vaya, ya está herido!

—¡Y tú quién diablos eres! —gritó Friday.

—¡Soy William Uren, un amigo de…!

—¡También hay para sus amigos!

Friday le pegó un tiro. Uren dejó escapar un chillido, dio unos pasos hacia un lado y se desplomó.

Numerosos mineros se habían parado para observar la escena. McAllister y Doyle dispararon al aire para dispersarlos, pero los obreros no se movieron. Entonces Munley gritó:

—¡Largo de aquí! ¡Ya habéis visto cómo muere un lacayo de la patronal! ¡No tenemos nada contra vosotros!

Desde lo alto del sendero llegó la voz acatarrada de un viejo.

—¡Cuidado, Sanger todavía no está muerto! ¡Está huyendo por allí!

En efecto, aunque se hallaba al límite de sus fuerzas, el herido alcanzó la casa de Weevil. Pantera consideró que había llegado el

momento de intervenir. Avanzó hacia él y lo encañonó con el revólver. Bajó el arma tras mirarle a la cara.

—¡Qué estás haciendo! —le gritó Doyle, que iba corriendo cuesta arriba y tropezando con las piedras—. ¡Dispara, dispara!

Pantera se encogió de hombros. Sanger avanzó un paso más, un reguero de sangre caía por sus ingles y le empapaba los pantalones. Hizo una especie de pirueta y cayó hundiendo su rostro en el polvo.

—¿Muerto? —preguntó un sorprendido Doyle.

—Júzgalo tú mismo —respondió Pantera.

La puerta de la casa de Weevil se entreabrió y un hombre en camisón, posiblemente era Weevil, mostró su semblante asustado. Pantera movió el cañón del revólver hacia él y la puerta se cerró de nuevo. Entre tanto habían llegado McAllister, Munley y los dos O'Donnell.

Oyeron el eco de un tiro que venía de abajo. Y la voz del viejo de antes gritando:

—¡Ahórrese los disparos, señor Heaton! ¡¿No ve que están demasiado lejos?!

Munley señaló las montañas de alrededor, más allá de la colina, y la vegetación escasa pero espesa que cubría en algunos puntos las laderas.

—La única vía de escape es esa. Mexicano, ¿tú tienes caballo?

—Sí, puedo llevar conmigo a uno de vosotros.

Friday O'Donnell puso la mano en el hombro de Munley.

—Vete tú, Tom. Eres el más gordo y el más lento. Nos vemos en Shenandoah, en el salón del Matojo.

Una hora más tarde Pantera cabalgaba por el monte con Munley agarrado a su cintura. La vegetación no suponía un gran obstáculo, a pesar de que en algunos tramos el ramaje era bajo y los troncos estaban torcidos. El polvo negro y brillante parecía haber matado el matorral y los arbustos. El único estorbo para los cascos del caballo, un animal joven y un poco irascible, eran las piedras, así como algún que otro arroyo de agua aceitosa. Pantera había dejado de ver a sus otros cómplices hacía un rato.

—¿Quién era el otro hombre que habéis matado? —preguntó tras un prolongado silencio.

—Ni idea. El amigo de un puerco.

El mexicano no hizo más preguntas. Atravesaron una hondonada entre dos montes y descendieron por la cima opuesta. Abajo solo había llanura. Los bosques y los prados eran de un verde apagado, pero verde a fin de cuentas, quizás porque no había minas a la vista.

Cuando ya se hallaban cerca de Lost Creek, por donde pasaba el ferrocarril, Munley le pidió a Pantera que se detuviera.

—Será mejor que me cambie de ropa. No me llevará mucho

tiempo, tengo un gabán bajo el impermeable y llevo dos camisas.

—Eso no bastará, te han visto al menos cien personas. No os esforzasteis lo más mínimo en tratar de pasar inadvertidos.

—Conozco bien a mis mineros, ninguno de esos cien se irá de la lengua. Como mucho dirán cómo íbamos vestidos.

—¿Piensas que todos están de acuerdo con lo que hacéis vosotros? No sé yo.

—No, no lo pienso, pero soy irlandés. Puede que muchos de ellos nos odien, pero nunca nos delatarían. Si alguno lo hiciera tendría que estar en guardia incluso con su propia esposa.

Pararon en mitad de varios plátanos, con los raíles a la vista. Mientras Munley se desprendía de la ropa superflua, Pantera comentó:

—Usas una terminología diferente a la de tus compañeros. «Patronal», «capital»… Los demás mollies hablan de venganza y nada más.

Munley se echó a reír.

—No te equivocas. El hecho es que la Orden está dirigida por hermanos que hace ya tiempo que dejaron atrás el trabajo en la mina. Mira a Kehoe, Carroll y Campbell, los tres son propietarios de salones. A menudo pienso que ya ni recuerdan cómo es la vida en los pozos. No piden aumentos de sueldos ni mejoras, confunden Pensilvania con Irlanda, anteponen la religión a cualquier idea de emancipación… Sobre todo Kehoe.

—Pero a ti te va bien, después de todo.

—Bueno, si hay que cargarse a un capataz, yo no me echo atrás. Fue un capataz del Draper Colliery el que me metió en la lista negra después de la huelga. Y he visto a otros capataces golpeando a niños, despidiendo a enfermos o a viejos que se habían vuelto demasiado lentos, robando a los trabajadores en las tiendas, vendiendo explosivos caducados, haciendo pagar a los peones sus propias negligencias… En estos condados uno no se convierte en capataz por casualidad, y Sanger no era diferente de los demás. Pero no basta con matar a uno de vez en cuando, aunque sirva de advertencia. Hay que delegar en el Partido Demócrata la solución de los asuntos generales.

—¿Tan importante es el partido?

—No debería serlo, pero lo es. ¿Quién crees que le dio luz verde a Kehoe después de la huelga? Si aquí matamos carroña a diario es porque le viene bien a un hatajo de politicastros con el culo bien plantado en Filadelfia. Kehoe no se da cuenta de que tarde o temprano esa misma gente se va a deshacer de todos nosotros. Ahora parecemos fuertes, pero la verdad es que somos muy frágiles.

—¿Entonces por qué sigues con los mollies?

—Porque en el condado de Schuylkill no hay nada mejor.

Munley hizo un envoltorio con la ropa que se había quitado y lo

metió en el matorral. Ahora llevaba puesto un gabán marrón oscuro, y sobre una camisa a cuadros rojinegra colgaba una elegante corbata de cuero que no le sentaba demasiado bien a su cuello de toro. Sacó pecho, orgulloso de sí mismo, como si se estuviera mirando en un espejo.

—¿Qué tal? —preguntó.

Pantera respondió con un gesto indefinido y fue a comprobar en qué estado se encontraba el caballo, atado al tronco de una encina. Enderezó la silla, revisó las guarniciones y comentó:

—El animal está un poco cansado, pero creo que podrá llevarnos hasta Shenandoah. A partir de allí no sé si soportaría el peso de dos personas.

Munley se acercó mientras se ajustaba el cinturón. Su revólver colgaba de una funda que ocultó abrochándose el gabán.

—Yo me quedo en Shenandoah, mexicano. Tú no, debes continuar hasta Storm Hill.

Pantera, que ya había montado en el caballo, arqueó una ceja.

—Se habló de una cita en el salón del Matojo Lawler, para ir a matar después a John P. Jones.

—Es una pista falsa, fue idea de Alec Campbell para despistar a los posibles espías. Ve a Storm Hill, Campbell te explicará lo que tienes que hacer luego.

Aunque se quedó perplejo, lo cual le ocurría muy a menudo últimamente, Pantera renunció a hacer más preguntas. Se ciñó a los planes, dejó a Munley en las proximidades de Shenandoah y siguió en dirección a Tamaqua descendiendo en paralelo a un ramal del ferrocarril Filadelfia-Reading. Storm Hill estaba a unas pocas millas al este.

Le alegraba la posibilidad de informarse sobre el estado de salud de Molly. Confiaba en los poderes terapéuticos del Nganga, que había invocado con rituales que pocos humanos en el mundo conocían. Sin embargo, un oscuro presentimiento lo reconcomía por dentro. Puesto que la enfermedad de la mujer era ciertamente el carbunco, el mal no tenía un origen natural, ni humano ni animal. Estaba convencido de que alguien estaba tratando de «cambiar el mundo»; un individuo quizás, pero respaldado por poderes malignos y coligados. Si ese fuera el caso, ni siquiera el Santo podría hacer nada.

Los paisajes que iban desfilando a su paso avalaban esa presunción. Había un notorio empeoramiento respecto a unas pocas semanas antes. Las colinas ya estaban siendo devoradas hasta la cima por la gangrena negra. Las vías férreas, además de amontonarse aguas abajo, se ramificaban hacia las cumbres, donde las tétricas construcciones mineras parecían custodiar tanto la tenebrosa nada del cielo como la desolación terrenal de las laderas. No era un entorno

hecho para la vida humana y a lo mejor, pensó Pantera, ni siquiera era un entorno auténtico. Tenía la persistente sensación de que se trataba de una pesadilla ajena que se dilataba hasta absorber los confines de todo lo existente.

Pasó al lado de un pequeño carro tirado por una mula. El vehículo estaba sobrecargado de enseres domésticos y una familia eslava iba aferrada a él.

Pantera levantó el sombrero unas pulgadas para saludar.

—Amigos, ¿voy bien por aquí para Tamaqua?

El único que hablaba inglés era un viejo desdentado y barbudo que iba sentado sobre un armonio.

—Claro que sí. Nosotros vamos allí, nos han dicho que sigamos a las ratas.

—¿A las ratas? Yo no las veo.

—Observe las vías del tren. No se notan porque son tantas que se confunden con el carbón quemado. Van hacia el sudeste y Tamaqua es la primera ciudad después de Mahanoy Junction.

Pantera agudizó la vista. Vio que aquello que creía que era polvo arrastrado por el viento al lado de las vías se trataba en realidad de una interminable horda de roedores, casi tan veloces como una locomotora. No había duda, en aquellos lugares operaba una magia poderosa y siniestra, más potente incluso que la suya. Aceleró el paso y en pocos segundos dejó atrás el carro de los slavs. Su caballo sacó la lengua, pero resistió.

Con Tamaqua ya a la vista, el mexicano experimentó cierto alivio y aflojó el trote. Sin embargo, no se esperaba que lo detuviera, a la vuelta de la esquina entre las calles Rowe y Ancha, una partida de hombres armados con Winchester. La visión de Daniel Shepp y de Michael Beard, que estaban gesticulando en medio de la patrulla, le reveló quiénes eran.

Shepp agarró las riendas del caballo de Pantera, prácticamente se aferró a ellas.

—Han matado a uno o dos capataces de mina al oeste de Shenandoah —le dijo alterado—. Vamos hacia allí. ¡Esta vez no puedes negarte a echarnos una mano!

—Será mejor que yo me quede vigilando en Tamaqua —respondió Pantera mientras desmontaba—. Os dejo mi caballo, sois ya muchos y tenéis más necesidad de caballos que de pistolas.

—¿No lo entiendes? ¡Necesitamos un profesional!

—Entonces avisad al Ejército federal, al destacamento de Tuscarora. Yo tengo buena puntería, pero no podría competir con ellos.

Pantera desoyó las objeciones y siguió su camino a lo largo de la arteria. Mientras recorría la polvorienta calle Ancha le pareció percibir

el olor familiar de Molly, que generalmente no era más que un tufo en el que predominaba el agua de Colonia barata, pero Pantera lo definió como perfume, al menos en esa ocasión.

Jim Carroll lo interceptó cuando pasaba por delante de la pequeña iglesia católica al amparo de los soportales del lado contrario de la calle para tratar de eludir la posible mirada del cura. Carroll, como todos, estaba agitado. Tiró de Pantera hacia una esquina.

—No vayas a la Columbia. El capitán Linden está en la ciudad y sus hombres no le quitan ojo a mi local.

—¿Molly cómo está?

—Como la dejaste. Pero ya tiene al menos una veintena de bultos de carbón por el cuerpo. Le ha subido tanto la fiebre que no hay forma de tomársela.

—Quiero verla.

—Deja a un lado el sentimentalismo, no te pega. Tienes que estar en Storm Hill antes de que anochezca. Jones debe morir mañana por la mañana, esto no admite discusión.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Hay que mantener a raya a los posibles chivatos. De Molly me ocupo yo. No me vayas a decir que te has enamorado de ella, no te iba a creer. Se trata de mi cuñada, sí, pero es tan fea que me resulta repulsiva incluso a mí.

Pantera endureció su semblante antes de decir:

—Escucha bien lo que te voy a decir. Hay un cambio en el plan de la Antigua Orden de los Hibernios. Si soy yo el que tiene que cargarse a Jones, la acción se pospone hasta pasado mañana, 3 de septiembre.

Carroll, que ya de por sí tenía una mirada bovina, abrió sus ojos de un modo desmesurado.

—Estás de broma, ¿no? ¡Tendría que notificárselo a la logia de Mauch Chunk y a varias más!

—Pues notifícaselo, porque yo no estoy bromeando en absoluto.

—¡Tú no sabes lo que dices!

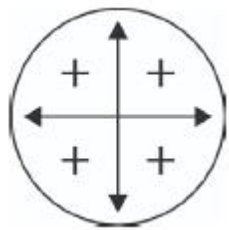
—Y tú no sabes que como sigas robándome tiempo te arriesgas a acabar con una bala en la barriga. Voy arriba, a ver a Molly. Intenta detenerme si te crees capaz.

Pantera dejó plantado a Carroll y se dirigió al salón. Era cierto, el local estaba vigilado. Dos individuos, que reconoció como agentes de la Policía del Carbón y el Acero a pesar de que no llevaban uniforme ni placa, charlaban entre ellos apoyados en una calesa abandonada. Dejaron de hablar y fijaron la mirada en el mexicano, él los ignoró. Advirtió la presencia, entre las ruedas inestables del vehículo, de varias ratas royendo pequeños trocitos de madera carcomida. Otra vez las ratas, aquello era insoportable.

Ignoró también al sirviente negro que estaba limpiando el

pavimento, a pesar de que le resultó vagamente familiar. Subió las escaleras y, sin llamar a la puerta, entró en la habitación de Molly. Vaya, se había olvidado por completo de Kate Boyle. La muchacha estaba allí, inclinada sobre el lecho de la enferma. Vestía la habitual chaqueta de hombre y la falda amarilla que llevaba la primera vez que la vio, pero algo había cambiado en su aspecto. Debía de ser su dentadura, que antes estaba amarillenta y ahora al sonreír aparecía blanca y limpia. O tal vez se trataba de los dedos, que seguían agrietados pero ya no sangraban.

—¿Cómo está? —preguntó Pantera buscando con la mirada al Nganga. Estaba justo donde lo había dejado, dentro de un círculo trazado con tiza que se asemejaba a la ilustración que aparecía en el Pow-Wows de Gudrun Bierman.



La iguana ya estaba seca, pero el Santo debía de haberle succionado por completo las vísceras, que habían desaparecido.

—Está mal, ardiendo de fiebre. —La sonrisa desapareció de la pequeña cara de Kate—. Ahora duerme, pero cuando está despierta delira. Y ya tiene manchas de carbón por todo el cuerpo.

—¿Tú vives aquí?

—Sí. Según Molly, fuiste tú el que le pidió que me acogiera. ¿Es verdad eso?

—¿Te han molestado los hombres del salón?

—No, es raro que un irlandés le falte al respeto a una chica irlandesa. Además, casi todos los clientes trabajan en la mina, conocen a mi abuelo y a mi primo, y me han visto trabajando en el lavadero vestida de hombre. Me consideran una de los suyos. En cuanto a Shepp y a sus hombres, no se dejan ver por aquí.

Pantera recordó la escena de la margarita que perdió todos sus pétalos.

—¿Cómo acabó la cosa con Jim Butler? ¿Sigues saliendo con él?

—No, ya no —Kate bajó la mirada—. Jim es bueno, pero está lleno de prejuicios. Se ha enterado de lo que hacía por las noches y no ha querido volver a verme. No fue por maldad, sino por celos. Ahora salgo de vez en cuando con Tom Munley, de Gilberton.

Pantera se sobresaltó al escuchar eso.

—No sé si es la mejor compañía.

—Ya, pero no estoy enamorada de él, aunque es muy atento y me quiere —dijo Kate. Sus orejas se pusieron rojas, de un rojo fuego—. Yo estoy enamorada de otro.

—Ya me hablarás de eso después, ahora no es el momento.

Pantera pasó la mano delicadamente por debajo de la melena estoposa de Molly para levantarle la cabeza. La mujer respiraba con dificultad y tenía los labios secos. Dormía, sí, pero no era un sueño natural, sino más bien un aturdimiento que presagiaba el sueño definitivo. Su delgado pecho estaba prácticamente inmóvil, aparte de alguna que otra sacudida. Si estaba soñando debía de tratarse de una pesadilla.

—¿No te han dicho que debes mantenerte a distancia? —le preguntó Pantera a Kate.

—Sí, pero no me importa.

—A mí tampoco me importa.

Se inclinó sobre Molly y la besó en la frente. Luego lo pensó mejor y presionó con sus labios los labios áridos de ella. En ese momento la volvió a ver en Laredo tratando de disparar, con un rifle que apenas podía sostener, a los hombres lobo; después durante una carga contra el fuerte de Hermosillo, erguida sobre el caballo y con el pelo despeinado por el viento. La besó de nuevo y volvió a apoyar lentamente su cabeza en el cojín, húmedo de sudor.

Pantera se encaró con el Nganga. Su instinto le pedía que se liara a patadas con esa cosa inservible, pero se contuvo. Es más, dobló la cabeza hacia adelante simulando devoción. Según la regla vrillumba, si la iguana resultaba ineficaz debía alimentar al Santo con las entrañas de un niño, pero no quería hacer eso. Prefirió recitar una de las invocaciones más poderosas confiando en que diera resultado, aunque en su fuero interno tenía serias dudas.

—Puedes irte, me quedo yo con Molly —le dijo a Kate. Una intuición difícil de interpretar hizo que añadiera una pregunta—. ¿En Tamaqua has oído hablar alguna vez del Hombre Rata?

—No, pero hay un nombre apodado la Rata. Ahora mismo debe de estar aquí abajo, se encarga de la limpieza del salón y de muchos otros trabajillos.

Pantera se puso en pie de golpe y corrió escaleras abajo. Ahora ya estaba seguro: conocía a ese negro, pero al subir solo lo había visto de espaldas. Se llevó una decepción, no lo encontró en el salón. Le preguntó a un joven sirviente que estaba lavando vasos, el cual le respondió con cortesía:

—¿La Rata? Hace poco que se fue. Debería volver mañana, aunque con él nunca se sabe.

—¿Tienes idea de dónde vive?

El sirviente hizo un gesto ambiguo con la mano que sostenía el paño húmedo.

—Me imagino que donde viven todos los negros, en alguna casucha al otro lado de las vías y del río. Al lado de las cabañas de los italianos, que huelen todavía peor. Y gracias a Dios tenemos pocos chinos, porque son más apestosos que todos los demás juntos.

Las tablas de la puerta se abrieron en ese momento, Carroll estaba de vuelta. Tras él venían Mike Doyle, Barrilete Kerrigan y un chico de unos veinte años que Pantera no había visto nunca. Kerrigan parecía bebido, pero aun así pidió un güisqui. Carroll dio la vuelta a la barra, se lo sirvió y se quedó con la botella en la mano. Barrilete vació el vaso y mientras el tabernero le echaba más observó a Pantera con mirada opaca, ligeramente inyectada en sangre.

—He oído que ahora eres tú el que da las órdenes a los hibernios, que cambias a tu antojo la fecha de ejecución decidida en media docena de asambleas.

—Yo no cambio nada —contestó Pantera sin perder la calma—. Pero si queréis que sea yo el que elimine a Jones debéis tener en cuenta mis compromisos.

—¿Tus compromisos son ese adefesio, esa furcia enferma de sífilis?

Carroll pasó al otro lado de la barra y agarró por el antebrazo a Kerrigan.

—¡James, no te pases! ¡Es una orden!

—Pero este… —Barrilete tenía la voz pastosa.

—¡Este no tiene nada que ver! ¡Estás hablando de mi cuñada!

Pantera apartó el dedo índice del gatillo del Smith & Wesson que tenía en el bolsillo.

—En fin, yo vuelvo arriba. Hacedme saber dónde debo estar el 3 de septiembre. Repito: el 3 de septiembre.

Subió las escaleras y encontró a Kate llorando en la galería. Alarmado, le preguntó:

—¿Ha empeorado?

—No, no es por eso. —La chica se secó dos gotas con el dorso de la mano antes de seguir hablando—. Es porque tú la amas…

—Te equivocas, yo no amo a nadie. En el mejor de los casos siento cariño.

—…y a mí no me amas —completó la frase.

Pantera se inquietó un poco.

—También en eso te equivocas, en parte. Siento cariño también por ti.

—Es la primera vez que me lo dices.

—Y tal vez será la última. Trataré de demostrártelo… ¿Dónde duermes?

Kate señaló una puertecilla baja y estrecha encajada al final del

rellano. La alfombra desplegada en el suelo no llegaba hasta allí. Era un alojamiento para los sirvientes, pero mucho mejor que la caseta en medio de la basura.

Pantera cogió a Kate de la mano y la llevó al cuarto. Había un catre que ocupaba dos terceras partes del espacio, una mesita de noche, una lámpara y un balde para lavarse. La ventana era grande, pero no estaba en la pared sino en el techo inclinado. El sol entraba abundantemente a esa hora y resaltaba las partículas de polvo que flotaban en el ambiente.

Kate miró a Pantera con incertidumbre y al mismo tiempo con extraña esperanza. Se quitó la chaqueta, la arrojó sobre la cama y empezó a levantarse la blusa que llevaba debajo. Él, que no sonreía nunca, esta vez sí lo hizo, aunque fuera solo un instante. La detuvo antes de que desnudara por completo sus pequeños pechos puntiagudos.

—No, me has malinterpretado. Quería traerte aquí para darte algo. —Sacó del bolsillo un rollo de billetes, apartó dos terceras partes del dinero y lo dejó sobre la mesita—. Esto es para ti. Yo seguiré aquí un día más, para ver qué puedo hacer por Molly, pero después no sé si podremos volver a vernos pronto. Quiero que te compres un vestido elegante, pero elegante de verdad. Y también una maleta y todo lo necesario para un viaje. Tengo el presentimiento de que aquí van a pasar cosas feas y quiero que te alejes de Tamaqua, vete lo más lejos posible.

La chica cogió un billete con sus dedos pequeños y ajados. No debía de haber visto nunca uno de ese valor.

—Es demasiado —musitó pasmada—. Demasiado incluso para lo que me pides que haga.

—Pequeña, lo que voy a decirte no lo repetiré nunca, de modo que escucha con atención. Tú mereces mucho más que esto, muchísimo más. Así que cállate y que no se te ocurra desobedecerme.

Pantera pronunció esa última frase con voz gruñona. Seguidamente abandonó la habitación y cerró la puerta al salir. Es más, dio un portazo, para dejar claro que su advertencia iba en serio.

21

EL CEMENTERIO DE LAS MULAS

Storm Hill, un poblado hundido entre montañas bajas, estaba a poca distancia de Lansford. Por allí pasaba el ferrocarril de Jersey Central, en su ramal de Nesquehoning, después de atravesar Coaldale y las numerosas aldeas que jalonaban la ruta entre Tamaqua y Mauch Chunk. Para llegar a Storm Hill era preciso descender a Lansford y después subir a pie.

Eso fue lo que hizo Pantera el 3 de setiembre de 1875 al amanecer, tras viajar en un vagón repleto de mineros. Algunos de ellos debían de haber salido de casa poco después de la medianoche para poder llegar a tiempo al trabajo; se deducía de sus profundas ojeras, sus bostezos y las pocas ganas de charla. Los chiquillos iban durmiendo, apoyados en el borde de los asientos o en las espaldas de los adultos. Los que habían tenido el privilegio de encontrar asiento no solo dormían sino que incluso roncaban, con la boca abierta y la saliva negra de carbón y de tabaco burbujeando en el fondo de la garganta.

Entre las escasas y ociosas conversaciones solo despertó interés en Pantera una entre dos peones, irlandeses como casi todo el pasaje del tren.

—Dicen que la enfermedad del carbón la provocan las ratas, pero no es verdad. La explicación es más sencilla.

—¿Cuál es?

—Cuando muere una mula en la mina nadie la saca al exterior. Tiran su cadáver en una galería vacía, se olvidan de ella y luego los miasmas se expanden. Si el animal tenía carbón dentro puede contagiar a otras bestias, y después a las personas.

—Es la primera vez que oigo eso.

—Razona un poco. ¿Cuántas mulas mueren a la semana? Ocho o diez, como mínimo. ¿Alguna vez has visto que las subieran a la superficie? Yo nunca. Lo cierto es que las minas son cementerios de bestias, por eso se extiende la enfermedad. Pero nadie se da cuenta, somos demasiados allí abajo.

—Haría falta que muriera un inglés o un galés.

—Eso no sucederá nunca. El trabajo sucio en las galerías lo hacemos nosotros y a ellos poco o nada les importa que nos transformemos en carbón.

—Bueno, el carbón también puede incendiarse.

Pantera iba recordando ese diálogo mientras subía hacia Storm Hill por un sendero pedregoso. Llevaba grabada en los ojos la muerte de Molly, la noche anterior; era algo tan desgarrador que intentaba febrilmente eliminarlo de su memoria. El diálogo que había escuchado en el tren le permitió, de manera indirecta, atribuir el origen de su dolor a personas concretas. No sabía quién era John P. Jones, cuáles eran sus culpas ni por qué había sido sentenciado a muerte. Pero sentía que estaba oscuramente ligado a la agonía de Molly y a cómo se apagó su vida en un momento, con sus ojos redondos y demasiado claros muy abiertos por la sorpresa. Ya no le importaba saber si los hibernios tenían o no razón, empezaba a comprender su fanático deseo de matar.

Se detuvo en mitad del sendero, en un lugar azotado por el aire gélido de la mañana. Sacó del bolsillo el Smith & Wesson y comprobó por enésima vez que cada uno de los seis compartimentos del tambor contenía una bala. A su espalda las cumbres de los montes, de lo oscuras que estaban, iban asumiendo una tonalidad gris clara. Cerró el arma con un golpe de muñeca, pero en lugar de bajar el percutor lo dejó en posición de disparo. Se mantuvo inmóvil junto al sendero como una mantis.

En la hoz del valle había un enjambre de hombres que se dirigían a los edificios de la Sociedad Carbonera Lehigh y Wilkes-Barre, saludados por los primeros rayos de sol. Las sirenas aullaban y resoplaban. Los engranajes del lavadero se pusieron en marcha con estrépito, dispuestos a morder los dedos de los niños y a sumergirlos en un río sólido de antracita.

Finalmente —ya debía de faltar poco para las siete de la mañana— se produjeron las apariciones casi simultáneas que Pantera estaba esperando. Por el fondo del camino subían James Kerrigan, Ed Kelly y Mike Doyle, con las caras embadurnadas de blanco. Arriba, en el umbral de una linda casita, John P. Jones estaba despidiéndose de su mujer con un beso. El mexicano no invocó al Nganga, como solía hacer antes de entrar en acción. Lo había deshecho a patadas cuando Molly dio el último aliento. El beso entre los dos cónyuges, delante de la pequeña casa, le pareció una caricatura del beso, mucho más pasional, que él había posado sobre los labios fríos de la muerta.

El resto de la secuencia se desarrolló muy rápido. Jones vio primero a los hombres con los rostros pintados de blanco e inmediatamente después a Pantera. Trató de sacar un revólver, quizás un colt de cañón corto, pero el proyectil del Smith & Wesson le atravesó el pecho. También dispararon Kerrigan y Mike Doyle mientras Jones se desplomaba. Pantera se situó con las piernas abiertas sobre el cuerpo ya sin vida y apretó el gatillo cuatro veces

más. Cada nuevo disparo provocaba un espasmo en el cadáver.

Ninguno de los asesinos esperaba que las montañas amplificaran tanto el ruido de los tiros. Los obreros que iban camino de la mina se detuvieron, los que ya estaban en la entrada salieron en tropel. La esposa de Jones lanzó desde el umbral de su casa un grito desgarrado que también resonó entre los montes.

—Estamos a tiempo de huir al bosque —dijo Kerrigan, sofocado pero lúcido—, aunque toda esta zona está llena de túneles. Decidid.

—Prefiero los bosques —contestó Kelly.

Doyle asintió.

Pantera negó con la cabeza.

—Yo no. No me apetece huir en comitiva. ¿Hay algún problema con eso?

—No, ninguno. Vete donde te parezca —respondió Kerrigan de forma expeditiva—. Si todo va bien nos vemos en Tamaqua.

Se oyeron varios disparos de pistola a lo lejos. Alguno de los hombres del valle estaba reaccionando. Pantera se separó de sus compañeros, trepó por una roca cubierta de musgo y descendió por el lecho seco de un antiguo arroyo. Vislumbró una abertura cuadrada en la ladera del monte que podría venirle bien, porque estaba suficientemente lejos de los edificios de la Lehigh y Wilkes-Bar. Imaginó que pensaron inicialmente que podrían alcanzar el filón de carbón con una simple entrada inclinada pero después vieron que con una mina de socavón no bastaba, por lo que pasaron a perforar el monte desde la cima.

Las zarzas secas que flanqueaban el cauce, reliquia de un tiempo en el que el agua discurría entre ellas, proporcionaban la protección necesaria. Además, si realmente había perseguidores tratarían de escalar los cerros, más que esperar en el fondo del valle el improbable descenso de los asesinos. Pantera, por tanto, siguió adelante bastante seguro de sí mismo, pendiente sobre todo de no resbalar con el polvo brillante que llenaba el lecho del desaparecido riachuelo.

Oyó más disparos, pero muy lejanos. Una ojeada a través de las zarzas le permitió ver la escena que se desarrollaba a menos de una milla de distancia. Un hombre, solo y agitado, casi había llegado a la casa de Jones y lanzaba esporádicos disparos al azar. Los mineros se habían reagrupado al pie de la cuesta y observaban la pantomima con los brazos cruzados. Otros trabajadores hacían de espectadores alrededor del armazón del elevador y fuera del lavadero. De estos últimos se veían solo sus siluetas, porque el sol ya había aflorado por detrás de ellos.

Pantera pensó que Jones no debía de ser muy querido por sus empleados, dada la pasividad que mostraban, pero eso era algo que no le importaba. Se alteró un poco cuando todas las sirenas aullaron al

mismo tiempo. No era una llamada al trabajo, sino más bien lo contrario. La Lehigh y Wilkes-Barre cerraba las puertas ese día; más que en señal de luto, parecía que como castigo a los obreros, sospechosos quizás de complicidad con los asesinos.

El mexicano, que trepó casi de rodillas una subida llena de piedras y raíles oxidados, ya estaba cerca de la galería abandonada. Como había supuesto, alrededor no había ni un alma. Una vieja vagoneta, muy larga, estaba atrapada por los sarmientos de una vid trepadora que prácticamente la había envuelto. Del dintel del primer armazón colgaban festones de telaraña. Seguramente en el interior de la galería no había luz, pero el plan de Pantera consistía simplemente en esconderse en el orificio y aguardar hasta el anochecer. Solo en el improbable caso de que alguien fuera a buscarlo se adentraría en el túnel.

Se internó hasta donde penetraban los destellos de los rayos de sol, en busca de un rincón cómodo en el que quedarse hasta la hora de salir. Dio unos pocos pasos y se topó con un obstáculo con el que no contaba: un hedor repugnante, dulzón, capaz de provocar náuseas. Era como si el fondo de la galería estuviera revestido de carne en descomposición.

Se detuvo en seco y agudizó la vista. Entonces se dio cuenta de que el túnel se ensanchaba a la derecha y que allí el suelo había cedido. Se trataba de una sima, de la que solo alcanzaba a distinguir los bordes. Imaginó que era enorme y que encerraba algo que quizás sería mejor no ver. Retrocedió un par de pasos tapándose la nariz y conteniendo la respiración. Le pareció entrever en la oscuridad un fuego fatuo que oscilaba ligeramente. Nada extraño si era cierto que la sima contenía carne putrefacta. Ahora su mayor problema era salir de allí y encontrar un refugio menos desagradable.

Se estremeció cuando una alegre vocecita procedente del fondo del túnel comentó:

—No es un buen perfume, ¿verdad? Pero uno se acostumbra a él. No hay más que ver a las ratas, para las que esos cadáveres son un manjar.

El fuego fatuo se precisó, se volvió estable. Era la lámpara fijada en la gorra de un niño que aparentaba nueve o diez años, aunque podría tener uno o dos más. Bordeó con destreza la sima y vino hacia la luz. Tenía una tez muy pálida y unos ojos grandes y claros, quizá demasiado grandes y demasiado claros. Los abrió como platos cuando se percató de que Pantera estaba apuntándolo con su revólver.

—¡Eh, espero que no vayas a matarme! Ya mataron esta mañana a un capataz, el señor Jones. Me lo dijo un jefe de bomberos con el que me crucé hace poco en la galería, antes de que allí suspendieran el trabajo. Fueron tres hombres, dos con la cara pintada de blanco y otro

con la cara teñida de negro.

Pantera estaba desconcertado, pero se apresuró a guardar en el bolsillo el Smith & Wesson.

—¿Cómo es que tú sigues trabajando?

—No, yo no sigo trabajando, ¿pero dónde voy a ir? Yo vivo aquí.

—¿Al lado de ese agujero apestoso?

—Más abajo, no quiero morir asfixiado. Pero lo cierto es que mi labor, como guaje, consiste en vigilar el cementerio de las mulas. Un trabajo como otro cualquiera.

—¿Qué quieres decir con vigilar?

—Tengo que evitar que la gente se acerque. —Había cierto orgullo profesional en esas palabras—. Dicen que las mulas muertas causan la enfermedad del carbón, pero las ratas no enferman ni mueren. A lo mejor son ellas las que la llevan de un lado a otro, no sé yo.

Pantera escrutó el rostro del niño, en verdad muy pálido, bajo unos rizos rubios que le salían de la gorra.

—¿Y tú no te contagias de la enfermedad del carbón?

—Ya la tuve, pero me curé solo. Es el único modo de sanar, y después ya estás protegido. Por eso me han puesto aquí.

El mexicano empezaba a notar menos el olor nauseabundo que salía de la gran cavidad oscura. Tuvo aguante para aproximarse un poco y el niño lo siguió.

—¿Eres capaz de iluminar el fondo de este pozo? —preguntó Pantera.

—No, pero puedo decirte lo que hay dentro, estoy acostumbrado a la oscuridad. Hay un montón de huesos y sobre ellos están los cuerpos de las mulas que murieron recientemente. Encima de las mulas están las ratas, royéndolas sin preocuparse por los gusanos. Pero lo mejor de todo es lo que hay debajo.

—¿Por qué? ¿Qué hay?

—Huesos humanos quemados, o al menos eso dicen. Hace seis años la Lehigh y Wilkes-Barre solo tenía esta mina, que se llamaba Avondale. La que ves allí era la única salida y para facilitar la circulación de aire mantenían encendido una especie de horno. Un día ardieron los gases provenientes de abajo y todas las galerías se incendiaron. Solo se podía escapar por aquí, algunos lo lograron, pero ciento ocho murieron abrasados. A muchos de ellos nunca los encontraron. Ese agujero lo hizo el horno al hundirse y destruir todas las galerías que había debajo. Desde entonces los cadáveres de los mulos son arrojados en él.

Pantera arrugó la frente. Alguien le había hablado de Avondale hacía poco, pero no recordaba quién.

—Se habló mucho de ese suceso en todo el país —comentó el mexicano—. Me parece que fue en 1869, en otoño. No juzgaron a

nadie por lo ocurrido.

—Bueno, los capataces dijeron que fue culpa de los mineros. Debido a una huelga el horno había estado abandonado a su suerte durante bastantes días.

—¿John P. Jones ya era capataz de la compañía?

—Sí, y yo ya estaba en la mina. —El toque de orgullo volvió a sonar en la voz chillona del crío—. Tenía solo seis años, pero ya era un guaje. Por suerte estaba trabajando en otro pozo cuando pasó aquello.

Pantera ya estaba cansado de aquel lugar, en el que le parecía advertir exhalaciones enfermizas pululando a su alrededor. Caminó hacia la salida de la mina para llenarse los pulmones de aire limpio y el crío siguió sus pasos dócilmente. El mexicano se percató de que la luz de la mañana hizo que el muchacho parpadeara repetidamente y dedujo que debía de verla con poca frecuencia.

—No me has dicho cómo te llamas.

—No me lo has preguntado. Me llamo Charlie.

—Dime una cosa, Charlie. ¿Hay forma de salir del valle sin ser visto? Quiero decir sin atravesar las galerías y sin remontar las colinas.

—Sí, sí que la hay. Mira allí, por donde pasa la vía principal. ¿Ves el depósito de agua?

Pantera exploró con la mirada el valle. La escena que vio a sus pies había cambiado. Ya no había mineros, sino pequeños grupos de hombres a caballo. Muchos de ellos iban armados con rifles. Las sirenas sonaban de nuevo. El depósito de agua estaba prácticamente debajo de ellos, era un contenedor cilíndrico de madera sostenido por postes y con una boca móvil.

—Lo veo.

—Seis veces al día pasa por allí un tren de la Central procedente de Mauch Chunk que solo transporta madera. No para a cargar o descargar, pero sí a abastecerse de agua. En ese momento es fácil agarrarse a los troncos y subir a él. Yo lo uso cuando quiero ir de excursión a Coaldale, una vez llegué hasta Tamaqua. Por desgracia mi trabajo no me permite viajar tanto como me gustaría.

—¿Hoy cómo estás?

—Bien, no trabajo, ya te lo he dicho.

—Entonces llévame allí y cuando pare el tren indícame dónde te sueles esconder. Si quieres puedes venir conmigo hasta Coaldale, yo seguiré hasta Tamaqua.

Pantera tenía un plan. En caso de que fuera descubierto la compañía de un niño le permitiría inventarse sobre la marcha alguna historia creíble para justificar su presencia allí. En apenas media hora ya estaba camuflado con Charlie en el extremo de un vagón, detrás de

una pila de troncos, mientras el fogonero rellenaba de agua la caldera.

Cuando el tren se puso en marcha Pantera pudo ver mejor a los hombres armados que corrían por el valle. Muchos vestían de paisano, tenían aspecto de burgueses y debían de ser de una partida organizada para la ocasión. Los demás llevaban el uniforme de la Policía del Carbón y el Acero y se movían en cuadrillas ordenadas. Era fácil deducir que todos ellos se estaban preparando para una batida a gran escala por las montañas y los bosques. Quizás alguno llegó a ver al mexicano y al niño, pero los tomó por vagabundos y no dio la voz de alarma.

Charlie trepó por los troncos con agilidad en cuanto el convoy dejó atrás Storm Hill.

—Sube tú también —le dijo a Pantera—. Desde la locomotora no pueden vernos.

—No me interesa el paisaje.

—A mí tampoco, a la luz del sol estoy medio ciego. Pero hoy hace calor y aquí arriba corre el aire.

Pantera siguió su consejo. No había solo aire, sino también el humo proveniente de la caldera mezclado con granitos de carbón quemado. El mexicano llegó a la conclusión de que las minas no eran lo único que ennegrecía a la gente y a las cosas en los condados de la antracita, los trenes también contribuían a ello.

A pesar de que las partículas volátiles le molestaban se sentó junto al niño, en la cúspide de la pila. Los alrededores del condado de Carbon, por los que estaban pasando, eran menos desolados que las colinas del condado de Schuylkill y el sol era más vivaz. Al cabo de un rato preguntó:

—Charlie, ¿quién crees que mató al capataz Jones?

El niño, que seguía parpadeando repetidamente, esta vez lo hizo solo una vez.

—Puedes haber sido tú, por ejemplo. El hombre con la cara pintada de oscuro no se la había pintado en realidad. ¿Eres uno de los mollies?

Pantera se alteró. Para ser una sociedad secreta, los Molly Maguires parecían demasiado conocidos. Él preguntó a su vez:

—¿Te gustan los mollies?

—No mucho —contestó Charlie con una mueca de desaprobación —. Matan a demasiada gente. En algunos casos es gente que se lo merece, pero se pasan. Además, nadie sabe qué es lo que quieren.

Detrás de Pantera y del muchacho, que estaban mirando en dirección opuesta a la marcha de la locomotora, una voz robusta exclamó:

—¡Tienes razón, muchacho! Nadie sabe lo que quieren, y ellos se cuidan muy mucho de no decirlo.

Pantera se levantó y se giró con tanto ímpetu que a punto estuvo de caer del vagón. ¡Un guardafrenos! No se le había ocurrido que un pequeño tren de transporte de madera pudiera llevar a bordo esa clase de peones que era habitual ver en los grandes convoyes de pasajeros. Buscó el revólver en su bolsillo, pero supo de inmediato que no lo necesitaba. El hombre tenía todos los estigmas de su oficio, desde las manos con algunos dedos amputados hasta la habilidad casi sobrehumana de mantener el equilibrio sin apoyarse en nada. Acostumbrado como estaba a hacerlo en los techos de los vagones en marcha, también podía hacerlo sobre grandes troncos.

Sin prestar mucha atención a la actitud de Pantera, el guardafrenos dio un salto para llegar hasta ellos y se sentó al lado de Charlie. El mexicano volvió a sentarse tras unos instantes de vacilación. El recién llegado era anciano, con un enorme bigote blanco y una expresión plácida.

Los miró a los dos sin demasiada sorpresa.

—Mineros, ¿eh? Suben a menudo a este tren tratando de que no los vean. Nosotros, obviamente, nos hacemos los locos. ¿Tendréis tabaco?

Charlie le ofreció al anfitrión tabaco de mascar, pero el guardafrenos prefirió aceptar un cigarro de Pantera. Encenderlo, con el viento que tiraba, no era fácil, pero lo logró. Se dirigió al niño.

—Vuestros mollies tampoco me gustan a mí. Están en guerra, pero no contra los patrones. Es más, en el fondo aceptan la jerarquía que los patrones han impuesto. Si defienden derechos son solo los derechos de los irlandeses.

Charlie debía de ser irlandés, porque reaccionó ante ese comentario.

—Eso es justo, somos nosotros los que nos deslomamos para enriquecer a los parásitos ingleses.

—En la mina tal vez sí, pero no es así en todas partes. —El guardafrenos mostró su mano derecha. Estaba sujetando el puro entre la primera falange del índice, la única que le quedaba, y el dedo anular. Le faltaban por completo el pulgar y el meñique—. Yo me considero afortunado, porque aún conservo la mano, aunque sea de esta manera. Muchos de mis compañeros son mancos. Cada año mueren de media cuarenta guardafrenos, aplastados entre los vagones, y muchos más quedan mutilados. Sobre todo en Pensilvania, donde el señor Tom Scott no quiere implantar el nuevo sistema de frenado. No costaría mucho dinero, pero una carta de condolencias enviada a una viuda cuesta mucho menos.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Charlie, que se había metido en la boca un trozo de tabaco y estaba echando espuma negra por los labios.

—Yo nací en Cornualles. Para los Molly Maguires soy un enemigo o un opresor.

La mención de Tom Scott había sobresaltado a Pantera, que ya había oído antes ese nombre. Pero ahora, mientras se empezaba a divisar Coaldale entre montes oscuros, no era eso lo que le interesaba.

—No hay alternativa —dijo el mexicano categóricamente—. El hombre es por naturaleza egoísta. Incluso los trabajadores tienden siempre a dividirse en castas y en fracciones de castas.

—No siempre, amigo. Mírenos a nosotros, los ferroviarios. Hasta hace pocos años los maquinistas se consideraban a sí mismos unos elegidos, y miraban con soberbia a los guardafrenos, a los revisores y a los fogoneros. Luego comprendieron que la obligación de pagar de su bolsillo los viajes de regreso es una injusticia similar a las que sufren los demás. Nos llevó tiempo, pero finalmente estamos unidos. Si los Scott, los Gowen y los Huntington recortan los salarios, como han amenazado, podría ocurrir que todos los ferrocarriles de Estados Unidos se paren al mismo tiempo.

Pantera tuvo un nuevo sobresalto con la mención de Huntington, pero siguió sin plantear preguntas demasiado directas y mostrándose escéptico.

—No hay ninguna organización capaz de paralizar todo el trabajo. Ni en el ferrocarril ni en la minería ni en la industria.

El guardafrenos se sacó el puro de la boca y sonrió con bonhomía.

—Sí que la hay. Desde hace poco, pero la hay. Se llama Las Cinco Estrellas. Si, como creo, vais a Tamaqua, preguntad allí por la Asamblea 194. Alguien os sabrá indicar dónde está. —El anciano se puso en pie. El tren estaba aflojando la marcha, Coaldale ya estaba muy cerca—. Me despido, amigos, tengo que ir a hacer mi trabajo. Recordad lo que os he dicho.

Ágil como un equilibrista, a pesar de su edad y de su mano mutilada, el hombre se fue saltando sobre los troncos, indiferente al humo que embestía su cara. Lo vieron bajar entre dos vagones, a la altura de los topes. El tren, chirriando, adoptó una marcha muy lenta.

—Yo ya he llegado —informó Charlie—. Saltaré dentro de poco.

—Te puedo dar unos dólares para que comas algo.

—No, no. Siempre encuentro algo para comer. Ahora escóndete, no vaya a ser que te hagan bajar.

Pantera pasó la mano fugazmente por los rizos del niño, bajo la gorra de minero que aún llevaba puesta. La retiró embadurnada de polvo aceitoso.

—Tal vez podrías encontrar un trabajo en Tamaqua.

—Soy muy mayor para el lavadero y muy pequeño para todo lo demás. Mejor vigilar los cadáveres de las mulas. Pero algún día iré al Oeste, me haré rico e incluso podré comprarme unas gafas.

El niño saltó mientras el tren hacía su entrada en la pequeña estación. Cayó rodando, pero seguidamente se levantó y desapareció entre dos almacenes sin que nadie advirtiera su presencia.

La parada fue muy breve, sin carga ni descarga; solo el tiempo preciso para que el fogonero, cocido por la caldera y empapado en sudor, fuera relevado por otro más fresco. Después el tren retomó la marcha. En el andén no se veían vigilantes ni hombres armados. El jefe de estación estaba maldiciendo ante una familia de chinos con largas coletas, rodeados por un sinfín de bolsas, y dio la señal de partida con un movimiento distraído de su paleta.

Pantera, acurrucado entre los troncos, salió de su refugio y dejó colgando las piernas en el borde del vagón. Las montañas se redujeron a colinas y el paisaje volvió a ser el que conocía de sobra: gris, presidido en cada cumbre por monstruosas construcciones mineras. También el sol aflojó su mordisco, nublado por la opacidad del cielo. La temperatura descendió notablemente.

El mexicano se quedó dormido. Un instante antes de caer en el sueño volvió a ver a Molly, aunque estaba aún lo suficientemente lúcido como para impedir que entrara en sus pesadillas. Durmió profundamente debido al cansancio acumulado, pero no soñó con nada que pudiera sobrevivir al despertar.

Lo despertaron unas voces acaloradas cuando el tren ya se hallaba en la estación de Tamaqua. En torno a las marquesinas había un enorme gentío y un empleado estaba gritando:

—¡Lo ha confirmado el telégrafo, los han visto en las montañas! ¡Esta vez no podrán escapar!

Un civil, que llevaba al hombro un viejo Sharps, logró sobreponerse al griterío para preguntar:

—¿Es cierto que entre ellos está el canalla de Kerrigan?

—Parece ser que sí, pero no es seguro.

—¡Entonces vamos a necesitar una buena soga y un árbol que pueda resistir con esos tres!

Pantera constató que nadie se había fijado en él. Bajó hasta el tope del vagón y desde allí saltó al andén. Se sumergió en la muchedumbre alterada y tumultuosa. El reloj de la estación marcaba las dos de la tarde, pero el aire era fresco, si no frío.

22

NORMALIZACIÓN

Tras la muerte de John P. Jones vinieron tiempos difíciles para los Molly Maguires. Pantera optó por refugiarse en la cabaña que había acogido a Kate Boyle y salir solo por las noches. Aun así, era difícil no toparse con las patrullas armadas de la Policía del Carbón y el Acero o del Comité de Tamaqua, de Daniel Shepp. Los vigilantes, la Pinkerton y la policía al servicio de la patronal minera se estaban tomando la revancha. Cualquiera que tuviera aspecto de obrero y que pasara por una arteria central podía estar prácticamente seguro de que lo iban a parar y a golpear.

Por una vez, los que mejor lo pasaban eran los estratos más bajos de la sociedad local: los eslavos, los negros, los escasos chinos y los italianos. Eso sirvió de ayuda a Pantera, que no fue molestado en ningún momento y que, por tanto, no se vio obligado a apelar a la protección de Shepp o de Linden, que se habían convertido en los verdaderos jefes de la pequeña ciudad. No obstante, prefirió no acercarse demasiado al Columbia. Si salía de día era para visitar en el cementerio de Odd Fellows la tumba de Molly y recitar, ante la lápida en la que figuraba su nombre completo, complejos rezos que poco o nada tenían de cristiano.

Sin embargo, la mayoría de las veces salía únicamente al anochecer, para dirigirse a un tugurio cercano, propiedad de un eslovaco. El local, ubicado en la planta baja de una casucha de madera, no tenía nombre y disponía de un único espacio. Una mesa muy alta, sobre la que había botellas sin etiqueta, servía de barra. Había otras mesas, más pequeñas, y una hilera de sillas alineadas contra las paredes sin adornos. La clientela era un muestrario de todas las minorías étnicas que vivían en Tamaqua, exceptuando a los chinos. No faltaban los irlandeses, a menudo muy agresivos con los slavs, a los que despreciaban abiertamente. Trabajaban en la mina, pero en una posición jerárquica inferior a la de los peones: porteadores, vagoneros, aprendices, hombres para todo… Los irlandeses más jóvenes pertenecían a bandas, en algunos casos, y esos eran los más peligrosos de todos.

En ese bar sórdido y sucio fue donde Pantera recabó algunas noticias del exterior. Se enteró así de la captura de sus cómplices.

Estaba sentado en una de las sillas apoyadas en las vigas de la pared, con una jarra de cerveza casera imbebible en la mano, cuando un ruso que había a su derecha se puso a hablar con un hombre de nacionalidad desconocida situado a la izquierda del mexicano.

—Se salvaron de la turba que los quería matar allí mismo. La gente parecía haber perdido la razón, para poder subirlos al tren con destino a Mauch Chunk los agentes tuvieron que amenazar con abrir fuego.

—Uno era Kerrigan, ¿quiénes eran los otros?

—Solo sé que se apellidan Kelly y Doyle. Venían de fuera.

—¿No había un cuarto hombre?

—¿El de la cara pintada de negro? Ya no están tan seguros. En cualquier caso, los tres principales responsables están en la cárcel. Que Dios los maldiga.

Otra noche Pantera estaba en la barra cruzando unas palabras con el eslovaco mientras sorbía un güisqui de un color muy oscuro que quemaba las tripas. Dos negros apoyaron los codos en la mesa grande, con los vasos vacíos entre los dedos. Uno de ellos le dijo al otro:

—Tú vienes de Virginia Occidental, ¿verdad?

—Viví allí.

—Pues tal vez te interese saber que en Huntington hubo un atraco, ayer por la tarde. Unos bandidos asaltaron el banco, pero la cosa acabó en desastre para ellos, parecía que los estaban esperando. Uno murió y a los demás los están persiguiendo aún.

—¿No serían de la banda James?

—Lo fueron en el pasado, ahora ya no se sabe. Alguien reconoció a Cole Younger, pero llevaba ya tiempo actuando al margen de los James, como Clell Miller. Ahora se teme que los James vayan a hacer algo clamoroso, por venganza o para demostrar que siguen siendo ellos los que mandan.

—¿Huntington no es el del ferrocarril?

—Sí, es él. Si se trató de una trampa, debe de estar relacionado de algún modo.

Unas noches más tarde fue Pantera el que, al escuchar la conversación que mantenían dos irlandeses en una de las mesas, se acercó a ellos y les preguntó:

—Perdonen, ¿he oído bien? ¿Han dicho que Kerrigan confesó?

Lo invitaron a sentarse con un gesto. El de menor edad, un chico ya desdentado que aparentaba poco más de quince años, sacó de la boca la pipa que estaba fumando.

—Sí, le estaba contando a mi padre que estas cosas siempre acaban así. Los matones como Barrilete son los primeros que se acobardan y los primeros en cantar.

El padre removió la polinki que tenía delante, una cerveza mezclada con güisqui y pimienta, usando el dedo índice en forma de

gancho. Aseguró:

—Muchos ya estarán temblando en Tamaqua. Ya era hora, esos delincuentes manchan con sus crímenes el buen nombre de los irlandeses.

Pantera fingió ingenuidad.

—¿A qué delincuentes se refiere? ¿A los tres que han capturado por el asesinato de Jones?

—Son muchos más, hay toda una organización sembrando el terror en Schuylkill y en el cordado de Carbon, y tienen ramificaciones en Luzerne y mucho más lejos. Los periódicos ya hablaban de ellos y hablan más aún estos días. Los que vivimos aquí ya hemos perdido la cuenta de los asesinatos, incendios intencionados y atentados que se han cometido desde el final de la guerra, y también durante la guerra.

—Me imagino que se refiere a esos que se hacen llamar Molly Maguires —se aventuró a decir Pantera con toda cautela.

—Eso es solo la fachada. Yo me refiero a la Asociación Benéfica de los Trabajadores y a los demás grupos de agitadores. El señor Gowen los denunció hace ya tiempo, pero ahora ha comenzado una auténtica campaña contra ellos, esos rufianes no se saldrán con la suya.

—Gowen es un hombre de bien que ha hecho mucho por esta comarca —murmuró el joven con tono reflexivo—. Pero aquí si ayudas a la gente, no esperes que te lo agradezcan.

El viejo alzó su nariz, enrojecida por la cerveza.

—Eso es porque el señor Gowen es un irlandés protestante, como nosotros. Los católicos nos odian.

La conversación terminó ahí. En los días siguientes Pantera comenzó a salir a la calle de día, pero sin acercarse al Columbia. Se notaba que el ambiente había cambiado. Si en otro tiempo los niños le lanzaron piedras tomándolo por un espía, ahora los que habían presenciado aquel incidente le lanzaban sonrisas. El Comité de Tamaqua había abierto una sede justo al lado del Hotel Estados Unidos, y ante ella había hombres elegantes sopesando rifles de los modelos más recientes, como si se tratara de la entrada de una armería.

En cuanto al hotel, bajo el porche estaba apostada una pequeña multitud de periodistas procedentes de todos los estados del Este. El juicio contra los asesinos de Jones todavía no había comenzado, pero ya tenía el sabor de un importante evento. Pantera supo el motivo cuando le echó un vistazo a los periódicos. La denominación «Molly Maguires» aparecía en todas las primeras páginas, acompañada por artículos iracundos que firmaban Robert Ramsey y otros conocidos editorialistas. La Antigua Orden de los Hibernios se desmarcaba del grupo mediante diversos comunicados, uno de ellos suscrito por Jack Kehoe, y cartas enviadas desde la cárcel por John Siney negando

cualquier posible corresponsabilidad del sindicato. Pero esas intervenciones casi pasaban inadvertidas, sepultadas como estaban por columnas de prosa rabiosa.

Pantera acabó leyendo uno de esos periódicos —atraído por una nota informativa relativa a Jesse James, que rechazaba su implicación en el atraco de Huntington y presumía de su amistad con las autoridades de Misuri— mientras paseaba por la calle Ancha Oeste. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba caminando en dirección al Salón Columbia ni de que en ese momento estaba pasando por delante de la iglesia de San Lorenzo. Le informó de ello la voz del padre Walsh, sonora y jovial.

—¡Qué ven mis ojos! ¿Dónde se había metido? ¡Suba, suba! ¡Tengo de invitado a un amigo que me ha preguntado varias veces por usted!

Pantera tiró al suelo el ejemplar de El Filadelfia Times y miró con desconfianza al cura, que evidentemente se pasaba el día espiando en esa calle. La referencia a «un amigo» no resultaba tranquilizadora. Sin embargo, pensó que poco tenía que temer. El día anterior había gastado los últimos dólares que le quedaban en comprar un segundo Smith & Wesson, modelo Russian, negro y dorado. Llevaba los bolsillos sobrecargados con los dos revólveres y los cinco tambores de repuesto.

Subió los escalones de la iglesia y se dejó llevar por el clérigo hasta la rectoría, más vacía y triste de como él la recordaba. El padre Walsh le mostró al invitado, que estaba devorando un cuenco de alubias con cebolla y trocitos de jamón. Saltaba a la vista que comía deprisa para superar la repugnancia que le provocaba ese guiso.

—Creo que ya conoce usted al señor Joe McKenna, un buen católico que lucha en el bando justo. Pero siéntese, les serviré a ambos un vaso de sidra.

McKenna le dijo al cura:

—Padre, él ya sabe que me llamo McParland. —Fijó en Pantera su mirada miope. No llevaba sus habituales quevedos y tenía bajo sus ojos unas bolsas pronunciadas—. Te he estado buscando por todas partes. Allan Pinkerton también me preguntó por ti varias veces. ¿Dónde te habías metido?

Pantera tomó asiento y esperó por la sidra antes de responder. Dio un sorbo con precaución; era ácida, pero no estaba mal.

—Seguí las instrucciones a rajatabla. En Filadelfia informé a Franklin, de la agencia. No me digas que no estás al corriente de lo que pasó después. ¿Quieres que te lo cuente?

El grueso bigote de McParland reprodujo un leve temblor transmitido por sus labios. Se dirigió al sacerdote de un modo casi descortés.

—Padre, ¿puede dejarnos a solas? Tenemos que discutir asuntos

privados.

—Pero…

—Tal vez haya alguien en la iglesia que quiera confesarse, me ha parecido oír un ruido. Deje la botella de sidra, nos serviremos nosotros.

En cuanto se fue el cura, perplejo y un poco cabizbajo, McParland se levantó de forma tan brusca que Pantera echó mano en el bolsillo a uno de sus revólveres, aunque no fue preciso que lo sacara. McParland cogió el cuenco y vertió su contenido en la olla de la que provenía.

—Dios santo, qué bazofia. Si al menos lo hubiera calentado…

Seguidamente volvió a sentarse. Apoyó los codos en la mesa y, con las manos entrelazadas bajo la papada, miró a Pantera.

—Eras tú, ¿no es cierto? El hombre de cara negra que iba con los asesinos de Jones.

El mexicano bajó los párpados.

—Era yo. Así que no me preguntes por qué me puse fuera de circulación después.

—No tenías nada que temer, te hicimos desaparecer de las declaraciones de los testigos y de los artículos de prensa. Ahora nadie te busca.

—Está bien saberlo, pero tienes que reconocer que no podía sentirme a salvo.

McParland cogió la botella de sidra. La contempló a contraluz y, dudando, llenó hasta la mitad un vaso vacío. Más que beber el líquido amarillo lo lamió, y después de una primera valoración se sirvió una buena dosis.

—Estamos en el último acto —anunció mientras bebía—. Lo habrás averiguado por ti mismo. Ahora los de la agencia tenemos que cerrar filas. Empezará como un pequeño juicio, pero nuestros testigos provocarán una vorágine en la que se precipitarán hibernios, mollies, sindicalistas, socialistas y demás. Tenemos seis meses de plazo para convertirlo todo en tierra quemada.

—¿Seis meses? ¿Por qué seis meses? ¿Qué pasa después?

—Son las elecciones presidenciales, las más importantes desde el final de la guerra. La apuesta es altísima y aquí se juega una de las partidas; no la decisiva, pero sí una de las principales. Sé por mis hermanos que ya estás al corriente.

Pantera se encogió de hombros.

—Más o menos, pero son asuntos que me interesan más bien poco. No obstante, hay otra pregunta que debo hacerte.

—¿Cuál? Adelante, hazla.

—¿Fuiste tú el instigador de los asesinatos de Sanger, Uren y Jones o te limitaste a dejar que pasara?

A McParland casi se le atraganta la sidra al escuchar eso. Se puso a

toser furiosamente y tuvo que esperar al final de la crisis para poder hablar.

—¿Tú estás loco? Cuando matasteis a Jones yo me encontraba en…

—Déjalo ya. La Pinkerton sabía desde hacía meses que Jones y los otros estaban sentenciados a muerte. Y cuando digo la Pinkerton me refiero a ti. Lo mínimo que se espera de una agencia de vigilancia es que se asegure de proteger a las posibles víctimas. Tanto Sanger como Jones estaban expuestos como corderitos. Apostaría a que incluso Yost fue elegido por ti como víctima sacrificial. ¿Acaso me equivoco?

McParland tosió un poco más, después tragó toda la sidra para controlar el hipo.

—Estás diciendo sandeces. A Sanger lo habíamos puesto sobre aviso. En cuanto a Jones, estuvimos vigilando su casa durante mucho tiempo, con dos hombres apostados allí cada noche.

—Sí, pero los retirasteis la noche anterior al asesinato —aseguró Pantera inclinándose tanto sobre la mesa que a punto estuvo de tirar su vaso—. McParland, no nos engañemos el uno al otro. Kerrigan siempre ha sido tu hombre… nuestro hombre. Los que vigilaban a Jones eran Eddie y Charlie, tus hermanitos. Desde hace al menos un año en los condados de la antracita no se comete ningún crimen que no haya sido decidido por ti, de acuerdo con Allan Pinkerton, Ben Franklin, Linden y toda la agencia.

—Te equivocas. Hay un aspecto sobre el que te equivocas.

—McParland había recobrado la tranquilidad, aunque persistía en él el nerviosismo latente de quien se resigna a ceder contra su voluntad—. No soy yo el que determina a quién hay que atacar. Los Molly Maguires ya existían mucho antes de que yo pusiera un pie aquí. Gowen había logrado infiltrarse en ellos durante un tiempo, cuando aún no pensaba en contratar los servicios de la agencia.

—¿Entonces quién da las órdenes? Ya puedes decírmelo. —Pantera formuló la pregunta pensando en un hombre concreto: Black Jack Kehoe. Carismático, ligado a la política, más siniestro que Alec Campbell, más decidido que Jim Carroll y reconocido como líder por todos los hibernios. Sin embargo, la respuesta fue otra.

—El hombre clave de la agencia es Matojo Lawler, de Shenandoah. Lo has visto una vez al menos, lo recordarás.

Pantera lo recordaba. Era el tabernero rubicundo que regentaba el mísero salón en el que trabajaba Jitka y que le había dado la llave de una habitación tras considerarla una puta demasiado vieja. Se preguntó si McParland le estaría mintiendo, pero se inclinaba a pensar que no, porque la hipótesis resultaba verosímil.

—Creo que ya lo entiendo —comentó—. El agente principal de la

Pinkerton y de Gowen es el dueño del salón en el que los mollies mantienen las reuniones más importantes, esas en las que se decide a quién atacar y cuándo. Es amigo de todos ellos y está en posición de orientarles.

McParland abrió los brazos con las palmas de las manos hacia arriba.

—Así es. Añadiría a eso que cuando se celebre el juicio Lawler será condenado no a la horca, sino a una pena de prisión. Cumplirá unas cuantas semanas, después abandonará Pensilvania para mudarse a Nueva York. Es lo pactado.

—De modo que también el juicio está decidido.

—Hasta el más mínimo detalle. Durante las audiencias de estos días Kerrigan pedirá una vista individual, la ley lo permite. Las sesiones se iniciarán en enero de 1876 y entrarán en su fase culminante en primavera, pocos meses antes de las elecciones presidenciales.

En ese momento regresó el padre Walsh, todo sudado.

—Perdónenme, pero en la iglesia no hay nadie y hace demasiado calor. ¿Han visto qué bochorno hace estos días? Estamos a finales de setiembre y parece agosto. No es normal, hay algo enfermizo en el aire.

—Vaya que sí —respondió McParland, que se puso en pie e invitó a Pantera a salir con él. No prestó atención a la cara de decepción del cura, en constante búsqueda de gente con la que charlar. Esperó hasta que estuvieron en un pequeño jardín abandonado a los hierbajos, al lado de la iglesia, para seguir hablando—. Tarde o temprano tendremos que declarar todos. Pero creo que tú estás exento, a ti te espera otro trabajo. ¿Has oído hablar de Edward White Clark, del condado de Carbon?

—Me suena. ¿No es el de las máquinas de coser Singer?

—Sí, el mismo. Es también el dueño de la Compañía Marítima Lehigh y Coal y de algunas líneas férreas. Lo que importa es que ha recibido de Tom Scott el encargo de gestionar de la mejor forma posible el asunto de los Molly Maguires. Esta tarde habrá en el Hotel Estados Unidos una reunión en la que participarán él, Gowen, Asa Packer, Linden y los jefes de los vigilantes. Preséntate en el hotel a las tres en punto.

—No me van a dejar entrar —dijo Pantera, que pensó que ya era hora de reunir información sobre el tal Tom Scott, al que mencionaban continuamente.

—Eso es seguro —respondió McParland—, pero alguien bajará para darte directrices.

Pantera reaccionó con un gesto de impaciencia.

—No sé qué haré. Yo no trabajo a cambio de nada. Hasta ahora he

recibido infinitas promesas de dinero, pero lo poco que me he llevado al bolsillo ha sido recurriendo a la extorsión.

—No te culpo por ello. Avisaré al secretario de Clark, recibirás más dinero del que podrías soñar. ¡Además de la paga de la Pinkerton!

—Hablemos claro de una vez. Yo no pertenezco a la agencia y no recibo paga.

—Lo sé, lo sé. Eso ya lo sabemos desde el principio. —McParland alzó con los dedos las puntas de su bigote como si quisiera dejar constancia de que estaba sonriendo—. Te reclutamos a la fuerza, y no solo para el asunto de los hermanos James. Pero tú mismo descubrirás el porqué, quizás de aquí a pocas horas.

Mientras McParland bajaba las escaleras que conducían a la calle Ancha, Pantera recordó que Franklin, el número dos de la Pinkerton, le había dicho algo parecido. «No me tomes por un ingenuo. Llegaste a Tamaqua contratado por nuestros enemigos, somos conscientes de ello. Nuestra obra maestra ha sido inducirte a trabajar también para nosotros. Nos hacías falta no solo como pistolero a sueldo, sino también por otras cualidades tuyas que pronto nos serán útiles. Nosotros vamos sobre seguro, sabemos que la gente como tú no cree en nada y no se deja lastrar por una carga de ideales vacuos».

Pantera estaba intentando traer a la memoria algo análogo que le había dicho Schurz a Lawrence, acerca de que sus aptitudes como palero lo hacían deseable para todas las partes en conflicto, cuando un grito procedente de la calle lo desconcentró.

—¡Te he reconocido, canalla! ¡Tú eres un molly, un maldito molly!

La acusación, afortunadamente, no iba dirigida a él. De hecho, desde el lugar en el que se encontraba no pudo ni siquiera saber quién la había proferido. Bajó a la calle Ancha y vio que McParland estaba haciendo frente a cuatro burgueses exaltados. Uno de ellos, el que gritaba, lo estaba sujetando por el faldón de la chaqueta mientras los otros trataban de propinarle patadas y bofetadas.

Los agresores eran torpes, por lo que McParland logró zafarse fácilmente. Echó a correr hacia la estación bajo un sol tan intenso que perforaba y dispersaba la habitual capa de calima. Pantera, disfrutando de la situación, cogió del suelo un pedrusco y lo arrojó contra el falso McKenna. Lo alcanzó en la espalda y provocó en él un grito, pero el hombre siguió corriendo hasta donde su corpulencia se lo permitió.

Uno de los burgueses, un individuo con chaqueta y camisa de buena tela pero deformadas por su complexión asimétrica, se estaba recomponiendo. Miró a Pantera.

—Era un tal McKenna, un bellaco. Más que piedras, para esos hace falta una soga.

—Pronto la tendrán al cuello —aseguró el mexicano con tono

grave.

Era mediodía. Pantera desestimó la idea de volver a su barraca y optó por ir al Columbia, que estaba a pocos pasos.

No le extrañó encontrar el salón con casi todas las ventanas cerradas. Alguien se había entretenido derribando y rompiendo a pedradas los carteles, y una mano vengadora había trazado en la fachada una pintada que decía: «¡Ahora os toca a vosotros, bastardos!». Las palabras iban acompañadas por el dibujo rudimentario de un ataúd y de una pistola. Nadie vigilaba la entrada, pero Pantera encontró a Jim Carroll lavando vasos con un Winchester posado en la barra. No había señales de los sirvientes, muchas mesas estaban cubiertas de polvo.

—Vaya, has vuelto. Me preguntaba dónde andarías —dijo Carroll, que le mostró la desolación que había a su alrededor—. No sé qué le ocurre a la gente de esta ciudad. Me quedan muy pocos clientes y todos ellos están asustados. El personal se ha ido. Pero, después de todo, no ha pasado nada; la Orden se sigue reuniendo con regularidad en otro lugar. Aquí, en cambio, les tiemblan las piernas incluso a los más valientes.

—A lo mejor tienen motivos para ello —comentó Pantera, que encendió un cigarro y se apoyó en la barra—. Entiendo que no es el momento más oportuno, pero vengo a pedirte que saques del banco el dinero que me corresponde. Sé quién es el principal infiltrado de la Pinkerton entre los hibernios y lo mataré cuando quieras. Quizás eso servirá para que volváis a inspirar respeto en la gente de Tamaqua. No puedo garantizártelo, pero no es imposible.

Carroll ni siquiera alzó la mirada para contestarle.

—¿El infiltrado? Si vas a volver a decirme que es Kerrigan me reiré de ti a la cara. En cuanto a Joe McKenna, Jack Kehoe sospechaba de él desde hacía tiempo. Cummings ya está quemado, pero hay otros. En la práctica hay una amplia variedad de infiltrados. A eso hemos llegado.

—Ninguno de los que has nombrado es el principal.

—¿Quién es entonces?

Carroll mostraba por fin una leve curiosidad. Pantera exhaló intencionadamente una nube de humo antes de responderle.

—Es Michael Lawler, de Shenandoah, conocido como el Matojo.

—No es él —replicó Carroll de manera categórica.

—Pues sí, tengo evidencias. Además, ¿quién podía conocer vuestros planes de antemano mejor que el propietario del salón en el que los hibernios celebrabais las reuniones plenarias? Reflexiona un poco.

—Ya he reflexionado. Kehoe lleva tiempo diciendo que el Matojo es un espía, pero lo hace para alejar las sospechas de él y de McKenna, porque la forma de matar a Jones se decidió aquí. Sabes mejor que yo

que la persecución contra nosotros se desencadenó después de lo de Jones. Matojo, McKenna u otros pudieron habernos tendido una trampa, pero no es posible que partiera de ellos.

Pantera llegó al máximo de su desconcierto. Ni siquiera echaba caladas en su cigarro, que se consumía lentamente acumulando ceniza gris en su extremo.

—¿Quieres decir que hay que buscar al espía en este salón?

—Eso es, y te aseguro que no soy yo. No me importa si me crees o no.

El mexicano no salía de su asombro. El aspecto vagamente triste de su interlocutor le impresionó. Le preguntó:

—¿Sospechas de alguno de tus chicos? A fin de cuentas, no es necesario que el informador pertenezca a la Orden. Basta con que se encuentre en el lugar adecuado y en el momento en el que se digan las cosas.

—Hasta hace poco eran una docena los tipos que trabajaban en el salón. Y los clientes habituales eran tres veces más. Es como buscar una aguja en un pajar.

Pantera arrojó el puro contra el espejo repentinamente, provocando una pequeña cascada de diminutos lapilli sobre las botellas de licor. Se llamó a sí mismo idiota. El hecho era que había eliminado de su mente tanto la muerte de Molly como las circunstancias que la habían acompañado. Y además nadie piensa nunca que un negro pueda estar relacionado con actividades complejas y delicadas. Jamás. Lo había experimentado en su propia piel, y eso que solo era morena.

—¿Recuerdas a un sirviente de color que trabajaba aquí? —le preguntó a Carroll con más agresividad que la que sugería la pregunta —. ¿Un hombre apodado la Rata?

Una inesperada y genérica señal de malicia apareció en el rostro del tabernero.

—Claro que lo recuerdo. Un negro grande y gordo, estuvo trabajando para mí durante varios meses. Pero nunca pensaría que…

—¿Dónde está ahora? ¿Se fue con los otros?

—No, se marchó antes. Lo eché yo, había descubierto su verdadera ocupación. Apuesto a que ahora la está ejerciendo en el Estados Unidos.

—¿Qué ocupación? ¿Y por qué te estás riendo como un tonto?

—Lo eché a patadas cuando supe cómo se ganaba la vida. Era y es el amante de Franklin Gowen, amante por dinero. —La sonrisa de Carroll se amplió—. Sí, has oído bien. A Gowen le gustan los hombres, sobre todo los de piel oscura. Es su secreto, se lo oculta a su familia y a sus amigos.

Pantera se quedó atónito. Se dirigió hacia la salida del local

rumiando esos datos desconcertantes. Una frase de Carroll hizo que se detuviera en la puerta.

—Si vas en su búsqueda, ten en cuenta que su verdadero alias no es la Rata, aunque muchos lo llamen así.

—¿Cuál es entonces?

—El Hombre Rata.

23

LA CARRETA DEL SACAMUELAS

El ambiente en el vestíbulo del Hotel Estados Unidos hacía pensar que en ese hotel se iba a celebrar una reunión de forma inminente. No estaban los periodistas que infestaban Tamaqua desde hacía semanas y que posiblemente seguían en el comedor, bebiendo y fumando, o diseminados por los restaurantes de la ciudad. A pesar del calor, los caballeros allí presentes llevaban puestos sus elegantes abrigos negros y mantenían en sus cabezas los sombreros de copa mientras jugueteaban con sus bastones de paseo. Charlaban en pequeños grupos y de vez en cuando lanzaban miradas a los relojes de péndulo situados en las paredes, entre los espejos y las cortinas de terciopelo, sobre los sofás rodeados de exuberantes helechos.

A Pantera no le costó adivinar que se trataba de propietarios de minas y de industrias, aunque únicamente reconoció a Asa Packer, con su frac gris de petimetre francés y una chistera corta propia de un asiduo a los hipódromos, gris también ella. Había además un par de generales con uniforme y el capitán Williams, de la Policía del Carbón y el Acero.

Pero en el hall también estaban presentes hombres peor vestidos, con chaquetas abultadas por los revólveres ocultos bajo los faldones de las mismas. Aunque iban de civil era evidente que se trataba de policías y guardaespaldas. No hablaban con nadie y recorrían la sala con miradas pausadas e inquisitivas. Lógicamente toda su atención se centró de inmediato en Pantera. También el personal del hotel y varios hombres de negocios miraron al mexicano como si fuera una especie de animal exótico.

Pantera vio que un agente caminaba hacia él con una expresión poco tranquilizadora en sus duras facciones. Salió al paso de ese policía un compañero suyo, que avanzó en su lugar hacia el recién llegado. La expresión de este no era mucho más amistosa, por fuerza: se trataba del suboficial de la policía carbonífera que había arrestado a Pantera en el sótano del hotel cuando trabajaba como exterminador de ratas. Ciertamente recordaba esa humillación.

En cuanto lo tuvo a su alcance, más que hablar ladró, si bien lo hizo en un volumen de voz bajo para no llamar la atención.

—Veo que has vuelto. Ahora dame una buena razón que justifique

tu presencia aquí. Si no lo haces antes de un minuto, tendré el placer de dejarte en un estado irreconocible.

Pantera, impasible, se permitió incluso esbozar una sonrisa.

—Te salió mal una vez y veo que no te ha servido de lección. Me espera Clark, Edward White Clark. Si sabes dónde está, dile que he llegado.

El policía fingió indiferencia, pero se notó que se había quedado de piedra.

—No te basta con Gowen. Nada menos que Clark. ¿Seguro que no estás borracho?

—Tú verás. Yo solo sé que Clark me está esperando.

—¿Por qué motivo?

—Por varios asuntos. El más importante es que me debe dinero.

La respuesta sonó tan impresionante que el suboficial se la tomó en serio, mientras que algunos de sus compañeros más cercanos se rieron. Bajó la voz para preguntarle:

—¿Pero tú conoces a Edward W. Clark? No se te ocurra mentirme.

—No lo conozco. Si lo conociera, lo buscaría yo mismo, no recurriría a ti para hacer que bajara.

—Ya ha bajado —murmuró el suboficial con hostilidad. Miró más allá de Pantera antes de elevar el volumen de voz—. Señor Clark, este mexicano asegura que tiene una cita con usted. ¿Quiere hablar con él o lo echo?

—No, no lo eches. Estaba esperando a alguien, pero no sabía de quién se trataba exactamente.

Pantera se giró. A pocos pasos, junto a una columna, un personaje de barba blanca y muy poblada, con su escaso pelo peinado a ambos lados de una frente despejada, bebía champán en compañía de una joven y hermosa dama. No debía de tenerla en mucha consideración, porque le entregó su copa casi vacía y se acercó a Pantera. Antes de hablarle le preguntó al suboficial, sin mirarlo siquiera:

—¿Franklin Gowen ya ha bajado?

—No, señor Clark. Sigue en la habitación con ese negro —informó el oficial, que a continuación añadió en voz baja algo de su propia cosecha—. Se ve que hoy es el día de los exterminadores de ratas.

Clark reaccionó con una fugaz mueca de disgusto. Miró fijamente a Pantera como si fuera a diseccionarlo, pero siguió hablando con el policía.

—Escuche, jovencito. Mi secretario debe de andar por algún lugar de los pisos superiores. Es probable que esté emborrachándose en el comedor con los cronistas. Ruéguele que venga y que traiga consigo el sobre. Él ya sabe cuál es, el sobre con dinero.

—Enseguida, señor Clark.

En el hall había disminuido en gran medida la curiosidad hacia

Pantera. Solo seguían mirándolo los agentes, aunque trataban de que no se notara. Clark se acercó al mexicano más de la cuenta, como hacen los miopes que por motivos estéticos se niegan a llevar gafas.

—Solo puedo concederle unos minutos, este no es un buen sitio para conversar.

—No fui yo quien pidió verle —respondió Pantera con acritud—. Me dijeron que viniera, no me quejaré si lo que tiene que decirme es breve.

Una difusa simpatía se reflejó en las pupilas de Clark, frías por otra parte.

—De acuerdo. Por lo que me han dicho es usted un hombre de acción, no le pediremos que testifique en el juicio. No obstante, si quiere ganarse el dinero que está en camino podría ayudarnos a resolver el caso O'Donnell. ¿Se ve con ganas?

—Depende. ¿Debo eliminar a Friday o a Charlie?

El hecho de que se tratara de los hermanos de Molly no le preocupaba a Pantera. Es más, en su fuero interno estaba indignado con todos los parientes de la mujer, culpables de haberla involucrado en los acontecimientos que condujeron a su muerte.

—No, es algo más complejo. Se lo resumiré. —Clark observó con impaciencia uno de los relojes de pared y comparó la hora que marcaba con la del gran reloj de oro que sacó de su bolsillo—. Cuanto más indagamos sobre los mollies más convencidos estamos de que los O'Donnell son el eje de la conspiración. En su casa de Wiggans Patch echó raíces una estirpe consagrada al mal y a la violencia. La vieja Margaret, la arpía que domina la tela de araña, arregló hábilmente los matrimonios de la prole. Una de sus hijas se convirtió en la esposa de Jim Carroll. Su hija Ellen es la mujer de Charles McAllister, un asesino tan tristemente famoso como su hermano James. Otra hija, Mary Ellen, se casó nada menos que con Black Jack Kehoe, el líder reconocido de los Molly Maguires. Después, aparte de una cuarta hija que murió hace poco, están los hijos varones de Margaret: Charley y Friday. No ha habido en los condados de la antracita ningún crimen reciente en el que no haya intervenido, directa o indirectamente, alguno de estos dos.

Pantera entrecerró los ojos.

—Señor Clark, usted da por ciertos unos hechos que el tribunal no considera probados. Estamos aún en la fase de instrucción, sería conveniente esperar a conocer las conclusiones del fiscal.

—¡Ahí lo tiene, el fiscal! —Clark, con gesto de diversión, señaló a un militar de alta estatura que estaba junto a la entrada, en medio de un corrillo de personas. Vestía un uniforme azul oscuro cargado de alamares y condecoraciones—. Es el general Charles Albright. Por pura coincidencia también es consejero sénior de una de mis

sociedades, la carbonera Lehigh y Wilkes-Barre.

—¿No es esa la empresa para la que trabajaba…?

—Sí, es la empresa para la que trabajaba el fallecido John P. Jones.

En la cara de Pantera se dibujó una mueca socarrona.

—Se avecina un juicio justo.

—Es en interés de todos, ¿no le parece?

Hubo entre ellos unos segundos de silencio que Clark aprovechó para mirar nuevamente su reloj; pasaban diecisiete minutos de las tres de la tarde. Emitió un refunfuño que se asemejó a una maldición. También Pantera estaba impacientándose y no le quitaba ojo a la escalinata por la que suponía que bajaría Gowen. La frase que había gruñido el suboficial poco antes —«Se ve que hoy es el día de los exterminadores de ratas»— le había ayudado a deducir la verdad. Era desconcertante, pero no cabía otra explicación. Si la daba por buena lo aclaraba casi todo.

Pantera se distanció un poco de Clark, que seguía demasiado cerca, y le preguntó:

—¿Qué espera de mí en relación con los O'Donnell? ¿Qué tendría que hacer?

El industrial habló en voz baja.

—Esos siguen manejando el cotarro como antes, a pesar de la captura de Kerrigan y de los otros. Merecen una lección, antes de que comience el juicio. Les tiene que quedar claro a todos que, por mucho que fanfarroneen, son vulnerables. Los vigilantes de Beard y de Shepp están preparando una expedición de castigo y quiero que usted forme parte de la partida.

—¿Por qué precisamente yo? Quiero que me dé un buen motivo, señor Clark.

—El buen motivo está llegando en este preciso momento. Naturalmente viene borracho como una cuba, lo mismo que el apestoso periodista que lo sostiene.

Una curiosa pareja caminaba penosamente hacia ellos, empujada por el suboficial de la Policía del Carbón y el Acero. Se trataba de un joven demacrado, entallado en un frac a rayas gris y negro, y un hombre bajo y desbarbado, con unas tupidas patillas rubias que se unían a su bigote. Venían abrazados el uno al otro por el hombro y se tambaleaban cada pocos pasos. Se soltaron cuando llegaron a la altura de Clark.

El joven del frac le ofreció un abultado sobre.

—Aquí tiene lo que estaba esperando, señor. Está todo el dinero.

No tenía voz de beodo, pero le costaba mantener la verticalidad. Clark cogió el sobre.

—Se lo agradezco, Patrick.

—No me llamo Patrick, señor.

—Ah, ¿no? Las estadísticas muestran que aquí la mayor de los desempleados se llaman Patrick. Creí que ese era también tu nombre, dado que desde este momento estás despedido.

Pantera apreció la voz gélida de Clark mientras pronunciaba esas palabras. No se molestó en observar la reacción de los dos borrachos mientras el suboficial los sacaba de allí a empujones. El industrial le dio el sobre y él lo abrió lo justo para ver que allí había dinero suficiente para comprar una pequeña granja. Eso hizo que aumentara su desconfianza.

—¿Por qué tanto dinero, señor Clark? Dudo mucho que los vigilantes encargados de castigar a los O'Donnell vayan a recibir la misma cantidad.

—Me interesa que entre ellos haya un profesional. Es indispensable que Kehoe deje de dar miedo antes…

—Antes de las elecciones —completó la frase Pantera.

—Exacto.

—Pero tampoco me basta con eso. Hay tiradores que están a mi altura en el Comité de Vigilantes de Tamaqua. Para aceptar la misión exijo saber toda la verdad. Toda, sin medias tintas y sin omisiones.

Clark pareció sentirse incómodo por primera vez. Suspiró suavemente, se tiró de la barba y dijo:

—Manus O'Donnell, el difunto marido de la vieja Margaret, tenía extrañas ideas en materia de religión. Era católico practicante, pero su catolicismo era peculiar. Mezclaba su fe con vestigios de cultos más antiguos, específicos de Irlanda. Contagió a Margaret, que a su vez se los inculcó a sus hijos, hijas y yernos. Con el resultado de que… —Clark interrumpió la narración— ¡Ya era hora! Ahí está Gowen. Tengo que dejarle, diríjase a Shepp para saber el resto.

Clark se alejó rápidamente. Pantera se quedó con el sobre en la mano. Meneó la cabeza de izquierda a derecha y guardó el dinero en el bolsillo, junto a uno de los Smith & Wesson. Después miró a Gowen, que estaba parado en mitad de la escalinata. Robusto, autoritario, se le veía un poco acalorado y tenía marcas de sudor en la camisa. Recibió con una sonrisa a Asa Packer, Edward Clark y Charles Albright, que subían hacia él precediendo a los prohombres de menor categoría. Por su mirada altanera, aunque bonachona, se diría que era el soberano de las minas y el ferrocarril, con unas dotes de mando de las que carecían capitalistas mucho más poderosos que él.

Pantera buscó con la mirada a alguien. Finalmente lo vio, escabulléndose a una distancia prudente de Gowen, que descendía la escalinata entre las filas de gente que subía. Learco, el lucumi exterminador de ratas, vestía una camisa y unos pantalones más dignos que los que llevaba en el primer encuentro entre él y Pantera. El color blanco de su vestimenta podía hacer que lo confundieran con

un camarero. Tal vez era la misma ropa que llevaba cuando trabaja como sirviente en el Columbia.

Pantera avanzó con celeridad, pero Learco ya lo había visto. Las pupilas frías del palero y las hostiles del lucumi se cruzaron en algo así como una colisión silenciosa. Learco atravesó el hall con agilidad y con flexibilidad a pesar de la enorme masa muscular con la que cargaba. Pantera corrió tras él, indiferente a la alarma que provocó en los vigilantes y entre los camareros. En ese momento lamentó haber matado a patadas a su Nganga. No disponía de más fuerzas que las suyas propias. Una sonrisa burlona del perseguido, que se giró para comprobar la ventaja que le sacaba, le hizo comprender que el lucumi era plenamente consciente de ello.

Pantera sacó uno de los revólveres al llegar a la puerta del hotel. Fue un grave error. Alguien le golpeó en el cráneo por detrás con un objeto metálico, tal vez una bandeja. Al mexicano se le nubló la vista. No cayó al suelo, pero tuvo que aflojar el paso y agacharse. Learco se había convertido en una mancha más entre las muchas, oscuras o de colores, que pululaban por la calle Ancha.

Un segundo golpe, propinado de canto en su muñeca, hizo que aflojara la presión sobre el revólver y unos dedos veloces se lo quitaron de la mano. Una voz estridente que arrastraba las palabras le dijo:

—Tú debes de haber perdido la cabeza. ¿Te crees que sigues en el Salvaje Oeste? Hoy es el día menos apropiado para montar una escena como esta. Y no me hagas recordar que me robaste ciento noventa y seis dólares con veinte centavos.

Pantera logró enderezarse finalmente y enfocar la mirada. Como anunciaba su acento sureño, se encontraba delante de Delos Thurman Bligh, Bligh el Yanqui, que lo estaba amenazando con su propia arma. El sheriff tenía a su lado a un camarero negro que aún sostenía en la mano la bandeja de plata con la que lo había golpeado. Bajo el porche había un nutrido grupo de hombres de la Policía del Carbón y el Acero, vigilantes y periodistas que volvían de la comida y de empinar el codo.

—¡Bligh! —exclamó Pantera. No era un reclamo, sino más bien una constatación—. Ya veo que hoy se han reunido en Tamaqua todos los gilipollas de Estados Unidos. Solo falta el senador Schurz.

Bligh sonrió maliciosamente.

—Falta porque su tren viene con retraso, pero ya está llegando. —Bajó el revólver y moderó su tono de voz—. No tengo nada contra ti. En estos tiempos las alianzas se hacen y se deshacen. A lo mejor estamos del mismo lado, si es el de Gowen, el de Scott y ahora también el de Schurz. En todo caso no te propases, sobre todo en público.

—¿Si no me propaso me devuelves el revólver?

El semblante de Bligh reflejó incertidumbre. Dio una respuesta, quizás interlocutoria, pero la tapó un traqueteo y un golpeteo de cascos de caballo que en ese momento solaparon todos los ruidos de la calle. Se trataba de cuatro carretas de vendedores y artistas ambulantes, de esos que se veían en cualquier rincón del país. Las dos primeras eran, simple y llanamente, cervecerías ambulantes y el reclamo escrito en la lona encerada, que no mencionaba marcas concretas, aseguraba que la bebida se mantenía en hielo. El tercer vehículo era un carromato a semejanza de los de los circos, con sugerentes pinturas en los laterales que anunciaban un «Grupo de baile proveniente de París. Las mejores artistas de Francia, apreciadas por las academias europeas y por el zar de todas las Rusias». En el pescante, a falta de cochero, iban sentadas dos chicas francamente feas de cara, pero con cuerpos bien formados y ataviadas con vestidos llamativos en los que primaban las transparencias sobre el tejido. No era otra cosa que un burdel itinerante.

El último carromato era el más discreto y pertenecía a un boticario; posiblemente el hombre con una gran barba negra y con pinta de pícaro que, a base de tirar de las bridas, intentaba contener a una yegua demasiado joven y espantadiza. El mensaje publicitario, escrito en la lona con los llamados caracteres «egipcios», era bastante convencional: «Henry F. Allen, de San Luis. Pintura de letreros. Remedios y ungüentos para muchos males del cuerpo y del espíritu. Extracción de muelas picadas casi sin dolor». Lo insólito era que el boticario-cochero tenía a su lado un rifle revólver Colt de 1855, equipado con una mira telescópica tan larga como el cañón. Un arma potente y precisa que sin embargo ya estaba en desuso debido a que era de carga delantera y a su elevado coste.

Fue precisamente el rifle lo que atrajo la atención de Pantera. Con uno como ese podría alcanzar a Learco incluso desde una gran distancia. Aprovechó la circunstancia de que los periodistas acudían en tropel a los carromatos de la cerveza y las prostitutas. Le dejó el Smith & Wesson a Bligh, atravesó ese tramo de calle y saltó para situarse junto al boticario, que lo miró sobresaltado. Bligh no solo no hizo nada para detener a Pantera sino que incluso se despidió de él con un gesto. El mexicano, que trataba de ignorar el dolor en la cabeza y en la muñeca, le habló al boticario al oído, pero en voz alta.

—Amigo, adelante a los otros carros y siga de frente. Necesito alcanzar a un hombre, aunque me temo que ya debe de estar lejos.

—¿Acaso me ha tomado por un cochero? —preguntó el desconcertado Henry F. Allen.

—Podría amenazarle, pero no quiero perder tiempo. Le compro la carreta, el caballo y todos sus ungüentos. Créame, puedo pagarle.

Vamos.

El boticario estalló en una gran carcajada, sincera y ruidosa, al tiempo que obligaba a la potranca a adelantar a los otros carromatos y la incitaba a correr. El animal, ya de por sí inquieto, relinchó y se lanzó por la calle Ancha Oeste a una velocidad cercana al galope. Los peatones se refugiaron bajo los porches y una calesa no volcó por poco.

El carromato chirriaba espantosamente, pero Allen parecía estar pasándolo pipa.

—Ya casi estamos fuera de la ciudad, dígame cuándo debo aflojar la marcha. Aunque no estoy seguro de que la loca de mi yegua me vaya a hacer caso.

—¡Ahora! ¡Ya! —gritó Pantera. Tenían a la derecha el cementerio de Odd Fellows y le pareció que había visto la poderosa figura de Learco bajo los cipreses, entre las tumbas.

El boticario consiguió frenar, quién sabe cómo, la carrera de la potranca. Tan pronto como se detuvieron Pantera se puso en pie y, sin bajar del pescante, cogió el rifle revólver Colt y lo apoyó en su hombro. A través de la mira telescópica rastreó el camposanto. Vio finalmente a Learco, tal vez fuera de alcance, corriendo a toda velocidad. Apuntó bien con la mira.

—Amigo, debo advertirle de una cosa —dijo Allen.

—¡Cállese!

Pantera se concentró en el objetivo y apretó el gatillo. Lo que sonó no fue un disparo, sino un sonido metálico. Lo intentó por segunda vez y nuevamente lo único que se oyó fue el golpe del percutor.

—Es inútil —aseguró Allen—. El rifle no está cargado, eso es lo que trataba de decirle.

Pantera miró el arma como se mira a un reptil repelente y la dejó caer. Valoró la posibilidad de perseguir a Learco a pie. No, le sacaba demasiada ventaja. En todo caso la persecución había resultado provechosa. No podía ser casual que el lucumi hubiera buscado refugio en el cementerio de Odd Fellows. Proseguiría con la búsqueda en otro momento.

Allen recogió el fusil y estaba limpiando el exterior del cañón con papel de periódico que cogió de un montón que tenía al lado.

—El fusil solo lo utilizo para disuadir a los alborotadores, ¿sabe usted? Hay muchos cuando uno viaja en caravana con vendedores de cerveza y bailarinas. Ven el rifle y mantienen las distancias. Pero yo ni siquiera tengo pólvora y balas, no sabría cargarlo.

Pantera, presa del desánimo, se volvió a sentar. Solo entonces reparó en la cabecera del periódico del que el boticario se estaba sirviendo.

—Le Socialiste. ¿Es usted francés?

—No, estadounidense nacido en Estados Unidos —contestó Allen. Le llevó unos segundos entender el motivo de la pregunta, tras lo cual recuperó su jovialidad—. Si le interesa nuestra prensa, tengo también la edición en inglés: The Socialist. Y dentro del carro llevo una buena cantidad de folletos en inglés, en francés, en alemán e incluso en ruso.

Pantera estaba pensando en otro medicastro ambulante que había conocido muchos años antes.

—¿Conoce a un tal Anselme Bellegarrigue?

—¡Cómo no! Era un anarquista individualista. Ahora es ministro de no sé qué en El Salvador. Yo soy seguidor del Consejo General de Londres y no soporto a los anarquistas ni a los icarianos. —Allen se inclinó ligeramente hacia Pantera—. Veo que sabe usted muchas cosas. ¿A qué otros socialistas ha conocido?

—A un tal Drury, a un tal Tuefferd y a más.

Poco faltó para que Allen estallara de júbilo. Radiante, estrechó la mano de Pantera y la sacudió con vigor.

—¡Conoces a Drury! ¡Entonces eres un compañero! ¿Sabes dónde me dirigía tras viajar con las demás carretas a la ciudad?

—No tengo ni idea.

—¡A la Asamblea 194! ¿No te dice nada?

Pantera tenía una respuesta a flor de labios y se arriesgó a decirla.

—¿Las Cinco Estrellas?

—¡Exactamente! ¡Conque eres un compañero! ¡Qué suerte haberte conocido! —Más entusiasta que nunca, Allen azuzó a la joven yegua para que trotara en dirección a los suburbios del oeste de Tamaqua—. Hay una reunión secreta a las cinco de la tarde, en una mina de la Lehigh y Wilkes-Barre. Uno de los nuestros nos dará acceso por una de las entradas de superficie. A esa hora ya han salido todos los mineros, quedan solo los peones. En este periodo difícil los de la Asamblea 194 se reúnen en un ramal del túnel principal al menos una vez por semana.

—Quieres decir en una ubre de la galería.

Allen miró a Pantera con cierta admiración.

—De modo que has sido minero. Y pensar que cuando te ofreciste a comprarme el carro, el caballo y las medicinas llegué a pensar que eras un ricachón… ¿Tú también estás afiliado a la Asamblea 194?

El mexicano se preguntó si debía seguir adelante con el juego o dejarlo ahí. La intuición lo empujó a asumir una posición intermedia.

—No, aunque tal vez me dejen entrar. Yo soy de la 192.

—¿La 192? —Allen reflexionó durante unos segundos mientras abandonaban la calle principal y encaminaba la yegua hacia las colinas—. ¡Ah, sí, Saint Clair! También allí hay mineros. Claro que podrías entrar, tendrías incluso derecho de voto. Pero permíteme que te haga una pregunta delicada… ¿Quién era el tipo al que querías

matar antes?

—Un pinche cabrón.

—Me basta con eso. No quiero entrometerme en tus asuntos.

En el contexto de una situación surrealista en sí misma, empezando por el hecho de que se hallaba en el carromato de un boticario que parecía un personaje circense, Pantera estaba captando detalles que le resultaban chocantes. Expuso el principal.

—Es muy extraño. Vienes a Tamaqua para vender ungüentos y para sacar muelas, pero ya estabas informado de que aquí se va a celebrar una reunión clandestina. ¿Cómo es posible?

Allen estalló de nuevo en una carcajada estrepitosa. Miró a Pantera y le guiñó el ojo.

—Si piensas un poco, verás que tiene fácil explicación. La Asamblea 194 pidió una intervención de la Internacional… mejor dicho, del Partido de los Trabajadores, como se llama ahora. Dejé San Luis en cuanto me fue posible para venir aquí. La reunión se organiza en mi honor.

—¿Y los cerveceros? ¿Y las supuestas «bailarinas»?

—Convencí a los cerveceros y a las prostitutas para que vinieran conmigo. De esa forma no llamaría demasiado la atención.

—De modo que no eres un verdadero boticario.

—Sí que lo soy. Estudié por mi cuenta, pero sé más que un médico licenciado y con título. El hecho es que la medicina, para que funcione a nivel de masas, debe ser ejercida con un enfoque socialista. Ahora te lo explico. Si has leído el libro de Federico Engels que se titula…

Pantera dejó de escuchar a Allen al instante. Le impresionó el cambio que había experimentado en un par de meses el paraje que rodeaba el pozo minero en el que había trabajado. Quizás se debía al efecto de una luz solar demasiado intensa, pero lo que era gris se había vuelto negro y lo que era negro se había podrido. Las vías se habían multiplicado y ya se enroscaban como guirnaldas en las alturas. La antracita estaba por todas partes y ardía lentamente revelando su llama interior incluso a pleno día. Todas las plantas supervivientes habían pasado del verde a tonalidades metalizadas. El lavadero había corrido la misma suerte y parecía hecho de hierro, no de madera. El aire era mórbido y dulzón, como el que hay en torno a un moribundo al que espolvorean con polvos de talco para disimular el hedor a carne en putrefacción. La actividad seguía siendo febril entre los barracones de la Lehigh y Wilkes-Barre, aunque los movimientos de los obreros y de los empleados se habían vuelto pesados y rígidos, como si se avecinara una catástrofe inminente que todos percibían.

Allen terminó por fin su perorata.

—Será mejor que dejemos el carro aquí. Ayúdame a atar el animal

a… ¡Por todos los santos, aquí no hay ni un árbol! A atarlo al saliente de una roca.

Subieron andando. Se encontraron con Jim Butler a la entrada de la galería reservada a las mulas, pero sin Schatach a su lado. El muchacho abrió los ojos como platos cuando vio a Pantera.

—¡Mira quién está aquí! ¡Mi antiguo trenista! Y en compañía de Henry F. Allen. ¡Me alegro!

Allen soltó otra de sus carcajadas, esta vez por un motivo que solo él sabía.

—¡Eso es, compañero! —exclamó el boticario sacamuelas—. Confío en que no hayamos llegado tarde.

—No, qué va. Los demás se están reuniendo ahora mismo.

Mientras se aproximaban a la boca del túnel, Allen le susurró a Pantera al oído:

—Te aconsejo que, aunque estemos entre nuestra gente, hables siempre y solo de Las Cinco Estrellas. No pronuncies en ningún momento el verdadero nombre de la organización.

—¿El verdadero nombre?

—Caballeros del Trabajo.

Que no se te escape.

24

EXPEDICIÓN DE CASTIGO

Hacía mucho frío cuando Pantera, erguido sobre la silla de un caballo nervioso, vio que se aproximaba la partida de hombres que estaba esperando. Era el 10 de diciembre de 1875 y el cielo nocturno amenazaba con una nieve que no se decidía a caer. Wiggans Patch era una aglomeración de casas en las colinas al este de Mahanoy City, sobre un valle por el que discurrían en paralelo las dos principales líneas de ferrocarril del condado de Schuylkill: la del valle de Lehigh y la Filadelfia-Reading. El poblado, prácticamente desprovisto de árboles y de cualquier otro elemento que pudiera embellecerlo, tenía el típico aspecto de las aldeas mineras surgidas con provisionalidad y por ello condenadas a desaparecer. Cabañas, corrales tomados por la maleza, ausencia total de negocios y de salones… Solamente la casa de los O'Donnell, encajada entre rocas, parecía sólida. Era un gran edificio de ladrillo de dos plantas con un pequeño patio delante. La luna, en todo lo alto del cielo, libre de las nubes que la rodeaban, permitía apreciar sus inusitadas dimensiones.

Un par de ventanas iluminadas en la planta superior indicaban que dentro había alguna persona despierta, a pesar de que eran las tres de la madrugada. Pantera, con la ayuda de la mira telescópica del rifle revólver Colt que le había regalado Henry Allen, trató en vano de identificar las sombras que de vez en cuando se proyectaban en los cristales. Renunció a seguir intentándolo cuando llegó la partida. La formaban al menos una treintena de hombres, todos ellos armados con rifles Winchester 73 y con costosos revólveres Colt Navy en las pistoleras. Pantera no esperaba que fuera tan numerosa. Habían forrado con trapos los cascos de los caballos e iban todos enmascarados, unos con capucha y otros con un pañuelo que les tapaba la cara desde la nariz hasta la barbilla. El nuevo Comité de Vigilancia, que había reemplazado al Comité de Tamaqua con ambiciones ampliadas a nivel de condado, había nacido por la presión mediática de El Correo de Tamaqua, El Heraldo de Shenandoah, La Gaceta Minera y otros diarios, no solo regionales.

Wood, el obispo de Filadelfia, bendijo la iniciativa con una vehemente exhortación a restaurar el orden en los condados de la antracita librándolos de los Molly Maguires y de los agitadores

sindicales. Así las cosas, a nadie le podía extrañar que el primer embozado que reconoció Pantera fue el padre Walsh, si bien era el único que no portaba armas. El cura se disponía a saludarlo afectuosamente, pero el mexicano optó por dirigirse con su caballo hacia Michael Beard, fácilmente identificable porque el pañuelo le tapaba la boca, pero dejaba a la vista su nariz aguileña.

—Señor, espero órdenes —le dijo Pantera.

Beard tiró de la brida provocando un pequeño relincho del caballo que montaba.

—No hay órdenes concretas para ti. Quédate por los alrededores, podríamos necesitaros a ti y a esa cosa.

La «cosa» era el nuevo Nganga que había hecho Pantera y que llevaba colgado en una red, al lado de la silla de montar. Confeccionarlo fue una de las acciones más dolorosas de su vida, puesto que contenía la caja craneal y algunos huesos de Molly, además de los ingredientes de costumbre: tierra, esperma, sangre animal y hierbas de varias especies. Se había visto obligado a componer el Prenda de ese modo porque, si era cierta su sospecha sobre la huida de Learco hacia el cementerio de Odd Fellows —es decir, que el lucumi se había dirigido allí porque sabía que era donde estaba enterrada Molly—, el alma de la mujer nunca descansaría en paz, y Pantera tampoco. Si el cráneo de Molly acababa en el Nganga de Learco se desencadenaría un infierno, por lo que era mejor desenterrarla y encerrar su espíritu en un Nganga amigo.

El capitán Williams, que no vestía el uniforme ni llevaba la insignia de la Policía del Carbón y el Acero, agrupó a todos los vigilantes tras una casucha abandonada, posiblemente un cobertizo para guardar aperos y herramientas. Levantó su capucha y mostró su rostro viril de mandíbula cuadrada. Habló en voz baja.

—Avanzaremos despacio, en abanico. Tratad de evitar que los caballos relinchen, tenemos el viento en contra y los O'Donnell podrían oírnos. No me perdáis de vista, yo daré la señal de ataque. ¿Dónde está el letrero?

—Aquí está.

Un encapuchado alzó una tabla en la que habían escrito «Sois los asesinos de Uren y de Sanger». Pantera sospechaba, por la voz, que ese hombre era el sheriff Raudenbush, de Mauch Chunk. Lo había escuchado en un mitin de demócratas disidentes, favorables a la elección como gobernador del republicano John F. Hartranft. Cuando este fue elegido, el 2 de noviembre, corrió el rumor de que Jack Kehoe y los hibernios habían vendido los votos que ellos controlaban. Pantera dudaba de que fuera verdad. El trasvase de votantes de un partido a otro era ya un fenómeno de ámbito nacional, y la capacidad de influir que tenía un demócrata de la vieja escuela como Kehoe se

había visto reducida a la mínima expresión. Eso sin mencionar que la contigüidad con los Molly Maguires, real o presunta, a ojos de los notables que manipulaban las elecciones equivalía a un pacto con el diablo. No fue casual que, justo después de su investidura, Hartranft exhortara a liberar de los mollies los condados de la antracita.

Los demás hombres que formaban parte de aquella partida, Pantera estaba seguro de ello, habían sido reclutados en las filas de la banda galesa de los Modocs. Lo supo porque eran adolescentes, por su lenguaje trivial y por las ganas que tenían de pelearse con alguien, algo que se notaba por el desasosiego con el que se agarraban a la silla de montar. No obstante, cuando volvió a tomar la palabra, Williams se dirigió a ellos como si se tratara de un disciplinado ejército.

—El letrero podemos dejarlo aquí. De vosotros, hombres de orden, espero que os comportéis con sensatez. En la casa hay inquilinos, respetadlos. Hay mujeres, que sean tratadas con respeto. Solo debemos castigar a los hombres, podéis matarlos o hacer con ellos lo que queráis.

—¿Después prendemos fuego a todo? —preguntó un chico con la esperanza de que la respuesta fuera afirmativa.

—Ni hablar. Esto es una propiedad y como tal debe ser preservada, entre otras cosas para no perjudicar a un futuro comprador. No representamos la anarquía, somos el alma de la América que se rebela contra los abusos —proclamó Williams antes de hacerle una señal a Pantera—. Tú mantente cerca de mí en todo momento. ¡Adelante, muchachos!

Los que habían levantado su capucha o habían bajado su pañuelo volvieron a taparse. Fue impresionante ver a aquellos treinta hombres a caballo moviéndose todos a una y tratando de guardar silencio. La luna los transfiguró en siluetas oscuras de formas fantásticas. Las colinas de carbón, surcadas por fuegos fatuos, aseguraban un fondo apropiado, sutilmente infernal.

Desgraciadamente bastó un grito procedente de la mansión de los O'Donnell para descomponer las filas. Un vigilante incontrolado abrió fuego e hizo añicos uno de los cristales de la planta superior. Los demás picaron espuelas y galoparon hacia la casa disparando a discreción. La situación cogió por sorpresa a Williams, que para legitimarla acabó gritando:

—¡A la carga!

Los asaltantes galoparon alrededor del edificio gritando como posesos. Varios de ellos desmontaron y la emprendieron a patadas con la puerta principal, que cedió rápidamente. Fueron encendiéndose numerosas luces, pero nadie respondía al fuego. Williams gritó con voz estentórea:

—¡Matadlos, matadlos a todos!

Saltó a tierra, abandonó el caballo y siguió los pasos de los que ya habían entrado. Pantera quiso seguirlo, pero no podía llevar con él al Nganga, que estaba emitiendo señales angustiosas, ni dejarlo en un caballo abandonado a su suerte. Se vio obligado a atar el equino a un olmo, lo cual hizo que perdiera tiempo. Entre tanto, muchas ventanas de la planta baja acabaron rotas y los vigilantes fueron entrando por ellas sin dejar de disparar.

Cuando tuvo las manos libres, Pantera escogió como vía de entrada la puerta que habían forzado a patadas. Al cruzar el umbral se vio inmerso en una escena de una lentitud onírica. Williams y algunos de los vigilantes se hallaban frente a una joven rubia y poco atractiva que claramente estaba embarazada. Se sujetaba el vientre con las manos mientras permanecía inmóvil al pie de unas escaleras estrechas, con sus ojos verdes muy abiertos por el asombro.

El silencio, comprometido por los disparos que resonaban a lo lejos, continuó tras la entrada de Pantera. Luego Williams preguntó febrilmente desde detrás de su capucha:

—¿Quién es usted, señora?

La mujer tragó saliva.

—Soy Ellen O'Donnell… Es decir, McAllister.

—¿Es la esposa de Charles McAllister?

—Sí —contestó ella, paralizada por el terror.

—¿Está encinta?

Ella intentó esbozar una sonrisa.

—Sí.

Williams movió la cabeza de un modo curioso, como si la quisiera desanudar para vencer la tortícolis. Empuñaba un Colt Army de calibre 45. Empujó el cañón contra el vientre de la mujer, a la altura del ombligo. Ella se vio obligada a inclinarse hacia adelante. William disparó dos veces. Ellen McAllister dobló las rodillas y a continuación cayó hacia atrás. De su barriga salió un chorro de sangre de un rojo muy claro, quizás porque estaba mezclada con otros líquidos.

A Pantera le sobrevino una sensación de náusea que no sentía desde hacía años. Alzó el rifle Colt y se vio tentado a matar a Williams. Luego pensó que ese hombre no debía morir así, de forma casi indolora. Los mpungus no lo habrían aceptado. No, se merecía una agonía peor, vivida con plena consciencia hasta el último segundo. Bajó el arma y, nervioso, la balanceó entre sus manos.

—Bueno, ¿qué estáis mirando? —preguntó Williams dirigiéndose a los demás vigilantes—. Charles McAllister es un asesino, lo sabemos todos. Ahora hay que encontrarlos a él y a los otros.

Finalmente, los encapuchados espabilaron. Williams los condujo a través de un patio angosto y frío hasta las alas de la casa, en las que seguían sonando disparos. El edificio era laberíntico, aunque no se

parecía en nada a una casa de campo. Más bien recordaba la estructura tortuosa y demasiado grande de un lavadero, era como si una familia de mineros hubiera querido reproducir en su hogar el entorno en el que trabajaban sus miembros.

Tras varios rodeos Williams, que parecía fuera de juicio, llevó a sus hombres a un salón amplio pero modesto con papel pintado descolorido y telarañas incluso en los sofás. Allí el sheriff Raudenbush (sí, era él) custodiaba, con la ayuda de un chico, a un cuarteto de prisioneros. Uno de ellos estaba atado por las muñecas al respaldo de una silla. Sin duda el sheriff se percató del estado de agitación de Williams y le dijo con tono sosegado:

—Estos son huéspedes de pago de los O'Donnell. Sugiero que los dejemos marchar y que nos centremos en las presas grandes. Los más duros siguen resistiendo en el piso de arriba.

Esa solución no le pareció conveniente a Williams, embriagado por la sangre que ya habían derramado.

—¡Ellos también deben morir! No querrás que dejemos tras nosotros un montón de testigos, ¿verdad?

—No han visto nuestras caras, y de todos modos nadie nos tocará. Cálmate y ve arriba.

Williams terminó obedeciendo, aunque a regañadientes. Pantera llegó a la conclusión de que el sheriff de Mauch Chunk tenía más autoridad que un oficial de la Policía del Carbón y el Acero. Solo podía haber una explicación para esa incongruencia: era el poder político el que había ideado la expedición de castigo y el que había planeado su desarrollo. Los vigilantes y la policía corporativa eran simples ejecutores de órdenes provenientes de mucho más arriba.

La planta superior era menos fría pero aún más mísera. Sacos de grano, ruedas de carro y barriles vacíos se acumulaban a lo largo del pasillo, apoyados en paredes revestidas de tablas carcomidas. Las lámparas estaban encendidas y había dos ventanas abiertas. Allí reinaba un curioso olor que hacía pensar en los campos pero también en la industria. Los O'Donnell parecían haber heredado la miseria de esos dos orígenes. Estaba claro que su poder era efímero, eran unos pobretones cuya fuerza residía únicamente en la amplitud del clan familiar. Al menos así lo veía Pantera.

Raudenbusch, que iba corriendo y apuntando con el Winchester, se paró de repente ante una salida cerrada por la que se filtraba algo de luz.

—¿Dónde está el mexicano? ¡Necesitamos al mexicano!

Pantera caminó hasta él y el sheriff le dijo:

—Neutraliza esa cosa de ahí.

En un primer momento Pantera no entendió a qué se refería. Después, con estupor, comprendió que aludía a una cruz con un

círculo rodeando el punto de intersección de los brazos y a una pequeña rama de muérdago que había poco más arriba, colgada de un clavo. Extendió el brazo en dirección a aquella composición y notó una sensación muy extraña, pero no tan intensa como para pensar en la presencia de un mpungu.

—No hay peligro —dijo—. Se puede pasar sin riesgo alguno.

—Puede ser, pero de todas formas recita tu oración. Yo no me fío de los irlandeses, son pájaros de mal agüero.

Pantera, perplejo, acabó recitando una fórmula cualquiera, confiando en que Molly-Santo no se lo tomara demasiado en serio.

—Kati kampolo murantoto batukandumbe Bakuranda bbingaramanguei.

No se le ocurrió nada más genérico que esa ambigua expresión de salutación. Le pareció que Molly, encerrada en la vasija que estaba lejos de él, sonreía disfrutando de la situación. Raudenbush se dio por satisfecho y abrió la puerta de una patada. El dintel, carcomido, se rompió, pero la pared resistió. La rama de muérdago cayó al suelo.

Charley O'Donnell, que estaba en la habitación junto a la vieja Margaret, postrada en una cama, se irguió y levantó las manos.

—Me rindo —dijo esforzándose en mantener un mínimo de orgullo —. Si he hecho algo malo lo he hecho por mi gente.

Pantera observó a Margaret. La vieja parecía una momia, con sus ojos celestes abiertos como platos, la boca también muy abierta y una sábana que la tapaba hasta la barbilla. Había alrededor de ella unos mpungus, dos al menos. No eran fuertes y por tanto tampoco temibles, bastaba con no acercarse demasiado a la cama.

Williams esbozó una sonrisa burlona y le dijo a Charley O'Donnell:

—¿De modo que lo has hecho por los irlandeses? Bien, bien… Ahora arrodíllate, te vamos a atar.

Era evidente que el joven tenía miedo, pese a lo cual contestó, con voz temblorosa:

—No, no pienso arrodillarme.

—Allá tú. Salgamos, quedas detenido.

Charley O'Donnell obedeció mansamente. Mientras salía, seguido por los encapuchados, Michael Beard señaló la cama y le susurró a Pantera:

—Mata a la bruja, tú puedes hacerlo.

—¿Por qué yo?

—Lo puedes hacer. Cuando termines únete a nosotros.

Raudenbush confirmó la orden de Beard con un movimiento de cabeza y ambos salieron. Pantera, rifle en mano, se quedó a solas con la vieja. Se miraron fijamente, un barniz de inteligencia cubrió los ojos de la mujer casi al instante. Margaret murmuró, moviendo apenas su boca desdentada:

—Sé que no nos quieres, aunque querías a mi Molly. Acabas de ver lo que son capaces de hacer y has visto cómo vivimos. ¿Puedes asegurar que todos nosotros estamos equivocados? Si te atreves a asegurarlo mátame, nadie te detendrá.

Pantera reflexionó durante unos instantes antes de levantar el rifle revólver y disparar dos veces al techo apuntando a una telaraña. Después caminó hacia la puerta. Lo alcanzó en el umbral la voz de la anciana, casi un estertor.

—Que san Patricio proteja a Molly allá en el cielo. Y que te proteja a ti.

Pantera bajó rápidamente las escaleras. No había llegado al patio cuando oyó un primer disparo proveniente del exterior. Al sonar el segundo aceleró el paso.

La luna, tras alcanzar la cúspide de la bóveda celeste, estaba declinando y palideciendo levemente, aunque su tenue halo todavía iluminaba el patio. Frente a un semicírculo formado por los vigilantes Charley O'Donnell, herido en el hígado y en una pierna, aún era capaz de mantener el equilibrio. Uno de los verdugos lo encañonó y disparó, pero la bala solo le atravesó una nalga. Todos se echaron a reír. Enfurecido, el autor del torpe disparo abrió fuego nuevamente. Esta vez lo alcanzó en el hombro y brotó la sangre.

—¿Ven ustedes? El diablo lo protege —comentó el padre Walsh con la cara embozada.

Raudenbush, impacientado, se llevó al hombro su rifle. Justo en ese momento una parte de la pared de madera de la casa se derrumbó con estrépito y por la abertura que se creó dos hombres salieron corriendo a tumba abierta hacia las colinas. Williams gritó:

—¡Son McAllister y Friday! ¡Que Dios los maldiga!

Raudenbush giró el arma y disparó. James McAllister lanzó un grito y se llevó la mano al brazo, pero tuvo presteza para saltar por encima de una roca y desaparecer. Friday O'Donnell siguió sus pasos.

Aún podían ir tras ellos, pero ninguno de los vigilantes parecía estar por la labor. Su presa, Charley O'Donnell, dejó de tambalearse y finalmente cayó de rodillas.

Un hombre gordo se quitó el pañuelo que le tapaba parte del rostro.

—¡Es mío! —anunció.

Pantera lo reconoció. Era carnicero en Mahanoy City, un tal Frank Wenrich, concejal y demócrata disidente, asiduo asistente a los mítines de apoyo a John Hartranft. El carnicero, tan corto de estatura como orondo, se acercó al herido y le disparó en la espalda, tras lo cual tuvo que hacerse a un lado rápidamente, porque otros vigilantes estaban apuntando al mismo objetivo. El tiro definitivo —¿fue el decimoquinto?— se lo dio Raudenbush, el único que usaba un arma

con conocimiento de causa. Charley O'Donnell tuvo unas últimas convulsiones antes de quedarse inmóvil.

—¿Y si lo castramos? —preguntó riendo un presunto miembro de los Modocs.

El sheriff de Mauch Chunk ni siquiera lo escuchó.

—Vámonos. ¡A los caballos! ¡A los caballos!

Pantera soltó un suspiro de alivio, había llegado a temer que la partida decidiera prenderle fuego a la vivienda. Recuperó su montura y el Nganga, que en ese momento no emitía señales descifrables.

Beard se situó a su lado en cuanto montó.

—¿De verdad has matado a la vieja bruja?

—Deberías de haber oído los disparos.

—Ten en cuenta que si no está muerta, aún no hemos acabado. Si sigue viva, pasarás a formar parte de la lista de nuestros enemigos.

—No sigue viva.

—De acuerdo, mexicano. Te creo.

Beard picó espuelas. Los jinetes surcaron el valle como un rayo mientras el cielo se aclaraba de nuevo. Pantera los siguió durante un buen trecho manteniendo las distancias, después se separó del grupo y se dirigió al Este. Cabalgó a lo largo del trazado de la línea Reading en dirección a Tamaqua.

El animal que montaba empezó a dar muestras de cansancio mientras galopaba entre colinas centelleantes por el carbón en combustión. No había desaparecido en Pantera la sensación de náusea, a pesar de que las escenas que acababa de ver no eran más violentas que otras que habían ido jalonando su vida, sobre todo durante la guerra de Secesión y en la campaña en México. Si le parecían más brutales era solo porque hasta entonces nunca había sido testigo del asesinato de una mujer embarazada, llevado a cabo además con el propósito de poner fin a toda una estirpe.

Había algo que amplificaba la repugnancia que sentía. La explicación racional a la que llegó era que los vigilantes aseguraban que luchaban por restablecer el orden y la legalidad. Por tanto, encubrían su comportamiento con una hipocresía inadmisible. En eso, pensó Pantera, los estadounidenses que detentaban el poder eran auténticos maestros. Tenían una endiablada capacidad para atribuir los atropellos y los crímenes que perpetraban a motivaciones de particular nobleza, incluso cuando el verdadero móvil no era otro que el instinto de cometer abusos o la defensa de intereses de ínfimo contenido ético. De eso sabían algo los mexicanos, los pieles rojas o los desgraciados lealistas británicos que, un siglo atrás, eran condenados a una espantosa agonía tras ser cubiertos de brea y plumas para que los poros de su piel no pudieran transpirar.

Pero tal vez —y esa era la explicación racional y por tanto

posiblemente la verdadera— Pantera estaba condicionado por el hecho de que tenía a Molly en el Nganga, lo cual hacía que se sintiera sensible. Si eso fuera cierto debería deshacerse de él rápidamente. Por el momento lo único seguro era que las náuseas persistían.

Ya se hallaba cerca de la carretera hacia Mahanoy y estaba amaneciendo cuando su montura se negó a seguir. El caballo se arrodilló incluso, vencido por la fatiga y por la sed. Pantera cogió el Nganga, el rifle y algunas otras cosas indispensables. Después abandonó al animal a su suerte y buscó en el trazado de la línea férrea una curva pronunciada que resultara adecuada para lo que tenía en mente.

Encontró una curva bastante cerrada a la salida de un túnel excavado en la montaña. El plan no era fácil de ejecutar, porque hacía un frío intenso, caía la escarcha y seguramente los vagones de los trenes estarían resbaladizos a causa del hielo. Y él encima iba cargando con la bolsa y el rifle. Sin embargo, estaba decidido a intentarlo, cuando se empeñaba en algo seguía adelante a toda costa.

Trepó por encima del túnel y se colocó a horcajadas sobre un arbusto, entre dos rocas que le facilitaban un apoyo bastante firme. Comenzó la espera. Estaba cansado y tenía sueño, pero el hielo y la precaria posición en la que se había colocado conjuraron el riesgo de que se quedara dormido. Entre tanto había salido el sol, si bien los cerros solo dejaban ver sus rayos. En el cielo había numerosas nubes y muy oscuras, pero no parecía que amenazaran con lluvia.

Finalmente, la montaña empezó a vibrar y se oyó el silbido de una locomotora. Un convoy salió velozmente del túnel entre humo gris y con un estrépito infernal. Pantera dejó que pasaran los primeros vagones. Estaba a la espera de uno de mercancías, pero se dio cuenta de que se trataba de un tren de pasajeros. No había tiempo para vacilaciones. Pasó una pierna por encima del arbusto y dio un salto.

Aterrizó en el techo de uno de los últimos vagones, tan helado que parecía ardiente. Se le pegó la carne al metal, pero pronto notó que estaba deslizándose hacia el borde. Renunció al rifle y se quedó con la bolsa del Nganga. Con la mano que le quedaba libre buscó a tientas cualquier punto de agarre, pero no lo encontró. Siguió deslizándose.

Una mano firme, a pesar de que le faltaban un par de dedos, aferró la suya y tiró fuerte de ella. Pantera, pataleando, logró alcanzar una posición estable y se puso a cuatro patas. Fue entonces cuando descubrió a su auxiliador. Era un guardafrenos grande y gordo, con amplias patillas y el rostro lleno de cicatrices. Trató de recordar dónde lo había visto con anterioridad.

El hombretón, que tenía escarcha y esquirlas de hielo en el pelo, sonreía y de ese modo iluminaba su semblante, oscurecido por el humo y con unos dientes muy blancos y en buen estado. Su voz sonó

baritonal.

—¿Eres capaz de ponerte en pie? Vamos, yo te ayudo.

—Gracias —respondió Pantera mientras se levantaba con dificultad.

—¿Por qué? Es un placer ayudar a un hermano, y también volver a verte. Hace casi dos meses que no vas a las reuniones. —El guardafrenos se rio ante la cara de sorpresa del mexicano—. No me reconoces porque tengo en la cara restos del maldito humo. Mírame bien.

Pantera esperó hasta que logró afianzarse en el techo del vagón.

—Ah, sí —dijo—. Ya me acuerdo.

El guardafrenos era uno de los hombres de la Asamblea 194 de Las Cinco Estrellas. Pantera había acudido a varias reuniones de esa sociedad secreta en la primera quincena de octubre, más que nada por curiosidad. Los Caballeros del Trabajo de Tamaqua eran menos de una veintena y se reunían en el fondo de la mina, cuando acababa el turno, o en algún cobertizo abandonado entre el río Schuylkill y la estación. Se trataba principalmente de mineros, pero había también ferroviarios como el que tenía enfrente, un par de cavadores negros y una joven polaca, muy poco agraciada y muy tímida, obrera de una pequeña fábrica textil.

—No he vuelto porque vosotros solo queréis asalariados —aseguró Pantera—. Y además pretendíais que me afiliara. Yo, por principios, nunca me asocio con nadie.

Pensó que la sonrisa del guardafrenos se desvanecería al escuchar eso, pero no fue así.

—Bueno, has trabajado en la mina, tú mismo lo dijiste. En cuanto a la afiliación, implica menos obligaciones de las que crees… Pero ahora será mejor que bajemos, para estar más calientes y también para no acabar decapitados por alguno de los túneles siguientes. Aquí arriba solo hay una forma de moverse: corriendo. Vete tú delante y agarra la bolsa contra el pecho. Nos vemos en la plataforma del último vagón.

El consejo parecía demencial, pero Pantera lo dio por bueno. Echó a correr sobre la cúpula del vagón como había visto hacer a los guardafrenos y fue saltando de un vagón a otro. Un sinfín de veces tuvo la sensación de que estaba resbalando en el metal curvo y helado, pero la rapidez del movimiento lo evitaba. Fue un enorme alivio bajar a la pequeña plataforma del vagón de cola. Aún jadeaba cuando el guardafrenos lo alcanzó y le comentó alegremente:

—Ya ves, no es tan difícil. Además, cualquiera que trabaje como guardafrenos sabe que no va a salir indemne. Y eso puede aplicarse también a los que, como tú, les gusta pasear por la parte alta de los trenes.

Pantera estaba sin aliento. Miró a su compañero, le caían bien los

de Las Cinco Estrellas (llamarlos por su verdadero nombre, Caballeros del Trabajo, estaba absolutamente prohibido). Tenían muy poco en común con los Molly Maguires, no les importaban la nacionalidad ni el sexo ni la raza de las personas. Eran ajenos al concepto de venganza y al de la ejecución individual. Muchos de ellos (no todos) soñaban con una revolución que llegaría por medio de una huelga de duración indefinida y que obligaría al empresariado a entregar a los trabajadores los medios de producción. A ojos de Pantera se trataba de una fantasía, pero al menos había un fin y no era tan estúpido como el de una supuesta liberación de los irlandeses del dominio británico transferido al contexto estadounidense.

A Pantera se le ocurrió una idea tan peregrina que estuvo tentado de atribuirla a la influencia del Nganga. Recobró el aliento y preguntó:

—¿Tú crees que todavía me aceptarían en Las Cinco Estrellas?

—Por supuesto, sin dudarlo.

—Ten en cuenta que yo no soy socialista, me importa un carajo el socialismo.

—Da igual, yo tampoco lo soy. Entre nosotros hay socialistas, pero nuestros estatutos no hablan de nada parecido. Hablan de los derechos de los trabajadores.

—Ni siquiera soy un asalariado.

—Bueno, tampoco eres un patrón, y menos aún un burgués —sentenció el guardafrenos. Su mirada brilló—. ¿Qué me dices? ¿Presento tu candidatura en la Asamblea 194?

Pantera lo decepcionó intencionadamente.

—Ya veremos, lo pensaré con calma. Ahora limítate a llevarme donde haga calor, estoy helado.

25

LAS CINCO ESTRELLAS

—¿Prometes defender la vida, los intereses, la reputación y la familia de todos los miembros auténticos de esta orden; ayudar y asistir a todos los hermanos empleados y desempleados, desdichados y sufrientes, para procurarles un empleo, una remuneración justa y alivio a su dolor, así como animar a otros a que les ayuden, junto con sus seres queridos, para que puedan recibir y disfrutar del fruto equitativo de su trabajo y del ejercicio de sus habilidades?

Cuando, tras casi un año de vacilación, Pantera escuchó esa pregunta, formulada por un obrero encapuchado en una ratonera del barrio eslavo de Tamaqua rebautizada como «el Santuario», le resultó tan empalagosa que a punto estuvo de abandonar la ceremonia. Había estado posponiendo la afiliación a Las Cinco Estrellas con mil y una excusas. Había hecho novillos en tres de cada cuatro reuniones y si ahora se hallaba allí, en una paupérrima barraca reconvertida en templo, rodeado por veintidós muertos de hambre disfrazados de conspiradores, era únicamente porque la realidad externa resultaba mucho más siniestra.

—Sí, prometo —terminó mascullando—. Pero procuremos abreviar.

El guardafrenos que desde hacía meses le estaba presionando para que se adhiriera a la sociedad secreta aplaudió con unas manos a las que les faltaban la mitad de los dedos, generando un sonido que nadie oyó y que ninguno replicó. Jim Butler gritó «Ghee!» como si estuviera guiando a una mula en la mina. El resto de la Asamblea 194, de Tamaqua y del condado de Schuylkill —incluidos dos negros, una mujer, un buen número de slavs e incluso un jornalero chino—, asintió con la cabeza.

—Ahora iremos al corazón del Santuario —comunicó el obrero enmascarado que ejercía de testigo—. Allí te desvelaré el verdadero nombre de la organización conocida como Las Cinco Estrellas o Los Cinco Asteriscos, por el símbolo que decora sus comunicados. Te revelaré también nuestras contraseñas y nuestras consignas.

Pantera omitió decir que ya lo sabía todo, o casi todo. Los Caballeros del Trabajo lograban mantener el secreto porque eran pocos y porque la atención general se centraba en los Molly Maguires.

Todos estos habían sido detenidos entre la primavera y principios del verano de 1976, tras las revelaciones de Barrilete Kerrigan, de Matojo Lawler y, sobre todo, de James McParland. Muchos juicios todavía seguían en curso y rozaban la farsa, con jurados de origen e idioma alemanes que no entendían ni una palabra de lo que se decía en la sala, jueces habituados a ocupar asientos en los consejos de administración de las sociedades extractivas y mineras, oficiales de la Policía del Carbón y el Acero y empleados de la Pinkerton que declaraban como testigos presuntamente imparciales… Y todo ello glosado por una prensa que ya había dictado sentencia meses atrás.

En los mercados incluso se vendían novelas, por entregas o en un solo volumen, sobre los crímenes de los Molly Maguires, en las que aparecían, con nombres y apellidos, los imputados en los juicios que aún no habían concluido. Desde marzo de 1876, dos meses después del proceso judicial por el asesinato de John P. Jones y las condenas a muerte de Michael Doyle y Edward Kelly, La Tribuna Familiar venía publicando por capítulos una historia sensacionalista titulada Los Molly Maguires o el Diamante Negro de Hazelton, firmada por un tal Albert Aiken. Para no ser menos, otra revista popular, el Semanario Neoyorquino, encargó a un tipo llamado Daniel Doyle la escritura de un novelón todavía más colorista: Molly Maguires, el terror de las cuencas mineras. Y ya estaba anunciado un segundo volumen, titulado Dos veces derrotados, o la historia de una sociedad oculta en dos países, la obra más completa de todas, puesto que la historia tenía su punto de partida en Irlanda y el epílogo se desarrollaba en el condado de Schuylkill. Pero su autor, de nombre Rollin Edwards, estaba retrasando astutamente la publicación para poder incluir en la novela la escena del ahorcamiento, que aún no había sucedido.

Ese clima pesaba también sobre los adeptos de Las Cinco Estrellas, a pesar de que ellos detestaban con todo su corazón a los mollies y a los hibernios. Al terminar la ceremonia de aceptación de Pantera se reunieron en un cuarto del cuchitril que tenía funciones de sala de estar para fumar un cigarro y tomar un vaso de un güisqui de pésima calidad, y fue entonces cuando afloraron las preocupaciones latentes.

—Reclutar gente se ha vuelto muy difícil —dijo un minero muy anciano que tosía sin parar torciendo su boca desdentada. Ostentaba en la orden el título de Venerable—. Gowen insiste en querer meter en el mismo saco a los sindicatos y a los mollies. Los obreros no se lo creen, pero empiezan a temer que luchar por sus derechos puede conducir a la horca.

El Honorable Maestro se quitó la capucha y dejó al descubierto un rostro redondo y sofocado. Aunque era noviembre, gotas de sudor corrían por su bigote y su perilla.

—Eso es precisamente lo que se proponen Gowen y los que están

por encima de él. Por eso no se pierde ninguna vista en el tribunal de Mauch Chunk. No ha logrado que se procese a responsables de la ABT, pero su objetivo era intimidar y en eso está teniendo éxito.

—¿Quiénes están por encima de Gowen? —preguntó Pantera.

Ser un caballero del Trabajo no le provocaba emoción alguna. Eso sí, se estaba preguntando qué ingrediente secreto hacía que el güisqui que tenía en el vaso fuera tan asqueroso.

—¿Que quiénes están por encima de Gowen? Toda una pila de canallas. Los mayores capitalistas de aquí, del condado de Carbon, del de Luzerne… Asa Packer, Edward White Clark, Charles Parrish…

—Y otros de más arriba, desde Filadelfia hasta Washington —añadió el guardafrenos con la cara llena de cicatrices, que se apellidaba Monroe—. La cosa llega hasta Collis Huntington y su patrón, que es el patrón de todos: Tom Scott.

Pantera ya sabía quién era Tom Scott, todo el país conocía al personaje. Las elecciones presidenciales celebradas el 7 de noviembre habían sido un paripé que, por otro lado, aún no había concluido. La diferencia de votos entre los dos candidatos —el demócrata Samuel Tilden, gobernador de Nueva York, y Rutherford Hayes, republicano de Ohio— había sido mínima y, a pesar del resultado favorable a los demócratas tras un primer recuento, después Hayes fue proclamado vencedor.

Se inició un nuevo recuento de papeletas que probablemente iba a durar meses, y fue entonces cuando entró en escena Tom Scott, uno de los magnates más influyentes, conocido por sus modales corteses que llegaban a ser afeminados, mujeriego impenitente, propietario de la Compañía Ferroviaria de Pensilvania y titular de una fortuna que casi igualaba todo el presupuesto federal estadounidense. Esto se debía a que durante la guerra de Secesión había tenido a su cargo todas las líneas férreas controladas por la Unión. Sin embargo, ni siquiera él se libraba de cometer errores. Con cuatro socios, entre los cuales se encontraba el poderoso Collis Huntington, había invertido sumas astronómicas de dinero para intentar completar, sin éxito, la línea de Texas-Pacífico. Para salvarse del colapso económico necesitaba financiación federal; de los dos candidatos que competían por la presidencia, Tilden estaba totalmente en contra y Hayes estaba totalmente a favor.

Auspiciado por Scott, el rediseño de las fuerzas políticas y sociales que lo apoyaban había experimentado en el transcurso de 1976 una brusca aceleración. Había segmentos del Partido Demócrata renunciando a sus connotaciones populistas y sectores del Partido Republicano desembarazándose de la herencia de Lincoln en materia de igualdad racial y de beligerancia contra los latifundistas del Sur. Hayes representaba precisamente esta nueva tendencia y su programa

electoral, favorable tanto a los grandes propietarios de tierras como a un desarrollo industrial sin cortapisas, lo habían hecho suyo muchos de los gobernadores recientemente elegidos. Tilden, paternalista, nada hostil respecto a las reivindicaciones obreras y a la petición de prohibir el trabajo infantil en los talleres y en las minas, parecía en cambio el remanente un poco patético de unos Estados Unidos condenados a desaparecer.

La propuesta avanzada por El New York Times, pero que a todas luces estaba inspirada por Tom Scott, de encomendar el recuento de votos en los tres estados en los que el resultado de las urnas había sido controvertido (Luisiana, Carolina del Sur y Florida) a una comisión electoral presidida por el propio Scott aún no tenía posibilidades de prosperar. No obstante, iba abriéndose camino a pesar de las protestas y, uno a uno, los magnates de la siderurgia, la industria extractiva y los transportes iban pronunciándose a favor, respaldados por otros nombres notables de las grandes familias sureñas. Por si fuera poco, el Ejército estaba con el general Hayes y en contra de Tilden, que no tenía un pasado militar destacable. No era difícil prever cómo iba a terminar la cosa.

La única mujer de la Asamblea 194 rompió su habitual silencio para definir de forma sintética la situación.

—Este 1876 corre el riesgo de ser un año de mierda.

—De eso nada —objetó Monroe—. Se celebró en Filadelfia el congreso de la Internacional y fue todo un éxito, el Partido de los Trabajadores tiene más de medio millar de secciones y nosotros ya tenemos presencia en todo el país. Estados Unidos no son solo los Tom Scott.

—Espera a que hayan colgado a todos los mollies y ya verás lo que pasa después. Están haciendo un ensayo general para una limpieza mucho más amplia, te lo digo yo.

Pantera miró con admiración a aquella mujercita, todavía joven pero marchita y desdentada, que nunca hablaba o que mascullaba en polaco. Demostraba tener una virtud que pocos Caballeros del Trabajo poseían, sobre todo si eran socialistas o anarquistas: el pesimismo. Él creía poco o nada en la ineluctabilidad de las leyes de la historia, en el destino entregándole a la clase obrera la antorcha que había sido de la burguesía, en la naturaleza bondadosa del ser humano sobre la cual algún día se modelaría la sociedad perfecta. Su visión del mundo, si se podía definir así, estaba hecha de caos y enfrentamientos, entrelazada por una barbarie que se había vuelto tan inevitable que ya formaba parte de la realidad biológica del ser humano. Le interesaba muy poco todo aquello que no encajara con esa filosofía primaria suya.

A pesar de todo hizo su modesta aportación al debate.

—La hermana polaca no anda desencaminada, en mi opinión.

Mirad cómo está cambiando la política. En junio la banda James tomó al asalto el expreso número 4 de la Misuri-Pacífico, no sé si lo leísteis en los periódicos. Se desató una persecución como nunca antes se había visto y el alcalde de San Luis envió incluso a McDonough, el jefe de la policía de la ciudad. Se sabe que el instigador del atraco fue él mismo, pero por primera vez en la historia la prensa demócrata no ha protestado.

Jim Butler, un poco bebido, aspiró ruidosamente por la nariz.

—¿Eso qué tiene que ver? En agosto mataron en Dakota a Bill el Salvaje Hickok, se trata de bandidos.

Pantera no se dignó a replicar. Lo hizo el Honorable Maestro, que cuanto más bebía más sudaba.

—También los mollies son bandidos. Black Jack Kehoe tenía la protección del gobernador Hartranft, pero no movió ni un dedo cuando detuvieron a su pupilo. Es cierto, algo está cambiando.

—¿Y a nosotros qué nos importa? —preguntó Monroe—. Hartranft fue el que en 1874 pidió la intervención del Ejército para aplastar la huelga de ferroviarios. Y los mollies siguieron apoyándolo, con Kehoe a la cabeza. Os lo digo yo, son un hatajo de cabrones, y si los cuelgan no pienso guardar luto.

—Bueno, entre ellos también hay gente preparada —objetó el Honorable Maestro—. Está claro que Kehoe no, pero sí Alec Campbell, y también Tom Munley. Sobre todo, él.

Jim Butler reaccionó con una mueca difícil de interpretar.

—Tom lo tiene jodido, no creyeron a la chica que declaró a su favor. Es más, la condenaron por perjurio y ahora deberá cumplir dos años y medio de trabajos forzados. Saldrá de allí hecha una piltrafa.

—¿Quién era?

—Una muchacha más bien guapa que de día trabajaba en el lavadero vestida de hombre y de noche ejercía de puta en los salones. —Butler hablaba de ella con desprecio, pero una grieta en su voz dejó entrever asimismo un sentimiento de dolor—. Se llama Kate Boyle, era la novia de Munley.

Pantera se estremeció. Estaba resentido con los mollies y seguía sus vicisitudes lejanamente, pero hasta ese momento tenía el convencimiento de que Kate había abandonado Tamaqua. Imaginársela en prisión le resultaba totalmente intolerable.

—Me voy —dijo con brusquedad—. Gracias por haberme admitido en Las Cinco Estrellas. Espero que la orden tenga previsto actuar, tarde o temprano. Yo no aguanto las charlas durante mucho tiempo.

Ninguno de los presentes pareció ofenderse por ese comentario. Monroe incluso rio entre dientes.

—No te preocupes, hermano, pronto habrá faena. Demasiada, diría.

La vida de Pantera en Tamaqua, de un año a esa parte, era en la práctica la de un clandestino. Ya no quedaban mollies en la ciudad y, tras la detención de Jim Carroll el 4 de febrero por el testimonio de Barrilete Kerrigan, el Columbia tenía cerradas a cal y canto sus puertas y ventanas. Se habían ido incluso los confidentes, puestos en libertad todos ellos sin importar la cantidad de sangre que habían derramado. Kerrigan se marchó con su mujer y sus catorce hijos, McParland aparecía solo cuando debía declarar ante el tribunal y el nombre de sus hermanos no había salido a relucir en ninguna de las vistas. Solamente continuaba en prisión Matojo Lawler, a la espera de que llegara el indulto, pero en Pottsville.

Por otro lado, Pantera ya no tenía «amigos» entre los vigilantes, la Policía del Carbón y el Acero o la Agencia Pinkerton. Él ahora estaba mal visto en el bando del orden, debido a su negativa a matar a la vieja Margaret O'Donnell en Wiggans Patch. Aunque no iban tras él, eso no. No tenían ningún interés en capturarlo para llevarlo vivo ante un juez y además parecían tenerle miedo.

En mayo, cuando aún vivía en la barraca que había sido de Kate, la quemaron creyendo que él estaba durmiendo dentro. A la mañana siguiente se mudó, con el Nganga de Molly O'Donnell y sus pocas pertenencias, a las colinas de antracita perennemente ardientes que rodeaban el poblado. Estableció su morada en una sección de una galería que había quedado incompleta por culpa de una pared de roca demasiado dura para poder perforarla. Bajaba de allí solo para participar en alguna reunión de la Asamblea 194 o para recabar noticias en una taberna de la calle Spruce, cerca del ferrocarril. De todo lo demás lo proveían Jim Butler o su vagonero Skel, a quien el tiempo transcurrido desde el primer encuentro había dejado más demacrado.

Pantera encontró a Skel tosiendo ante la entrada del refugio. El mexicano estaba advirtiendo intensamente la llamada del Nganga, pero primero quería escuchar al muchacho. Lo miró con actitud de reproche.

—¡Nunca me has hablado de Kate Boyle!

Skel tenía que poner en orden las ideas antes de responder.

—¿Quién, la putilla pecosa que vestía como un hombre? No sabía que fuera un personaje importante, a no ser que la convierta en importante el hecho de haber sido la chica de Jim.

—¿Es verdad que ha sido condenada?

—Sí, por falso testimonio a favor de Tom Munley. Creo que es su novia. El general Albright pidió para ella no sé cuántos años de trabajo penitenciario, la presentó ante el tribunal como cómplice de asesinato.

—¿Dónde está ahora?

Skel, antes de contestar, escupió una flema negra que se quedó pegada a un arbusto.

—Todos los mollies están encarcelados en Mauch Chunk o en Pottsville. El caso de Kate Boyle creo que es diferente, en esos condados no hay ninguna penitenciaría para mujeres. La habrán llevado a Filadelfia, o a lo mejor a San Luis.

—¿Por qué a San Luis? Está lejos.

—Normalmente a las mujeres las llevan allí, por lo visto es la prisión más adecuada.

Pantera hurgó en sus bolsillos, encontró una moneda y se la lanzó al chico.

—Gracias, Skel. Voy a seguir necesitándote.

Skel cogió al vuelo la moneda, pero no se movió del sitio.

—Te olvidas de lo otro que me habías pedido. He venido aquí para informarte.

El chico tosió suavemente. El reclamo del Nganga se había vuelto casi insoportable, pero el mexicano decidió resistirse a él un poco más.

—Ah, sí. Habla. ¿Han visto a Learco en alguna parte?

Pantera no contaba con que la respuesta fuera afirmativa, había perdido por completo el rastro del lucumi. Si realmente era el amante de Gowen llevaban meses sin verse. Ambos debían de haber optado por el camino de la castidad, por prudencia.

—No hablo de Learco. No sé nada de él, nadie lo ha visto. Pero me habías preguntado por dos mujeres, una medio eslava de Shenandoah y otra medio alemana de Misuri.

Pantera se quedó muy sorprendido, a pesar de su decepción por la ausencia de pistas sobre el lucumi.

—Te refieres a Jitka y a Gudrun. Sí, te hablé de ellas, pero no vayas a decirme que tienes noticias suyas. No hay la menor duda de que están muy lejos de Tamaqua, no puedes saber dónde se encuentran ahora.

—Yo te estoy hablando de una alemana joven y bastante gorda, y de una eslava que no está mal pero que es bastante vieja. —Tras el gargajeo de rigor Skel entrecerró los ojos, transformando todo su semblante en una máscara sardónica—. Subestimas a Las Cinco Estrellas. Uno habla con el pinche de cocina del vagón restaurante de lujo, que a su vez habla con el revisor, que informa a otros revisores, que lo comentan con los mozos de equipaje, que conocen a los porteros de los hoteles… Todo forma una cadena, ahí está nuestra fuerza.

—¡No me digas que tú también eres miembro de Las Cinco Estrellas!

—Bueno, poco faltó para que Jim Butler reclutara incluso a su nueva mula… —Skel dejó de sonreír y se enderezó para ponerse en

postura de firmes, o algo parecido—. Asamblea 192, de Saint Clair. También trabajo allí como vagonero dos veces por semana.

—Abrevia. ¿Entonces?

El tono de Pantera sonó severo, pero el mexicano estaba más que nada perplejo. El rostro de Skel abandonó la solemnidad y volvió a ser risueño.

—No sé por qué, pero a todas las mujeres las mandan a San Luis. Tengo la dirección de la eslava y de la alemana. Dime, ¿estás pensando en abrir allí un burdel? Si me haces descuento voy todos los domingos.

—Vete al infierno. —Pantera hurgó de nuevo en el bolsillo y le lanzó al chico una segunda moneda—. Ya que tienes tanto poder consígueme información sobre la penitenciaría femenina de San Luis. Planos, turnos de guardias, todo lo que sea posible.

—Lo intentaré. ¿Y qué me dices de las direcciones de esas dos mujeres?

—Te las pediré cuando llegue el momento.

Pantera se entretuvo unos momentos en la entrada de la galería mientras Skel descendía tosiendo la colina de antracita brillante. Aunque el cielo sobre Tamaqua estaba menos sombrío, a pesar de la inminencia del invierno, lo que estaba bajo él presentaba claros signos de deterioro. Habían instalado nuevas vías cerca de las orillas del río Schuylkill y montículos de arena oscura en la ribera ennegrecían las aguas extendiendo manchas aceitosas. El Tiger Creek era a partir de allí una serpiente de color oscuro que corroía los árboles entre los que Pantera y Molly se habían parado en mitad de un paseo antes de que él partiera hacia Misuri.

¡Molly! Entró en el túnel y comprobó el estado del Nganga. Parecía intacto y en buenas condiciones. Cualquiera que lo hubiera visto, sin saber de qué se trataba, habría pensado que era una simple olla que contenía tierra, hojas y restos de líquidos de varios colores. Solo un consumado palero podía percibir las sensaciones que irradiaba ese contenedor y descifrarlas como si fueran un lenguaje. En ese momento, por ejemplo, el Santo (mejor dicho, la Santa) estaba transmitiendo cariño, con algún matiz de despecho.

Pantera se sentó con las piernas cruzadas y murmuró: «No tienes motivos para estar celosa, Molly O'Donnell. No con Kate Boyle. Recuerda que en vida la protegiste, debes volver a hacerlo ahora». El Nganga, por supuesto, no respondió, pero Pantera se concentró y parecía que estaba rebatiendo una objeción silenciosa. «Sí, tengo intención de ir a liberarla. Piensa en lo mal que lo estará pasando una muchacha como ella encerrada en un penal… Kate Boyle ha sufrido mucho más de lo que merece. No sé por qué, pero me siento en el deber de actuar. A lo mejor está protegida por mpungus poderosos.

Pero tú debes estar tranquila, he jurado ante Sambia que te vengaría y lo haré».

El silencio esta vez fue más prolongado. Cuando Pantera volvió a hablar trazó con el dedo sobre el polvo de carbón que, mezclado con arena, cubría el suelo de la galería un círculo atravesado por dos flechas, con cuatro cruces en el centro. «Ahora te pondré aquí, tendrás más fuerza», le dijo al Nganga. «Hasta ahora me has inspirado pensamientos amables, afeminados. Incluso he acabado frecuentando aquelarres de utopistas por culpa tuya. Ahora necesito odio, ganas de matar. Tengo que encontrar a Learco y hacerle pagar por todo. Sé que él tiene un Nganga mucho más feroz que tú. Él es la enfermedad y la muerte, la corrupción de todo un país. Así que trata de invocar a los mpungus más despiadados, aunque sea el mismísimo Kadiempembe. O tendré que enterrarte y buscar un Santo mejor».

Dicho esto, Pantera cogió la pequeña olla y la dejó en el centro del círculo. Después fue hasta la entrada del túnel y se sentó en una roca plana. Cogió del suelo una de las latas de alubias que almacenaba allí y un tenedor metido en un cuenco. Mientras tragaba el almuerzo posó sobre sus rodillas un semanal de Pittsburgh ya amarillento. Era de principios de setiembre, y por supuesto la primera página y la segunda seguían copadas por la noticia de la imprevista derrota del general Custer en la batalla de Little Big Horn, un acontecimiento que parecía haber hecho temblar los cimientos de la nación. La tercera página dedicaba una columna a la muerte de Bruce Younger, tío de Cole, tras el asalto al ferrocarril Misuri-Pacífico. El articulista comentaba que por fin se habían dado cuenta de la necesidad de poner fin a la amenaza que los bandidos sudistas representaban para el desarrollo industrial de Estados Unidos.

Tras ello había un extenso reportaje sobre la Exposición Universal de Filadelfia, repleta de maravillas de la técnica. También se mencionaba que, coincidiendo con esa muestra, obreros de todo el mundo habían participado en las asambleas de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT). Al reportero le resultaba muy divertido el hecho de que la AIT, que se hallaba medio muerta en Europa, estuviera llamada a renacer en Estados Unidos a través de ese congreso y de la creación del Partido de los Trabajadors de Estados Unidos. Si el señor Carlos Marx conociera mejor la realidad norteamericana no se habría hecho ilusiones.

Sin embargo, lo que impactó a Pantera fue el breve artículo, casi una gacetilla, que iba entre las informaciones referentes a la Exposición Universal. Los señores Tom A. Scott y Franklin B. Gowen, en representación de sus respectivas compañías, se iban a reunir en la Taberna Municipal de Filadelfia para discutir un eventual proceso de fusión. Una posibilidad que estaba sembrando una gran inquietud

entre sus competidoras.

Era la noticia que necesitaba Pantera. Nervioso, arrojó el periódico, la lata y el tenedor y se puso en pie. «Pronto nos iremos de viaje», le comunicó al Nganga mientras encendía un cigarro. «Además ya me he cansado de estar aquí dentro, criando moho, a la espera de no se sabe qué».

Salió nuevamente de la galería y miró hacia abajo, pero retrocedió de inmediato. Un hombre vestido de negro estaba descendiendo de una calesa en el fondo del valle, justo debajo de su guarida. Pantera aguardó tratando de percibir cualquier posible ruido. Pronto despejó sus dudas; el individuo iba directo hacia él y el polvo de antracita crujía bajo sus pasos apresurados.

El mexicano echó mano al Smith & Wesson que tenía en la cintura y miró fuera con cautela. Le dio la impresión de que no había mucho que temer, porque el visitante vestía como un funcionario municipal y no llevaba armas a la vista. Pantera cerró su guardapolvo y salió del refugio.

—¿Quién es usted? —preguntó con descortesía—. ¿Quién lo manda?

El hombre alzó el bombín que llevaba en la cabeza y mostró una mata de rizos rubios. En lugar de contestar directamente a las preguntas observó con curiosidad la entrada de la galería.

—¿De verdad vive aquí? Cuando me lo dijeron no me lo creía. Debe de temer algo o a alguien, pero si se trata de hombres aquí no está usted muy a salvo.

Pantera respondió lo primero que se le pasó por la cabeza.

—A lo mejor temo la llegada de una epidemia.

—¿Se refiere a la enfermedad del carbón? —El individuo de negro se había parado para recobrar el aliento. Tenía facciones mofletudas, bigote rubio y unos ojos azules con corte diagonal—. No es epidémica, y además prácticamente ha desaparecido. Los alemanes dicen que ya no es necesaria, dado que en breve todos nos transformaremos en minerales, ya sea de hierro o de carbón. Los alemanes son más supersticiosos de lo que parece.

Pantera empezaba a impacientarse.

—¿Quién carajo es usted?

—Me llamo Daniel Kalbfus. Soy uno de los abogados defensores de los presuntos integrantes de los Molly Maguires. En concreto, defiendo a Alec Campbell, con el que creo que usted simpatizaba. Vengo de Mauch Chunk y le traigo un mensaje de su parte. Campbell le pide…

—No.

—¿No qué? —preguntó Kalbfus, extrañado.

—No voy a declarar a favor de Campbell ni de ninguno de los hibernios. No solo sería inútil, sino sobre todo estúpido. El juicio está

amañado, los jueces están comprados, la sentencia ya está decidida. Los mollies colgarán de la soga, lo merezcan o no.

El abogado sonrió casi con timidez.

—¿Podríamos entrar en su… casa para continuar con la discusión?

Pantera frunció los labios.

—No, no hay nada que discutir.

—Como quiera, pero está equivocado respecto a la petición de Campbell. —Kalbfus dejó de sonreír—. Él, McGeehan y otros ya fueron condenados a la horca en setiembre, de modo que no hace falta que declare nadie. Lo que le quiere pedir mi defendido no tiene nada que ver con eso.

—¿Qué se supone que es?

—Que, si se dan las circunstancias, usted los vengue a él y a sus amigos. Repito sus palabras exactas: «Si se dan las circunstancias».

Pantera guardó silencio brevemente antes de decir:

—Puede tranquilizarlo, dígale que se darán las circunstancias —aseguró, y consideró obligado añadir algo—. No me gustan los mollies, a pesar de que en algún caso he llegado a entenderlos. Pero sus enemigos son los mayores cabrones que viven en Estados Unidos. Alguno de ellos lo pagará, aunque sirva de poco.

Pantera dejó allí plantado a Kalbfus y volvió al túnel.

26

SACRIFICIO HUMANO

La Taberna Municipal de Filadelfia era un lujoso restaurante de tres plantas, con una arquitectura externa y un mobiliario interno de estilo típicamente dieciochesco. Los que lo construyeron se esforzaron en imitar, con cierto éxito pero posiblemente con un exceso de redundancia, los pubs más exclusivos del Strand londinense. Después, el paso de los años se encargó de que el local se asemejara más a un club para ricos que a una taberna. Aunque teóricamente se admitía a todo el mundo, el restaurante acogía principalmente a hombres de la política y magnates de la industria, una fauna que prosperaba en Filadelfia más que en cualquier otro sitio y que recordaba los tiempos en los que la ciudad había sido la capital estadounidense.

Pantera pensó en todo tipo de ideas para poder introducirse en ese entorno. Por ejemplo, vestirse elegantemente, con frac, chistera y bastón de paseo. Una ocurrencia absurda, porque el color aceitunado de su piel llamaría la atención. Ni siquiera podría funcionar el truco de hacerse pasar por el embajador de México o de alguna desconocida república centroamericana, ya que la curiosidad en torno a su persona se redoblaría, mientras que él lo que pretendía fundamentalmente era escuchar sin que se notara su presencia. No quedaba más que una opción, la más obvia tratándose de un hombre de tez oscura: hacerse pasar por camarero. Sí, pero ¿quién iba a contratar a alguien como él, sin experiencia alguna? También en ese caso la solución resultaba obvia, aunque solamente para Pantera.

El maître dio muestras de un gran nerviosismo cuando presentó a Pantera al resto del personal, quizás porque estaba pensando en su hijo mayor, al que el mexicano había secuestrado ante sus ojos pocas horas antes para mantenerlo como rehén en un lugar desconocido; o en su esposa y en los demás hijos, que él mismo se había visto obligado a amordazar y a atar en la cama de su casa. Pantera se había limitado a comprobar la consistencia de los nudos.

Así fue como el mexicano tuvo acceso a los diferentes comedores de la Taberna Municipal, con chaqueta blanca y con una bandeja en la mano, sin nada que temer de los demás camareros. El peligro ahora lo representaban los clientes. Cuando vio, sentados en la misma mesa, al senador Schurz y al gobernador de Misisipi, Adelbert Ames, sintió un leve estremecimiento. Pero pronto constató que nadie miraba a la cara

a los camareros, todos ellos de color. Incluso los comensales que les preguntaban alguna cosa mantenían la vista al frente, como si estuvieran mirando a la nada, y los camareros correspondían con miradas también perdidas en el vacío y con monótonas ráfagas de «Sí-sí-señor». Para Pantera eso suponía un gran alivio.

Bordeó con la bandeja la mesa de Schurz y Ames como si se dirigiera a un destino concreto que exigía ese movimiento circular. Lo hizo, más que nada, para calibrar el grado de seguridad con el que contaba. Solo pudo captar un pasaje de la conversación entre ambos.

—Usted no lo sabrá, senador, pero fue James McDonough el que indujo a los hermanos James a intentar el asalto de Minesota —estaba diciendo Ames mientras cortaba una loncha de pavo—. Todo el país le debería estar agradecido. El general Shelby amenaza con otra guerra civil si no se confirma la elección de Tilden, y probablemente está pensando en Jesse James como un nuevo Quantrill. Pero con la muerte de Clell Miller y la captura de Cole Younger, los James están a merced de las circunstancias.

—Sobre todo porque el Partido Demócrata ya no los respalda —apuntó Schurz—. Está empezando a notarse el efecto Haynes.

—Algunos piden que se repitan las elecciones.

—Tonterías. Bastará con esperar al recuento de votos, Scott sabe lo que hace. Y que los cuervos demócratas graznen todo lo que quieran después pidiendo el golpe de Estado. La democracia es un instrumento implacable, porque toda ella está hecha de excepciones a sus principios.

Pantera no podía entretenerse demasiado cerca de la mesa, aparte de que la conversación apenas le interesaba. Ya había oído hablar del atraco en Northfield, en setiembre, y del desastre que había supuesto para la banda James. Quizás no se trataba de una casualidad que los caídos y los capturados fueran forajidos que habían regresado con Jesse y con Frank tras un periodo de disidencia, empezando por Clell Miller. Sin embargo, él nunca habría imaginado que todo eso formaba parte de un plan.

Pero ahora tenía otros problemas. En la sala, bastante llena, no había señales de Gowen. Dejó la bandeja en una mesa, provocando una enorme sorpresa en la pareja que la ocupaba, y subió a la planta superior por las escaleras de servicio. No vio ninguna cara conocida en los comedores del segundo piso, pero antes de subir al tercero pensó en hablar con el maître, que estaba desempeñando su labor como un autómata y con el semblante muy pálido. Cuando lo condujo detrás de una cortina verde lastrada por un sinfín de flecos notó que el hombre estaba temblando. Lo tranquilizó con un tono algo burlón.

—Tranquilo, si te portas bien no le pasará nada a tu familia. Ahora dime dónde están los señores Scott y Gowen.

El maître abrió desmesuradamente los ojos y la boca.

—No pretenderás matarlos, ¿verdad? —preguntó. Se diría que le preocupaba más el futuro de los dos magnates que el de su esposa e hijos.

—Eso no es asunto tuyo. No me obligues a repetirte la pregunta.

—Están en el comedor privado del fondo, entre la última ventana y los helechos. No podíamos dejar que se sentaran en la sala con un negro, aunque ellos insistieron.

Pantera frunció el ceño.

—¿Un negro? ¿Qué negro?

En la mirada del maître, pese a que ya tenía bastante con pensar en lo suyo, apareció un rastro de indignación.

—Viene con ellos un negro gordo vestido como un señor, con frac a rayas y anillos de oro. Si los clientes lo hubieran visto sentado en una mesa se habrían ido la mayoría.

—Genial, es mi día de suerte —comentó Pantera—. Ahora ve abajo y trae la bolsa que dejé en la cocina. Ponla justo debajo de los helechos de los que me has hablado. Y no intentes ninguna jugarreta, o ya sabes lo que te puede pasar… ¿Todavía estás aquí? ¡Órale, qué estás esperando!

El mexicano se acercó a una barra en la que había expuestas unas botellas de güisqui de buena calidad. Estaban apoyadas en un mantel con los colores de la bandera de las barras y estrellas, y coronadas por festones de espigas de trigo secas entrelazadas con ramitas de muérdago; sin duda esa alegoría del bourbon norteamericano venía directamente de la Exposición Universal de Filadelfia. Cogió un Snowflake, de la Hall, Luhrs y Cía., fingió que comprobaba el color a la luz de las lámparas y posó la botella en una bandeja, con tres vasos. Después se dirigió al comedor privado.

Tuvo que cambiar de dirección casi de inmediato, cuando vio que acababan de entrar en la sala dos clientes que conocía y que le conocían: Benjamin Franklin, el jefe de la Agencia Pinkerton en Filadelfia, y el capitán Williams, de la Polícia del Carbón y el Acero. Para no cruzarse con ellos se desvió hacia una mesa y se inclinó simulando que iba a servirle el licor a un hombre con uniforme y galones de coronel que estaba solo. Cuando el militar lo miró desconcertado Pantera murmuró una retahíla de disculpas y a continuación volvió sobre sus pasos. Franklin y Williams ya se habían sentado y estaban ojeando la carta.

Finalmente, Pantera llegó al comedor privado. Ahora venía lo más difícil. Tragó saliva, trató de mostrar indiferencia y entró. Se le paralizó la respiración durante unos instantes, pero se repitió a sí mismo que ese era su día de suerte. Learco, embutido en un frac ridículo para lo corpulento que era e incumpliendo las reglas de los

buenos modales con el sombrero de copa aún puesto, se hallaba de espaldas a él. Gowen y Scott, que ya habían terminado de comer y estaban fumando unos puros gruesos y aromáticos, lo miraron fugazmente de reojo y no le prestaron mayor atención. Pantera dejó el güisqui en una mesita lateral en la que había dos botellas de vino francés vacías y unas copas. Así se situaba de lado y podía mantener la cara girada casi por completo para que no lo reconocieran.

Scott, un hombre de unos cincuenta años con visaje afable y amplias patillas, estaba riendo.

—¡Gowen, no tiene usted precio! ¡Ya van tres veces que dice «ratas» en lugar de «ratios»! ¿Por qué los números le hacen pensar en roedores? ¡Confío en que no pretenda dar a entender que estamos royendo América!

También Gowen trató de reír, pero no pudo reprimir en su semblante una expresión similar a la de un niño al que pillan en un renuncio.

—Pido perdón —dijo—. Es verdad, a veces confundo las dos palabras. En fin, señor Scott, ¿qué me dice de la oferta que le he hecho?

El aludido recobró la seriedad al instante.

—Gowen, hablemos claro. Ferrocarriles Reading está al borde de la ruina, ambos lo sabemos. Incitar a los mineros a ir a la huelga le ha servido para destruir a la competencia, y bajar el precio de la antracita en el mercado le ha permitido instaurar prácticamente un monopolio a escala regional. Pero esa política se está volviendo en su contra. Tiene como resultado la pérdida de rentabilidad del carbón y la consiguiente obligación de bajar los salarios en el transporte y en las industrias vinculadas a él; es decir, en todas. Usted es codicioso, mientras que los que manejan el capital con criterios profesionales nunca son codiciosos. Quieren cifras abstractas, no papel moneda para rellenar su colchón. Ratios, eso sí, no comida para ratas.

—Señor Scott, le ruego que reconsidere… —La voz de Gowen se quebró.

—Espere. ¡Eh, chico! —Pantera, que ya había llenado los vasos, supo que Scott se dirigía a él. Enderezó la espalda y se puso rígido, sin girarse demasiado—. El Snowflake no me gusta, mira a ver si encuentras una botella del Nelson's de Maysville, que sea añejo. Se lo había pedido a tu compañero, pero debe de haberse perdido en la bodega. Creo que el Nelson's le gustará también a nuestro amigo… ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Learco —respondió Gowen, que en esos momentos no era ni su sombra.

—Eso es, Learco. Apuesto a que está acostumbrado a beber ron de caña con estiércol de vaca fermentado. ¿Estoy en lo cierto?

Pantera abandonó el comedor con celeridad. Al salir estuvo a punto de chocar con otro camarero de piel muy negra y con una mirada que no presagiaba nada bueno. También él traía una bandeja con una botella y vasos.

—¿Qué hacías ahí dentro? —preguntó el nuevo obstáculo. Por suerte el camarero estaba habituado al ambiente refinado del local, no alzó la voz e incluso esbozó una sonrisa postiza—. Esa mesa es mía. Si estás pensando en birlarme la propina ten cuidado porque…

Pantera esperaba que concluyera la frase con una amenaza del tipo «…te espero fuera y te doy tu merecido». Sin embargo, la concluyó con una amenaza muy diferente.

—…te denuncio a la Unión Nacional del Trabajo y tendrás que vértelas con el comité disciplinario.

Poco faltó para que a Pantera se le escapara una carcajada. Definitivamente América estaba mudando la piel, ya no era la que él conocía. No obstante, por las conversaciones que había escuchado le daba la sensación de que esa transformación iba a tener una vida efímera. Se obligó a adoptar una actitud seria, por no decir solemne, antes de afirmar:

—Si es por la propina no hay ningún problema, compadre. Es toda para ti. Yo soy de Las Cinco Estrellas, Asamblea 194. Estoy aquí para un trabajillo que debo hacer en su nombre, me quitaré de en medio enseguida.

La mirada del negro se serenó repentinamente.

—¿Las Cinco Estrellas? ¡Vaya, deberías habérmelo dicho antes, compañero! Si quieres seré yo el que me quite de en medio. O puedo ocuparme de ese gilipollas de ahí.

El camarero se refería al maître, que estaba alejándose sigilosamente entre las mesas tras dejar una voluminosa bolsa junto al macetero de los helechos. El Nganga estableció contacto con Pantera por medio de una sacudida a medio camino entre el cosquilleo y el dolor. Molly parecía en forma, y más maliciosa de lo normal. Tal vez había advertido la presencia del lucumi o de otros enemigos, porque estaba mostrando visiones de antiguas ceremonias de sacrificio en islas desconocidas.

Pantera dejó para más tarde la interpretación de esas señales.

—¿Estás armado? —le preguntó al camarero.

—Bueno, tengo una Deringer de un solo disparo. Para autodefensa.

Pantera portaba tres Deringer de dos disparos en los bolsillos de los pantalones y en una de sus botas, lo cual sumaba seis balas, que solo serían eficaces a corta distancia. En aquellas circunstancias le resultaba imposible llevar encima un arma de mayor tamaño.

—Quédate en la sala y no pierdas de vista a esos dos tipos de la derecha, el que lleva la placa y el hombre gordo que está sentado a su

lado. Si fuera necesario intenta protegerme.

—Hay más compañeros del sindicato entre el personal. No muchos, pero los hay.

—Perfecto, que estén todos sobre aviso. Y ahora dame tu bandeja. Espero que la botella sea de Nelson's.

—Sí, que es como decir que lleva meados de gato.

Pantera se encogió de hombros.

—Qué quieres, los ricos tienen sus propios gustos.

Se fue con la bandeja en dirección al saloncito privado. Cuando descorrió la cortina para entrar estuvo a punto de chocar con él Tom Scott. Gowen se hallaba de pie, con la cara enrojecida. Learco seguía en su asiento, inmóvil. Scott estaba risoteando, sin ira alguna. Su tono de voz era más bien irrisorio.

—Es cierto, han acabado ustedes con los Molly Maguires. Un golpe maestro que dejará durmiendo a los mineros durante al menos un decenio. Siempre les estaremos agradecidos a usted y a la Pinkerton, créame. Pero los negocios son otra cosa. Usted es un buen hombre, pero no tiene amplitud de miras. Lástima.

Se llevó a la boca el cigarro que tenía en la mano y salió del reservado, riendo para sí mismo. Pantera se dirigió a la mesita y posó la bandeja. Fingió que manipulaba la botella, que tenía forma de barrica y contenía un líquido de color ámbar oscuro. Entre tanto espiaba a Gowen. Este siguió de pie durante un largo minuto antes de volver a sentarse en su butaca, que crujió.

—Learco, estoy arruinado, completamente arruinado.

—No necesariamente, señor Gowen —contestó el negro a la ligera.

—Piensa en todo lo que he hecho por ellos. No era fácil forzar a una sociedad secreta casi olvidada a recomenzar con los crímenes. Me ha costado un montón de dinero, tú también me cuestas un ojo de la cara. Y ese me trata así y deja que me hunda.

—No la pague usted conmigo, señor Gowen, sino con mi Prenda —dijo Learco agriando su tono de voz—. Y no es dinero desperdiciado, porque lo protegemos de quienes amenazan su vida… Por ejemplo, del hombre que está ahora mismo a mi espalda, el que está sirviendo güisqui y se hace pasar por camarero.

Pantera no se inmutó al escuchar eso, no sintió ninguna emoción; esperaba un desenlace de ese tipo. Se olvidó de la botella y clavó la mirada en Learco, que entre tanto se había dado la vuelta.

—Hola, lucumi —dijo con una frialdad absoluta.

—Hola, Pantera —contestó el hombre. Sonrió dejando al descubierto dos dientes de oro, un incisivo y un canino, que en otro tiempo no tenía—. No pensé que fueras tan estúpido, has hecho tu Nganga con el cerebro de una mujer. Oigo cómo late fuera, bajo una planta.

Gowen se llevó la mano a la chaqueta velozmente e hizo ademán de sacar una pistola. Una señal de Learco bastó para detenerlo.

—Con este no sirve de nada, señor Gowen —aseguró el negro pacientemente—. Es más rápido que usted disparando, y tiene otros recursos —se giró de nuevo hacia Pantera—. Por si te interesa, mi Nganga está bajo la mesa, es judío y varón. No tienes ninguna posibilidad, lo mejor será que te marches. Yo no tengo nada contra ti, nganguleró. Si te vas no trataré de impedirlo.

—Antes tengo una pregunta. ¿Por qué lo haces?

Learco no pestañeó.

—Te lo diré en pocas palabras. En 1863 yo era un niño que vivía en Nueva York. Cuando los irlandeses se rebelaron contra el reclutamiento forzoso la tomaron sobre todo con los negros. Mataron a una treintena, uno de ellos era mi padre y otro era mi tío. Antes de matarlos los castraron.

—¿Y crees que Gowen y los suyos protegen a la gente de color?

—No soy tan estúpido. A mí me basta con vengarme de los irlandeses.

Pantera no había planeado nada en concreto para el momento en el que se encontrara cara a cara con Learco. Se trataba de descubrir con qué fuerzas contaba y, en función de eso, evaluar qué hacer. Ganó tiempo con otra pregunta.

—Eres tú el que provoca la enfermedad del carbón, ¿no es verdad?

—No, la provocan las mulas muertas que entierran en las minas. Yo me limito a gobernar los terés, las ratas que la propagan.

—¿Es por eso que te llaman el Hombre Rata?

—Así me llaman, pero el verdadero Hombre Rata es él —afirmó Learco señalando a Gowen, que había enmudecido, tenía los ojos exorbitados y un hilo de saliva le caía por la comisura de los labios—. Está convencido de que cuanto más se multipliquen los roedores, más aumentará el dinero. Me puso a su servicio poco después de que tú y yo nos conociéramos. Necesitaba un cazador de ratas, pero no para exterminarlas, sino para que proliferaran. Curioso, ¿no?

—Dicen que tú eres su amante.

—¿Amante? —Learco rio irónicamente—. Bueno, no como tú crees. Al señor Gowen le gusta sufrir un poco, así que a veces me pide que le consiga una rata y…

—¡Cállate! —gritó Gowen, que despertó de golpe de su aturdimiento. Su mirada, que durante los juicios contra los Molly Maguires se mostraba en la prensa severa pero sosegada, ahora ardía de ira—. ¡Cállate, maldito negro!

—…y hace que la meta en una vasija que luego debo colocar boca abajo sobre su gran trasero —siguió hablando Learco—. El juego consiste en retirar la vasija en cuanto el ratón mete el hocico en lo que

parece la única vía de salida, antes de que empiece a morder. A este hombre le encanta, aunque el roedor lo arañe con las patas.

—¡Silencio, negro bastardo!

Learco ignoró los insultos y se centró en Pantera. Dejó de sonreír.

—Creo, hermano, que tú has venido a matarlo a él, a matarme a mí o a los dos. Por lo que a Gowen se refiere, ya ves que no vale la pena. Es cierto, su alma está negra y muchos de los que serán colgados por su voluntad son inocentes o tenían buenas razones para hacer lo que hicieron. Él los instigó a cometer crímenes, pero ya está arruinado y medio loco. Si realmente los dólares son ratas, ahora le toca a gente más poderosa que él hacer que se multipliquen. Yo lo he convertido en mi esclavo, lo humillo y le robo complaciendo sus vicios para…

Pantera estaba tan anonadado ante ese discurso que se abstrajo de todo lo que le rodeaba. Su fantasía le estaba sugiriendo imágenes de hordas de ratas ocupando valles enteros, nadando en los ríos, infiltrándose en las entrañas de la tierra, proliferando allí donde hubiera carbón y metal. No esperaba oír un disparo de pistola ni ver brotar un chorro de sangre del ridículo frac de Learco. El lucumi puso los ojos en blanco y se giró. La segunda bala disparada por Gowen, con un revólver Wheeler de cañón giratorio, se hundió en su pecho.

El negro se desplomó tratando incoherentemente de mantener la chistera en su cabeza. Desde el exterior del comedor privado llegaron gritos y un fragor indescriptible; alguien incluso debía de haber volcado una mesa. Pantera sacó una de sus Deringer y apuntó con ella a Gowen, pero en ese momento estuvo a punto de embestirlo el capitán Williams, que desgarró la cortina y entró empuñando un Colt Army. Lo seguían varios camareros fornidos y un oficial de Caballería armado con un sable.

—¡Usted, señor Gowen! —exclamó Williams, consternado. Observó el cadáver que yacía sobre la alfombra.

Gowen había recuperado, aparentemente, la seguridad en sí mismo.

—Me atacó —dijo con serenidad—. Y ese de ahí también.

Todos se giraron para mirar a Pantera, al que nadie había prestado atención hasta ese momento.

—¡Pero si yo lo conozco! —gritó Williams.

El mexicano esquivó un golpe de sable del oficial de Caballería y se precipitó hacia la sala general del restaurante. Fue una decisión acertada, porque allí había un caos total y la mayoría de la gente se agolpaba alrededor de la entrada del comedor privado para tratar de saber qué es lo que había ocurrido. Un caballero de gafas lo agarró por el hombro para preguntarle:

—Diga, ¿es verdad que ha habido un muerto?

Pantera lo apartó de un empujón y rodeó a un señor que estaba

haciendo inhalar sales de amoniaco a una mujer que se había desmayado. Su objetivo era el Nganga, abandonado bajo los helechos. Pudo cogerlo, pero eso le hizo perder tiempo. Sonó un disparo al aire y seguidamente la voz de Williams.

—¡Detengan al camarero de la bolsa! ¡Y abran paso, por todos los santos!

Pantera también disparó al aire mientras miraba con ojos amenazantes a los que estaban a su alrededor. Se oyó un coro de gritos, no solo femeninos. Un joven peripuesto se paró frente a él y alargó los brazos para atraparlo. Pantera situó el cañón de la Deringer sobre su hombro y apretó el gatillo. El hombre lanzó un alarido y cayó de rodillas.

El mexicano tiró la Deringer, que ya era inservible. Vio que Williams había conseguido atravesar la multitud y que le estaba pisando los talones, con el colt en horizontal.

—¡No tienes escapatoria! ¡Estás detenido!… ¡Ah, maldito idiota!

La última exclamación no iba destinada a Pantera. El camarero de la Unión Nacional del Trabajo se había abierto paso para echarle la zancadilla al capitán, que se tambaleó con las manos abiertas en busca de algún apoyo. Lo que sucedió después no fue por voluntad de Pantera, sino del Nganga. Williams tuvo que agarrarse al mantel con los colores estadounidenses que sostenía el expositor de güisqui. Las botellas acabaron en el suelo hechas añicos y el trigo seco cayó sobre el oficial. Fue grotesco ver cómo se debatía entre las espigas atadas a modo de estera, con el pelo cubierto de pequeñas ramas de muérdago.

En la mente de Pantera destellearon visiones bárbaras pertenecientes a una historia que no era la suya. Tuvo la neta impresión de que Molly le estaba diciendo qué debía hacer. Arrojó la bolsa con el Nganga contra la lámpara de araña que había sobre Williams, la cual se desmoronó tintineando. Inmediatamente el güisqui derramado en el suelo empezó a arder y las llamas pasaron a las espigas.

Un grito de horror recorrió toda la sala. Williams voceaba como un poseso mientras trataba inútilmente de librarse de la jaula de trigo ardiendo que lo envolvía. Tenía la apariencia de un monstruoso espantapájaros engalanado con muérdago, y cuanto más se retorcía más se exponía a las quemaduras. Un idiota bienintencionado intentó apagar la hoguera con lo que creyó que era agua, pero en realidad se trataba de una garrafa de ginebra. El gentío presenció con mirada hipnotizada esa muerte por fuego como si se tratara de una ceremonia mágica. Pudiera ser que las imágenes ancestrales que seguían sucediéndose en la mente de Pantera estuvieran obsesionando a muchos de los allí presentes.

El mexicano aprovechó esa pasividad general para correr hacia una

ventana que estaba abierta. La superó y saltó sin dudarlo. Sabía perfectamente que estaba en el segundo piso, pero no vio otra alternativa. Además, tenía la sensación de que Molly, aunque había dejado de existir en forma de Nganga, cuidaba de él.

Poco faltó para que se quedara cojo. Rodó sobre los adoquines con riesgo de romperse alguna costilla y se le rasgaron los pantalones a la altura de su rodilla ensangrentada. Pero estaba vivo y, bien o mal, podía caminar. Se hallaba en un patio atestado de carruajes, de los que solo dos tenían el caballo enganchado. Los cocheros lo miraron con inquietud.

Desde lo alto llegó un grito de amenaza. Pantera sacó del bolsillo una de las Deringer de dos cañones y disparó a ciegas. A esa distancia no podría alcanzar a nadie, pero contaba con que tuviera efecto disuasorio, y de hecho lo tuvo.

Fue cojeando hasta uno de los carros con el caballo enganchado y encañonó con el arma al conductor.

—Déjame subir y llévame a la estación.

—Sube, sube —contestó el cochero sin inmutarse. Era un viejo barbudo y entrado en carnes, al borde de la obesidad—. Yo diría que deberíamos ir por el parque Fairmount. Se llega antes y da la impresión de que usted tiene prisa.

—De acuerdo.

Poco después el carruaje atravesaba el parque, a una velocidad discretamente veloz, cortando un viento gélido que anunciaba nieve. Pantera iba recuperando poco a poco la plena operatividad de sus extremidades, aunque el dolor disperso por distintas partes le recordaba cuántos hematomas debía de tener bajo la ropa. Había logrado unir los bordes rasgados de sus pantalones para que la sangre no se notara demasiado.

Miró al cochero para decirle:

—Subirás conmigo al tren y bajarás en la siguiente estación. Pago yo los billetes.

—¿Por qué no? —comentó el viejo con parsimonia—. Tengo una vida monótona, me vendrá bien un poco de distracción. ¿Cuál es tu destino?

Pantera se preguntó si era procedente responder. Después de todo, ¿qué riesgo podía haber? El cochero le parecía un tipo decente y, una vez que hubiera salido el tren, la ventaja sobre sus posibles perseguidores iba a ser enorme.

—San Luis —contestó parcamente.

—Entonces estás de suerte, todavía hay trenes que van en esa dirección. Dentro de poco ya no los habrá.

—¿Por qué?

—La huelga de ferrocarriles de la Grand Trunk, en Canadá, parece

haber exaltado a los nuestros. Sé de buena tinta que se va a parar la actividad en todas las líneas principales. Puede ser cuestión de días, de semanas o de meses, pero se va a producir el desastre.

—¿Por qué lo consideras un desastre? Esa huelga a ti no te afectaría.

El cochero arqueó sus tupidas y blancas cejas.

—¿Bromeas? Si se para el transporte ferroviario se para todo el país.

27

LA COMUNA DE SAN LUIS

Hacía mucho calor esa noche. Junio había sido un mes muy lluvioso, pero julio estaba registrando en todo Estados Unidos las temperaturas más altas de las últimas décadas. San Luis estaba entre las ciudades más calurosas y esa noche, entre el jueves 26 y el viernes 27, hasta el más mínimo esfuerzo provocaba gotas de sudor.

Pantera había prescindido en esta ocasión de su habitual guardapolvo y se había echado sobre los hombros una sencilla capa que no le llegaba a la cintura. Tampoco llevaba sombrero. Había atado alrededor de su frente una simple tira de tela roja con el fin de absorber las gotitas que caían de su pelo negro y rizado.

Con el brazo izquierdo rodeaba la cintura de Kate Boyle, que no sudaba ni siquiera un poco. No estaba claro si la chica tenía miedo o si pensaba que estaba soñando. Los acontecimientos que acababan de suceder la habían dejado trastocada. Todavía llevaba puesta la túnica de las condenadas a trabajos forzados y tenía el pelo muy corto. La escasez de cabello y esa indumentaria quizás la ayudaban a soportar mejor el calor.

En cambio, el alcaide de la penitenciaría de Castle Thunder sudaba profusamente. El Smith & Wesson con el que Pantera le estaba apuntando justificaba su estado de ánimo. Había hecho todo el camino entre la oficina y las celdas y entre las celdas y el patio llevando bajo el brazo el retrato de Rutherford Birchard Hayes, que se disponía a colgar en el momento de la irrupción del mexicano de cara oscura. Hayes había sido proclamado presidente a finales de marzo y su efigie fue enviada a las oficinas públicas en sustitución de la de Tilden, que los alcaldes demócratas estaban distribuyendo desde hacía meses. El funcionario se veía obligado a colgarla él solo, porque casi todos sus hombres estaban a esa hora en la ciudad, por orden de Schurz, nuevo ministro del Interior, para contener las protestas callejeras.

Pantera notó que el alcaide vacilaba y presionó el cañón del revólver contra su tórax.

—Hasta ahora te has comportado de un modo inteligente, sigue así. Ahora esconderé el revólver, pero que te quede claro que seguirá apuntando hacia ti. Dile a los guardias que nos dejen salir.

Desde el centro del patio se oían claramente los ecos de lo que

sucedía en el exterior. Voces muy lejanas pero potentes gritaban: «¡Viva la Comuna! ¡Viva San Luis! ¡Pan, pan, pan!». Miles de manifestantes, terriblemente desafinados, hacían lo que podían para entonar La Marsellesa. Llegaba también un sonido de disparos, pero eran festivos. Los cristales de las casas más altas y el humo estancado sobre las fábricas reflejaban las antorchas en movimiento. De vez en cuando se alzaba el silbido coral de las locomotoras bloqueadas en la estación por la huelga de los ferroviarios.

El alcaide se acercó a las garitas que flanqueaban la puerta de la prisión, que había quedado abierta tras la salida del pelotón de los guardias penitenciarios.

—Dejen pasar a estos dos señores —dijo a los centinelas con voz ligeramente trémula—. Son mis visitantes personales.

En otras circunstancias a los guardias les hubiera parecido sospechosa una visita a medianoche y habrían reconocido al mexicano que unas horas antes se había presentado solo, con un mensaje del gobernador Phelps. Sin embargo, ahora estaban siguiendo con aprensión lo que sucedía en la ciudad, en las inmediaciones de Schuler's Hall. Se giraron lo necesario para saludar al funcionario e inmediatamente devolvieron la atención a los fuegos.

El carro descubierto en el que Pantera había llegado estaba parado bajo una farola. En el pescante esperaba Skel, fusta en mano, tosiendo, y en el asiento trasero había dos mujeres con las caras cubiertas por velos, a pesar del calor.

Pantera tiró de Kate para cruzar la calle y luego la ayudó a montar. Escuchó que el alcaide gritaba detrás de él:

—¡Disparad! ¡Disparad! ¡No dejéis que escapen!

El mexicano se dio la vuelta, extendió el brazo con el Smith & Wesson y disparó un par de veces contra los centinelas. Skel hizo lo mismo con un Colt Bisley de cañón muy largo. A los guardias no les dio tiempo a levantar sus rifles Remington. Abandonaron las garitas, corrieron hacia el interior de la penitenciaría y empezaron a cerrar la puerta.

Pantera saltó al carro entre las tres mujeres sin dejar de apuntar a la entrada de la cárcel. Le gritó a Skel:

—¡Ahora corre como hacías en la mina! ¡Venga, a tumba abierta!

El chico no esperó a que se lo repitiera. Dejó el revólver e hizo restallar la fusta. Los pasajeros sufrieron una brusca sacudida que hizo que se doblaran unos sobre otros mientras el caballo saltaba hacia delante relinchando.

Afortunadamente las calles alrededor de la prisión estaban desiertas, de no ser así el vehículo sin duda habría atropellado a alguien. Pantera, agarrado a un borde, se dirigió a Kate.

—Para no levantar sospechas he traído conmigo a estas damas que

reclutó Skel. Además, se trata de viejas amigas. Jitka es eslava y procede de Shenandoah. Gudrun es alemana y vivió en Kansas. Si añades dos irlandeses y un mexicano te haces una idea de quiénes están construyendo Estados Unidos.

La última frase, que pronunció con una sonrisa, tenía como objetivo principalmente levantar el ánimo de Kate, que estaba temblando y no había abierto la boca. Quizás se debía también al corte de pelo irregular y al uniforme de presidiaria que llevaba, mientras que las mujeres que tenía enfrente vestían ropa pobre pero digna.

Jitka intuyó la vergüenza de la muchacha y se quitó el velo que caía sobre su pelo.

—Toma, ponte esto. Es largo y te tapará un poco.

Gudrun, que no tenía una mirada afable, hizo lo mismo y seguidamente acarició el rostro de Kate y le levantó la barbilla. La muchacha sonrió finalmente.

Se estaban adentrando en la zona este de San Luis por las calles más próximas al río Misisipi. Eran barrios obreros que la luna hacía que parecieran fantasmagóricos y en algunos tramos siniestros. Las calles, mal pavimentadas, estaban llenas de tableros rotos, de carteles abandonados en el suelo, de piedras voluminosas, de ruedas de carro… Se deducía que eran reliquias de la revuelta que seguía en curso por la gran pintada que alguien había hecho en una pared con pintura roja: «¡Pan o sangre!». Algún otro había intentado en vano tacharla y un mensaje escrito con caracteres más pequeños, un poco más abajo, daba testimonio de su impotencia: «¡Al paredón todos, malditos comunistas! ¡Viva Hayes!».

Hacía poco que Pantera había aprendido el significado del vocablo «comunista». Lo usaban sobre todo los socialistas alemanes para diferenciarse no sabía de quiénes. Lo usaban los icarianos, que habían diseminado por Estados Unidos inocuas colonias en las que hacían vida en común. Pero los que más lo usaban eran los periódicos, a partir de la huelga de los ferroviarios declarada a principios del verano que paralizó el país y puso las grandes ciudades industriales — Baltimore, Pittsburgh, Chicago, Filadelfia y una parte de Nueva York — en manos de los comités de trabajadores. «¡Terror comunista!», titulaba un diario con caracteres gigantes. «¡Los canallas comunistas gobiernan Chicago!», alertaba otro. Era uno de los términos de moda en aquel momento. Además, la Agencia Pinkerton había escrito a los magnates más conocidos de Estados Unidos para ofrecerles sus servicios contra «el peligro comunista», y citaba como referencia su éxito contra los Molly Maguires.

La asociación de ideas también debía de estar rondando por la mente de Kate Boyle. Parecía más animada tras cubrir el pelo corto al

que se había visto reducida su cabellera. Le preguntó a Pantera:

—¿Qué quieres hacer conmigo?

—Llevarte a la estación, meterte en un tren y hacer que parta aunque sea a la fuerza. ¿Quién puede acogerte en Pensilvania? Aparte de tu abuelo, quiero decir.

—Bueno, está Thomas Munley. Pero quizás aún siga en prisión.

Pantera, antes de responder, le gritó a Skel para que redujera la marcha.

—Hay adoquines rotos y aquí dentro vamos dando tumbos. No hace falta correr, no nos sigue nadie —después miró a Kate intensamente—. Pequeña, prepárate para recibir una mala noticia… A Munley lo ahorcaron el mes pasado en Mauch Chunk. Con él murieron Jim Carroll, Thomas Duffy, Alec Campbell, Mike Doyle y algunos más. Los Molly Maguires ya no existen en los condados de la antracita. Los están colgando por grupos, para dar ejemplo y para que ese ejemplo no se olvide.

—¡Oh! —se limitó a decir Kate, y sus ojos se llenaron de dolor, pero no lloró. Únicamente agachó la cabeza.

Jitka dijo:

—La pequeña se viene conmigo. Ahora tengo trabajo en una fábrica textil de aquí. Gano poco, pero para dos mujeres debería alcanzar. Y a lo mejor consigo que la contraten también a ella.

La que continuaba en completo silencio era Gudrun. Al definirla como «amiga» Pantera había usado un término inexacto. La chica regordeta de Kansas seguía mostrándose hostil hacia él. La comunicación con el mexicano se desarrollaba a otro nivel: compartían las mismas visiones, se intercambiaban símbolos que tenían configuraciones diferentes, pero semejantes, en sus mentes. Fue así como Pantera consiguió involucrarla en la liberación de Kate, prácticamente sin hablar, invocando a mpungus capaces de confluir con los espíritus en los que creía ella. Desde que ya no tenía el Nganga, Pantera necesitaba otra mente que fuera capaz de abandonarse a la posesión para ponerlo en contacto con el mundo de los Eggun. Un caballo, en la jerga de los paleros.

—¿Estás viendo algo? —le preguntó a Gudrun al percatarse de que la chica de vez en cuando se ensimismaba.

—Ratas —murmuró ella—. Muchas ratas, al final de esta calle.

—¿Hay alguna fórmula del Pow-Wows para dispersarlas?

—Son ratas que no se dispersan —aseguró ella, y su mirada se heló —. Además, no sé por qué debería ayudarte.

—Porque, si se trata de las ratas en las que estoy pensando, son las verdaderas responsables de la muerte de tu padre.

El carro sufrió una repentina sacudida y crujió, Skel había dado un tirón a las riendas del caballo para hacer que disminuyera la

velocidad. Se giró hacia Pantera y le preguntó:

—Dios Santo, ¿quiénes son esos?

—No lo sé. Esconde el revólver y avanza despacio.

La calle, que según un letrero se llamaba calle del Pino, ahora estaba iluminada. No se trataba solo de farolas, todas encendidas en ese tramo. Había también hogueras y se veía tras ellas una multitud ocupando gran parte de la vía. Aquello, por la cantidad de rifles que había, tenía el aspecto de una reunión de cazadores, solo que la indumentaria que llevaban eran gabanes o levitas, y el sombrero más común era el bombín. Si bien la mayor parte sostenían armas, algunos llevaban al hombro banderas de las barras y estrellas.

Ahora que ya no le ensordecía el ruido de las ruedas del carro y el golpeteo de los cascos del caballo, Pantera podía escuchar el canto de La Marsellesa mucho más cercano. A continuación, se oyó el silbido de las locomotoras. Los hombres con rifles reaccionaron a esos sonidos con una andanada de maldiciones. Uno de ellos, en un gesto de rabia, lanzó una botella de güisqui que se estrelló contra la pared de madera de una casucha.

Un individuo de gran estatura agitó los brazos ante el carro conminándoles a detenerse. Sostenía en una mano una cantimplora de bolsillo plateada. Llevaba al hombro una carabina Weston y tenía la casaca, la camisa y el chaleco empapados de sudor.

—¡Alto, alto! ¡Por aquí no se pasa! —gritó con voz ronca antes de endulzar su tono de voz, que se hizo melosa—. ¿Pero qué es este cargamento de bellezas? ¿Carne de burdel? Me pido a esa joven, la de carita guapa y ojos verdes. A Frank sé que le gustará la gorda. ¡Eh, Frank, ven a ver esto!

Pantera miró al hombre sudado, pero sin una insistencia que pudiera interpretar como una provocación.

—El chico del pescante y yo escoltamos a estas damas hasta un lugar en el que estén a salvo. Les ruego que nos dejen pasar.

—¡Frank! ¿Dónde diablos se ha metido? —preguntó el hombre, que apoyó el codo en el borde del carro. Le habló a Pantera, aunque solo tenía ojos para Kate—. Las mujeres ya están a salvo aquí, entre la gente honrada de San Luis. En cuanto a ti y al chico ese que está tosiendo, os alistamos. No es un mal negocio, la paga es magnífica y se trata solo de matar a unos cuantos comunistas. La guarida del Partido de los Trabajadores está a tres manzanas de aquí.

—¿Quién es el que paga? —preguntó Pantera.

—La Asociación de Comerciantes de San Luis y el ayuntamiento. El alcalde Overstoltz está en contacto con Schurz y en reunión permanente con los ciudadanos más influyentes. Ahora bájate y ve a apuntarte, también aceptamos mestizos.

—No pienso bajar —respondió Pantera con firmeza—. Soy de la

Agencia Pinkerton, tengo órdenes de poner a salvo a estas damas y pretendo cumplirlas.

El hombre pareció impresionado.

—¿Pinkerton? ¿Tienes alguna credencial?

—Obviamente, no. ¿Qué pasaría si me pararan los comunistas?

—Bien, sí, es lógico… ¡Frank! ¡Eh, Frank, que el diablo te lleve!

Finalmente, una voz contestó desde detrás de una hoguera.

—¿Qué quieres, Bob?

—Aquí hay un tipo que dice que es de la Pinkerton. Van con él un muchacho y tres mujeres. ¿Qué hago?

—Déjale pasar, ¿no?

El hombre sudado lo pensó aún durante unos instantes, luego dijo:

—Vale, marchaos. Y no os acerquéis a Schuler's Hall o acabaréis en medio de los subversivos —contrajo los labios formando un corazón y chascó un beso en dirección a Kate—. Espero volver a verte, señorita. Ya verás cómo hago desaparecer esos lagrimones.

Skel se dio prisa en hacer que el caballo retomara la marcha. Los personajes armados parados en mitad de la calle se echaron a un lado sin mostrar demasiada curiosidad. A Pantera le pareció ver, en una calle lateral, una agrupación mucho más ordenada y numerosa, y creyó divisar un brillo de bayonetas. ¿Podría ser la Guardia Nacional? En tal caso el destino de los insurrectos era incierto. En casi todo el país la milicia civil se había negado a atacar a los huelguistas, y en algún caso incluso se había unido a ellos. En Pittsburgh, por el contrario, según los periódicos del día anterior, se había desplegado la Guardia Nacional con base en Filadelfia, a petición de Tom Scott, y había disparado indiscriminadamente contra los manifestantes. Murieron veinte personas, entre hombres, mujeres y niños, y treinta y cinco resultaron heridas de gravedad. Pantera evitó informar de ello a sus compañeros de viaje.

—Ya te dije que eran ratas —comentó Gudrun, algo turbada—. Están por todas partes y hay más en camino.

—¿Qué es esa historia de las ratas? —preguntó Jitka con su extraño acento—. Shenandoah estaba llena de ellas, allí era mucho peor. Hasta ahora yo aquí no he visto demasiadas.

Pantera se disponía a responder, pero en ese momento Skel escupió una flema y se apoyó en el respaldo del pescante.

—¿Hacia dónde vamos, jefe?

—Hacia Schuler's Hall, lógicamente. Mejor con los comunistas que con esos cabrones de Rutherford Hayes. Después trataremos de pasar a los barrios del oeste.

Una leve palidez del cielo nocturno anunciaba el amanecer. Los cantos habían cesado y solo alguna que otra locomotora seguía silbando. El primer indicio de que estaban entrando en una zona

diferente de la ciudad era una enorme bandera roja que colgaba del porche de una barraca. La ausencia total de viento mantenía inmóvil el estandarte. Sobre la tela unos trazos de pintura multicolor trataban de representar una hogaza de pan empalada en una pica. Bajo el dibujo figuraba la misma consigna que habían visto poco antes: «¡Pan o sangre!». Las paredes de la vivienda también estaban cubiertas de mensajes: «¡Viva el comité ejecutivo!, ¡Viva la Comuna de América!, ¡El capitalismo es la guerra de todos contra todos!»… Estaba incluso el grafito de los cinco asteriscos, que Pantera ya conocía bien.

Schuler's Hall era un edificio mucho menos pretencioso de lo que su nombre daba a entender. Medio derruido, de tres plantas, con la bandera estadounidense colgando de un tímpano sostenido por cuatro columnas, se encontraba en una plazoleta situada en el centro de uno de los barrios con peor fama de la ciudad. Las primeras luces del día iluminaban a una multitud que en su mayor parte estaba durmiendo, con un fuerte componente de negros y bastantes niños. El carro pasó entre los cuerpos de hombres y mujeres acurrucados en cualquier rincón. Seguramente el día anterior los manifestantes debían de ser muchos más y, si una parte de ellos se habían quedado a pasar la noche allí, era tal vez para proteger la que consideraban la sede de su propio gobierno.

Pantera frunció el ceño al comprobar que por allí había numerosos palos, algunos incluso con clavos, pero ningún arma de fuego.

—Será mejor que nos larguemos enseguida —le dijo a Skel—. Cuando lleguen los vigilantes y la Guardia Nacional la cosa podría acabar en un baño de sangre, como en Pittsburgh.

—Bueno, no dispararán a gente indefensa.

—Ya lo hicieron y volverán a hacerlo. Los socialistas no han entendido que el gobierno de Hayes tiene entre sus objetivos librar a Estados Unidos de los socialistas de una vez por todas. Tras el fraude electoral no basta con ondear trapos y proclamar la comuna. No basta tampoco con parar trenes, fábricas y minas. Los trabajadores se creen que están atacando, pero en realidad se están defendiendo. Y el enemigo es mucho más decidido que ellos.

Skel condujo el carro hacia una esquina de la plaza, en dirección a la estación. Su tos crónica se había calmado ligeramente.

—Jitka, tú vives detrás de la estación, ¿no es cierto? —preguntó el chico.

—Ella y Kate están durmiendo —contestó Pantera bajando la voz —. Gudrun, ¿por qué no duermes un poco tú también?

La chicarrona despertó de una de sus fantasías, parecía aterrada.

—¡Más ratas! ¡Muchas más que antes! ¡Muchísimas!

—¿Más ratas? ¿Te refieres a esas?

En la calle que estaban tomando en ese momento vieron toda una

tribu de ratas corriendo alocadamente. Alarmado, Pantera se puso en pie y escudriñó la parte de la calle que los rayos de sol aún no habían alcanzado. De repente le gritó a Skel:

—¡Da la vuelta! ¡Rápido! ¡Es el Ejército!

Una riada de soldados proveniente de la estación estaba inundando la calle. Los militares iban precedidos por el estandarte del 23 Regimiento de Infantería de Estados Unidos y por dos oficiales a caballo. Los casacas azules marchaban silenciosa y velozmente, con las bayonetas caladas en los largos fusiles Springfield de retrocarga. Ni siquiera las monturas de los comandantes hacían ruido.

Skel giró el carro con tanto ímpetu que a punto estuvo de volcarlo. Jitka y Kate se despertaron.

—¿Qué ocurre? —preguntaron al unísono.

—¡Hay que advertir a los del comité! —exclamó Pantera—. Con el Ejército por un lado y la Guardia Nacional por el otro, todos esos pobres diablos que están durmiendo no tendrán escapatoria.

Frente a Schuler's Hall, ya iluminado por el sol, el mexicano descendió del carruaje y subió corriendo la escalinata del edificio. Bajo el frontón había un obrero de guardia, apoyado en un palo. Parecía que estaba dormitando de pie.

—¿Dónde está el comité ejecutivo? —preguntó Pantera—. ¡Es urgente!

El hombre señaló el vestíbulo que tenía detrás.

—Siguen todos ahí, están debatiendo y escribiendo proclamas desde anoche.

En la mirada del obrero, aunque soñolienta, se leía la ironía, si no algo peor.

Pantera se apresuró a entrar. A la derecha, entre dos columnas, una pancarta mostraba la leyenda «Partido de los Trabajadores de los Estados Unidos de América». Bajo ella había una amplia mesa con velas consumidas, una lámpara de queroseno, un mapa y una increíble cantidad de hojas. Alrededor, sentados en sillas y taburetes, había hombres con apariencia de estar muy cansados, entre los cuales se encontraban dos negros y varios ferroviarios con el uniforme de su compañía. Todos fumaban o hablaban al mismo tiempo, como si estuvieran en medio de un apasionado debate. Pantera solo conocía a Henry F. Allen.

El mexicano caminó a zancadas hacia ellos tratando de atraer su atención.

—El 23 de Infantería se dirige hacia aquí, armado hasta los dientes. Lo mandan un coronel y un oficial llamado Flagler, de Rock Island. La Guardia Nacional también viene hacia esta plaza, con un buen número de vigilantes como refuerzo.

En torno a la mesa todos enmudecieron. Un joven rubio y

musculoso preguntó a continuación, con un acento que parecía escandinavo:

—¿Quién es este?

—Yo lo conozco, Lofgreen —afirmó Allen—. Pertenece a Las Cinco Estrellas, es de fiar.

Al joven pareció escandalizarle esa apreciación.

—¿Según tú los de Las Cinco Estrellas son de fiar? Ten en cuenta que además de su inseguridad ideológica y de su economicismo de fondo…

—¡Esa es una posición lassalliana! —gritó alguien.

Pantera inspiró profundamente antes de insistir.

—Acabo de decir que ha llegado el Ejército y que se dispone a atacaros.

Se puso en pie un hombre flaco, con un hombro más alto que el otro.

—Te agradezco la premura, compañero, pero no creo que nos vayan a atacar. Hemos enviado sendos requerimientos al gobernador Phelps y al alcalde Overstoltz para que promuevan la aprobación de la jornada laboral de ocho horas y la prohibición del trabajo infantil. Bueno, las respuestas que nos han dado son provisionales, pero más bien alentadoras. Nos han garantizado que estudiarán la cuestión y…

—No digas estupideces, Currlin. Esos son nuestros peores enemigos —fue Allen el que habló. Se le veía más cansado que a los demás. Dejó la mesa y se acercó a Pantera—. De acuerdo, nos van a atacar. ¿Tú qué propones que hagamos?

—Lo único que se puede hacer es intentar contenerlos hasta que la mayor parte de la gente haya abandonado la plaza. De lo contrario habrá una masacre.

—¿Contenerlos cómo? No tenemos más armas que algunos garrotes y unas cuantas piedras.

—¿De verdad no tenéis rifles? ¿Pistolas?

Lofgreen saltó con la voz quebrada por la indignación.

—¿Rifles y pistolas? ¿Pero estáis locos vosotros dos? En la fase histórica actual no conviene…

Pantera ya tenía suficiente. Sacó el Smith & Wesson, amartilló el arma y dijo:

—Las fases históricas las decide el tambor de mi revólver.

Se hizo un silencio de plomo que se vio interrumpido por una carcajada de Allen.

—Un verdadero hombre del Oeste. Espero que alguno le transmita esta frase a Lassalle. Pero seguimos con el mismo problema, no podemos contener a los soldados de ninguna manera. Como mucho podríamos invitarles a confraternizar con el proletariado. Cualquier otra reacción por nuestra parte acabaría en un baño de sangre.

—A no ser que trate de entretenerlos un loco aislado —dejó caer Pantera.

Allen levantó las cejas.

—¿Qué tienes en mente, compañero?

—No sé si soy uno de tus compañeros. Y no tengo que decirte nada, haré lo que me parezca.

Pantera bajó el revólver y se dirigió a la salida. No prestó atención al pandemonio que se desencadenó detrás de él, tras una nueva carcajada de Allen. Escuchó únicamente que Currlin gritaba, con una inflexión alemana que se volvió estridente por la ira:

—¡Ten cuidado, Henry, ya sé lo que piensas de Lassalle! ¡Te importa un comino la línea que marca el Partido! ¡Te entiendes con los Caballeros del Trabajo, qué bajo has caído!

Pantera vio a Skel, Kate, Jitka y Gudrun reunidos al final de la escalinata, delante del carro. El sol había despertado a algunos de los que ocupaban la plaza, que ahora observaban estupefactos lo que estaba sucediendo en las calles adyacentes. No todos guardaban silencio, había niños llorando y obreros maldiciendo y agitando los puños.

Un grupo de franceses, agrupados en círculo espalda contra espalda como para sacar pecho ante la situación, cantaban un himno solemne que exaltaba notre superbe drapeau rouge, rouge du sang de l'ouvrier.5 Pero la consternación era general y palpable.

A la izquierda de Schuler's Hall, a la entrada de la plaza, un escuadrón de soldados estaba montando sobre trípodes dos ametralladoras Gatling, achaparradas e impresionantes. Tras ellos había todo un bosque de bayonetas, y los oficiales a caballo corrían de un lado a otro dando órdenes. A la derecha del edificio la Guardia Nacional, menos ordenada, esperaba la señal. Algunos milicianos, a los que trataban de contener sus superiores, ya estaban apuntando, mientras los civiles armados con carabinas se disputaban la primera línea de tiro. Aún no eran las seis de la mañana y volvía a hacer calor.

Pantera fue a hablar con Skel.

—Suelta el caballo del carro. ¿Tienes silla y estribos en el baúl del vehículo?

—Creo que sí. ¿Qué vas a hacer, nos abandonas?

—No en el sentido que estás pensando. Date prisa.

—Me llevará solo un momento.

Pantera miró a las tres mujeres. Depositó un beso en el pelo de Jitka, que era la que estaba más cerca, y les dijo a todas:

—Entrad en Schuler's Hall, escondeos en cualquier sala. Los soldados estadounidenses no suelen matar a las mujeres si no están entre la multitud. ¿Me habéis entendido bien?

Jitka asintió.

—Me encargo yo de ellas. En cuanto sea posible me las llevaré de aquí y trataré de esconderlas.

—Bien… Gudrun, busca en tus prontuarios mágicos una oración contra las ratas. El país será suyo durante no se sabe cuánto tiempo. Se han dado cuenta de que ante cualquier problema basta con dispararle y olvidar después que alguna vez existió. El oficio de las ratas consiste en roer los libros y la memoria. Solo respetan el papel moneda, que no tiene memoria.

Nunca llegaría a saber si la sonrosada Gudrun había entendido el significado de lo que le acababa de decir. Skel estaba de vuelta, con el caballo ensillado. Casi en ese mismo instante Henry Allen le gritó al mexicano desde lo alto de la escalinata:

—¡Compañero, no hagas tonterías!

—¡Yo no soy compañero de nadie! ¡Tú piensa en sacar a la gente de la plaza en cuanto empiece la balacera!

Montó en la silla. Un instante después un pie pequeño pisó el suyo, que ya estaba dentro del estribo, y dos manitas llenas de cicatrices se aferraron a sus hombros. Era Kate. Pantera intentó quitársela de encima, pero no hubo forma. Cuanto más la empujaba, más fuerte se agarraba ella. La muchacha dejó caer al suelo el velo que cubría su cabeza.

—Voy contigo, no podrás impedírmelo. ¿Dónde quieres que vaya yo con esta traza? Jim me rechazó, Tom está muerto y no quiero volver al lavadero ni a la cárcel.

Pantera estaba exasperado. El tiempo corría y el efecto sorpresa estaba a punto de desvanecerse.

—¡Vete! ¡No me obligues a tirarte del caballo! ¿No entiendes que vamos camino de la muerte? ¿No ves que nuestra batalla ya está perdida?

—Si la causa es justa, las batallas perdidas son las más bellas —contestó ella, y lo besó en el cuello.

—Está bien, yo te lo he advertido.

Pantera, arrebatado por extraños sentimientos, lanzó el caballo al galope. Echó mano a su Smith & Wesson y apuntó hacia la izquierda, contra las dos ametralladoras. Llegó a ver el gesto de despedida de Skel, encorvado por la tos. En la plaza toda la multitud ya estaba de pie, y voceaba. Él no la vio ni la oyó. Lo único que percibía era una suave presión en su espalda: los pequeños pechos de Kate. La muchacha los frotaba ligeramente. Pantera acabó sonriendo.

El caballo, con la cabeza inclinada hacia delante, aceleró aún más. Los soldados observaron con mirada atónita a esos locos que se abalanzaban sobre ellos. Parecía que no sabían qué hacer. En ese momento Kate gritó con su voz límpida:

—¡Vivan los mollies! ¡Viva Irlanda!

La sonrisa de Pantera se agrandó. Alzó el revólver y disparó una vez contra las ametralladoras. Luego otra. Luego vació todo el cargador.

AGRADECIMIENTOS Y BIBLIOGRAFÍA

Este libro debe mucho a la inestimable disponibilidad de Bob Betz, de la Historical Society de Tamaqua (Pensilvania, EEUU). Bob es, entre otras cosas, autor de una colección de cedés indispensables para cualquiera que desee abordar la historia de los Molly Maguires y que contiene fotos de época, artículos de prensa, obras narrativas… Quien tenga interés puede visitar la web www.tamaqua.net.

La librería Bolerium Books, de San Francisco, me proporcionó libros que ya no se podían encontrar y útiles indicaciones. Su web es www.bollerium.com.

Los amigos y compañeros Kate y James Morrow, de Filadelfia, me ayudaron con sus valiosas sugerencias. Kate en particular, que nació en Tamaqua y desciende de una estirpe de mineros irlandeses, me brindó consejos y aliento. Kate y Jim representan para mí la mejor cara de la sociedad estadounidense.

Mi novela no tiene pretensiones historiográficas. Sin embargo, traté de documentarme en la medida de lo posible.

La obra más exhaustiva sobre los Molly Maguires es Making Sense of the Molly Maguires, de Kevin Kenny. Hay en ella algunos errores de datación y el marco conceptual es más bien elemental, pero aun así se trata de un volumen del que no es posible prescindir, y con un elevado valor científico.

Para quien esté interesado en los detalles —es el caso del autor— resulta interesante The Molly Maguires. The Origin, Growth and Character of the Organization, de Francis Dewees. Escrito con cercanía temporal a los acontecimientos, pero completamente alineado con el punto de vista de la Agencia Pinkerton y de los represores, este libro contiene elementos que Kevin Kenny pasa por alto: contraseñas y señales de reconocimiento, cronología de los atentados y de los sabotajes menores, etcétera.

Luego están los autores que niegan tajantemente que los Molly Maguires hayan existido y que atribuyen su invención a un complot de la patronal minera. Es el caso de Anthony Bimba, autor de The Molly Maguires, un análisis rigurosamente marxista del asunto, y de Patrick Campbell, autor de A Molly Maguire Story, que es un trabajo de investigación de un descendiente de Alec Campbell sobre la muerte de su pariente (es el único texto que menciona a los dos hermanos de

James McParland, que introduje en mi novela).

Diría que a partir del minucioso estudio de Kevin Kenny se hace difícil sostener la tesis de que no existieron, aunque ciertamente el peso de los mollies se vio amplificado con fines instrumentales.

En el extremo opuesto, es muy poco fiable lo que sobre los mollies escribe Louis Adamic en Dynamite. Es un libro colorista, pero no más creíble que la novela El valle del terror, de Arthur Conan Doyle, protagonizada por Sherlock Holmes, o que otras obras narrativas y cinematográficas inspiradas en el tema.

Para conocer las condiciones de trabajo en las minas de Pensilvania durante la segunda mitad del siglo xix considero imprescindible el volumen The Kingdom of Coal: Work, Enterprise, and Ethnic Communities in the Mine Fields, de Donald L. Miller y Richard E. Sharpless. A través de él obtuve casi toda la nomenclatura relativa a la extracción de antracita, y noticias sobre la vida cotidiana de los mineros. Casi tan útil como ese volumen me resultó Smokestacks and Black Diamonds. A History of Carbon County, Pennsylvania, de Joan Campion. Ambos libros, que dedican un capítulo cada uno a los Molly Maguires, ofrecen un amplio apartado fotográfico.

Hay también obras en las que las fotografías, con comentarios sucintos, desempeñan un papel principal. Destaco Early Coal Mining in the Anthracite Region, de Stuart Richards (la mejor, con diferencia) y Growing Up in Coal Country, de Susan Campbell Bartoletti. El catálogo Anthracite Heritage Museum and Scranton Iron Furnaces, del museo del mismo nombre en Scranton y con textos de Harold W. Aurand, también cuenta con algunas fotos interesantes.

De Tales of the Mine Country, de Eric McKeever, me limité a recuperar la leyenda de la Gran Rata de las minas.

En los casos en los que me enfrenté a versiones contradictorias de un mismo episodio elegí siempre la que me resultaba más útil en el plano novelesco, sin más investigación. Por ejemplo, en lo referente al accidente minero de Avondale, descrito de manera completamente diferente por Miller y Sharpless de un lado y por Kenny del otro; si bien la versión de este último me parecía más creíble, opté por la primera únicamente porque era más sugerente.

Las implicaciones políticas en la carrera de forajidos de los hermanos James las encontré tratadas ampliamente solo en la obra Frank and Jesse James. The Story Behind the Legend, de Ted P. Yeatman. Todas las demás biografías que pasaron por mis manos eran excesivamente novelescas y muy poco fiables.

La vida y la lucha de los mineros en estados al margen de Pensilvania, y especialmente en los del Oeste, las encontré ampliamente abordadas en los volúmenes Hard Rock Epic: Western

Miners and the Industrial Revolution, 1860-1910, de Marc Wyman, y The Hardrock Miners. A History of the Mining Labor Movement in the American West, 1863-1893, de Richard E. Lingenfelter. Solo en este último se habla de la «guerra de Amador», a la que hago una somera alusión en la novela.

Sobre las condiciones de vida de los trabajadores estadounidenses en el siglo xix me resultó especialmente provechosa, sobre todo por su extensa iconografía, Who Built America? Working People and the Nation's Economy, Politics, Culture and Society (volumen 1), de Herbert Gutman.

Las noticias relativas a los Caballeros del Trabajo las extraje de From Colonial Times to the Founding of the American Federation of Labor, de Philip Foner, el primer volumen de History of the Labor Movement in the United States. El número de identificación y la fecha de fundación (que anticipé un año arbitrariamente) de las asambleas de los Caballeros del Trabajo en las comarcas mineras de Pensilvania provienen de Guide to the Local Assemblies of the Knights of Labor, de Jonathan Garlock.

George B. Drury, conocido como Victor, y otros miembros franceses de la Internacional que meto en escena —la componente francesa fue la más importante, después de la alemana, en el nacimiento del movimiento obrero estadounidense— figuran en La Sociale en Amérique. Dictionnaire biographique du mouvement social francophone aux États-Unis (1848-1922), de Michel Cordillot. Inexplicablemente, el diccionario, que por otro lado es muy completo, no cita al anarquista individualista Anselme Bellegarrigue, un personaje que no fue precisamente secundario (aparece en mi novela Black Flag).

Para las noticias sobre el Partido de los Trabajadores de los Estados Unidos —que no debe ser confundido con su derivado xenófobo, el Partido de los Trabajadores de California — consulté principalmente The Formation of the Workingmen's Party of the United States, de Philip Sheldon Foner, un ensayo impreso a ciclostil por el American Institute for Marxist Studies de Nueva York.

Sobre las huelgas, revueltas y tentativas de autogobierno obrero de 1877, el volumen que me pareció más valioso y completo fue 1877: Year of Violence, de Robert V. Bruce, que dedica numerosas páginas a la vida cotidiana de los ferroviarios y al «golpe de Estado» que revocó el resultado electoral y llevó al republicano Rutherford Hayes a la Casa Blanca. Por el contrario, me resultó muy poco interesante, salvo por la presencia de algunos documentos originales, el otro libro que consulté, prácticamente coetáneo de los acontecimientos, ya que se publicó en 1877: Annals of the Great Strikes in the United States, de Joseph A. Dacus.

Debo aclarar que en San Luis, aunque los hechos se desarrollaron más o menos como los describo, no se produjeron masacres como las que tuvieron lugar en Pittsburgh y en Chicago.

Por último, todo lo relativo a Palo Mayombe y lucumi lo saqué, con alguna simplificación, de dos volúmenes de la fallecida antropóloga cubana Lydia Cabrera: Reglas de Congo. Palo Monte Mayombe y El Monte: Igbo, Finda, Ewe Orisha, Vititi Nfinda.

NOTAS

1 Masiva movilización llevada a cabo en 1980 por ejecutivos y empleados de cuello blanco de Fiat en respuesta a la huelga convocada contra el previsto despido de 14 000 trabajadores en la empresa automovilística.

2 «Como tengamos que confiar en proletarios de este tipo para la revolución, vamos a tener que esperar siglos».

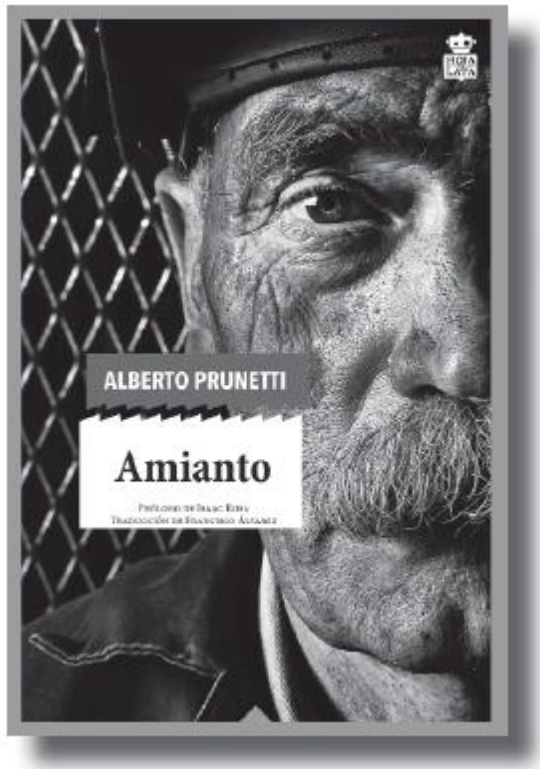
3 «Y sin embargo eso es América, camarada; una mezcla de pueblos. Depende de nosotros encontrar la manera de dirigirnos a todos ellos. Ese es el reto».

4 El término feniano se usaba para definir a los nacionalistas irlandeses, opuestos a la dominación británica.

5 «Nuestra hermosa bandera roja, roja de sangre del obrero».

TERMINÓSE
DE IMPRIMIR ESTA EDICIÓN
DE ANTRACITA EL 30
DE ENERO DEL 2023, EN LOS
TALLERES DE IMPRENTA MUNDO, 187
AÑOS DESPUÉS DE QUE FALLECIERA
BETSY ROSS, LA MUJER QUE, SEGÚN
LA LEYENDA, BORDÓ LA PRIMERA
BANDERA DE LOS EE UU Y
DOTÓ ASÍ DE ESTANDARTE
AL NUEVO IMPERIO.

TAMBIÉN EN LA COLECCIÓN SENSIBLES A LAS LETRAS:



AMIANTO

UNAZ HISTORIA OBRERA

de Alberto Prunetti

Prólogo de Isaac Rosa

Traducción de Francisco Álvarez

ISBN 978-84-16537-59-4

192 páginas

18,90 €

Renato creció después de la guerra y comenzó a trabajar a los catorce años. Derretía electrodos en miles de chispas a pocos pasos de tanques de petróleo gigantes. Respiró zinc y plomo hasta que una fibra de asbesto llegó a su pecho. Treinta años más tarde, su hijo Alberto, que pasó su infancia en la calle frente a la olvidada siderurgia Ilva en la ciudad de Follonica, reconstruye la historia laboral y judicial de Renato, luchando por el reconocimiento del amianto como causa de su muerte.

«Prunetti desdice el tópico de que la novela se ensucia con la política con esta historia de un soldador víctima del amianto.»

MARTA SANZ, BABELIA